

**BIBLIOTECA ORO**

**8**  
**PTAS.**

*Lg.*  
**FORMULA  
SECRETATA**

*from*

**FREEMAN  
WILLS CROFTS**



AMARILLA

 [www.todocoleccion.net](http://www.todocoleccion.net)

# LA FÓRMULA SECRETA

Freeman Wills Crofts

Título original: MYSTERY ON SOUTHAMPTON WATER

Cubierta: J. P. BOCQUET

Versión de: EDITORIAL MOLINO

Ilustraciones: A. SALÓ

Es propiedad el derecho exclusivo de publicación en español

EDITORIAL MOLINO

IMPRESO EN ESPAÑA. Septiembre 1947. PRINTED IN SPAIN

PONSA, Impresor — Iradier, 5 A — Barcelona

Escaneo y maquetación epub: mabalgo (enero 2019)

# LA FORMULA SECRETA

•  
FREEMAN WILLS CROFTS



**BIBLIOTECA ORO**

# GUÍA DEL LECTOR

Para que los lectores puedan identificar en cualquier momento las características de los personajes más importantes que intervienen en esta obra, ofrecemos a continuación, una síntesis de los mismos, tan útil a los desmemoriados, como a los metódicos.

## **Sir Francis Askwith**

Presidente del Consejo de Administración de la fábrica de cementos de Joymount.

## **Walter Brand**

De unos 30 años de edad, miembro del citado Consejo y director de la citada fábrica.

## **Bramwell**

Componente del mismo Consejo de Administración.

## **James Tasker**

De 50 años, director general de esa fábrica.

## **King**

De 28 años, ingeniero químico de la fábrica de Joymount.

## **Radcliff y Endicott**

Ayudantes de King.

## **Haviland**

Gerente de la firma «Haviland, Mairs y Cía» de cementos de Chayle.

## **John Clay**

Guarda nocturno de la fábrica de Chayle.

## **Taylor**

Vigilante de la fábrica de Joymount.

## **Joseph French**

Inspector jefe de policía de Scotland Yard.

## **Sir Mortimer Ellison**

Director de policía.

## **Coronel Tressider**

Jefe de policía en Hants, (isla de Wight)

## **Goodwill**

Comisario de policía en Southampton.

## **Carter**

Sargento de policía al servicio de French.

## **Hanbury**

Comisario de policía de Cowes.

**Crawford**

Comisario de policía de Eastleigh.

**James Normand**

Propietario del auto en que apareció carbonizado el cadáver de Clay.

**Arnold Fisher**

Propietario de un garaje.

**Herbert Dexter**

Ingeniero director de un garaje en Eastleigh.

**Noel Samson**

Ingeniero de la fábrica de cementos de Chayle.

**Grosvenor Mairs**

Socio de Haviland.

**Wilfred Boothby**

Dentista de Cowes.

**Kendrick**

Buzo.

**Greenaway**

Químico al servicio de Scotland Yard.



## PRIMERA PARTE EL DELITO

### CAPÍTULO I La angustia de Joymount

**Y** ahora, señores, voy a pedir a nuestro director general que nos lea su informe.

Sir Francis Askwith, presidente del Consejo de Administración de la fábrica de Joymount, miró a sus colegas y, apoyándose contra el respaldo de su sillón, esperó.

Los siete personajes sentados en torno de la mesa del Consejo parecían inquietos. La reunión a la que habían sido convocados era extraordinaria; acababa de presentarse una crisis y debían decidirse a actuar.

Sir Francis, un anciano de sesenta años, era encantador, pero de presidente no tenía más que el nombre. Sus dos vecinos de la izquierda parecían también demasiado viejos para tomar parte activa en los negocios. Por el contrario, un

cuarto personaje, que no representaba más de treinta años, tenía un aspecto tan deportivo que no parecía hallarse en su lugar en aquel templo de la diplomacia y de las finanzas.

En cambio, los otros asociados eran de una especie totalmente distinta. El primero representaba el tipo de negociante feliz, de edad mediana, tranquilo, avisado, uno de esos hombres de los cuales se seguirían sus consejos sin dudar, a quien desearía tener uno a su lado en los tiempos de crisis. Desgraciadamente, él consideraba la manufactura de cementos de Joymount como un asunto menudo y le concedía demasiada poca atención para que tuviera fuerza sobre la dirección de la fábrica.

Cerca de él estaba sentado el miembro más joven del consejo: Walter Brand. No obstante tener menos de treinta años, era uno de los directores de la firma y el encargado de administrar las cuentas de la casa.

Al extremo de la mesa, de cara al presidente, se encontraba James Tasker, el director general, a quien sir Francis había pedido el informe. Este era un hombre de unos cincuenta años, bajo, de nariz larga, ojos astutos y labios delgados. Un observador hubiese reconocido en él al verdadero jefe del negocio y no se hubiera equivocado. James Tasker no ignoraba nada de la técnica de su oficio; conocía todos los secretos de la venta y sabía manejar admirablemente a los hombres.

Se levantó con calma y continuó ordenando los papeles colocados ante él.

—Señor presidente, señores —comenzó con voz seca, pero bien timbrada—: Como esta reunión es la primera que celebra el Consejo desde que han aparecido las dificultades, y como habría sido imprudente dar detalles en las cartas de convocatoria, creo que tal vez convenga relatar los hechos desde el principio, en atención a los que no los conocen más que por encima.

Se detuvo y miró al presidente.

—Yo creo que todos deseamos que usted lo haga así —respondió sir Francis.

Asintiendo, Tasker siguió:

—Tengo necesidad de remontarme a siete años atrás, a los comienzos de nuestra empresa. Nuestro horizonte en aquellos momentos estaba lleno de promesas y, como tantas otras firmas, nosotros creímos que íbamos a hacer fortuna; pero más tarde descubrimos nuestro error. El año último estuvimos a punto de cerrar la fábrica. Por fortuna, en verano de mil novecientos treinta y tres los negocios empezaron a mejorar, lentamente, pero con seguridad. Ruego a ustedes estudien el gráfico que he preparado y del que todos tienen una copia. Refleja la vida de nuestra casa, mostrando sus primeros éxitos, después su descenso gradual y, finalmente, su aparente mejoría

Hubo un ligero movimiento al inclinarse los que escuchaban a Tasker, para examinar las hojas colocadas ante ellos. Estudiando el desastroso gráfico, más de uno revivía las circunstancias en que se había colocado la Sociedad.

Después de haber sido empleado durante varias décadas, el cemento de Portland había llegado a ser, a principios del siglo veinte, la base principal de la construcción. Pero presentábase un serio inconveniente: necesitaba más de un mes para fraguar. Entonces se inventó en Francia el cemento rápido, que se endurecía en algunas horas.

Las manufacturas de Joymount elaboraban cemento de este último tipo. La Compañía había formado gracias al espíritu observador y emprendedor del joven Brand, que, en recompensa fué nombrado director. Un día, bañándose cerca de la desembocadura del Hamble —pequeña corriente de agua que forma un estuario bastante importante al llegar a la bahía de Southampton, no lejos de Netley Hospital—, observó que la arcilla que dejaba al descubierto la marea se asemejaba a la que se empleaba cerca de su casa para la fabricación del cemento. Él sabía que se fabricaba en la isla de Wight, donde había las dos materias primas necesarias: la arcilla y la caliza. Después de algunas pesquisas encontró que el Hamble contenía igualmente la cal. Brand comunicó sus descubrimientos a su patrón y éste ordenó realizar estudios que comprobasen lo dicho por el joven. Brand había creído encontrar el medio de fabricar el cemento de Portland ordinario, pero lo había hecho mejor. Un depósito inesperado de bauxita aportaría la materia necesaria para la fabricación del cemento rápido. Se creó una pequeña Sociedad, se compraron los terrenos y, en 1927, las nuevas fábricas entraron en acción.

—Vean ustedes que, con la crisis, nuestros ingresos comenzaron a disminuir. Hasta septiembre de mil novecientos treinta y dos continuamos trabajando con beneficios, después, durante un año, desgraciadamente, con pérdidas. El déficit sube hasta mayo de mil novecientos treinta y tres, época en la cual se eleva a la suma de cien libras por semana. Eso representa aproximadamente cinco mil libras por año y, a pesar de su generosidad, señores, y la de nuestros accionistas, no podíamos hacer frente a esta situación durante mucho tiempo. Como ustedes saben, se examinó la posibilidad de una liquidación. Sin embargo, no recurrimos a este remedio desesperado en la esperanza de que, pasada la crisis, nuestra explotación nos resarciría poco a poco de esas pérdidas.

»En junio de mil novecientos treinta y tres hubo una sensible mejoría, En julio, nuestras pérdidas medias se elevaban nada más que a ochenta libras por semana. En agosto, a cincuenta libras, y en septiembre, no eran nada más que de diez libras. En octubre, por primera vez desde hacía un año, hubo un



beneficio de veinticinco libras por semana. En noviembre, las cifras habían mejorado aún más: nuestras ganancias se elevaban a sesenta libras por semana. Es decir, que de junio a noviembre habíamos hecho progresos constantes y animadores. En noviembre último todo indicaba una rápida vuelta a la prosperidad. Hasta aquí, señores, creo que todos están al corriente de los hechos.

Tasker echó una ojeada a su alrededor y alguno de sus auditores inclinaron la cabeza.

—Pero ahora —continuó — nos encontramos con una novedad desconcertante y lamentable. La dirección de la curva, como pueden ustedes comprobar en el gráfico, cambia bruscamente. Desde el mes de noviembre hasta hoy, desciende tanto como había subido hasta esa fecha. En diciembre, nuestros beneficios bajaron de sesenta a cincuenta libras por semana. En enero, habían bajado a treinta y cinco, y así, cada mes trajo una nueva disminución. Llegó abril y una vez más tuvimos déficit. No era más que de quince libras, pero en mayo se había elevado a cuarenta y cinco y el mes último, es decir, en junio, a ochenta. Verán ustedes por el gráfico que nuestras pérdidas aumentan rápidamente. En suma no exagero si les digo que si las cosas continúan por este camino, iremos sin remedio a la quiebra.

Entre los que le escuchaban hubo un ligero movimiento. Después, Bramwell, el tipo de feliz hombre de negocios, habló:

—Yo estaba en América del Sur cuando se discutieron estos asuntos y no conozco bien todos los detalles. ¿Qué es exactamente lo ocurrido? ¿Ha sido a causa del aumento de los precios de producción o de las ventas?

—Las ventas —replicó Tasker—. Nuestras ventas han bajado mucho.

—¿Y los precios de coste?

—A todas luces satisfactorios. Como usted sabe, nuestro material es muy moderno y nuestra organización perfecta. Estoy dispuesto a afirmar que nuestra casa puede sostener una comparación favorable con cualquier otra fábrica. Y debo añadir que estamos rodeados de colaboradores excelentes.

—Esa es también mi opinión —dijo Bramwell—. Después de haber visitado los talleres, todo me parece perfecto. Gracias, Tasker.

—En nuestra última reunión del mes de junio —continuó Tasker—, cuando expuse la gravedad de la situación (entonces estaba usted en América del Sur, Bramwell), fui encargado de ocuparme de manera especial del asunto, a fin de tener la posibilidad, no sólo de traer una explicación completa de todas las dificultades, sino también de encontrar el medio de hacerles frente.

Tasker estaba inquieto; La idea de que tal vez se cerrase la fábrica tenía para él más importancia que para los demás; no siendo rico, si su sueldo de

director general desaparecía a la vez que el dinero que había colocado en el negocio, estaría arruinado. Brand no tenía, como él, más que su sueldo para vivir, pero era joven y soltero, en tanto que Tasker comenzaba a envejecer y tenía que sostener a su mujer y sus dos niños. A su edad, no le sería fácil encontrar otra colocación.

Después de algunos instantes de vacilación, continuó:

—Lo primero que se ha de hacer, como Bramwell ha sugerido, es conocer claramente lo que sucede. En lo que a nosotros concierne, la cosa es clara: nuestras ventas disminuyen. Los nuevos compradores son menos numerosos y nuestros clientes habituales compran cantidades menores. He ido a visitar a alguno de estos últimos sin poder sacar nada en limpio.

»Me puse en contacto con algunos de nuestros competidores, que, con gran sorpresa por mi parte, me hicieron saber que sus ventas habían igualmente disminuido.

»Me pareció que no había más que una explicación a este fenómeno: que ingenieros y arquitectos desconfiaban del cemento rápido y volvían a emplear el cemento de Portland. Mis amigos y yo investigamos en los estudios técnicos, pero sin resultado.

»Visité entonces el Ministerio de Comercio para consultar las últimas estadísticas. Comprenderán ustedes mi sorpresa al saber que lejos de haber disminuido la cantidad de cemento rápido empleado en Inglaterra, éste había aumentado. —Tasker buscó entre sus papeles—. No sé si les interesan las cifras. En todo caso, aquí figuran. Demuestran que nuestra producción ha bajado el veinticinco por ciento mientras que la cantidad total empleada en el país ha aumentado el cinco por ciento.

»¿De dónde procede este exceso de materiales? Al principio creí que, a pesar de las tarifas de Aduana, se debía importar cemento en cantidades considerables. Pero me equivoqué. Una indagación minuciosa en el servicio de Aduanas me hizo saber que la importación media no había variado.

—¡Extraordinario! —exclamó sir Francis, mirando a sus colegas.

—Sólo queda una explicación —prosiguió Tasker—. Alguna empresa inglesa ha aumentado su producción de cemento. He visitado a uno de nuestros mejores clientes, la casa Robertson, cuyo director es amigo personal mío; después de haberme hecho jurar el secreto, mi amigo me confió que una casa competidora vendía en condiciones más ventajosas que nosotros. Los precios eran los mismos, pero concedía un descuento sobre cada camión, vagón o cargamento. Estos descuentos no eran enormes, pero en esta época, en que cada penique cuenta, eran suficientemente importantes para explicar las cosas.

—¿Conoce usted el nombre de ese competidor? —preguntó Bramwell.

—Sí —dijo lentamente Tasker—, y creo que se van a asombrar. Es Chayle.

—¿Chayle? —replicó Bramwell—. Usted bromea.

Los demás miembros del Consejo manifestaron su sorpresa.

—Sí, Chayle. Yo no lo hubiese creído, pero es así.

Chayle, o, para darle su verdadero nombre, Haviland, Mairs y Compañía, de Chayle, isla de Wight, era la única casa de la región que fabricaba el mismo cemento rápido que Joymount. Las fábricas, que habían sido inauguradas dos años antes que las de Joymount, se encontraban en Thorness Bay, sobre el Solent, a cuatro millas aproximadamente de Cowes. Eran considerablemente mayores que las de Joymount y también muy bien organizadas. Tasker conocía a Haviland y Mairs, pero como ni unos ni otros parecían deseosos de establecer un trato más íntimo, mantenían relaciones distanciadas.

—No lo comprendo —dijo Bramwell—. Chayle no es mas importante que nuestra fábrica. ¿Cómo puede producir lo bastante para influir sobre el mercado?

—Eso es lo que me parece difícil de explicar —convino Tasker.

—Eso debe ser debido al precio de costo —declaró Bramwell—. Nosotros acabamos de convenir en que nuestros métodos y nuestra instalación son tan buenos como es posible conseguir, pero parece que será necesario modificar esta opinión. Chayle vende sus productos a mejor precio que nosotros.

Tasker sacudió la cabeza.

—No —dijo—. Yo estoy absolutamente seguro de que ninguna casa podría vender a mejor precio un cemento como el que nosotros producimos. Déjenme continuar.

—Perdón —dijo Bramwell— Creí que había terminado.

—Digo esto, que me parece indispensable: si Chayle fabrica cemento a mejor precio que nosotros. es debido, a mi juicio, a que el cemento que fabrica es de calidad inferior. He adquirido un poco y lo he hecho analizar por nuestro químico.

—¿King? —preguntó sir Francis.

—Sí, King —Es un hombre competente, como saben todos: un ingeniero químico de primer orden. Le he pedido el informe del análisis para hoy y me lo ha dado ayer tarde. Si él no está equivocado —Tasker hablaba con énfasis—, el asunto es más serio de lo que se podía creer. Yo tenía razón y a la vez estaba equivocado: tenía razón al decir que su cemento era distinto al nuestro y estaba equivocado al creerlo de calidad inferior. —Tasker se detuvo y después añadió lentamente—: Ese cemento es superior al nuestro.

Hubo murmullos de incredulidad.

—Su composición química no es la misma —continuó Tasker—, y es interesante señalar que la diferencia no consiste simplemente en una ligera variación en la proporción de los ingredientes, sino en la presencia de ciertos elementos enteramente nuevos. Es un hecho evidente que la casa Chayle ha hecho un descubrimiento que nos va a hacer pasar a último término.

—¿Quiere decir que ha descubierto un nuevo cemento?

—Virtualmente, sí.

—¿Supone usted —añadió sir Francis— que nuestros amigos de Chayle han inventado o descubierto un nuevo procedimiento de fabricación? Si eso fuese cierto, seguramente ellos lo hubiesen patentado y nos hubieran autorizado a utilizarlo. Eso les habría producido más beneficios que tratar de explotar en secreto su invento.

Tasker se encogió de hombros.

—No sé —replicó lentamente—; ya lo he pensado y no estoy seguro de que tenga usted razón. No es fácil garantizar un procedimiento desde el principio; existe el temor de que un competidor introduzca alguna modificación que le permita utilizarle sin riesgo y por su propia cuenta. Por otra parte, patentar un procedimiento cuesta caro. No sé, pero creo que ellos prefieren explotar en secreto su descubrimiento.

Hubo un silencio embarazoso que Bramwell rompió pronto.

—¿Cuánto tiempo podemos resistir aún, Tasker?

—Si no encontramos medio de salir adelante, no podremos resistir más. Como ustedes saben, estamos llenos de deudas. Habíamos empezado a recuperarnos, pero en el transcurso de los cuatro últimos meses hemos tenido que renunciar a ello. Hemos contraído nuevas deudas y los Bancos no nos concederán más créditos.

—¿Ha tenido usted dificultades?

—Aun no, pero se me ha hecho comprender que habíamos llegado al límite de nuestro crédito.

—La idea de cerrar la fábrica sin lucha me disgusta —declaró sir Francis—. Tal vez voy a abusar de su amabilidad, Tasker —añadió con una sonrisa forzada—; pero usted nos ha dicho en su informe (y nosotros lo sabíamos ya) que usted había sido encargado no sólo de exponernos la situación, sino también de indicarnos el medio de salir de ella. Ha desempeñado usted la primera parte de su misión con su habitual competencia. Pero ¿y la segunda? ¿Ha encontrado algún remedio para estas dificultades?

Tasker encogióse de hombros.

—Temo que no sea tan fácil —admitió—. No veo ninguna solución satisfactoria. —Vaciló y después continuó lentamente—: No hay más que una

posibilidad. No espero gran cosa de ella, pero la expongo por lo que pueda valer. Es idea de King. Él quisiera tener autorización para tratar de encontrar un procedimiento semejante. Pretende que nosotros sabemos una cosa que ignoran los demás competidores: que el cemento Chayle difiere del que se vende en el mercado por los ingredientes nuevos que contiene, y cree, a su vez, poder descubrir el medio de fabricarlo.

Esta sugestión produjo algunas discusiones; se examinaban las posibilidades de buen éxito de King, el tiempo que necesitaría, los gastos que sus ensayos ocasionarían y hasta el lado moral de la cuestión. Finalmente, Bramwell dijo:

—Con permiso del señor presidente, creo que sería preferible llamar a King y oírle.

—Habiendo sido prevista esta demanda, King está aquí.

Brand fué a buscarle.

El ingeniero químico era un joven de unos veintiocho años, de distinguido aspecto. Parecía poseer carácter y energía. Producía la impresión de que lograría siempre todo lo que se propusiera, y de que no perdería la cabeza en circunstancias críticas, encontrando el medio de salir de las situaciones más difíciles.

—Míster Tasker nos hablado de sus investigaciones y del análisis de ese nuevo cemento —comenzó sir Francis—. Pretende que con lo que usted conoce le sería fácil fabricarlo idéntico. Nosotros queremos saber lo que piensa y cuáles son, según su criterio, las posibilidades de éxito.

—Yo quisiera ensayar, señor —respondió el joven—. Creo tener algunas probabilidades de éxito pero no lo puedo afirmar.

—Claro; pero nosotros no pedimos lo imposible. Lo que es necesario saber desde el principio, es si esas posibilidades merecen los gastos que habremos de soportar durante los ensayos, y segundo, si no sería oportuno (le hablo con franqueza) que tuviese un colaborador técnico más experimentado.

—Yo les ruego tengan confianza en mí, por lo menos al principio —respondió King.

—Bien; ya arreglaremos eso más tarde. Dígame cuales son los plazos que marca.

Después de haber respondido a las preguntas que le hicieron algunos miembros del Consejo, King se retiró. Una corta discusión resolvió el asunto. Se le concedería un plazo de un mes para ver lo que podría hacer. Si al final de este tiempo había obtenido resultados interesantes, el plazo se podría prorrogar. Si no, se le colocaría un colaborador técnico, o se abandonaría la tentativa.

Acordado esto, sir Francis se levantó y terminó la reunión.

## CAPÍTULO II

### Empieza la lucha

**D**espués de la partida de los otros, Brand, que reemplazaba al secretario del Consejo, que se hallaba con licencia, se quedó en la sala. Durante unos momentos permaneció cerca de la ventana, perdido en sus pensamientos.

Estaba contento de que King hubiese encontrado una ocasión de distinguirse. Durante los siete años que habían trabajado juntos en las fábricas de Joymount, King y él habían llegado a ser buenos amigos; sin embargo, esta intimidad era debida, mas que a una simpatía especial, al hecho de que su trabajo les ponía en contacto constantemente. En circunstancias ordinarias, no habrían mantenido más que relaciones triviales; pero en Joymount varias razones explicaban su trato: tenían ambos la misma edad, la misma posición social y la misma manera de mirar la vida. Por otra parte, estaban juntos fuera de las horas de trabajo porque los dos vivían en la misma casa y a los dos interesaba por igual la mecánica y la navegación.

La única nota discordante entre ellos provenía de una inocente vanidad de King, que se imaginaba tener una voz bonita. Se le oía a cada instante maltratar los clásicos; o las melodías más conocidas de Schubert, por las que tenía una predilección particular; esta costumbre molestaba a Brand, que era un buen músico.

King consagraba toda su energía a la tarea que le había sido confiada. El asunto Chayle, muy serio para Brand, era todavía más importante para King. Este tenía una buena situación en Joymount y trataría de no perderla. Gozaba de una cierta independencia y sus relaciones con Tasker y los demás miembros del personal eran cordiales. Hasta aquí, su caso era semejante al de Brand.

Pero King tenía razones especiales para desear el éxito. Si descubría un procedimiento bueno, adquiriría a la vez la riqueza y la celebridad. Además, si su invento era superior al de Chayle, gozaría de una autoridad mundial en la industria del cemento rápido. Sí, King haría un buen negocio.

Y King valía realmente. Era un maestro en todas las faenas. Dirigía el laboratorio, vigilaba la cantera de la que se extraía la caliza. el dragado de la arcilla, los aparatos, las trituradoras, los hornos rotatorios, las amasadoras, las cribas, los ascensores, las vagonetas que recorrían la fábrica y el muelle de embarque de los materiales. Gracias a su administración de primer orden, la manufactura funcionaba con la regularidad de un mecanismo de relojería.

Brand echó una ojeada por la ventana antes de redactar el acta de la

sesión. Era una maravillosa jornada de julio. El cálido sol brillaba en un cielo sin nubes. El paisaje era encantador; se contemplaba el estuario del Hamble con su lecho arcilloso y sus aguas de un azul mediterráneo. Al otro lado, a medio kilómetro aproximadamente, se extendía el pueblecito de Hamble y los prados de Hamble Common, que descendían suavemente hacia la bahía de Southampton. Desde la posición en que él se encontraba, es decir, en el lado derecho de la ventana, podía verse la bahía de Southampton y Calshot, sobre la otra orilla. Al joven le gustaba este país y, aparte de otras consideraciones, la idea de dejarlo le entristecía.

Cuando hubo redactado su escrito, la sirena había ya anunciado la hora de comer. Tasker y King se le reunieron y se trajo la comida para los tres de una cantina dependiente de la fábrica.

A pesar de que ellos habían decidido, por un acuerdo tácito, que no hablarían nunca de negocios durante la comida, excepcionalmente se quebrantó la regla. Todos los espíritus estaban demasiado llenos de los sucesos de la mañana para interesarse en otras cuestiones. Sin embargo, hasta después del café la conversación no giró alrededor del asunto que les interesaba.

—He reflexionado sobre una cosa —declaró King, después de un corto silencio—, y aunque no sea de mi incumbencia, quizá pueda hablar de ella. Me he preguntado, Tasker, si no podría usted seguir otra táctica. No es que quiera darle consejos, ya sabe...

Tasker le miró con gravedad.

—No es momento de molestarse —dijo—. El que encuentre una manera de ayudarnos merecerá una medalla. Veamos su idea.

—Ya sabía que pensaría así —replicó King—. Mi idea no conducirá a nada, pero creo que vale la pena discutirla. ¿Por qué no llevamos la guerra al campo enemigo?

Tasker encendió un cigarrillo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

King bajó la voz.

—¿Por qué no va a ver a Haviland, a Mairs o a cualquier otro dirigente de la Chayle para decirle que ellos venden sus productos a precios más bajos que los nuestros y preguntarles cómo pueden hacerlo? Podría hablarles en broma. Claro que no le darían una respuesta satisfactoria, pero tal vez pudiese usted sacar alguna noticia.

Tasker no contestó y Brand intervino:

—¿No les ha hecho nunca esa pregunta?

—No —dijo al fin, Tasker—. nunca. He tratado de hacerlo alguna vez, lo confieso, pero he temido cosechar más disgustos que ventajas.

—No es necesario hablarles del nuevo cemento —observó Brand—, sino solamente de sus precios, que son inferiores a los nuestros.

—Temo que eso no sirva de nada. ¿Tiene alguna idea de lo que podría decirles, King?

—Creo que tal vez podría insinuarle que estaríamos dispuestos a pagar para llegar a un acuerdo.

Tasker aprobó con un movimiento de cabeza.

—¡Ah! He ahí lo que es hablar. Yo podría decirles que deseamos saber cuánto nos costaría llegar a un acuerdo amistoso. ¿Qué piensa usted, Brand?

El joven director juzgó excelente la idea.

—De todas maneras —prosiguió Tasker—, no creo oportuno hacerlo inmediatamente. A mi juicio, King, todo depende de su éxito o de su fracaso. Si triunfa, es mejor que no sepan que nos interesamos por el asunto. Si fracasa, ésta sería una segunda cuerda para nuestro arco.

La observación pareció razonable a los otros interlocutores y se decidió dejar la entrevista para más tarde. Después, King abordó una cuestión secundaria.

—A propósito, Tasker, ¿cómo se propone usted entrar en contacto con esa gente? ¿Irá a visitarles?

—No. Pienso encontrar por casualidad a Haviland en el tren. El va a Londres todos los viernes y de regreso toma el tren de las cuatro y cincuenta en la estación de Waterloo, para Portsmouth. No tendré más que subir en el vagón restaurante y adoptar un aire sorprendido, al verle aparecer; la conversación se empeñará naturalmente.

—Buena idea —aprobó King—. Ahora, Tasker, hay otra cosa de la cual quiero hablarle. Los experimentos que tengo que hacer me darán bastante trabajo.

—Yo creía que el trabajo no le asustaba.

—En efecto, no me asusta. Y le consagraría gustoso el resto de mi existencia. Pero sólo se me ha concedido un mes de plazo y eso me hará tener varios experimentos en marcha a la vez. Necesito ayudantes, Tasker.

Tasker hizo un gesto.

—¿Cuánto nos costaría eso? —le preguntó.

King encogióse de hombros:

—No gran cosa. Dos muchachos a cuatro o cinco libras por semana.

—¿Durante un mes? —dijo Tasker—. De acuerdo. ¿Sabe a quién dirigirse?

—Sí, voy a telefonar a Londres. Podrán estar aquí esta tarde.

—Me pregunto si yo no podría ayudarle en algo —sugirió Brand—. No



estoy ahora muy ocupado, y Harper, mi secretario, que está al corriente de todo, podría hacer una parte de mi trabajo. Aunque no soy químico, creo que podría ser útil.

—¡Maravilloso! —exclamó, encantado, King—. Entre los cuatro tenemos que sacarlo bien. ¿Está de acuerdo, Tasker?

—Sí. ¿Es eso todo lo que quería?

King sonrió.

—No le conocía a usted en ese aspecto complaciente —observó—. Espero que esto durará... Y si con tres ayudantes no obtengo nada útil, abandonaré.

Se tomaron todas las disposiciones. En respuesta a la llamada telefónica de King, dos enérgicos muchachos, Radcliff y Endicott, llegaron por la tarde y desde el día siguiente se pusieron al trabajo con entusiasmo. Brand empleaba las mañanas en su despacho, pero tan pronto acababa de comer, se reunía con los químicos, con los cuales pasaba la tarde y las primeras horas de la noche, realizando, bajo la dirección de King, experimento sobre experimento. Este había adquirido la costumbre de desaparecer misteriosamente, sobre todo al atardecer o durante la noche. Regresaba fatigado y cubierto de lodo, con muestras de arcilla o de cal discretamente ocultas en la maleta, muestras que sometía sin cesar a nuevos tratamientos.

Desgraciadamente, la recompensa a este trabajo encarnizado tardaba en llegar. Una noche, cuando entraba en su casa en compañía de Brand, éste le preguntó:

—¿Cree usted haber obtenido algún resultado?

—Aun no puedo decir nada.

Pero Brand comprobó que estaba inquieto y deprimido.

—Como sabe, he seguido cuatro caminos diferentes. De ellos, dos son callejones sin salida. Pero de los otros dos en este momento no conozco su valor. Dentro de unos ocho días lo sabré.

—¿Tasker ha dicho algo?

—Sí. Quiere intentar hacer hablar a Haviland el viernes próximo.

—¡Ah! ¿Y usted qué opina?

—No puedo aprobarlo. No he sido yo el que ha sugerido esa idea.

Con interés considerable, la noche del viernes los dos muchachos se reunieron con Tasker en su casa a fin de conocer el resultado de sus esfuerzos. Le encontraron un tanto disgustado.

—Bien. Me he encontrado con nuestro hombre en el tren. Ha estado muy atento, mucho más que otras veces. Muy atento y muy franco.

—¿Franco? Creo que no es muy confiado —dijo King.

—Ya lo creo que sí. Tanto que me ha desarmado. Les contaré a ustedes.

Trajo un frasco de whisky y dos vasos. Después de ofrecer un cigarrillo a sus visitantes, continuó:

—Nuestro plan se desarrolló a las mil maravillas. Subí al vagón restaurante del tren que sale de la estación de Waterloo a las cuatro y cincuenta y me senté no lejos del lugar que habitualmente ocupa Haviland. Felizmente para mí todo se arregló bien. Entraron viajeros, pero debí darles miedo, porque ninguno vino a instalarse en mi retiro. Y cuando hizo su aparición Haviland, ocupó, naturalmente, su sitio. Le dije cuánto me sorprendía y encantaba el verle, y como me hiciera una pregunta que el ruido del tren me impidió oír, fui a sentarme a su mesa. La jugada estaba hecha de manera perfectamente natural y sin que él pudiera sospechar mis verdaderas intenciones. Como supondrán, hablamos amigablemente. Después que hubimos tomado el té pensé que había llegado el momento y le pregunté, bromeando, si estaba bien que provocasen tanta agitación en nuestros medios, concediendo descuentos a sus clientes que hacían palidecer de envidia a los competidores. Se puso en guardia y observé que vacilaba sobre la forma en que debía responderme. Decidió por fin ser explícito.

—¿Le dio a usted una explicación?

—Sí, una explicación enteramente razonable. Comenzó a decirme que no hubiera querido confiarse a ninguno de sus colegas, por temor de que su gesto fuese mal interpretado, pero que conmigo no temía nada semejante. Por el momento su casa sufría pérdidas, con la esperanza de beneficios futuros, y estaba persuadido de que yo admitiría que esta conducta estaba plenamente justificada. En estos tiempos de crisis era necesario aprovechar todos los medios decentes para los negocios. Yo convine en ello. Me contó entonces que Mairs había cobrado una herencia. Uno de sus tíos había muerto dejándole una bonita fortuna. Como la fábrica había sufrido las repercusiones de la crisis, Mairs había decidido colocar una parte de ese dinero en el negocio, con el único fin de poder ofrecer a sus clientes condiciones más ventajosas. Arreglo temporal, naturalmente. Ellos esperaban de esta forma restablecer su mercado y poder, una vez asegurada su clientela, volver a los precios antiguos. ¿Qué piensan ustedes?

King hizo un involuntario gesto de admiración.

—Una bonita historia, pero también una linda mentira —declaró.

—¿Esa es su opinión?

—Sí. Y además, Tasker, yo debiera guardarle rencor por haber creído que usted se tragaría ese cuento.

—En suma —replicó Tasker—, yo supongo que él no lo ha pensado.

—Entonces, ¿por qué le ha hablado así?

—Porque su explicación podría ser verdadera. Creería que yo no sabría probar lo contrario.

Los que le escuchaban le miraron con extrañeza.

—Siga usted —dijo King.

—Por lo sucedido —respondió Tasker— es este nuevo cemento la prueba de que existe el procedimiento. Mi opinión se ha reforzado, entre otras cosas, por unas noticias que he adquirido por casualidad.

King sonrió.

—Es usted un pillo —dijo—. ¿De qué se trata esta vez?

—Iba a tomar café al club, cuando llegó Macfarlane. No creo que le conozcan; es mi agente. Empezó a felicitarme por nuestros éxitos en la industria de cemento rápido. Le he preguntado de qué éxitos me hablaba y se puso a bromear, a tratarme de malo y a acusarme de haber encargado a otro agente de colocar mis ganancias mal adquiridas.

—Pero, ¿de qué se trata? preguntó Brand.

—Esto es lo que yo le pregunté, y me costó gran trabajo hacer que me contestara. Se daba cuenta de que había cometido un error y quería arreglarlo. Por fin me confió, bajo la promesa de secreto, que otro agente le había afirmado que las fábricas Chayle estaban en camino de hacer dinero, y que Haviland y Mairs depositaban sumas considerables en el Banco. Él pensó que sus competidores hacían lo mismo. Y eso es todo.

Tasker parecía haber terminado.

Los demás le miraron estupefactos. Después King lanzó un juramento.

—Entonces el asunto es más grave aún de lo que suponíamos —declaró—. Deben producir a un precio mucho más bajo de lo que nosotros creíamos.

—Por otra parte —observó Brand—, si el tío de la herencia no es un mito y verdaderamente ha dejado una gran fortuna, se explicarían perfectamente esos ingresos.

—No —dijo Tasker en tono convencido—. Si la historia del tío es cierta, sólo Mairs habría podido hacer esos ingresos. Haviland los ha hecho también. King tiene razón. El asunto es más serio de lo que suponemos. Durante una hora continuaron discutiendo los tres y, por fin, se separaron.

## CAPÍTULO III

### Un pacto absurdo

**A** medida que pasaban los días y se aproximaba el plazo, el carácter de King, se agriaba; no solo no había descubierto el secreto, sino que empezaba a dudar de encontrarlo nunca. Era inútil que él y sus ayudantes hubieran trabajado amenizados por fragmentos de la «Marcha Militar» o de la «Sinfonía Inacabada», hasta las dos o las tres de la mañana. El procedimiento se les escapaba siempre. En un momento de desfallecimiento confesó a Brand su angustia y su temor de ir a un fracaso.

—Si yo no encuentro la fórmula, estoy perdido —dijo con amargura—. Ocasión como esta esta no se me presentará jamás. Por un lado la celebridad y la fortuna; por el otro, la ruina. He debido más de una vez rozar la solución, y, por falta de uno o dos pequeños detalles, voy a perder. Este solo pensamiento me pone enfermo.

Eran las tres de la mañana y los dos jóvenes, cansados y descorazonados, regresaban a sus habitaciones. La noche era maravillosamente clara.

King maldecía de su destino. Brand estaba tanto más impresionado cuanto que era la primera vez que veía al químico mostrarse inseguro. Le compadeció durante un momento, pero como parecía no pensar más que en sí mismo, sintió que se desvanecía su simpatía.

—Querido amigo —dijo al fin, irritado por la diatriba egoísta del otro—, no es usted el único que va a padecer. Si fracasa, todos perdemos nuestra situación. Tasker tal vez podrá librarse, pero yo no tengo fortuna personal y no encontraré nunca una colocación como ésta. No se trata únicamente de usted.

King se volvió hacia él y le miró con aire de asombro.

—Ya lo sé, Brand —le dijo—. Parece usted aceptar la situación con mucha sangre fría. Me pregunto si comprende el alcance de este fracaso. Piense un poco en ello antes que sea demasiado tarde.

—¿Para qué? —replicó Brand—. Eso no servirá de nada. No me moriré de hambre; ya encontraré alguna cosa, aunque no sea más que una plaza de empleado.

—¿Está seguro? —dijo King con tono agresivo—. ¿De dónde saca esa certidumbre? Supongo que sabrá que hay millares de empleados de oficina sin trabajo. No crea que por haber sido director cualquier patrón se alegre de colocarle. Se lo digo yo; al contrario, lo evitará. Pensará: «Este hombre que ha sido director querrá mandar en todo. Prefiero alguno más modesto.» Y no

tendrá más que elegir. Se lo repito, Brand, si la fábrica se hunde, se hunde usted también. No quiera engañarse.

En aquellos momentos de abandono y desfallecimiento, Brand se hacía las mismas reflexiones, y, a pesar de todos sus esfuerzos, se apoderaban cada vez más de su ánimo. El razonamiento de King era lógico; no estaba seguro de encontrar un empleo. Centenares de hombres tan competentes como él estaban sin trabajo; ¿por qué había de ser él una excepción?

Y qué le sucedería si no lograba encontrar empleo? El pequeño capital que poseía estaba colocado en Joymount. Si la Sociedad quebraba, su dinero desaparecería, y en poco tiempo se encontraría sin recursos.

Brand se decía a sí mismo que esta penosa impresión era debida a fatiga física y que algunas horas de descanso serían suficientes para disiparla. Pero en su interior sabía que se equivocaba y que por primera vez se hallaba en presencia de hechos inevitables. Comprendía que si perdía su colocación caería en un abismo sin fondo.

—Que el diablo le lleve, King ! —refunfuñó—. No es usted muy divertido. Estamos fatigados y tenemos necesidad de descanso. Vamos a acostarnos y mañana por la mañana lo veremos todo menos sombrío.

King pasó su brazo por debajo del de Brand, como para retenerle.

—No —le dijo—, no se vaya. Tengo una idea en la cabeza, pero antes de comenzar a discutirla, es preciso saber dónde nos encontramos.

—Esperemos hasta mañana.

—No; aprovechemos esta ocasión. Sólo Dios sabe lo que puede ocurrir mañana por la mañana. Vamos, no sea tonto. ¿No comprende que tal vez nuestra vida está en juego?

Brand ahogó un juramento.

—Vaya —dijo con buen humor—, veamos esa famosa idea.

—Voy en seguida. Pero antes quiero saber lo que sería de usted si fracasaran nuestros trabajos.

Por primera vez, Brand manifestó cierto interés. La actitud de King había cambiado. No parecía ni cansado ni descorazonado. Se diría que era presa de una excitación que no podía reprimir. Su amigo se sintió arrastrado por esta emoción y de repente se dio cuenta de que King no se había descorazonado nunca, ni había maldecido de su destino. Era sencillamente una actitud que había adoptado... por una razón desconocida.

—Vamos a ello —le dijo con buen humor—. Si tiene usted una idea, venga pronto.

—Quiero saber —repitió King gravemente— lo que será de usted si nosotros fracasamos. Contésteme. Luego le diré lo que he pensado.

Brand estaba cada vez más impresionado. No dudaba que el químico le quería hacer una proposición importante. Como no contestase, King continuó:

—Hemos quedado en que si la fábrica quiebra, perderemos nuestra colocación. ¿Tiene usted recursos personales, Brand? No quiero mezclarme en sus asuntos, pero esto es de gran importancia. En cuanto a mí, no tengo fortuna ninguna.

—Yo tampoco — replicó lentamente Brand—. Tenía un pequeño capital, teóricamente lo tengo, pero está colocado en la fábrica.

—Entonces, si la casa quiebra, su dinero desaparece.

—No me quedará nada.

—Estamos, pues, los dos ligados a la misma suerte. ¿Tiene usted parientes? Si se cerrase la fábrica, yo quedaría solo y sin recursos.

A medida que King hablaba, Brand se iba dando cuenta de todo el horror de su situación. ¡Solo y sin dinero! ¡Aterradora perspectiva! Tal sería su destino si la fábrica se cerraba. Por primera vez, Brand sintió pánico.

King no repitió su pregunta, ya que había obtenido el efecto que buscaba. Estuvo un momento sin hablar y después inquirió suavemente:

—¿Qué daría usted por obtener la seguridad?

Esta frase sorprendió a Brand. ¿Qué daría por obtener la seguridad? ¡Cualquier cosa, no importa cuál fuere! Su seguridad era lo único que deseaba.

—¡La seguridad! —prosiguió King—. Y no sólo esto. ¿Qué daría por obtener la fortuna? ¿Y qué daría por obtener la seguridad y la fortuna en lugar de la ruina?

¡La seguridad! ¡La fortuna! Estas palabras evocaban una visión tan maravillosa, tan tentadora, que Brand se sintió transportado. Sin embargo, su respuesta fué tranquila:

—¿Para qué hablar de esto? Sabe usted tan bien como yo que daría todo lo que poseo... es decir, nada, desdichadamente.

King hizo un gesto de protesta.

—Ese es el error, Brand —dijo con calor—. Podría ser algo. Fíjese en que yo admito que podemos fracasar. Pero creo tener un noventa y nueve por ciento de probabilidades de éxito. Brand le miró sorprendido.

—¡Por amor de Dios!, explíquese! —dijo.

A pesar de que se hallaban solos en la carretera, King bajó la voz.

—El nuevo cemento nos salvaría —declaró—. Hay un medio de descubrir el secreto de su fabricación.

—¿Cómo? —preguntó Brand, lacónicamente.

—Yendo a buscarlo a las fábricas de Chayle.

Brand tuvo una risa sarcástica.

—¿Se imagina usted que serían tan complacientes como para mostrárnoslo?

—Vamos, no sea tonto. Naturalmente que no lo serían, pero nosotros no vamos a pedirles que lo hagan.

—No comprendo adónde quiere ir a parar, King.

—No les molestaríamos mucho —continuó el químico—. Haríamos la visita... en secreto.

—¿Quiere decir que entraríamos por asalto? —preguntó Brand sin rodeos.

—Teóricamente, sí —admitió—; prácticamente, no. Voy a explicárselo; Iríamos de noche a la fábrica, escalaríamos el muro y visitaríamos los talleres. De esta forma descubriríamos el secreto.

Brand hizo un gesto nervioso.

—Pero usted me está hablando de un delito. Me propone robarles su descubrimiento.

—¿Y qué estamos haciendo ahora? —exclamó brutalmente King—. ¿Qué estamos haciendo desde hace tres semanas, con la aprobación de todos los interesados? Tratamos de robarles su idea. Compramos sus productos; lo analizamos y procuramos descubrir su secreto. ¿No nos esforzamos por perfeccionar la fabricación del cemento? Estamos tratando de tomar sus beneficios por nuestra cuenta ¿No es esto un robo? Y ustedes se han ocupado en ello tanto como los otros.

Brand sacudió la cabeza.

—Eso no es lo mismo. Lo que nosotros hacemos es perfectamente legítimo. Tenemos derecho a hacer trabajar a nuestras manos y a nuestro cerebro.

—Brand, me sorprende. ¡Eso es hipocresía, y usted lo sabe! Sabe tan bien como yo que no hay gran diferencia entre lo que le propongo y lo que ya hemos hecho. Hemos tratado de violar su secreto en nuestra casa; vamos a intentar hacerlo ahora en la suya. He ahí la única diferencia.

Brand comenzaba a protestar, pero King le interrumpió de manera salvaje.

—Por otra parte, ¿han pensado ellos en nosotros? No; podemos morirnos de hambre, que a ellos nada les importará con tal de que doblen sus beneficios. ¿Cree que no tenemos derecho a defendernos?

Brand intentó replicar de nuevo, pero King se lo impidió.

—A usted le toca decidir —declaró—. Yo no puedo actuar solo. Es necesario que alguien me ayude, y usted es el único que puede hacerlo. ¿Quiere salvar a todo el personal de la fábrica Joymount, a la vez que se salva a sí mismo, o bien se detendrá ante un escrúpulo tonto y no hará nada por evitar la ruina? Vamos, Brand, si el asunto no le interesa personalmente, piense en

aquellos para quienes es cuestión de vida o muerte. No se deje dominar ahora por los escrúpulos.



Cuanto más reflexionaba sobre la idea, más odiosa le parecía.

Brand guardó silencio. La proposición de King era tan inesperada, que no sabía qué responderle. No presumía de tener un sentido moral más perfecto que cualquiera, pero la idea del robo le espantaba. Por otra parte, temía la pena que le amenazaba, si se descubriese el delito.

¿Pero sería realmente un despojo? Si ellos no robaban nada material, ¿sería esto en realidad un robo? King pretendía que no. Pero ¿tenía razón? Brand no estaba seguro. ¿Serían simplemente culpables de una violación de propiedad?—

Cuanto más reflexionaba sobre la idea, más odiosa. Pero ¿tenían alguna importancia sus simpatías o sus antipatías? ¿No debía sacrificar sus escrúpulos por el bien de la comunidad?

Debía elegir entre dos males; por un lado, el envilecimiento moral y tal vez la prisión; por el otro, su ruina y la de todos sus amigos.

¡La ruina!

La voz de King interrumpió una vez más el curso de sus pensamientos.

—He olvidado decirle —dijo— que si realizamos el proyecto de que le acabo de hablar, no hay el menor miedo de que se descubra. No tiene nada que temer.

Este fué el argumento que acabó con la resistencia de Brand.

—¡Bravo! —exclamó King, cuando su amigo le anunció su decisión—. Ya sabía yo que no me abandonaría. ¿Se da cuenta de que son más de las cuatro? Vamos a acostarnos, y volveremos a hablar de esto por la mañana.

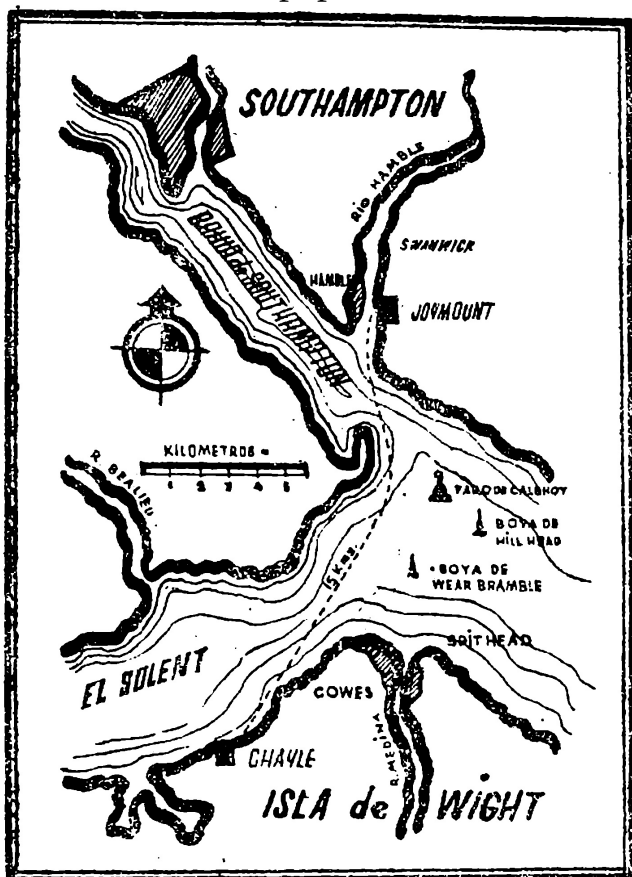


Creo inútil recordárselo, pero ni una palabra a nadie.

Al día siguiente, después de la comida, volvieron a hacer alusión al asunto. King dejó el trabajo a sus dos ayudantes, Radcliff y Endicott, y llamó a Brand a su oficina.

—Ahora déjeme decirle lo que he hecho; después celebraremos nuestro consejo de guerra.

Encendió un cigarrillo y, recostándose en su sillón, extendió un brazo hacia un rollo de papeles.



—Observe este mapa de Estado Mayor. Vea usted dónde estamos: aquí la costa Noroeste de la isla de Wight y el Solent. Aquí Thorness Bay, en la costa, a cinco o seis kilómetros aproximadamente de Cowes. Estos edificios en la orilla de Thorness Bay son las fabricas Chayle. Vea su posición en el pequeño valle, entre dos colinas poco elevadas, de cara al estuario del Beaulieu; como sabe, distan de nosotros aproximadamente quince kilómetros.

—Difícilmente puedo ignorarlo.

—Es cierto. Pero yo empiezo por el principio. Conoce usted también las fábricas. Las ha visto

cien veces desde el Solent, pero ¿se ha aproximado alguna vez a ellas?

—Ahora que me lo pregunta me doy cuenta de que nunca lo he hecho

—Lo suponía. Yo he ido y lo he mirado bien. He comprobado que los edificios están rodeados de un elevado muro. También he observado que Haviland y Mairs han construído un pequeño puerto en el que generalmente suele haber dos o tres barcos de vapor o petróleo.

—He hecho la misma observación.

—Bien. Una tarde fui a Cowes y salí después de anochecido. Fui a las fábricas y descubrí que aquello parece un castillo medieval. No hay más que dos entradas, una sobre el muelle y otra sobre la carretera.

—El secreto está bien guardado —dijo Brand.

—Sí, pero he hecho otro descubrimiento mas interesante aún. En el transcurso de una conversación en un bar cercano, he sabido que el muro es de

construcción bastante reciente. Fué levantado hace tres años.

—Época en que, sin duda, cambiaron la maquinaria para fabricar el nuevo cemento.

—Seguramente. Claro que me habría gustado penetrar en el interior de la fábrica, pero no pude hacerlo. Ya sabe usted que el terreno no es más elevado en Cowes que aquí. Hay riberas escarpadas, con setos y matorrales, tras los que se puede uno ocultar. Al día siguiente por la tarde volví a Cowes provisto de algunas provisiones y de una manta. Dormí en la canoa automóvil y, antes del alba, gané la orilla y me dirigí hacia la Chayle. Cuando salió el sol, ya estaba yo sobre un altozano desde donde podía ver la fábrica.

Comparando los edificios con los que ya están señalados en el mapa de Estado Mayor, descubrí que allí había dos más. Tenía buenos gemelos y comprobé que las paredes de estos edificios parecían nuevas. Y supuse que habían sido construidos al mismo tiempo que se levantó el muro que los rodea y que allí se encierra el secreto que nosotros codiciamos.

—¿Se quedó allí todo el día?

—No. Estuve en mi puesto hasta la hora de comer, e hice algunas observaciones interesantes. A primera hora asistí a la llegada del personal y a la marcha de un pequeño grupo, a cuya cabeza iba un tipo grandote, que cojeaba y que debía ser el vigilante nocturno. Observe también que, a pesar de que incesantemente entraban camiones en la fábrica, la puerta era abierta para cada vehículo y cerrada inmediatamente. Y sobre el muelle donde está almacenado el cemento había un hombre de guardia.

—Se ve que no quieren correr ningún riesgo.

—Me hice pasar por un escocés venido a Inglaterra por motivos de salud. Entré en todos los bares que encontré; hasta que me favoreció la suerte: el vigilante de noche entró en el establecimiento al que yo acababa de llegar.

—¿Cómo lo reconoció?

—Primero pensé que era él. Le había visto con los gemelos. Me puse a hablarle y le ofrecí una botella de cerveza. Es un tipo taciturno, pero la segunda botella le soltó la lengua y me contó muchas cosas de la fábrica. Me dijo que tres años antes, la casa había instalado unos hornos nuevos. Fué entonces cuando construyeron el muro y los dos edificios. La firma hacía buenos negocios a pesar de que se aumentaron los sueldos de todo el personal. Pensando que ya habíamos hablado bastante de la fábrica, desvié la conversación y la hice recaer sobre él mismo. Me dijo su nombre, Clay, me habló de su pasado. Estaba solo en el mundo, me dijo. Antes conducía un camión de la casa. Pero hacía tres años sufrió un accidente. Pretende que no fue suya la culpa; un imbécil se le había atravesado. El volante le causó graves

contusiones y, no pudiendo continuar su trabajo, le nombraron guardián de noche.

—Vaya, King —declaró Brand—, lo ha hecho usted perfectamente. Lo sabe todo... excepto lo que nos hace falta.

—De acuerdo —admitió el químico—. Pero supongo que convendrá conmigo en que para obtener ese resultado tenemos que penetrar en el interior de esos edificios nuevos. Eso es lo que yo quiero hacer esta noche.

—¿Están cerrados?

King encogióse de hombros.

—Esta noche escalaremos el muro. Y si luego nos encontramos con las puertas cerradas ya veremos. Trataremos de llegar al fin. Quizá encontremos alguna ventana. Ahora, Brand, en este asunto soy yo el que manda. Entre en casa y acuéstese; partiremos después de cenar.

—No tengo necesidad de dormir. Estoy fresco y dispuesto.

—Pero no lo estará a medianoche. Necesita dormir y dormirá. Vamos, sea amable y no se resista.

Brand se marchó, íntimamente persuadido de que el químico tenía razón. Echóse sobre la cama y, después de cuatro horas que le parecieron diez segundos, King vino a despertarle, diciéndole que la cena estaba servida.

## CAPÍTULO IV

### La primera tentativa

**H**acia las diez de la noche, King y Brand abandonaron la pensión, pretextando que, como de costumbre, iban a trabajar a la oficina y que no sabían cuándo regresarían. La noche era bella, aunque un poco demasiado clara. Había luna llena, mas, por fortuna, gruesas nubes velaban su resplandor. Tendrían suficiente luz, pero deberían vigilar para no dejarse ver.

King atravesó el patio de su casa para llegar a una pequeña cabaña que le servía de taller. Sabía trabajar la madera y el metal y esta cabaña representaba para él un santuario más sagrado todavía que su laboratorio.

—Tenemos que coger algunas cosas —explicó—. ¿Que piensa usted de esto? Lo he hecho la semana pasada.

«Esto» era una escalera de madera y cuerda, muy sólida y muy ligera, y tenía la forma de una A, sin la barra del medio. Un lado de la A era de madera, mediría cinco metros podía plegarse en dos. En el extremo superior se fijaba la escalera de cuerda, que tenía aproximadamente las mismas dimensiones y que formaba el otro lado de la A.

—Mire —le hizo observar King—, cuando está plagada, cabe fácilmente en la canoa automóvil. Cuando estemos al pie del muro, la desplegaremos y alcanzará hasta la parte superior. Subiremos, arrojaremos la escalera hacia el otro lado y descenderemos fácilmente. ¿Comprende?

Brand le expuso su admiración. Desde que había vencido todos sus escrúpulos encontraba un placer infantil en la aventura.

—¿Quiere cogerla? Yo llevaré otros accesorios.

Brand se echó la escalera a la espalda. King recogió un paquete que estaba preparado en el suelo y salieron de la cabaña.

—Es mejor que no tomemos el camino de la fábrica' —dijo King en voz baja—. Si nos encontramos con alguien, nuestro cargamento podría atraer sospechas. Pasemos por la costa.

Descendieron hacia la playa y siguieron un sendero cubierto de fina hierba que no conservaría la huella de sus pasos.

—¿Qué ha puesto en ese paquete? —preguntó Brand.

—Sacos viejos para el caso de que el muro esté cubierto en su parte superior con trozos de cristal —replicó King—, cuatro lamparas eléctricas, dos para nuestro uso y otras dos de repuesto. Dos caretas para evitar que se nos reconozca si alguien nos viese. Un surtido llaves para diferentes clases de

cerraduras. Guantes para no dejar huellas digitales. Eso es todo. ¿He olvidado algo?

Brand pensaba que no. En realidad, estaba muy impresionado por la perfección de estos preparativos.

Se acercaban al muelle de las mercancías. Dada la posición resguardada de las fábricas sobre el estuario del Hamble, la construcción de un puerto habría sido inútil. Se había levantado, paralelo a la costa, un espigón de cemento armado y las aguas fueron dragadas para permitir aproximarse a los barcos ligeros. En el extremo del muelle elevábase el cobertizo donde se guardaban las embarcaciones de la fabrica, y en él tenían sus respectivas canoas automóviles.

—Tomaremos su canoa —dijo King—. Es la más pequeña y silenciosa de las dos. —

Caminaban con precaución, ante el temor de ser sorprendidos por la tripulación del pequeño barco atracado al muelle. Abriendo sin ruido la puerta del cobertizo, colocaron su cargamento en la canoa de Brand, una embarcación de aspecto sólido, con la popa cuadrada. King añadió un par de remos ligeros. En el momento en que Brand iba a arrancar, le detuvo.

—Todavía no, amigo mío —susurro—. Necesitaremos una coartada. Los buenos delincuentes se la procuran siempre. Venga conmigo.

Dirigiéronse hacia la entrada de la fábrica, que se hallaba rodeada de un muro, como la de Chayle. El vigilante les divisó y vino hacia ellos.

—Buenas noches, Taylor —dijo King—. Vamos a trabajar hasta tarde, quizá toda la noche. No se preocupe por nosotros. Cuando hayamos acabado, ya sabremos salir.

El viejo se tocó la gorra con un dedo.

—Muy bien —señores— respondió.

Una vez en el laboratorio, King cerro la puerta con llave, encendiendo la luz, y corrió las cortinas. Después, los dos hombres pasaron a la oficina particular del químico, cerrando las dos puertas con llave. Tras de apagar la luz eléctrica y haber sacado las lámparas del bolsillo, King dijo:

—Dejaremos encendida la luz del laboratorio para hacer creer que trabajamos. Vamos a salir por aquí.

A la vez que hablaba, cogió una cuerda de nudos, uno de cuyos extremos estaba sólidamente fijado al interior de una alacena, y lanzó el otro extremo por la ventana.

—Baje —dijo—. No tenga miedo; es bastante larga.

—Ha pensado usted en todo —dijo Brand, pasando una pierna por encima del marco de la ventana.

El laboratorio estaba situado en el primer piso del edificio destinado a oficinas, y tras un descenso de seis metros, el joven se encontró en el suelo. Soltó la cuerda. Durante unos segundos ésta se agitó violentamente; King se encontró bien pronto a su lado.

—Si regresamos por el mismo camino y si, después de haber hecho desaparecer la cuerda, salimos por la puerta mañana por la mañana, Taylor jurará que hemos pasado la noche en el laboratorio. Radcliff y Endicott lo jurarán igualmente, porque yo he adelantado tanto en el trabajo que si mañana se lo enseño estarán seguros de que hemos necesitado toda la noche para realizar esa tarea.

Brand le felicitó de nuevo y se dirigieron hacia la costa. Después de haber escalado el muro, ganaron el cobertizo de las embarcaciones.

—Vamos a empujar la canoa —susurró King— y dejarla alejarse sola del muelle. Después emplearemos los remos.

Una vez que hubieron forrado los remos con trapos colocados sobre la borda, lanzaron la canoa, que pasó sin ruido, rozando el casco del vapor, y desapareció en las tinieblas. Después Brand deslizó los remos en el agua y se puso a remar.

Cuando hubieron llegado a la bahía de Southampton, encendieron las luces y pusieron el motor en marcha. Seguían la orilla, evitando la ruta de los grandes paquebotes que van a Southampton, dejando a estribor el faro flotante de Calshot y la boya de Hill Head, salieron al mar abierto hasta la altura de Cowes Roads y entre la boya de West Bramble y la Punta de Egipto. Después se acercaron de nuevo a la orilla y ganaron la Punta de Gurnard. King, entonces, tarareando la «Marcha militar», paró el motor y apagó las luces.

—No nos queda más que una milla por recorrer —explicó—. Es mucho mejor remar. Pongámonos los guantes y las caretas.

Estaba más nublado, lo que en cierto sentido era preferible. Sin embargo, Brand temía que el regreso se hiciese difícil por la niebla que iba espesándose.

—No podemos arriesgarnos a llegar a su puerto —dijo King—. Atracaremos en seguida aquí. Por tener los pies un poco mojados no nos moriremos.

—La maniobra es fácil —replicó Brand—; pero ¿cómo nos arreglaremos dentro de algunas horas? Ahora la marea está alta, pero si tardamos en regresar, encontraremos nuestra lancha sobre la arena.

—Arrojaremos el ancla un poco distante y ganaremos la orilla a pie. Será mejor.

King tomó un bichero que sumergió en el agua y después arrojó el ancla.

—Aproximadamente, medio metro de profundidad —dijo—. Ahora no

nos olvidemos nada. ¿Tiene las lámparas de bolsillo? Bueno. Coja la escalera; yo me ocuparé de lo demás.

—Comprendido. Vamos.

Una vez que se hubieron descalzado y remangado los pantalones, entraron en el agua. Por suerte, no tuvieron que recorrer un trayecto largo; pronto se encontraron sobre la arena seca. Entre el pie del escarpado y el agua corría un sendero que se pusieron a seguir hasta el momento en que vieron el muro de la fábrica levantarse ante ellos. King eligió un sitio donde apoyar la escala y los sacos —porque el muro estaba erizado de vidrios— y minutos más tarde los dos hombres se encontraban dentro del recinto. El químico debía de haber estudiado bien el mapa, porque se puso en marcha sin vacilar.

—Este edificio es antiguo —murmuró—, pero un poco más lejos hay uno nuevo.

Lo alcanzaron en seguida. Construido de ladrillo, era bastante largo, pero ni muy ancho ni muy alto, y provisto, a unos dos metros y medio del suelo, de una hilera de ventanas débilmente iluminadas. Del interior salía el ruido sordo y pesado de máquinas en marcha.

—Los nuevos hornos —cuchicheó King.

Después de haber seguido unos momentos a lo largo del edificio, descubrieron una gran puerta de roble con un postigo provisto de una cerradura Yale. King hizo un gesto de contrariedad al ver que el postigo estaba cerrado con llave y que su ganzúa no podía abrirlo.

—Imposible entrar —dijo—. Vamos a ver el segundo edificio.

Con grandes precauciones, dirigieron hacia el sitio designado, donde se encontraron con las mismas dificultades. Este edificio, de dimensiones idénticas en apariencia a las del primero, estaba también cerrado y de él salía el mismo ruido de máquinas en marcha.

Brand expresó su disgusto en voz baja, pero King movió la cabeza.

—Esto no es nada. Lo esperaba. Entraremos la próxima vez. —Después de una ligera vacilación, continuó—: Deseo hacer una inspección general del lugar. Es inútil que corramos el riesgo de ser sorprendidos los dos. Vuelva adonde está la escala y espéreme.

Brand inclinó la cabeza y, mientras King desaparecía como una sombra, volvió furtivamente al pie de la escala y se dispuso a esperar, preocupado porque no habían podido penetrar en los edificios nuevos y examinar los hornos.

Sin embargo, King parecía satisfecho. Aparentemente, esperaba no haber podido visitar los edificios. ¿Por qué, entonces, esta expedición? Brand estaba desconcertado, pero tenía confianza en el joven químico y llegaba a suponer

que había alcanzado una meta oculta.

Pronto Brand encontró larga la espera y se preguntó con inquietud creciente lo que podría detener a King. De pronto, éste se le reunió.

—Ya hemos terminado por esta noche —dijo— Vamos a ver si nos hemos dejado huellas. Partiremos en seguida.

Brand reprimió su ansiedad y no hizo ninguna pregunta. Después de haber franqueado el muro y retirado la escala, dirigiéronse hacia la embarcación. En este momento interrogó Brand a su compañero, que le replicó:

—No hemos obtenido gran cosa, pero yo no esperaba mucho más. Sólo se trata de un reconocimiento preparatorio. Volveremos otra vez y espero que entonces descubriremos lo que necesitamos; pero he tenido suerte: he visitado las oficinas.

—¡Gran Dios! ¿Cómo se las ha arreglado?

—Ha sido la casualidad. Cuando le he dejado a usted y me he escurrido hacia el supuesto emplazamiento de las oficinas, casi fui sorprendido por dos tipos que hacían una ronda, pero tuve tiempo de ocultarme y pasaron sin verme. Parece que no eran más que un equipo de noche.

—Sí, me asombra que esté todo tan en calma.

—Pues he ahí la razón: esta mañana no he visto dejar la fábrica más que a una pequeña cuadrilla. Quería ver dónde se queda el vigilante y saber si cumple bien su obligación o si pasa el tiempo durmiendo. Entonces fue cuando me favoreció la casualidad. En el momento en que llegaba delante de la puerta de un edificio, ésta se abrió para dar paso a mi amigo del bar. Me escondí detrás de un barril y no me vio. Cuando se hubo marchado, decidí aprovechar la ocasión y me introduje a través de la puerta que había dejado abierta. Atravesando una pequeña pieza, confortablemente caliente y alumbrada y donde la cena del guardián estaba dispuesta, recorrí un pasillo que me parecía que llevaba a las oficinas. No me había equivocado y pude visitar todas las oficinas y el laboratorio. He tenido una suerte inaudita.

—Pero ¿ha encontrado usted algo?

—No he descubierto el secreto, si es eso lo que quiere usted saber. Pero en nuestro caso no hay que despreciar ningún medio de información. No se alborote, Brand. Con un poco de suerte lo lograremos.

—¿El vigilante no le ha visto salir?

—No. He salido antes de que regresara.

Una vez a bordo de la canoa; remaron hasta la Punta de Gurnard antes de poner el motor en marcha, y volvieron a tomar los remos, en el momento de entrar en el Hamble. Con las luces apagadas, ganaron el muelle y metieron en silencio la embarcación en el cobertizo. Dejando todos los instrumentos en su



interior, subieron por la cuerda y se encontraron en la oficina de King. Hablando en alta voz, pusieron de manifiesto el trabajo que ellos querían acreditar haber hecho, apagaron la luz del laboratorio y descendieron hacia la puerta de entrada. Tuvieron buen cuidado de ir a ver al vigilante y desearle una buena noche. King llamó la atención del hombre sobre la hora, diciéndole que habían trabajado de firme y que no era tan tarde como ellos creían. Después, tomando lo que habían dejado en la canoa automóvil, regresaron a la pensión, dejaron los instrumentos en el taller de King y fueron a acostarse. Hubiesen o no obtenido resultados interesantes, Brand tenía al menos la seguridad de que no habían sido descubiertos.

Esta opinión se confirmó a la mañana siguiente. Radcliff y Endicott quedaron visiblemente sorprendidos por la cantidad de trabajo realizado en el curso de la noche, y Brand comprendió que su testimonio, unido al del vigilante, les daba una coartada indestructible. Además, ellos no habían dejado huella alguna de su paso por Chayle. Si todos los planes de King se desarrollaban igual que la expedición de la noche precedente, las fábricas Joymount se salvarían.

Sin embargo, el tiempo pasaba. Era jueves y el Consejo debía reunirse el miércoles siguiente. Los consejeros sólo, acordarían darle otro plazo a King si los resultados obtenidos por el químico les parecían prometedores.

Brand había querido discutir el asunto con King, pero éste, a la mañana siguiente de aquel jueves, no apareció por la fábrica. Nadie, ni aun el mismo Tasker, sabía dónde había ido.

El sábado tampoco se le vio, pero por la noche había luz en su taller. Brand fué a llamar a la puerta, que estaba cerrada con llave, y King apareció.

—Es usted gracioso —dijo Brand—. ¿Dónde diablos ha estado durante todo este tiempo?

—En diferentes sitios —respondió King, riendo—. He ido a Exeter y Londres. ¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió el joven director—. ¿Qué entiende usted por ese «por qué»? ¿Cree que yo no me intereso por lo que sucede?

—¿Está dispuesto a realizar nuestra expedición decisiva mañana por la noche? —preguntó King

—¿A Chayle?

—Sí. Como la otra vez, con la única diferencia de que encontraremos lo que buscamos.

—Estoy dispuesto. Pero ¿por qué espera usted obtener mejores resultados?

—No lo espero, estoy seguro de ello. —King se volvió y abrió un cajón de su mesa de trabajo—. Mire.

En el fondo del cajón estaban colocadas algunas llaves Yale a la espera de pulimento.

—Las llaves de Chayle —cuchicheó King con acento de triunfo.  
Brand no pudo menos que dirigirle una mirada de estupefacción.

## CAPÍTULO V

### El azucarero

**P**ero querido amigo, es preciso que me lo cuente todo.

Era media hora más tarde y los dos hombres seguían el sinuoso camino que lleva a Swanwick.

—No hay ningún misterio —explicó King—. Desde hace tiempo, como ya creo haberle dicho, estaba persuadido de que para tener éxito tenía que visitar las fábricas Chayle. En este caso, podía necesitar llaves, de modo que desde el principio he pensado en la manera de procurármelas.

—A los hechos —dijo Brand.

—Ya llego. Gracias a nuestra a pasada expedición, supe que necesitaríamos no sólo llaves, sino llaves Yale y de pequeñas dimensiones. Como es bastante raro ver llaves pequeñas abriendo puertas grandes, deduje que los propietarios las habían hecho hacer tan pequeñas con el único fin de poder llevarlas constantemente sobre ellos, y que los bolsillos de Haviland o de Mairs debían contener un surtido de siete u ocho pequeñas llaves Yale. Decidí no dejar escapar la ocasión de asegurarme de ello.

—Pero, ¡gran Dios, King! ¿No querrá hacerme creer que ha registrado sus bolsillos?

—¿Todavía con escrúpulos? No sea tonto, Brand. Además, en este caso particular, su honorabilidad no está comprometida; es mejor que no le diga nada más.

Brand estaba muy turbado. Si King había hecho de ratero, él prefería no estar mezclado en el asunto. Después pensó en las ventajas que él mismo y los otros sacarían de los actos del químico y de nuevo resolvió ayudarle.

—Perdóneme, King —le dijo—. Era un escrúpulo pasajero. Ya sabe que estoy con usted.

King inclinó la cabeza.

—Ya lo sé. Y créame que comparto sus escrúpulos. Pero no olvidemos que no vamos a perjudicar a nadie y que simplemente impediremos que se nos perjudique a nosotros. Me hacía falta poner la mano en los bolsillos de Haviland o en los de Mairs y comprobar la existencia del surtido. ¿Cómo iba a hacerlo? Tasker me dio la idea al decir que todos los viernes, Haviland tomaba el tren de las cuatro y cincuenta para Portsmouth. Yo podía también viajar en el mismo tren. El lugar del encuentro estaba resuelto. Por otra parte, sucede con frecuencia que los viajeros se duermen. Como Haviland no me conoce, pensé

haber encontrado la ocasión que buscaba.

»Arreglé todos los detalles de mi plan y el viernes último (es decir, ayer) fui a Londres, donde volví a tomar el tren, instalándome cerca de Haviland en el vagón restaurante. Elegí un sitio desde el cual podía observarle sin que lo notase. Cuando penetre en el vagón, leía el periódico y no levantó los ojos, de suerte que él no me observó. Pero yo vi todo lo que quería ver. Tomó dos tazas de té, en cada una de las cuales puso dos terrones de azúcar, es decir, en total cuatro terrones. Después supe que Haviland es un hombre metódico, y deduje que en cada viaje toma cuatro terrones de azúcar en su té.

»El jueves último comencé a ejecutar mi plan. Subí al tren que sale de Exeter para Waterloo a las dos y veintiocho y fui al restaurante para tomar el té; me retrasé adrede después de la marcha de los demás comensales. Aprovechando un momento en que los camareros se habían alejado, saqué un cigarrillo de mi pitillera y me levanté para irme. A pesar de que nadie me observaba, obré con gran prudencia. Dejé caer el cigarrillo sobre una de las mesas próximas y me incliné para recogerlo. Al levantarme, un azucarero y su contenido se hallaban en mi bolsillo. Volví, a mi departamento y guardé el azucarero en la maleta. Supongo que los camareros notarían la falta del azucarero, pero como el que estaba sobre mi mesa no había desaparecido, no tenían ninguna razón para imputarme el robo.

—Esa historia no me gusta —dijo Brand—. Sin embargo, supongo que no podemos obtener lo que queremos sin hacer algún sacrificio.

—Exacto, ¡oh, filósofo! —replicó King, ya de buen humor—, y es indiscutiblemente preferible que se encargue otro de hacer estos «sacrificios». En consecuencia, debería usted sentirse lleno de gratitud hacia mí, joven egoísta.

—Le estoy muy agradecido, Ya le he dicho que yo no le abandono.

—Es verdad; confíe en mí.

Estas palabras fueron pronunciadas burlonamente, pero Brand creyó distinguir en ellas una sombra de amenaza. Miró a su compañero.

—Continúe —dijo—, quiero oír el resto de la historia

—Como le decía —replicó King—, había ganado el primer punto. Poseía un pequeño azucarero de porcelana blanca con un filete verde, marcado con el nombre de la Southern Railway Company, y dos docenas de terrones de azúcar envueltos en un papel que llevaba el nombre del fabricante y las indicaciones sobre la manera de abrirlos.

—Los conozco.

King movió la cabeza.

—¡Ah, pero no los ha tenido nunca en su poder! En seguida consideré otro

detalle: era necesario que Haviland durmiese en el tren y pensé inmediatamente en un narcótico. Creí que la mitad de una dosis ordinaria bastaría. Dormiría, pero con un sueño bastante ligero: se le podría despertar en Portsmouth. Le advierto que aquí yo trabajaba en completa ignorancia y habría necesitado tener algún conocimiento médico. Sin embargo, había que correr el riesgo.

»Sabía que tomaba cuatro terrones de azúcar con su té; era necesario, pues, que cuatro terrones contuviesen la mitad de una dosis ordinaria, o, en otros términos, que la dosis completa fuese repartida en ocho terrones. Abrí prudentemente mi maleta y conté los terrones de azúcar. Había veinte. Cada paquete contenía dos medios terrones. Si quitaba cuatro, quedaban dieciséis en el azucarero, es decir, que necesitaba repartir dos dosis completas. Por fortuna, poseía el narcótico. Habiendo sufrido de insomnio hace algún tiempo, me aconsejaron tomar un derivado barbitúrico y me quedaban algunas tabletas. ¿Empieza a hacerse cargo de mi idea?

—Vagamente, sí.

—Voy a aclarársela. Lo que sigue es sencillo. Fui a mi hotel, cerré la puerta de mi habitación con llave y puse manos a la obra. Primero quité con todo cuidado el papel que envolvía los dieciséis terrones. Después, con ayuda de un taladro pequeño, hice un agujero en cada una de las treinta y dos mitades contenidas en los paquetes. Dividí dos de las tabletas de hipnótico en dieciséis partes cada una, e introduje cada parte en el agujero del medio terrón. Recubrí los agujeros con azúcar molido suficientemente mojada para que se adhiriese. Cuando acabé, pude comprobar que todas estas modificaciones pasarían completamente inadvertidas. Envolví los terrones en sus papeles correspondientes, los coloqué en el azucarero y me preparé a ejecutar el gran experimento.

»El día siguiente era viernes. Durante la mañana tomé billetes sencillos de primera clase para Portsmouth, Petersfield y Haslemere, a fin de poder abandonar el tren donde más me conviniera. Después, a las cuatro y cincuenta, repetí las maniobras de la pasada semana, con la única excepción de que cuando Haviland llegó a su sitio del vagón restaurante no estaba sentado frente a él, sino al otro lado del pasillo central.

»Mi éxito dependía de dos circunstancias: la primera, que no se sentase nadie cerca de Haviland (que ocupaba una mesa de dos plazas) y la segunda, que el azucarero colocado sobre la mesa no fuese reemplazado más que por el que estaba en mi poder. Por fortuna, los dos azucareros contenían aproximadamente la misma cantidad de terrones y ningún viajero más entró.

»La primera cosa que hice al sentarme, fué empujar contra la ventana el azucarero que había sobre mi mesa y disimularlo detrás de un menú. Yo había

llevado el azucarero con la droga en una maleta, deposité ésta sobre la mesa y me dispuse a hacer el cambio de azucareros al abrigo de la abierta maleta. Pronto el azucarero preparado se encontraba sobre la mesa y el «sano» en mi maleta, sobre el asiento. ¿Me sigue usted?'

—Llamé en seguida al camarero y le dije que tenía dolor de cabeza, y que deseaba un té lo antes posible. Compadecido, me lo trajo. Cuando hubo partido, me incliné hacia Haviland y le rogué me permitiera coger su azucarero; en mi mesa no lo había. Leía y lo empujó hacia mí sin decir una palabra. Realice muy fácilmente el cambio de azucareros, y cuando le devolví uno, éste era el que contenía la droga.

—¡Bravo, King! —exclamó Brand, con una admiración involuntaria.

—Gracias a la suerte que me favorecía, todo iba demasiado bien —reconoció el químico—, pero estaba aún lejos de haber acabado mi tarea. Piense que, a pesar de estar agitado, no dejaba ver mi excitación. No queriendo dar ocasión a Haviland de recordar mi rostro, me ocultaba como él, leyendo el periódico; le trajeron su té y por debajo de mi diario le vi tomar sus dos acostumbradas tazas y poner los cuatro terrones de azúcar.

»Cuando hubo terminado su segunda taza, me serví té de nuevo y, excusándome, volví a pedirle el azúcar. Empujó el azucarero hacia mí, sin mirarme. Esta vez repetí mi maniobra y, haciendo un nuevo cambio de recipientes, le devolví el «bueno», en tanto (que el otro lo guardaba, disimulado, bajo el menú. Tuve ocasión de sacar un libro de mi maleta y dejar resbalar a ella el azucarero comprometedor. Una vez terminada esta operación, puedo asegurarle que me sentí a mis anchas.

—¿Cómo ha podido usted imaginar semejante plan?

—No me sentía todavía seguro. Si Haviland sospechaba y me acusaba de algo, sería registrado y el azucarero descubierto. Llevé, pues mi maleta al tocador. Llené de agua el lavabo y vertí el contenido del azucarero. Mientras se disolvía el azúcar, quemé las envolturas de papel y destruí las cenizas. Después rompí el azucarero y arrojé por la ventanilla los trozos, uno por uno. Volví a mi sitio, desde donde tuve la satisfacción de ver a Haviland cerrar los ojos. Cinco minutos más tarde, podría jurar que dormía.

»En aquel momento el tren se detuvo en Haslemere y adquirí la seguridad de que mi hombre estaba profundamente dormido. Entonces tuve de nuevo una suerte inesperada. Viajeros y camareros habían salido del vagón, dejándome solo con Haviland. Resolví continuar mi trabajo antes de que nos pusiéramos de nuevo en marcha.

»Atravesando el pasillo, fui a sentarme junto a Haviland, y deslicé mi mano en su bolsillo. No hizo ni un movimiento.

—¡Qué riesgo corrió usted! —comentó Brand.

—No —replicó King—. Desde mi sitio veía la puerta por la que tenía que entrar el camarero hubiera podido sacar la mano del bolsillo de mi vecino antes de ser sorprendido. Hubiera dicho que Haviland me pareció enfermo y que había acudido a atenderle. En realidad, estaba verdaderamente enfermo a causa de la droga ingerida y mi intervención hubiera estado justificada.

—Lo había usted previsto todo.

—En la medida de lo posible. Pero nadie vino a interrumpirme. Encontré las llaves sujetas a una cadena pendiente del bolsillo derecho del pantalón. Pero dada la posición del hombre, pasé todas las penas del mundo para apoderarme de ellas. Sin embargo, lo logré bastante rápidamente. Era, tal como lo había supuesto, un surtido de siete llaves Yale.

»Había preparado una docena de moldes en cera. No pudiendo soltar las llaves de la cadena, me vi obligado a permanecer junto a Haviland para obtener los moldes. Como usted debe saber, es bastante difícil obtener moldes de una llave Yale. Esto fué, pues, largo y acabé cuando el tren llegaba a la estación de Petersfield, en la cual me bajé sin que nadie me viese.

—¡Admirable!

—La suerte no me abandonó —declaró King—. Pero me gustaría saber lo que fué de Haviland. ¿Se despertó en Portsmouth o tuvieron que llevarle al hospital o al puesto de policía?

—¿Y qué fué de usted? —preguntó Brand.

—¿Después que hube dejado el tren? Tomé un autobús de Petersfield a Winchester, desde donde seguí mi ruta de manera normal. Pero —la cara del químico rebosaba satisfacción—, las llaves de Chayle están en mi poder y sólo nosotros lo sabemos.

—Una verdadera obra maestra de ingenio —reconoció Brand—. ¿Y qué va usted a hacer ahora?

—Nada por esta noche. Las llaves no están preparadas. Necesito mucho cuidado para ponerlas en su punto. El menor error lo torcería todo haciendo fracasar nuestro intento.

—¿Será mañana, por la noche entonces?

—Sí. Repetiremos nuestra maniobra del miércoles pasado, con la sola diferencia de que esta vez penetraremos en los talleres. Y entonces, Brand, ¡obtendremos la victoria!

King rió triunfalmente y, a pesar de que Brand no participaba de su entusiasmo a causa de los medios poco ortodoxos empleados, no pudo menos de sonreír.

En una curva de la carretera los dos jóvenes encontraron a Tasker, que se

detuvo y comenzó a charlar con ellos.

—¿Ha estado usted de viaje? —preguntó de repente a King.

—He pasado la noche en Londres, intentando documentarme en el problema que nos interesa —replicó el químico.

—Seré dichoso cuando vea realizado este asunto —admitió Tasker, sonriendo sin alegría—. Naturalmente, sé que se ha convenido que durante un mes tendría usted absoluta libertad de acción y no me molesta, pero también estimo que el director de un negocio tiene derecho a saber lo que hacen sus colaboradores. —Y adoptando un tono serio, prosiguió—. Quisiera que me diese usted alguna noticia, porque empiezo a estar inquieto. Estamos a sábado y el próximo miércoles se reúne el Consejo. Si para entonces no ha descubierto el procedimiento, todos estaremos en especial situación. ¿No puede decirme en qué punto se encuentran?

King inclinó la cabeza.

—Reconozco que sus críticas están justificadas. Tiene usted derecho, antes que nadie, a saber en qué punto están las cosas. Pero yo le afirmo, Tasker, que si nunca he dicho si iba o no a tener éxito es porque todavía no lo sabía. He seguido ya cuatro métodos distintos de trabajo que no han dado resultado. Por el momento, estamos con el quinto. Parece lleno de probabilidades, pero soy incapaz aún de afirmar que no he cometido algún error. Solamente puedo decirle, que hay esperanza. El miércoles próximo estaré seguro de manera definitiva. Entonces...

—Bien; no puedo obligarle a hacerme confidencias. Es inútil que le recuerde lo que traería consigo un fracaso.

—En efecto. Esté seguro que haré todo lo posible por triunfar.

Tasker declaró que estaba persuadido de ello y siguió su camino.



## CAPÍTULO VI

### La catástrofe

**D**urante toda la jornada del siguiente día, domingo, los dos jóvenes estudiaron el tiempo con inquietud. La niebla era espesísima. En lugar de ayudarles y permitirles cumplir rápidamente su misión, esta bruma les hacía correr el riesgo de fracasar. Brand, uno de los mejores navegantes de las aguas de Southampton, observaba el espeso velo que les rodeaba.

—Podemos ir a Chayle con los ojos cerrados —insistía King—. Por otra parte, es preciso. Yo necesito algunos días para experimentar lo que descubra. No puedo esperar más.

—Muy bien —replicó Brand—. Pero no habremos avanzado más si encallamos en el Medina que si chocamos con algún barco.

—Es un riesgo que hay que correr.

Por la tarde, la niebla se levantó ligeramente y pudieron ver a veinte metros de distancia en lugar de cinco.

Tomaron iguales precauciones que la vez anterior. El personal técnico había trabajado toda la jornada, pero a las cuatro, King declaró que era bastante. Fué el último en dejar su oficina y cuando lo hizo la cuerda pendía de la ventana. Estando seguros de que el vigilante les había visto partir, Brand y él volvieron a la oficina del químico por medio de la cuerda. Se pusieron inmediatamente al trabajo, se esforzaron por realizar antes de la hora de cenar su tarea de la noche. Esta operación era necesaria para establecer su coartada, y si alguno les preguntaba lo que habían hecho entre las cuatro y las ocho, responderían que habían ido a pasearse por el campo para descansar de los trabajos de laboratorio.

Quizá no lo podrían probar, pero la niebla impediría que cualquiera pretendiese lo contrario.

Después de cenar, dijeron tener necesidad de trabajar hasta tarde y abandonaron la pensión. Como la última vez, buscaron los instrumentos en el taller de King y los depositaron en la canoa de Brand. Después dieron las buenas noches al vigilante, encendieron la lámpara del laboratorio, cerraron con llave la puerta de la oficina y descendieron por la cuerda. Con las mismas precauciones, sacaron la canoa y se alejaron a remo.

Hasta entonces todo había salido a pedir de boca y la niebla no les había molestado. Pero ahora, en tanto que ganaban el estuario del Hamble, las dificultades comenzaron. Navegaban sobre una superficie infinita de agua

negra, envueltos en una bruma débilmente aclarada por la luna. King remaba, mientras Brand, provisto de un reloj, de una brújula y de una carta marina, gobernaba la embarcación.

—Necesitaríamos una corredera —refunfuñó el joven director—. ¡Diablo! No está bien ir así, a ciegas, sobre todo cuando hay que preocuparse de las corrientes.

—Nos guiaremos como podamos —respondió King, en tono seco.

Instantes más tarde puso el motor en marcha y encendió los faros. Brand tomó la dirección del faro flotante de Calshot. Si llegaban a menos de doscientos metros de él, su trabajo se encontraría considerablemente facilitado. En torno a ellos oíanse los zumbidos de las sirenas y las campanas. Pero su motor hacía un ruido tal que no podían distinguir de dónde venían aquellos sonidos, a los cuales King añadía aún, tanto que Brand lo podía escuchar, fragmentos de la «Sinfonía Inacabada».

—Atención, King —dijo Brand, después de algunos minutos—. Debemos llegar en seguida a la altura del faro de Calshot.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando el químico soltó una exclamación ahogada. Ante ellos aparecía una débil luz que se iba agrandando poco a poco. Después desapareció.

—¡Estupendo! —dijo King, con calor.

—Hasta aquí hemos tenido suerte —admitió Brand—. Ahora nos dirigiremos hacia la Punta de Egipto. Todo iría bien sin estas malditas corrientes.

En aquellos parajes las corrientes son, en efecto, bastante molestas, no sólo para el aficionado, sino también para el navegante profesional. Las aguas de Southampton son invadidas por dos mareas diferentes; una que llega por el Solent y la otra por Spithead. Resulta de ello que en las veinticuatro horas, en realidad hay cuatro mareas en lugar de dos, y por esto, Brand, a pesar de su experiencia, se encontraba a merced de cometer el menor error. Por fortuna sólo les faltaba por recorrer tres millas y con un poco de suerte podían alcanzar su meta en un cuarto de hora.

King redujo la velocidad de la canoa. Temía no vislumbrar el faro de la Punta de Egipto y chocar contra la costa.

Durante tres o cuatro minutos avanzaron con lentitud. Después la bruma se levantó ligeramente, y vieron un resplandor por estribor. Aumentó y luego palideció.

—¡Helo ahí! —respiró Brand, con aire de triunfo—. Hemos tenido la suerte de que se haya disipado un poco la niebla. Vayamos derechos a la costa.

—Ahora estamos en el buen camino —dijo King—. Lo peor está pasado.



... no contaban con la rapidez de King.

Virando de bordo tomaron durante una milla aproximadamente la dirección Oeste, después la del Sudoeste durante dos o tres millas más.

—Debemos llegar en seguida —dijo Brand—. Pare el motor y saque los remos.

Hablando, dobló el cabo hacia el Sur. La niebla había vuelto a espesar, la visibilidad volvía a ser mala Pero el aire estaba más húmedo.

—Va a llover —observó Brand—. Eso sería una suerte. ¡Alto! —continuó apresuradamente—. Oigo el ruido de las olas contra la costa.

El químico paró y un momento más tarde llegaban. King recogió los remos con suavidad y arrojó el ancla. Después, cargando con los instrumentos, los dos hombres saltaron por encima de la serviola. Esta vez se dieron cuenta

de que no había más que medio palmo de agua, en aquel sitio, y como la marea seguía subiendo, no había riesgo de que la canoa quedase varada.

Por la distancia recorrida estaban seguros de encontrarse al oeste de la fábrica. En consecuencia dirigiéronse hacia el este y pronto vieron perfilarse un muro ante ellos. Ante el pensamiento de haber realizado sin dificultad la primera parte de su misión dejaron escapar un suspiro de alivio.

Sin decir una palabra, renovaron su tentativa anterior, King desplegó la escala, la lanzó al muro, donde quedó colgada, trepó por ella colocando los sacos sobre el lomo erizado de vidrios, y dejóse caer del otro lado. Brand le siguió y después de pararse un momento a escuchar, los dos cómplices, latiéndoles el corazón apresuradamente, se dirigieron hacia la puerta del edificio nuevo.

¿Se había apoderado King de las llaves buenas? Y, en este caso, ¿había hecho una reproducción exacta? Ambos retuvieron la respiración en tanto que el químico sacaba las llaves de su bolsillo. Una sensación de intenso alivio se apoderó de ellos, cuando una de las llaves entró en la cerradura, giró y se abrió la puerta.

—¡Cuidado, Brand! —susurró King—. Podemos caer sobre uno de los maquinistas. Es mejor que quede usted delante de la puerta. Si me cogen, huya.

El taller estaba débilmente iluminado y de una ojeada comprobaron que contenía, no uno, sino dos hornos rotatorios. Girando con ruido, se cargaban y descargaban automáticamente y sin que nadie vigilase la operación. Brand deslizóse detrás de un depósito situado cerca de la puerta, en tanto que King se acercaba a los hornos, entre los que desapareció.

Pronto regresó.

—Nadie por aquí —declaró—. Salgamos en tanto que es tiempo.

Abrieron prudentemente la puerta y, mirando en derredor, salieron y se dirigieron hacia el segundo edificio. Una vez más les favoreció la suerte. King abrió la puerta con otra de las llaves y encontró el local vacío. En él había otros dos hornos rotatorios en disposición de funcionar.

—Esto me despista —declaró King, cuando hubo terminado su inspección—. El procedimiento debe tener alguna relación con estos cuatro hornos secretos, pero que me cuelguen si sé cual es. Parecen hornos ordinarios con la única diferencia de que tienen como unas tres veces más que las dimensiones corrientes. —Vaciló un momento—. Vamos —continuó—, salgamos. En cualquier momento puede entrar aquí un obrero.

Siempre sin ser descubiertos, abandonaron el taller. Exasperado, King lanzó un juramento.

—Esto me desconcierta. Estaba seguro de que entrando en estos edificios,

averiguaríamos lo que queremos saber, y maldito si he avanzado un paso.

Brand estaba también inquieto.

—Esto es desastroso, King, lo reconozco. Sobre todo después de los malos ratos que nos hemos dado y los riesgos que hemos corrido.

—Yo no me marcharía antes de haber puesto en claro todo esto —declaró King—. ¡Qué diablo! Puesto que ellos han inventado el procedimiento, soy capaz, a mi modo de ver, de descubrirlo. —Se detuvo un instante, después continuó—: Me pregunto si no podría hacer otra inspección en las oficinas. Es una pena estar aquí y no no tratar de buscar el mayor número posible de datos. Un nuevo esfuerzo quizá bastaría para conocer lo que queremos saber.

A Brand le faltaba entusiasmo, pero King rápidamente venció su resistencia.

—Yo creo que una de las llaves debe abrir la entrada particular, de manera que no necesitaremos aproximarnos a la garita del vigilante. Vamos, Brand. Vale la pena hacer el esfuerzo.

El joven director aceptó, a la fuerza, y se dirigieron a lo largo de la pared del taller. La niebla se había aclarado ligeramente; veían ahora a quince o veinte metros delante de ellos.

Pero la suerte, que no les había abandonado desde el principio, iba ya a dejarles. Al dar la vuelta al edificio se encontraron de repente con un hombre.

—¡Oh! —gritó éste con aguda voz—: ¡Aquí están! Acabo de ver la escala. El patrón tendrá dos palabras que decirnos... ¡Arriba las manos!

Brand, que iba delante, vio con horror el cañón de un revólver dirigido a él. Instintivamente levantó las manos, con la impresión de que había llegado el fin del mundo. Pero su adversario y él el no contaban con la rapidez de King, que saltó, asestando un vigoroso puñetazo bajo el mentón al hombre del revólver.

Con gran sorpresa de Brand, éste, desplomándose como una masa, cayó hacia atrás y quedó tendido en el suelo.

—Por fortuna llevamos puestas nuestras caretas —dijo King, arrodillándose junto al caído—. Aunque no está tocado muy fuertemente, no volverá en sí antes de nuestra partida.

—Yo me pregunto si estará solo —dijo Brand, arrodillándose a su vez.

—Claro —replicó King—. Este es Clay, el guarda de noche, el hombre con el que hablé en el bar. Hacía su ronda...

King se interrumpió, pero Brand no se dio cuenta, porque no le escuchaba. Una duda horrible acababa de hacer presa en él y le pareció que su amigo sentía la misma aprensión. Aquel hombre, Clay, parecía inmóvil... Brand dirigió su lámpara eléctrica hacia el suelo.

—King —dijo con voz extraña y ronca, extendiendo un tembloroso dedo—. ¡Esa piedra! Ha chocado con la cabeza contra ella.

El químico estuvo un momento sin hablar, después su voz se elevó, sin timbre.

—¡Dios mío! Brand, tráigame agua. La hay en ese barril.

Latiéndole el corazón, Brand salió corriendo.

Llenó su sombrero de agua y regresó a toda prisa. King empapó su pañuelo y humedecía la cara al hombre.

—Más agua —gruñó.

Temblándole todos los miembros, el joven fué por segunda vez a llenar su sombrero en el barril. Al volver, vio que King había desabrochado los vestidos al guarda, colocándole una mano sobre el corazón.

—¿Y bien? —resopló.

King, casi tan pálido como el guardián, sacudió la cabeza.

—Deme esa agua. —Tomó el sombrero—. ¿Nota usted algo?

Brand arrodillóse y puso su mano sobre el pecho del vigilante. El corazón había cesado de latir. Brand levantó los ojos, impreso en el rostro un mudo horror. Después de algunos instantes de silencio, King habló:

—Está muerto —dijo.

Brand sintió que su corazón se sublevaba.

—¡Oh, King, eso no es cierto! ¿Verdad? —susurró, a pesar de que a él no le cabía ninguna duda.

Lentamente los dos hombres se levantaron. Y contemplaron el cadáver que yacía a sus pies.

—¡Pobre hombre! —dijo Brand, con desesperación—. ¿No podemos hacer nada?

King parecía de piedra. Por vez primera su energía le había abandonado. Sacudía la cabeza con impotencia.

—¡Pobre hombre! —repetía Brand—. Él cumplía con su deber. Pero usted no ha podido hacer nada King... Ha sido un accidente.

El químico se reponía poco a poco.

—Con eso no adelantamos nada —contestó, con una voz llena de intenso terror—. Nadie querrá creernos.

Brand estremecióse. Estaba tan impresionado por la tragedia que ni había pensado en las consecuencias que podía tener para King y para él mismo.

—¿Qué quiere decir? —jadeó.

—¿Que qué quiero decir? —replicó King, vuelto ya en sí—. Si fuésemos sorprendidos seríamos acusados de asesinato. Eso es lo que quiero decir.

—Pero ha sido un accidente —balbuceó el otro.

—Ya lo sé, pero ¿de qué nos servirá esta certeza? ¿Se encontraría en el mundo un jurado que nos creyese?

Brand tembló.

—Pero ellos no pensarían en un acto voluntario por nuestra parte... Nuestra buena reputación...

—¡Ah! sí, ¡nuestra buena reputación! ¡Hablemos de ella ! Estamos aquí para robar lo de otros. Sorprendidos por un empleado, le matamos. ¡Buena reputación! Se lo vuelvo a repetir, Brand, lo que quisimos hacer importa poco. Si nos cogen no tenemos manera de librarnos.

Brand suspiró.

—Entonces huyamos antes de que nos sorprendan.

—Por el amor de Dios, Brand, seréense —refunfuñó—. Tenemos que hacer otra cosa. ¿No ve que si partimos inmediatamente seguirán nuestras huellas? Llevemos a este pobre hombre al pie de la escala, donde no irá nadie; pensaremos algo enseguida.

Con el corazón oprimido trasladaron el cadáver. Después se sentaron en unos cajones viejos.

—Veamos ahora dónde nos encontramos —comenzó King, con voz ronca y apagada. Miró su reloj de pulsera—. Es cerca de medianoche y si podemos estar de regreso a las cuatro de la mañana todo irá bien. Necesitamos una hora para la vuelta. Nos quedan, pues, tres horas para reflexionar sobre la situación, discurrir un plan y ejecutarlo. No adelantaremos nada apresurándonos. Recuerde que está en juego nuestra propia vida.

Brand, comprendiendo que era necesario reflexionar con calma, reprimió sus sentimientos y rogó a su compañero que continuara.

—La primera cosa en que pensarán será el móvil. En esta fábrica tienen un procedimiento secreto y esperan que los demás se interesen por él, puesto que han armado a su vigilante. Lo primero, pues, que se preguntarán será si el que le ha matado buscaba apoderarse del secreto. ¿Comprende?

—Demasiado bien.

—En seguida pensarán a quién puede interesar el procedimiento. Naturalmente, a otro fabricante de cemento. Pero ¿cuál? Joymount es la única fábrica de ésta región. ¿Se da cuenta? He reflexionado sobre todo esto porque he previsto, no lo que ha sucedido, sino que de una manera o de otra podrían descubrirnos.

Brand agitóse a pesar suyo.

—Hasta aquí estoy de acuerdo. Pero no podrían probar nada. Y además, tenemos una coartada.

King movió la cabeza.

—No sé si tiene usted idea de lo que puede ser una investigación de la Policía. La menor cosa y nos detienen. Una sola huella sería bastante para descubrirnos y es casi imposible hacer todo esto sin dejar el menor rastro.

Aquello era ya demasiado para Brand.

—¡Por amor de Dios, King, ya es bastante! Veamos ahora nuestras posibilidades.

—Tenemos algunas —continuó el otro—. Primeramente, nadie nos ha visto aquí, nadie nos ha visto llegar, nadie sabía que teníamos la intención de venir, y, que sepamos, no hemos dejado huellas de nuestro paso. Además, de nuestras propias declaraciones tendríamos el testimonio de nuestro vigilante, que aseguraría que hemos pasado la noche en el laboratorio, y el de Radcliffe y Endicott, que atestiguarían en el mismo sentido a causa del trabajo preparado de antemano y que les mostraremos mañana. Nuestra coartada, por tanto, no puede ser mejor, ya que no se apoya sobre ninguna coincidencia. Todo esto, está a favor nuestro y me parece que vale algo.

Esta tranquila enumeración de lo sucedido producía su efecto sobre Brand. Sentía que el horror y el pánico iban desapareciendo para dejar lugar a una sensación de seguridad.

—¿Tiene usted alguna idea de lo que debemos hacer?

King hizo un gesto.

—No, ninguna. No había previsto nada semejante. Pero esté tranquilo y déjeme reflexionar. ¡Cielos! ¡Qué noche tan movida!

Durante una hora permanecieron sentados. Desesperado por esta inacción, Brand sentía deseos de levantarse y de gritar. De repente, en el momento en que iba a hacer, un movimiento, King se enderezó.

—¿Ha encontrado usted alguna solución? —preguntó secamente.

Brand confesó que, según él, lo mejor era abandonar la fábrica y regresar a Joymount lo más pronto posible.

—Malo —replicó el químico—. Antes de dos días nos habrían detenido. Yo tengo una idea. No es muy halagüeña, lo reconozco, pero es mejor que la suya. Como usted no tiene ninguna otra que proponerme, no tendrá más remedio que adoptarla. ¿De acuerdo?

—Sí, King. ¿Cuál es el plan?

—No es ni muy agradable, ni muy fácil. Sin embargo, es la única esperanza que nos queda. En una palabra, será necesario arriesgarnos para hacer creer que Clay ha desaparecido voluntariamente. Nadie deberá pensar nunca que ha muerto aquí. ¿Comprende?

—Perfectamente, pero ¿cómo realizarlo?

—No es imposible. Espéreme mientras voy a dar una vuelta por las



oficinas y a reflexionar sobre estos dos problemas: primero, el modo de que podamos transportar el cuerpo hasta la canoa. Segundo: dónde podemos esconderle hasta mañana por la noche. Con su ayuda yo me encargaré de disponerlo todo; usted se ocupará de guardarlo esperando. Y no se desanime si tardo más de una hora. A mi regreso tendremos tiempo para lo que queremos hacer.

A Brand no le hacía gracia quedarse sólo con aquella terrible pieza de convicción, pero como King había prometido salvarle, le obedecería.

El químico desapareció en la niebla y Brand quedó a solas con sus pensamientos y junto al cadáver.

## CAPÍTULO VII

### Un plan bien tramado

**D**urante una hora, Brand estuvo sometido a una dura prueba. Al dejarle su compañero, comprendía toda la importancia que King tenía. Era una especie de ánclora de salvación a la cual se aferraba él para no sumergirse en el torbellino del pánico. Temeroso de perder el dominio de sí mismo, se puso a reflexionar los problemas que su amigo le había expuesto.

De las dos cuestiones a las cuales tenía que responder, la primera no parecía presentar dificultad alguna. Clay, aunque muy alto, no parecía muy pesado. Sería relativamente fácil transportarle hasta la canoa. Había que escalar el muro, pero si King se colocaba a un lado y él al otro, lo lograrían bastante fácilmente.

El segundo problema era más arduo. Cuando hubieran regresado a Joymount, ¿qué iban a hacer con el cadáver? No podían dejarlo en la canoa, porque no eran los únicos que tenían la llave del cobertizo. Por otro lado, como nadie debía pensar que la embarcación había salido, no podían llevarla a otro sitio.

Brand deseaba que King se hubiese mostrado más explícito y le hubiese revelado la manera con que contaba para desembarazarse del cuerpo. ¿Lo llevaría por tierra o por mar? ¿Sobre la canoa o en automóvil?

¿En un automóvil? ¿No era ésta una buena idea?

Brand tenía uno pequeño, de conducción interior, que encerraba en un garaje particular del que sólo él tenía la llave. Allí el cadáver estaría seguro. Se hallaba en el mismo patio que el taller de King y no sería difícil transportar el cuerpo.

Brand, satisfecho de su idea, deseó que la de King fuese tan buena como ella.

¡Si acabase de una vez! Había partido hacía ya media hora y le resultaba penoso permanecer solo en medio de la niebla. Brand se preguntaba qué haría su amigo. Claro que no intentaría descubrir el secreto. Por otra parte, en aquellos momentos valía más no pensar en él.

Entonces se dio cuenta de que, aunque descubriesen el procedimiento, no podrían utilizarlo sin riesgo de despertar inmediatamente sospechas.

En este caso, ¿qué podía estar haciendo King? Brand hubiera querido ir a buscarle, pero no sabiendo dónde encontrarle, renunció a ello, temiendo que regresase y no le hallase allí.

De pronto le asaltó un horrible pensamiento que rechazó inmediatamente. ¿Era King digno de confianza? ¿No habría huido, haciendo recaer sobre él la responsabilidad de todo? King... era un buen camarada, cierto; muy competente, pero Brand se vio obligado a reconocer que no le había inspirado nunca una confianza absoluta. Se había preguntado muchas veces qué sucedería si alguna vez el químico se encontrase entre su interés y su deber. Después se avergonzó de sí mismo. Durante los siete años que llevaba trabajando con King, éste nunca se había alejado en un apuro. No, King se estaba ocupando de asegurar la salvación de ambos. De ello estaba persuadido.

Como para corroborar su lealtad, la silueta del químico apareció en aquel momento a través de la niebla.

—¿Cómo ha ido eso? —preguntó Brand, con presteza.

—Mejor de lo que esperaba. Ya se lo explicaré más tarde. Por ahora vamos a transportar el cadáver y hacer desaparecer toda huella de nuestro paso.

—Bueno. Se me ha ocurrido una idea. No tendremos ninguna dificultad.

—Bien; vamos entonces.

Para franquear el muro emplearon un medio distinto del que Brand había imaginado. Ataron el cuerpo a la escala de cuerda y una vez ellos en lo alto del mismo, le izaron, dejándolo después caer al otro lado.

King no quiso partir hasta estar bien seguro de que no había quedado ningún rastro de su incursión.

La niebla era menos densa y pudieron encontrar la canoa. King entró en el agua para llevarla cerca de la orilla, izaron el cadáver a bordo y después se alejaron a remo. Al cabo de cierto tiempo, pusieron el motor en marcha y Brand tomó de nuevo el timón.

La bruma continuaba levantándose y se dirigieron sin dificultad al Hamble. Siguiendo la orilla con lentitud, ganaron el muelle y atracaron la embarcación.

Dejando el cadáver en el cobertizo, fueron a completar su coartada a la fábrica. Como la otra vez, treparon a la oficina de King por la cuerda de nudos, que después retiraron, salieron por el laboratorio y cambiaron algunas palabras con el vigilante, llamando incidentalmente su atención sobre la hora. Después volvieron al cobertizo. De allí transportaron el cuerpo y los instrumentos al patio de la pensión, colocando la víctima en el garaje, y el equipo de herramientas en el taller de King.

Reconociendo que el garaje era un escondite seguro, el joven químico tuvo varias ocurrencias que intrigaron y enojaron al director. Primero insistió en desnudar al muerto, tarea repugnante que desagradó a Brand; después rehusó colocar el cuerpo sobre el asiento trasero del vehículo, como su amigo

tuvo la intención de hacer. Le instaló delante, con los pies en los pedales y las manos sobre el volante.

Sin dignarse explicar su idea, se contentó con decirle que el cuerpo se pondría rígido y que era necesario colocarlo en la posición conveniente.

—Ahora —añadió, cuando la horrible tarea terminó—, estaré ausente todo el día. Diga a mis ayudantes que continúen sus experiencias. Si ve a Tasker, hágale comprender que todo va bien; nada más Y esta noche me ayudará usted a deshacernos del cadáver.

—¿Cómo lo lograremos? —se interesó Brand, descontento.

—No tenemos tiempo de hablar de ello —replicó King—. Ponga atención a lo que le voy a decir. Condúzcase hoy como si nada sucediese. Después, esta noche, vaya a acostarse como de costumbre. Échese en la cama para hacer creer que ha dormido en ella y venga enseguida a mi habitación, sin olvidarse, naturalmente, de apagar su luz y, cerrar su puerta con llave. Si yo no estuviera, escóndase bajo la cama y espere mi regreso. Lleve sus guantes de goma y dos lámparas de bolsillo. ¿Está claro?

—Sí.

—Partiremos a las dos, y a las cuatro habrán acabado todos nuestros apuros. ¿Está seguro de que su garaje ha quedado bien cerrado?

—Seguro.

—Entonces guarde la llave en su bolsillo y no la pierda. ¡Ah! A propósito, le prevengo que me marcho a Londres.

Brand tuvo que contentarse con esta lacónica explicación. Penetrando con la máxima precaución en su casa, ganaron sus habitaciones.

A pesar de su inquietud, Brand, en cuanto apoyó la cabeza sobre la almohada, quedóse profundamente dormido. Se despertó más calmado y se apresuró a ir a ver a Endicott y a Radcliffe.

—King no vendrá esta mañana —les dijo—. Ha ido a Londres. El y yo hemos acabado esta noche la reacción ácida. Desea que se ocupen de esta sal de aluminio.

—Pero ¿qué resultados espera obtener? —preguntó Radcliffe—. No he logrado comprender la utilidad de estos experimentos, que no parecen conducir a nada.

—King cree poder hallar el medio de fabricar cemento más económico —declaró Brand—. Ha hablado de ello a los directores y le han dado carta blanca.

—Eso es lo que nos dijo cuando llegamos. Personalmente no lo he creído.

—¿Qué quiere usted decir? No supondrá que iba a confiarse por completo a ustedes.

—Bien —dijo Endicott, encogiéndose de hombros—, eso no es cuenta

nuestra. A nosotros nos pagan, que es lo que nos interesa. Supongo que, puesto que casi ha terminado, pronto no tendrá necesidad de nosotros.

—¿Han sido ustedes contratados provisionalmente?

—¡Oh, sí! y no nos quejamos. El trabajo era interesante y la remuneración muy buena.

La jornada transcurrió muy despacio para Brand, cuya nervosidad aumentaba poco a poco. Hizo cuanto pudo por conducirse normalmente, pero le costaba un esfuerzo terrible. Sin embargo, el trabajo le distrajo y así llegó la hora de abandonar la fábrica.

Durante la cena sufrió una fuerte emoción.

—¿Ha oído usted hablar del robo cometido en Chayle? —le preguntó su vecino de mesa, un empleado de Banca con permiso por enfermedad.

—¿Un robo? —replicó Brand—. No. ¿De qué se trata?

—Lo trae el periódico de esta noche. Han robado unas cuatrocientas libras de la caja fuerte.

Brand sintió que se le oprimía el corazón.

—¡Gran Dios! —dijo, con voz de la que se esforzaba por alejar el temblor—. ¿De la caja fuerte? ¿Un asalto en toda regla?

—No —rectificó el empleado de Banca—. Nada de violencia. La caja fuerte estaba abierta, pero no forzada. El vigilante de noche parece que ha desaparecido. Ha debido de ser él quien se ha apoderado de las llaves y ha cogido el dinero.

Brand no pudo reprimir un escalofrío. ¡Era en aquello en lo que King había empleado su tiempo! Sin duda se había procurado la llave de la caja fuerte. El robo de esta cantidad de dinero se comprendía por su deseo de dar una explicación razonable a la ausencia de Clay. La idea era buena; pero, ¡haber robado dinero! ¡Qué proceder tan odioso!

King, hubiera debido hablarle de ello. Verdaderamente era demasiado... Brand se contuvo. No debía dejarse llevar por tales pensamientos. Su compañero le miraba de una manera extraña.

—El asunto me parece muy misterioso —continuó—. ¿Cómo diablo un vigilante de noche ha podido procurarse la llave de la caja fuerte?

—Es curioso, en efecto. Sin embargo, se le encontrará. Creo que cojea. Un lisiado no puede pasar mucho tiempo inadvertido.

—Estará loco —resumió Brand.

—Eso debe de ser.

Brand se felicitó de haberse librado tan hábilmente de la conversación. Después, para alivio suyo, alguien habló de *cricket* y el robo se olvidó.

Por la noche entró King. Con voz fuerte declinó la invitación del

propietario, que le ofrecía servir la cena, diciendo que había cenado en el tren.

Alguien preguntó:

—¿Ha estado usted hoy en Londres, King?

El joven, que se esperaba esta pregunta, respondió que había ido a buscar algunos productos químicos para la fábrica y se extendió sobre el calor que reinaba en Londres.

—¿Ha visto lo que les ha sucedido a los vecinos de Chayle? —le preguntó otro.

—Sí —replicó King, con interés—. El robo no es grande: cuatrocientas libras, creo.

Brand maravillóse de la naturalidad de su amigo.

El tiempo pasó, y finalmente llegó la hora de acostarse. Como de costumbre, Brand deseó buenas noches a todos y subió a su habitación. Deshizo su cama, apagó la luz, cerró la puerta con llave y se dirigió sin ruido al cuarto de King, donde éste se le reunió. En el momento en que iba a hablar, el químico le puso un dedo sobre los labios.

—Espere a que salgamos —susurró.

Brand vigiló con interés los preparativos de su compañero. King sacó de su armario la escala de cuerda de la que se sirvieron en Chayle y que esta vez estaba sujeta a un listón de madera. Abrió la ventana, fijó el listón y dejó caer la escala. La ventana daba al patio en el cual se encontraba el garaje. Esto explicaba que King hubiese escogido su habitación con preferencia a la de Brand. Después que hubo tomado los guantes de goma, las lámparas de bolsillo y algunos otros accesorios, el químico se echó sobre la cama, en tanto que Brand se instalaba en el único sillón de la habitación.

King dejó la luz encendida durante el tiempo que tenía la costumbre de leer. Después la apagó, el lecho crujió como si su ocupante se hubiese preparado a dormir y reinó el silencio.

Una vez más, el tiempo pasaba con lentitud desesperante. Brand creía que su reloj se había parado. Estaba todavía horrendamente trastornado por la idea del robo, una mala acción que nada podía excusar. Para colmo, las consecuencias eran fatales. El pobre Clay había sido siempre un hombre honrado y por este hecho se le trataría de ladrón. ¡Abominable! En cierto sentido, esto no causaría mal a nadie; el hombre estaba muerto y no tenía familia. No obstante, Brand estaba persuadido de que toda su vida sentiría haber ayudado a empañar la reputación de un muerto...

Transcurrido un tiempo increíblemente largo, King se movió. Eran las dos menos cuarto. Después de haber tomado los guantes y las lámparas, Brand, seguido de su amigo, saltó por la ventana y se deslizó hasta el patio.

Una vez más el tiempo les era favorable. El cielo estaba cubierto de espesos nubarrones, a través de los cuales la luna brillaba débilmente, lo que les permitiría dirigirse sin correr el riesgo de ser vistos.

—Hay que sacar el coche sin que se oiga —dijo King—. Si lo empujamos durante cien metros, nadie oirá el ruido del motor.

Penetraron en el garaje. Tal como King había previsto, el *rigor mortis* había hecho su obra y les costó algún trabajo desplazar el cadáver y ponerle las ropas que King había llevado. Sin embargo, esta penosa labor fue acabada y empujaron el auto a lo largo de la carretera, hasta cierta distancia de la casa. King sacó entonces un mapa de la comarca.

—¿Ve usted esta carretera que va de Southampton a Fair Oak y que pasa por Swaythling? En este sitio —puso un dedo sobre un punto determinado del mapa— existe un camino; allí es donde nos vamos a encontrar. Usted puede pasar por Bursledon y Thornille Park y volver a la izquierda hasta Bursledon, donde tomaré un auto que he escondido esta tarde. Me reuniré con usted en seguida.

—¿No ha estado usted en Londres? —preguntó Brand, sorprendido.

—Claro que no; me he preocupado de nuestros preparativos. Pero no se inquiete por ello. Si conoce la carretera, dé la marcha.

—La conozco —replicó Brand—. La he recorrido varias veces.

—Bueno.

King se sentó detrás, y Brand, colocándose al lado de su siniestro pasajero, arrancó. Al cabo de un momento, el silencio le pareció insoportable.

—Oiga, King —dijo—, ¿y esas cuatrocientas libras?

King se inclinó.

—Ya lo sé, Brand. Veo que eso le preocupa. También a mí me ha parecido odioso el procedimiento, pero ¿qué podía hacer? Era la única manera de salir del apuro. Por otra parte, a Clay no le ha hecho daño; no tiene familia.

—Eso es abominable.

—De acuerdo. Pero sólo un robo podía explicar la desaparición de Clay. No hablemos más, por ahora. Esperemos salir con bien de este atolladero.

Brand sintióse ligeramente reconfortado por las lamentaciones que King expresaba. Sólo deseaba que fuese un poco más locuaz. Por otra parte, presumía la razón del silencio de su compañero: probablemente el químico deseaba verle bien comprometido en el asunto antes de darle a conocer los detalles, de manera que no pudiera volverse atrás si al saberlo todo así lo deseaba.

Una vez en Bursledon, King descendió.

—Yo le sigo —le dijo—. He ocultado el coche en una antigua cueva.

Cuando llegue al camino, espéreme.

Desapareció, en tanto que Brand volvía a emprender la marcha.



... desapareció, acompañado de un formidable estruendo.

Aquella excursión era la más horrible que el joven había hecho jamás. Tenía el espíritu alterado a causa de aquella forma rígida y muda sentada cerca de él. A cada salto del vehículo, el cadáver resbalaba sobre él. Cuando le hubo colocado tres o cuatro veces, su nerviosismo era tal, que hubo de esforzarse para no gritar. Temía que la policía hubiese organizado una batida y detuviese todos los coches para registrarlos. Se lamentaba de no haber insistido para que el cadáver hubiese sido colocado atrás y oculto por una manta Pero King había rehusado, pretextando que, en el caso de que hubiese sido detenido, aquel bulto sospechoso sería examinado, mientras que, sentado adelante, el cuerpo podía pasar fácilmente por una persona viva.

El viaje se realizó sin incidentes. Llegó al lugar de la cita. Allí apagó los faros y se preparó a esperar. Instantes más tarde llegó King conduciendo un viejo vehículo deteriorado que, antes de descender de él, detuvo en el borde de la carretera.

—Vuelva a su coche, Brand —le dijo en voz baja—, y colóquese detrás de mí. Apague las linternas. El camino es muy poco frecuentado; esperemos que no pase nadie.

Cuando Brand hubo seguido sus instrucciones, continuó:

—Necesitamos colocar el cadáver al volante de mi auto. Será bastante difícil, pero hemos de hacerlo. Vamos, Brand, pronto estaremos libres de nuestras preocupaciones.

Cuando hubieron cumplido esta espantosa tarea, la frente de Brand



brillaba de sudor.

—Pongamos los billetes y la llave de la caja fuerte en los bolsillos de Clay —dijo King, obrando al mismo tiempo que hablaba—. Creo que esto es todo. —Permaneció un momento en pie, con aire absorto—. No, ¡por Júpiter! Iba a cometer un error—. Sacó un bidón de gasolina de su carruaje y lo colocó en el de Brand—. Esta vez, todo está listo. Vamos. Vaya a sentarse al lado del conductor y deje la puerta abierta. Preste atención Bien... Ponga el motor en marcha, meta la primera, luego la segunda, pero siempre al paso; el terreno está ligeramente inclinado y el motor se calará. Después baje y cierre la puerta. Yo aceleraré con la manilla y pondré el volante en dirección a ese parapeto; el coche lo derribará y caerá allá abajo, al río. Unas gotas de gasolina harán el resto.

¡Así, que aquel era el plan de King! ¡Un accidente simulado! La idea, aunque poco original, parecía buena... Brand subió, pues, al coche y puso el motor en marcha. Inclinandose por debajo del cadáver, asió la palanca de velocidades, metió la primera y soltó el pedal del embrague. El vehículo se puso en marcha lentamente. Por el otro lado, King había pasado su mano a través de la ventana y conducía, acelerando ligeramente.

—¡Ahora, la segunda! —gritó.

Al aumentar la velocidad se vio obligado a correr.

—¡Salga!

Obedeciendo, Brand saltó del vehículo, cerrando la portezuela.

Oyó en seguida zumbiar el motor, a la vez que el auto saltaba hacia adelante, como una flecha. Los dos hombres le siguieron, corriendo con todas sus fuerzas.

Los acontecimientos se precipitaron. La carretera hacía un ángulo recto antes de llegar a un puente, y a la altura de la curva existía un terraplén protegido por el parapeto a que King había hecho alusión.

El coche, que avanzaba a una velocidad de treinta y cinco millas, no tomó la curva, sino que avanzó derecho al parapeto, y en seguida desapareció, acompañado de un formidable estruendo. Se oyeron otros ruidos procedentes de abajo y se hizo el silencio.

—Puede haberse oído —resopló King—. ¡La gasolina, pronto!

Brand corrió a su coche y regresó precipitadamente, provisto de un bidón, al sitio donde el «accidenten» había tenido lugar. El químico estaba inclinado sobre los restos.

—Prefiero que no haya ardidado inmediatamente —dijo—. He colocado los frenos en la posición que hubiesen tenido si el accidente hubiera sido real. —A medida que hablaba golpeaba con una piedra los tubos que alimentaban el

carburador.

—Esto explicará el incendio. Derrame la esencia por todas partes. Todo lo que pueda descubrirnos debe desaparecer entre las llamas.

Cuando hubieron empapado el cadáver y el asiento, el carburador roto había dejado escapar la esencia. King, que parecía haber pensado en todo, sacó de su bolsillo una pequeña mecha y empapó el extremo en el líquido. Se oyó el chasquido de una cerilla, y un momento después los dos hombres corrieron hacia el auto de Brand, que éste puso inmediatamente en marcha. Arrancaron en dirección al Sur.

De repente un vivo resplandor iluminó el cielo. Volviéndose, observaron cómo las llamas se elevaban por debajo de la curva.

—¡Ya está todo! —gritó King— Ahora regresemos.

Volviendo por el mismo camino que a la ida, pararon el motor a cierta distancia de la pensión y empujaron el auto hasta el garaje de Brand; después, por medio de la escala de cuerda, subieron al cuarto de King.

\* \* \*

Por la mañana, Brand pasó al cuarto de baño y de allí regresó a su habitación.

Antes de encaminarse a la fábrica, King arregló los últimos detalles del asunto. Quemó las escalas, los guantes, los sacos e hizo desaparecer las llaves, suprimiendo así todo rastro de su aventura.

—Me tranquiliza saber que ha desaparecido todo —dijo Brand, cuando King le contó lo que había hecho—. Deseo de veras que nunca tengamos que volver a comenzar... ¡Preferiría ver quebrar la fábrica!

—La fábrica no quebrará —replicó el asombroso King—. Anoche, a la vez que del dinero, me apoderé del procedimiento.

# SEGUNDA PARTE

## LA INVESTIGACIÓN DE LA POLICÍA

### CAPÍTULO VIII

#### La misión de French

**E**l inspector jefe Joseph French repasó con laxitud el expediente que leía y, levantándose, dirigióse hacia la ventana, con intención de descansar unos instantes.

Aquel despacho, que él ocupaba desde su ascenso, y que antes era del inspector jefe Mitchell, era uno de los agradables de todo el edificio de New Scotland Yard. French, en lugar de encontrar, como otras veces, los muros de ladrillo de un patio, tenía ahora delante una vasta perspectiva: el Támesis, con su tráfico constante de embarcaciones, los edificios del London Country Comorcil, del otro lado del río, y, a la derecha, Westminster Bridge. Por otra parte, su nuevo despacho era más grande y amueblado con más lujo que el antiguo; en suma, cuadraba mejor con la nueva situación de su propietario.

Hacía ya más de un año de los horribles sucesos que habían permitido añadir la palabra «Jefe» a su título de inspector. Y ahora que la había obtenido, después de desearla y esperarla mucho tiempo, le parecía menos llena de importancia que antes. Su vida era la misma, con la única diferencia de que sus subordinados le saludaban con más respeto y de que él se sentía un poco más alejado de sus viejos colegas, el inspector Tanner, el inspector Willis y los otros.

Iba lo mismo a su trabajo. Hacía menos investigaciones, pero vigilaba un poco más las de los otros. Se ocupaba de varios asuntos a la vez; antes tenía que concentrarse en uno solo. Necesitaba resolver los problemas planteados a sus subordinados y descifrar los enigmas en que frecuentemente perdían. Ganaba más dinero, pero también tenía mayor responsabilidad y más inquietudes. Aunque en el fondo vivía encantado de su ascenso, French se daba cuenta de que pagaba con largueza las ventajas económicas y morales de su nueva situación.

Sin embargo, desde su ascenso le faltaban los viajes. Aparte de la época feliz de sus vacaciones, no había dejado el despacho.

En pie delante de la ventana, observando cómo un remolcador tiraba de una flotilla de barcas, deseaba partir de nuevo con alguna misión especial. El

esplendor de aquella mañana de julio hacía aparecer el mar y los campos con un encanto irresistible.

¿Fué una coincidencia, que, precisamente en el instante en que este pensamiento le dominaba, se pudiese a sonar el timbre del director adjunto? French quería y admiraba a sir Mortimer Ellison, sobre todo después de haber estado en íntimo contacto con él durante el transcurso de la investigación de cierto asunto de asesinato en el Canal de la Mancha. El inspector le consideraba como un buen amigo y le gustaba trabajar a sus órdenes, tan grande era la amabilidad de sir Mortimer hacia sus subordinados.

—French apresuróse a atravesar el pasillo para ir a llamar a la puerta de su jefe.

Sir Mortimer hizo un gesto con su cuidada mano; French sabía que con aquello quería decir: «Pase, cierre la puerta, siéntese en esa silla y escúcheme».

—Los jefes de policía de Hants, de la Isla de Wight y de Southampton, piden un detective—comenzó—. Un asunto bastante enredado; cuatrocientas libras han sido robadas de la caja de caudales de una fábrica de cemento de la Isla de Wight, y se ha encontrado el cadáver carbonizado de un hombre, cerca de Eastleigh, en un auto pequeño. Estos dos hechos, según la policía; local, parecen relacionados.

—He leído esa historia en los periódicos.

—Yo también. Aunque las noticias que tenemos no son muy concluyentes, lo que me hace suponer que el asunto debe ser importante, es que al coronel Tressider, jefe de la policía de Hants, parece interesarle. Le conozco muy bien y le aseguro a usted que cuando se interesa por un asunto, es que merece la pena.

—Sí, señor —replicó French.

—En suma —continuó sir Mortimer—; hago tanto caso de su opinión, que me complacería darle gusto. —Esbozó una sonrisa—. ¿Y si fuese usted a ver qué pasa allí?

De repente la entrevista tuvo para French una nueva significación.

—Si usted lo juzga útil, iré.

—¿Qué piensa usted? —dijo sir Mortimer bruscamente.

French vaciló.

—El único asunto urgente que tengo entre manos es el caso Cromer, pero no me ocupará mucho tiempo, y si pudiese marchar a Hampshire esta noche mismo, podría resolverlo antes de partir.

Sir Mortimer inclinó la cabeza.

—No es cuestión de horas. Así que marche esta noche. Se dirigirá al comisario Goodwilly, de Southampton, que le dará toda clase de detalles.

Muy contento, French regresó a su oficina. Esta misión iba a procurarle el descanso y el viaje al campo, y quizá al mar, que tan ardientemente deseaba. Se ocupó él mismo del trabajo más pesado, puso en orden sus expedientes y los confió a un colega. Después se dirigió a la estación de Waterloo, acompañado del sargento Carter, y tomó el tren de las seis y media. A las ocho llegaban a Southampton y algunos instantes más tarde entraron en la oficina del comisario Goodwilly.

Este era un hombre relativamente joven y ocupaba aquel puesto hacía poco tiempo. Tenía una fisonomía agradable y benévola, con ojos extremadamente inteligentes. Sus maneras eran francas y sencillas y su competencia muy grande. French comprendió que encontraría en él un aliado leal y absolutamente desinteresado.

—Un poco más tarde verá usted a los jefes de policía que han hecho esta petición a Scotland Yard, inspector —dijo Goodwilly, después de los saludos de costumbre—. Mientras espera, le pondré en antecedente de lo que yo ya sé.

—Me encantará conocer a esos señores —respondió cortésmente French—. Pero prefiero oírle primero a usted.

Satisfecho, Goodwilly se instaló en su sillón y continuó:

—El asunto no concierne solamente a Southampton. Se divide en dos partes: una interesa a la policía de Cowes y la otra a la de Eastleigh. Ambas me han pedido que haga algunas investigaciones, de las cuales resulta que los dos casos tienen relación. Por lo tanto, yo puedo darle un resumen de los hechos, mas para los detalles, le será necesario ir a Cowes y a Eastleigh. La carta de los jefes de policía nos ha hecho saber que los dos asuntos tenían estrecha relación, pero no hemos comprendido cuál. Ya voy a ello. ¿Quiere usted fumar?

Goodwilly alargó una tabaquera y una caja de cigarrillos. French llenó su pipa, en tanto que Carter encendía un cigarrillo.

Goodwilly había colocado un expediente delante de él, pero conocía los hechos perfectamente, porque en el transcurso de su conversación no lo consultó ni una vez.

—La primera noticia la tuve por una llamada telefónica del comisario de Cowes, que me pedía la busca de un hombre alto, delgado, de cara pálida, barba escasa y que además cojeaba. Ahí tiene —le alargó una hoja— la descripción del individuo. Como puede ver, es bastante completa, pero no acompañan ninguna fotografía.

French echó una mirada a la hoja e inclinó la cabeza.

—Perfectamente.

—Este aviso llegó el lunes a las once y cinco con un resumen de lo sucedido. He aquí los hechos:

El comisario se interrumpió para coger un mapa de la región y extenderlo sobre la mesa.

—Aquí, en la isla de Wight, exactamente frente a la desembocadura del Beaulieu, se halla la fábrica de cementos rápidos perteneciente a los señores Haviland y Mairs. Son fábricas de regulares dimensiones, con un pequeño puerto junto al Solent. —Y Goodwilly le describió rápidamente el lugar—. Mairs se ocupa de la parte administrativa del negocio. El lunes por la mañana se dedicó, como de costumbre, a la contabilidad y abrió la caja fuerte. Inmediatamente se dio cuenta de que faltaba dinero. Hizo las cuentas y comprobó que la suma se elevaba a cuatrocientas quince libras. Cerró con llave la puerta de la oficina, dio cuenta de su descubrimiento a Haviland y llamó a la policía de Cowes.

El comisario Hanbury en persona fué a hacer una investigación.

»La primera cosa que supo después del robo fué la desaparición del vigilante nocturno. Relacionando inmediatamente los dos hechos, dedujo que Clay había desvalijado la caja fuerte y después había huido con el dinero. Se procuró la descripción que ha visto y la hizo transmitir a los puestos de policía de la isla, de aquí, de Portsmouth, y de algunos puntos del continente.

—¿La caja fuerte fue abierta con llave o forzada? —preguntó French.

—Como no había sufrido ningún daño, debió de ser abierta con una llave.

—Supongo que Mairs la había cerrado bien antes de marcharse la víspera.

—Es verdad. Por otra parte, como le diré luego, creo que hemos encontrado la llave que ha servido al ladrón. Pero sólo poseemos informes confidenciales. Tendrá usted que dirigirse a los interesados para más detalles

—Naturalmente —dijo French—. Pero cuantas más cosas sepa ahora, mejor.

Goodwilly aprobó.

—Le comprendo perfectamente, inspector. Pues bien; esto es lo que he sabido por Cowes ¡Ah! ¡No! hay otra cosa. Mairs ha dicho que había retirado el dinero de la sucursal del London and Southern Bank, de Cowes, y que la suma se componía principalmente de billetes de una libra y algunos de cinco y de diez. El comisario fue al banco y pudo obtener los números de los billetes de cinco libras, que eran quince, y los de diez, que eran cuatro. El resto de la suma se componía de trescientos billetes de una libra. Aquí tiene los números.

El comisario le tendió otro papel.

—Esto podrá servirnos — comentó French.

—A decir verdad, no lo creo —replicó Goodwilly—. Todo esto sucedió el lunes y no interesaba más que a la fábrica de Chayle. El martes por la mañana nos comunicaron, esta vez de Eastleigh, otro suceso. A primera vista no parecía

tener relación con el otro anterior, y hasta más tarde no establecimos ningún punto de contacto entre los dos. El comisario Crawford me informaba que había sido descubierto el cadáver carbonizado de un hombre, en un automóvil pequeño. El individuo no pudo ser identificado; todo lo que se encontró fué el número del coche que es O U cero, cero, cero, nueve, uno. Como O U son las letras de la oficina de matrícula de Southampton, Crawford me pidió que buscara al propietario del coche.

»Envié un hombre a la oficina del Registro Civil de Square y le dijeron que pertenecía a un tal míster James Norman, que vivía en las afueras. Fué a ver a Norman, quien le dijo que, en efecto, el coche le había pertenecido, pero que hacía un mes se lo había vendido a los Fisher, propietarios de un garaje en la ciudad. Consultado; a su vez, éstos declararon a mi agente que el lunes por la mañana, es decir, la víspera, un hombre había ido a preguntarle si tenían algún coche pequeño, de ocasión, para vender. Este era un individuo de mediana edad; alto, delgado, escasa barba y muy pálido, que cojeaba y hablaba con voz aguda. Iba vestido bastante pobremente... Inútil continuar, ¿no le parece? Sus señas coincidían con las de Clay. Después de haber examinado dos o tres autos; había comprado por treinta libras el viejo coche de James Norman.

»Sabiendo esto, fui yo mismo a ver a los Fisher. Confirmaron la descripción dada y especificaron que Clay les pagó con dos billetes de diez libras y dos de cinco, que habían depositado en el Banco la víspera. Me dirigí inmediatamente al Banco, donde el director me dejó consultar los registros. Los cuatro billetes eran parte de los que habían sido robados en Chayle.

—Muy bien —dijo French—. El hombre no sabía que los números habían sido registrados.

—Es probable —asintió Goodwilly—. Teniendo la descripción del muerto, telefoneé a Crawford, que vino a verme acompañado del coronel Tressider, que se hallaba con él en aquel momento.

»Crawford nos relató que en una curva peligrosa de la carretera de Swaythling a Fair Oak, el vehículo, al pasar sobre el talud, había caído en el barranco de la orilla del río. Habiéndose incendiado, se quemó totalmente. La parte delantera sufrió sólo ligeros desperfectos, pues el terreno está bastante blando en aquel sitio. El carburador se rompió, derramándose la esencia, lo que explica el incendio.

»El cadáver fué examinado por un médico que no pudo decir gran cosa. El hombre, alto y delgado, tenía un acortamiento en la pierna izquierda, como Clay. Al decir del facultativo, una fractura en la base del cráneo podía haber sido causa de la muerte. Era, pues, probable que el hombre hubiera fallecido en el momento de la caída del vehículo. Uno de sus dientes, recientemente

empastado, nos dio la idea de telefonar a Hanbury para pedir que intentasen encontrar al dentista, pero hasta la fecha no se ha recibido respuesta. A pesar de todo, yo creo que la identidad del muerto está fuera de duda.

—Todo esto me parece bastante claro —dijo French, con un tono pensativo—. Sin embargo, no es fácil darse cuenta de las circunstancias del accidente.

—El forense ha emitido una hipótesis. Clay, relativamente joven, ocupaba antes un puesto de conductor de camión en las fábricas de Chayle. Ahora bien, hace tres años fué herido en un choque con otro vehículo y quedó cojo, sufriendo otras lesiones internas. Es lo que hace creer al doctor que ha podido sufrir un síncope. Será necesario consultar al médico de Clay. Esta es una suposición que debe tenerse en cuenta.

—Me parece razonable.

—En efecto. Crawford descubrió también una llave sobre el cuerpo de la víctima; parecía haber caído del bolsillo del pantalón. Hecha por un aficionado, corresponde exactamente a la descripción de la llave de la caja fuerte de Chayle. La he enviado a Hanbury, quien me dirá si se adapta bien la cerradura.

»Puesto que estábamos los tres allí, el coronel propuso que examinásemos juntos los detalles del asunto. Y así fue como notamos la presencia de ciertos hechos difíciles de explicar. Los he anotado.

Por primera vez Goodwilly se detuvo, consultó sus notas, vaciló y, por fin, prosiguió:

—Considerando el asunto en conjunto, revela un carácter irregular y extraño. Voy a intentar explicarme: Clay debía ser muy inteligente para haber logrado hacerse con un duplicado de la llave de la caja. No falta ninguna llave y, por lo tanto, había tenido que fabricar una, hipótesis que coincide con lo descubierto por Crawford. No es fácil fabricar una llave destinada a abrir una cerradura tan complicada. Por otra parte, debía ser difícil apoderarse de la llave original. Era, pues, preciso que Clay fuese sumamente hábil.

»El coronel me aconsejó telefonar a Hanbury y comunicarle nuestras deducciones. Éste me contestó que él estaba tan desorientado como nosotros. Por las noticias obtenidas, el asunto parecía inverosímil. No existían más que dos llaves de la caja, una perteneciente a Haviland y la otra a Mairs. Ni uno ni otro se habían separado de su llave y ambos afirmaban que nadie había podido apoderarse de ella para copiarla.

»Por otra parte, un hombre tan listo no habría cometido la estupidez de comprar un auto con los billetes robados, que podían ser identificados por cualquier policía rural. No tuvo ni siquiera la precaución de cambiar la placa de matrícula. Esto me despista.



—El argumento es bien convincente —admitió French.

—Un hombre tan listo como para apoderarse de esa llave habría debido saber que los números de los billetes de cinco y diez libras son anotados en los Bancos. No es lógico que ignorase que el número de matrícula de un auto es suficiente para identificar el vehículo. Discutimos durante un rato, y el jefe pensó que en el asunto intervenían dos hombres, no uno solo. No creo necesario relatarle nuestra conversación. Bástele saber que el coronel expuso una teoría que me pareció razonable.

—Comienzo a darme cuenta de por qué sir Mortimer hace tanto caso al coronel Tressider —murmuró French.

—Tiene razón al obrar así. El coronel es notable en todos los aspectos. Sugirió que el vigilante podía tener un cómplice. Un empleado de la oficina, por ejemplo. Este podría haber llamado la atención de su jefe sobre cualquier cuestión mientras estaba abierta la caja, y arreglarse para retirar la llave y tomar un modelo en cera, volviendo a colocarla en su sitio. Y habría podido fabricar la llave. Comprendiendo entonces que si robaba los billetes sería sospechoso, habría encontrado en Clay un individuo sobre quien hace recaer las sospechas, dándole, como recompensa, algunos de ellos.

—Por ejemplo, los de cinco y diez libras —dijo Carter.

—Exactamente, sargento; no había pensado en ello. Buena jugada. Y además le quedarían aún trescientas libras en billetes cuyo número no había sido registrado. ¿Qué le parece, inspector?

—Admito la hipótesis de dos hombres participantes en el asunto —respondió French lentamente—. Pero prefiero reflexionar antes de dar mi opinión.

—Muy bien. Eso no es urgente, pero el coronel Tressider añadió algo, en lo cual ni Crawford ni yo habíamos pensado; nos preguntó si no se habían encontrado restos de billetes sobre el cadáver. Crawford respondió que él había descubierto algo que parecía cenizas de papel, pero que era incapaz de asegurar si se trataba de billetes de Banco. El fuego había destruido toda la materia combustible. El coronel dijo entonces: «Supongamos que son de un papel cualquiera y no de billetes.» Como parecíamos no comprender, él se explicó. ¿Existía alguna razón para creer que el accidente no había sido simulado? Supongan ustedes que el oficinista u otra persona ha maquinado el accidente para ponerse a cubierto de todo riesgo.

»Ni Crawford ni yo manifestamos gran entusiasmo, pero cuando reflexionamos, nos pareció esta hipótesis muy razonable. Por lo que habíamos podido juzgar, la idea no tenía nada de inverosímil y cuadraba bastante bien con el ingenio del hombre que logró hacerse con la llave.

—¿Presentó el accidente algún detalle que viniese a confirmar esa teoría?  
—preguntó French.

—Sí; dos o tres, si se añade el hecho de que pueda uno preguntarse por qué ha ocurrido este accidente, Aunque había un punto más interesante aún, y es el de por qué ha sucedido precisamente en ese sitio, que, a juicio de Crawford, es ideal para semejante catástrofe.

—Es cierto —admitió French con acento de duda.

—Había otro detalle que Crawford nos hizo observar —continuó Goodwilly—. El descubrimiento de la llave de la caja sobre el cadáver; si el accidente hubiera sido real no se habría encontrado allí. Porque Clay, culpable, se hubiese apresurado a desembarazarse de ella, sabiendo que si se la hallaban encima, sería detenido. Por eso pensamos en un accidente simulado.

French inclinó la cabeza.

—Exacto —declaró—. Ese es el argumento más convincente. ¿Qué dijo el jefe de policía?

—Le impresionó, y declaró que, aunque no probaba nada y no se podía llegar a una conclusión rápidamente, había materia para investigar. Y viendo que el suceso tenía ramificaciones procedentes de tres policías distintas, propuso a sus colegas que se llamara a un detective de Scotland Yard.

French sonrió.

—A mí me era indiferente, pero Crawford no estaba conforme. Sin embargo, consintió cuando el coronel le dijo que si él llevaba el asunto, el éxito dependería de la ayuda que quisiera prestarle el comisario Hanbury. — Goodwilly sonrió a su vez—. Por lo que siguió supe que Hanbury y Crawford eran opuestos. Y eso es todo, inspector. Todo cuanto puedo hacerle saber.

—Bien —dijo French—. ¿Cómo vamos a arreglarnos? ¿Tendré completa libertad de acción?

—Desde luego. Crawford y Hanbury tienen orden de ponerse por completo a sus órdenes. Todas las oficinas de policía han recibido las mismas instrucciones, y si necesita usted un despacho puede tenerlo.

French se levantó.

—Perfectamente —dijo—. Muchas gracias, comisario. ¿Quiere hacerme el favor de telefonar a Crawford y decirle que iré a verle mañana por la mañana?

Media hora más tarde French y Carter estaban instalados en el hotel.

## CAPÍTULO IX

### French examina el vehículo

**S**i French hubiese creído en los augurios, a la mañana siguiente, al mirar por la ventana, habría dado gracias a Dios. Era el 1° de agosto, y el sol, que brillaba en el cielo, presagiaba una jornada calurosa. French adoraba el sol. ¡Admirable! Se estaba mejor allí que en su despacho de Londres. A las nueve, Carter y él estaban sentados en el despacho del comisario Crawford, en el puesto de policía de Eastleigh. Crawford era un hombre grueso, moreno, y de modales toscos. Era correcto, pero reservado, y French supuso que le disgustaba que se hubiese llamado a un extraño.

Sin embargo no pudo quejarse de su recibimiento. El comisario le expuso, en términos claros, todos los detalles del asunto; le mostró las fotografías del accidente y le aseguró que todo el personal a sus órdenes, y él mismo, estaban por completo a su disposición.

French expuso el deseo de visitar la escena de la tragedia y Crawford mandó por un coche.

—¿Queda algún detalle técnico por aclarar? —interrogó French—. En tal caso, sería preferible llamar a un ingeniero. No sé si tiene usted conocimientos de mecánica; por mi parte carezco de ellos.

—Algo entiendo, pero no soy un técnico. Así que llamaremos a un ingeniero.

Crawford dirigióse hacia un enorme garaje, en el cual penetró diciendo que regresaba en seguida. Pronto reapareció, acompañado de un joven de cara alargada, vestido con un abrigo a cuadros.

—Míster Dexter —dijo Crawford—, director de este garaje e ingeniero. Conoce a la perfección la mecánica del automóvil.

Dexter estaba visiblemente satisfecho de que le mezclasen en el asunto que había hecho estremecer a todo el vecindario. Subió atrás, con Carter, y pronto llegaron al término de su viaje.

La escena respondía exactamente a la idea que se había formado French; la carretera volvía bruscamente a la derecha, corriendo sobre un barranco de unos cinco metros de profundidad, en la dirección del puente. Estaba bordeada por una faja de hierba de unos ocho metros de anchura, que descendía de pronto hacia la orilla del río. El barranco estaba limitado por un parapeto de madera, formado por estacas situadas a dos metros de distancia unas de otras y una valla longitudinal de diez centímetros cuadrados de sección, colocada

diagonalmente; el parapeto estaba pintado de blanco para llamar la atención sobre la curva. Por la noche, a la luz de los faros, tenía que distinguirse claramente.

Abajo, sobre el escabroso terreno que bordeaba el río, encontrábase el auto. Había derribado la valla horizontal y uno de los piquetes y el choque le había hecho desviarse ligeramente, a la derecha... Por fin, había quedado vuelto en parte hacia la izquierda y hundido en un pequeño talud.

El incendio había sido violento, sobre todo en la parte anterior del carruaje. Techo, asientos, carrocería, todo estaba muy gravemente averiado. Aparte de la llave y el cadáver, que habían sido retirados de los restos, nada se había tocado.

French miraba a su alrededor, registrando mentalmente todos los detalles. Después se volvió hacia Crawford, diciendo:

—¿Han buscado señales de pasos?

Crawford se encogió de hombros.

—Si, pero el suelo ha sido pisoteado por tantos papanatas, que hemos tenido que renunciar.

Una inspección detallada del vehículo no le mostró gran cosa. El radiador estaba en parte hundido en el montículo, y el *capot*, aplastado y deformado, dejaba ver el carburador roto; el chasis parecía intacto.

—Ahora, míster Dexter —dijo French—, veamos lo primero: la velocidad; ¿Cree usted que podrá apreciarla?

Dexter movió la cabeza.

—Imposible. Pero presumo que podía ser de cuarenta a cincuenta kilómetros por hora.

—Bien; ¿quiere usted examinar el vehículo y precisarnos las averías? Fíjese bien, Carter.

Carter inclinó la cabeza; había sacado ya su libreta.

—El mal no me parece muy grave —respondió el ingeniero—. Radiador, ventilador, carburador, Y así sucesivamente, como pueden verlos. Respecto a la caja de velocidades, no puedo decir nada porque está enterrada. El eje delantero ha debido torcerse, pero será preciso levantar el coche para que nos aseguremos.

—Le ruego que se preocupe de ello, comisario. Entretanto, ¿cree que se pueden atribuir estos desperfectos al choque del auto contra el parapeto y después contra este montículo?

—Si —dijo Dexter lentamente— El radiador se hundiría, el ventilador se rompió y las aletas se abollaron.

—¿Y el carburador?

El ingeniero vaciló.

—Supongo que se averiaría del mismo modo. No veo bien cómo, pero no es fácil explicarlo.

—Temo, míster Dexter, que necesite usted hacer acopio de paciencia. Nosotros, los detectives, nos obsesionamos literalmente con los detalles; si no lograra usted descubrir cómo se ha roto ese carburador, tendríamos la impresión de haber perdido la jornada. —Inclinóse sobre el coche—. Me parece que el carburador ha sido golpeado con un objeto bastante duro. ¿Estos arañazos han sido producidos por el choque o son anteriores al accidente?

—Muy bien, inspector —Estas señales no son normales. Evidentemente proceden de un golpe.

—¿Con qué lo han golpeado?

Dexter movió la cabeza.

—Eso es lo que no sé —declaró—. Pero es indudable que ha recibido un golpe.

—Bien —dijo French, con indiferencia—, tanto peor. De todas maneras, por ahí escapó la esencia que ha provocado el incendio, ¿no es eso?

—Diría que sí.

—Pero, ¿es seguro? —insistió.

—Sí, así lo creo —replicó Dexter sin convicción.

—¿Sucede algo? —inquirió French—. No parece usted muy satisfecho.

—Es que tengo la impresión de que el incendio ha sido demasiado violento para la pequeña cantidad de gasolina que ha debido de derramarse.

—¡Ah!, ¿sí?

—Sí, la gasolina escaparía en pequeña cantidad porque este tubo de llegada es pequeño. El fuego debiera haberse limitado a la parte anterior del vehículo. Pero, por lo que veo, estoy en un error.

—No siempre se puede tener razón. A propósito, ¿cómo cree usted que se inflamó la esencia?

—Eso muchas veces no puede aclararse. En general los incendios son debidos a un corto circuito, a un choque violento, o a ponerse en contacto la gasolina con el metal muy caliente. Pero aquí no veo de dónde ha podido partir la chispa.

—Bien. Ahora, Dexter, voy a hacerle una pregunta, a la cual le ruego que no me conteste demasiado de prisa. ¿Ve usted algún detalle que le permita suponer que el accidente ha sido simulado?

Dexter pareció interesarse por esta sugestión.

—Algunas preguntas que me ha hecho me han dejado adivinar que había usted pensado en tal contingencia, y reconozco que el estado del carburador y

el incendio podrían, a primera vista, confirmar su hipótesis. Pero sé por experiencia lo difícil que es reconstruir todas las fases de un accidente. Nuestra imposibilidad para explicar esos dos detalles no prueba que la catástrofe haya sido provocada, ¿comprende?

—Naturalmente. Resumiendo: no ve usted nada que le permita sacar una consecuencia ni en un sentido ni en otro.

—Yo creo que sí —replicó Dexter, ante la extrañeza de French—. ¿Ve estas palancas? El coche está en tercera velocidad. Creo que insinúa usted que el conductor estaba muerto antes del accidente y que la catástrofe se ha producido voluntariamente.

—Yo no insinúo nada —replicó French—. Sólo quiero saber si puede usted suministrarme alguna prueba en pro o en contra de mi teoría.

—Pues bien, yo veo pruebas en contra. Si el conductor estaba muerto no se habría podido provocar el accidente más que empujando el coche desde fuera y dejándole recorrer solo la distancia que le separaba del terraplén. Ahora bien, a mi juicio ha sido imposible meter la tercera velocidad en esas circunstancias a causa de la marcha ya demasiado rápida.

French movió la cabeza.

—El argumento quizá no sea muy convincente —prosiguió Dexter—, pero he aquí otra cosa más: para obtener la aceleración necesaria habría sido preciso maniobrar el acelerador de mano, porque para empujar el pedal, sería menester encontrarse en el interior del coche. Pero si usted se vale de esta manecilla, no vuelve su posición primitiva, como el pedal. Aquí la manecilla se encuentra en su posición normal que da un mínimo de aceleración. Luego el pedal debía estar a fondo en el momento del accidente, Por lo tanto, una persona viva debía encontrarse dentro del vehículo. Esto hace que el accidente me parezca verdadero.

French volvióse hacia Crawford.

—Bien, comisario, si está usted de acuerdo, rogaremos a míster Dexter que haga venir la grúa de su garaje y remolcar este coche hasta él para examinarlo mejor. ¿Puede hacer eso por nosotros, Dexter?

—Sí; si el comisario quiere prestarme su automóvil.

—Desde luego —dijo Crawford—. Con mucho gusto.

Cuando el ingeniero se fué, French volvióse hacia Crawford.

—Y bien, ¿qué piensa usted de los argumentos de nuestro amigo? —preguntó—. Me parece que ha olvidado algunos detalles evidentes.

—¿Cuáles?

—Sólo he examinado la manera como el vehículo ha podido llegar adonde se encuentra. No ha pensado que la escena pudo ser preparada *después*.

—¿Quiere decir que ha partido del principio de que el incendio había sido provocado por la caída?

—Exactamente. En caso de que el fuego hubiera sido provocado voluntariamente, sus argumentos perderían todo su valor.

Crawford parecía impresionado.

—Es cierto. En ese caso, las palancas habrían podido ser colocadas de modo conveniente, después del suceso y antes del incendio. ¿Sigue usted creyendo que no es un accidente casual?

French parecía preocupado.

—Díganme comisario, ¿su gente ha levantado el *capot*?

—No. Nos hemos limitado a levantar el cuerpo sin tocar lo demás.

—¿Y cree usted que por efecto del choque se ha abierto justamente lo bastante para descubrir el carburador? l

—Ya veo lo que quiere decir. ¿Cree que el accidente no ha roto el carburador?

—¿Y usted? Me parece que estaba protegido por el radiador, que se ha hundido un poco, pero todavía bastaba para ponerle al abrigo de cualquier golpe.

—¡Muy cierto! —dijo Crawford—. En ese caso, el accidente ha sido provocado y nos hallamos en presencia de un asesinato.

—Empiezo a creerlo. Me parece que el carburador, no se ha roto a consecuencia del accidente y que la gasolina se ha inflamado por efecto del choque. Dudo mucho que la esencia que ha podido escapar por ese tubo tan pequeño haya logrado provocar un incendio tan violento. Pero, ¿podemos probarlo?

—He ahí la cuestión.

—Sí. Intentemos hacerlo. Si este carburador no se ha roto en el momento del accidente, ha sido averiado por algo. Pero, ¿por qué? Tenemos estas marcas para guiarnos.

Los dos hombres inclináronse para examinar el pequeño instrumento de cobre.

—Vea usted —dijo French—; son claramente irregulares. Si eso hubiese sido golpeado con un martillo, presentaría superficies planas limitadas por minúsculos arcos de círculo. Pero éstas casi son cortes.

—¿Una piedra? —sugirió el comisario.

—Pensaba en ello —confesó French—. En ese caso debería haber algún indicio. Hay muchas piedras por aquí, pero todas ellas incrustadas en el suelo.

—Echemos una ojeada por los alrededores.

Comenzaron sus pesquisas, pero fue Carter el favorecido por la suerte.

Dio un grito que hizo acudir a sus compañeros.

Debajo de una zarza se hallaba el lecho de una gran piedra de forma irregular. La tierra estaba todavía húmeda, indicando que la piedra había sido arrancada recientemente.

—He aquí lo que aclara la cuestión —dijo French lentamente—. Si pudiésemos encontrar la piedra y descubrir alguna impresión digital, estaríamos definitivamente seguros.

De nuevo buscaron y esta vez fué French quien halló en un soto una piedra de ocho o nueve pulgadas de longitud. La levantó delicadamente y le dio la vuelta, contemplándola entre sus dedos. Pequeños residuos de cobre y minúsculas manchas aparecían en las asperezas.

—Su jefe tenía razón —dijo—. Nos hallamos en presencia de un asesinato.

A medida que hablaba examinaba más minuciosamente la piedra.

—Esta cubierta de huellas digitales borrosas —prosiguió—. El hombre llevaba guantes. Esta piedra no nos dirá nada. Cójala también usted, Carter. —Después de un silencio continuó—: Veamos dónde nos encontrarnos. La víctima fué asesinada y colocada en el auto y éste fué precipitado por el barranco. Como la velocidad adquirida no era grande, no se incendió. Ahora bien; el fuego era necesario para hacer desaparecer toda huella del crimen, y fué preciso derramar la gasolina y romper el carburador. Pero antes tuvieron buen cuidado de poner las palancas en su posición normal. Veamos si el estado del cadáver confirma esta teoría. ¿Qué piensa ahora usted de la fractura de la base del cráneo?

Crawford hizo un repentino gesto.

—¡Por Júpiter, inspector, tiene razón! No podía explicarme esa herida de la nuca, toda vez que el hombre, debía haberse precipitado hacia adelante en el momento de la caída. Ahora creo que fue producida antes del accidente. ¿Y usted?

—Sí. Yo también. Vamos a ver el cadáver y a hablar con el médico.

—Será preciso esperar el regreso de Dexter.

—No tardará.

En aquel instante, el automóvil del comisario apareció en la curva de la carretera y se paró cerca de ellos. El ingeniero se apeó.

—La grúa estará aquí dentro de breves minutos —explicó—. Voy a hacer transportar el coche al garaje y dentro de una hora tendrán ustedes mi informe.

—¡Perfectamente! —aprobó French—. ¿Y si nos fuésemos, comisario?

Un examen del cadáver no les dijo nada que ya no supiesen, y se dirigieron a casa del forense.



Este no tuvo grandes cosas que comunicarles. La fractura del cráneo había sido producida por un golpe violento. Pudo ser debida a un accidente si el muerto había caído hacia atrás y su cabeza había chocado con un objeto duro. O bien, por el contrario, había podido ser producida voluntariamente, al haber golpeado alguien a la víctima con un instrumento contundente. No, aquello no era un suicidio.

French y Crawford dieron las gracias al doctor y se marcharon.

—El cree que es un asesinato —dijo French.

—¿Sí?

—Estoy convencido de ello.

Crawford inclinó la cabeza.

—Sin duda, tiene usted razón. Le felicito por su trabajo de la mañana. Ha hecho usted grandes progresos en muy poco tiempo.

—Mi querido amigo —replicó el inspector jefe—, eso se debe al esfuerzo de todos reunidos. Pero estamos lejos de haber terminado.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Ir a Chayle. No creo que aquí averigüemos nada más.

Pero se equivocaba. Cuando llegaron al puesto de policía, un agente se adelantó hacia ellos. El comisario de Cowes había hallado al dentista de Clay y le había rogado que viniese. Mientras Crawford y Carter le conducían a ver el cadáver, French permaneció en el despacho del comisario, reflexionando sobre lo que había descubierto.

Si el accidente había sido simulado —y French estaba casi seguro—, aquello daba una nueva prueba de la gran inteligencia del criminal. Lo mismo que el robo de la llave de la caja fuerte, el «accidente» no había podido ser maquinado más que por un hombre excepcionalmente listo.

Si el vigilante nocturno había sido víctima de este brillante personaje, ¿no sería inocente del todo desde el principio? French lo creía así. Nada hacía suponer que Clay hubiese participado en el robo.

Pero si había sido inocente desde el principio, ¿cómo el verdadero culpable le había obligado a someterse a sus designios? ¿Qué argumentos había empleado para forzarle a desaparecer de la fábrica, a comprar el auto y a representar su papel?

Un difícil problema. Con la desventaja de su enfermedad, que le hacía fácilmente identificable, el vigilante no se habría colocado nunca en semejante situación, a menos de verse obligado a ello por razones extraordinariamente poderosas. Sería preciso estudiar la vida de Clay.

French tuvo tiempo de llevar más lejos su análisis. Acababa de trazarse estas ideas generales cuando Crawford y Carter regresaron con el dentista.

—¿Es Clay? —dijo Crawford, entrando— ¿Está seguro?

—Absolutamente seguro —replicó el dentista—. Cada dentadura posee características distintas. Gracias a estas fichas —señalaba un fichero que tenía en la mano—, puedo recordar todas las bocas que he tratado; y eso sin error posible.

French estaba contento de los resultados obtenidos. Sin embargo, su tarea no había concluido aún. Hacía dos horas que habían dejado a Dexter. Los tres policías se dirigieron al garaje para ver si estaba listo su informe.

Ya lo tenía. Dexter les dijo que había hecho un examen detallado del vehículo sin encontrar nada que pudiese explicar el accidente. En suma, todos los desperfectos, relativamente muy ligeros, eran resultado, y no causa, de la catástrofe.

—Todo eso confirma nuestra teoría de asesinato —dijo Crawford cuando hubieron abandonado el garaje—. Supongo que la encuesta será aplazada.

—También lo creo yo —replicó French—. Y me parece que será mejor que nos reservemos lo que hemos averiguado. —Eché una ojeada a su alrededor—. Dígame, comisario, va a dar la una. ¿Quiere almorzar con nosotros? A esta hora sólo sueño en comer y beber. En cuanto a Carter, no piensa nunca más que en eso.

Crawford aceptó y se reunieron en el hotel más próximo. Luego, French y Carter partieron para Southampton con intención de tomar el vapor a las dos y veinte para Cowes.

## CAPÍTULO X

### French conoce la existencia del procedimiento secreto

**A** los dos policías les agradó el viaje. Las primeras promesas de la jornada se habían cumplido. El sol brillaba y hacía calor, pero el rápido desplazamiento del *Medina* hacía correr una brisa agradable. El azul del cielo y el del mar se mezclaban, interrumpidos por el verdor de los árboles de la orilla, a derecha e izquierda, y, más lejos, por el gris claro de las riberas arcillosas.

French había telefoneado al comisario Hanbury, y cuando cruzaba la pasarela en compañía de Carter, se le presentó un sargento. El comisario —le dijo éste—, retenido por unos asuntos, no había podido ir a recibirles, pero les esperaba en el puesto de policía, que no estaba lejos. Si tenían la amabilidad de seguirle, les indicaría el camino.

El sargento mostróse respetuoso y bastante expresivo, pero poco comunicativo respecto al asunto Chayle.

Hanbury formaba contraste con Crawford. Era grueso, rubio, con ojos azules, algo pálido y con un pequeño bigote. Tenía un aspecto más agradable que Crawford y acogió a French con gran amabilidad.

—Siento mucho no haber podido ir a recibirles, señores —se excusó—, pero necesitaba estar a disposición del tribunal que se reúne hoy. Supongo que desearán ir a Chayle. ¿O prefieren hacer alguna otra cosa?

French declaró que le gustaría tener con él una breve entrevista con respecto al asunto, lo que Hanbury aceptó de buen grado. El comisario relató en detalle lo que había hecho, sin decir nada nuevo a French, salvo que había probado que la llave encontrada en el vehículo accidentado abría la caja fuerte. No veía cómo había podido Clay desvalijar la caja. Al oír decir a French que el accidente había sido simulado, se impresionó profundamente y le pareció que la teoría del asesinato del vigilante no aclaraba el asunto. Por fin, viendo French que no obtendría ningún dato más, expresó su deseo de ir a la fábrica.

—Les acompañaré con mucho gusto, pero no me podré quedar con ustedes —dijo Hanbury—. Tengo que volver al tribunal. Cuando vayan a regresar, telefonearé y les enviaré el coche.

French aceptó con presteza, prefiriendo llevar la investigación a su modo. Hanbury pensaba presentarle a los dos socios, Haviland y Mairs, pero se encontró con que ambos asistían a una junta en Southampton y no volverían hasta más tarde.

—Es mejor que vea usted a Samson —declaró entonces el comisario—. Es su ingeniero. Está al corriente de todo y creo que podrá informarle extensamente.

French fué presentado a míster Noel Samson, un hombre alto, delgado, de nariz grande, voz de bajo profundo y gruñón aspecto. Después de algunos minutos de charla, le preguntó en qué podía servirle.

—Primero —respondió French—, quisiera visitar la fábrica para tener una idea general del asunto. Después me gustaría ver el cuarto del vigilante, la caja fuerte robada y todo lo que, a su juicio, pueda tener relación con este caso. Luego le oiré a usted y...

Samson se echó a reír francamente.

—¡Basta, inspector! ¿Quiere visitar la fábrica? Muy bien; vamos. Cuando hayamos concluido atacaremos el segundo punto.

Samson fué un guía excelente. Guió a los visitantes y les explicó el distinto funcionamiento de todo. Después examinaron la habitación donde solía permanecer el vigilante durante los intervalos de sus rondas periódicas, que eran cinco: a las nueve, a las once, a la una, a las tres y a las cinco. Samson les expuso lo que sabía del asunto y respondió a algunas preguntas que le dirigieron sobre ciertos detalles.

En conjunto, French apenas oyó más de lo que sabía por Goodwilly. Parece que en tiempo normal, Clay hacía una guardia de ocho de la noche a las seis de la mañana. Comía dos veces durante la noche: tomaba el primer refrigerio entre las doce de la noche y la una de la madrugada, y el segundo hacia las cuatro. Como la noche de su desaparición las dos comidas habían quedado intactas, se deducía que debía haber abandonado la fábrica temprano.

French estaba intrigado por la actitud del ingeniero, cuyas palabras y gestos reflejaban una viva contrariedad. El inspector jefe resolvió reflexionar más tarde sobre esto.

—Bien, Samson, hasta ahora todo va bien. ¿Y si examinásemos la caja fuerte?

Se hallaban sentados en el despacho del ingeniero, quien, sin responder, tomó el teléfono y pronunció algunas palabras.

—He preguntado —dijo luego a French— si míster Mairs estaba de regreso y me dicen que acaba de llegar. Como él es nuestro financiero y la caja robada le pertenece, creo lo mejor confiarle a él. Si tiene usted necesidad de mí, estaré en mi oficina.

French, Carter y Samson marcharon al despacho de Mairs.

Grosvenor Mairs era pequeño, de cara redonda. Andaba con el cuerpo inclinado hacia adelante y balanceando la cabeza, como un nadador en el

momento de zambullirse. Sus maneras eran bruscas y nerviosas, pero sus ojos, fríamente calculadores, hacían pensar que era incapaz de olvidar ni por un momento sus intereses. Samson hizo las presentaciones y se retiró inmediatamente.

—Me alegro de que hayan puesto este asunto en manos de Scotland Yard —dijo Mairs—. No es que pretenda rebajar a nuestra policía local, pero es evidente que Scotland Yard dispone de más medios para ocuparse de un caso tan serio, porque mi socio y yo pensamos que se trata de un caso muy serio.

—¿Por qué dice usted eso, míster Mairs? —preguntó French, interesado por estas palabras.

El otro vaciló.

—Creo que míster Haviland preferirá hablarle él mismo respecto de esto. Ya no tardará. Entretanto, si puedo facilitarle algún otro dato, haga el favor de decírmelo.

El momento parecía oportuno para hablar de la caja. Mairs deseaba ayudar al detective. Se la mostró y respondió a todas sus preguntas.

Una vez más pudo comprobar French que Goodwilly le había dicho todo lo que pudiera interesarle. La caja, que era grande y de un modelo bastante antiguo, contenía los libros de la empresa y algún dinero en metálico.

—¿Quién conocía la existencia de este dinero en la caja, míster Mairs? —interrogó French.

—Probablemente, todo el personal. Pero sólo dos empleados de la caja y yo sabíamos que aquella noche había cuatrocientas libras.

—¿Habría dicho algo alguno de ellos?

—Aseguran que no, y les creo, porque son dignos de confianza. Pero, evidentemente... —Mairs encogióse de hombros y prosiguió—: Hay un dato que debe usted conocer. El total de nuestros salarios se eleva a dos o trescientas libras semanales. Se paga todos los viernes. El dinero se retira del Banco los jueves y si el ladrón hubiese venido un jueves por la noche habría encontrado cerca de trescientas libras en lugar de cuatrocientas.

—¿Y todo su personal está al corriente de este hecho?

—Quizá no conozcan exactamente el importe de la suma, pero no ignoran que es más elevada la víspera del día de pago.

—Muy interesante.

French oyó de boca de Mairs los detalles accesorios que pudo obtener. Anotó el nombre y la dirección de los empleados que conocían la existencia del dinero en la caja. Se enteró de detalles de la vida de Clay, sin sacar nada en limpio, y también supo que Samson era un hombre competente en Química y que estaba en la fábrica desde hacía nueve años, es decir, desde la fundación de

la empresa.

Mientras Mairs hablaba, sonó el timbre del teléfono.

—Bien —respondió—. Vamos. míster Haviland, inspector, desea verle en su despacho.

Haviland formaba un contraste extraordinario con Mairs. Ancho de espaldas, con un bigote de morsa y aspecto decidido. Estrecho la mano a French y dirigiendo un saludo a Carter, rogó a sus visitantes que tomaran asiento.

—Estoy satisfecho de verle, inspector —dijo—. Deseo hacerle una o dos preguntas, si no tiene inconveniente.

French sonrió.

—Ninguno, pero no le garantizo la respuesta.

—Desde luego, puede responder. He sabido que el hombre que hallaron en el coche accidentado era Clay. ¿Es cierto?

—Sí, señor.

—También se ha insinuado que el accidente no había sido tal, sino que fué provocado. ¿Puede de informarme sobre esto?

French vaciló.

—Tenemos razones para creer que no fué un accidente.

—¡Ah! —Haviland dirigió una rápida mirada a Mairs—. Es lo que nosotros temíamos. Y esto confirma una idea desagradable que se nos ha ocurrido ¿Debo decirlo, Mairs?

—Inspector, yo soy de los que creen inútil consultar a un médico o a un abogado, si no se procura hablarle con franqueza. Ambos tenemos la impresión de que este asunto es más serio de lo que a primera vista parece. En una palabra, creemos que el robo no se habría cometido ni el asesinato habría tenido lugar, porque me figuro que ese accidente oculta un asesinato, ¿verdad...?

—Así lo creemos.

—Como nosotros. Pues bien: sospechamos que todo esto no ha sido realizado por cuatrocientas libras, o por la cantidad que hubiese en la caja, ya que dudamos que el ladrón conociese su cuantía.

—Puede que tenga usted razón. Pero por otra parte, hay por el medio millares de individuos que cometerían un crimen por semejante suma.

—No en estas circunstancias.

—Entonces, es preciso hallar otro móvil —observó French.

—Sí —replicó Haviland—. Llegaremos a ello. La fábrica encerraba algo mucho más precioso que esas cuatrocientas libras. En esta caja —mostró una gran caja verde colocada en una esquina del despacho— se encuentra algo que

vale centenares de miles y tal vez millones de libras. Esto es lo que explica la gravedad de nuestras preocupaciones.

French se estremeció, en tanto que Carter, impresionado, se enderezaba en su asiento.

—Hable usted.

Haviland remontóse a nueve años atrás y les relató cómo habían empezado el negocio y contratado a Samson como ingeniero químico. Después de cinco años de trabajo normal, Samson se había dirigido a los directores, diciéndoles que estaba a punto de hacer un descubrimiento susceptible de desarrollar la industria del cemento rápido. Puestos al corriente de los hechos, los dos socios le autorizaron para comenzar sus experimentos. Estos fueron largos y costosos, pero Samson logró hacer de su sistema una posibilidad comercial. El invento era sencillísimo ¿El inspector jefe conocía la industria del cemento?

French tenía sobre ello una idea muy vaga.

Haviland le explicó:

—Arcilla y calizas en diferentes proporciones se mezclan, añadiendo agua hasta la formación de una especie de barro. Se echa éste en unos hornos rotatorios u ordinarios para obtener una masa que, pulverizada por medio de un triturador, da el cemento. En este sistema, la desecación es muy costosa y aquí es donde interviene el invento de Samson. Como usted debe saber, existen ciertas substancias llamadas fundentes que, mezcladas a los metales, por ejemplo, activan la fusión. Ahora bien; Samson había descubierto unos productos químicos que favorecían la transformación del barro en la masa viscosa que se convierte en cemento. De suerte que, gracias a ellos, la desecación del barro se lograba a una temperatura menos elevada que antes. Comprenderá usted la importancia del descubrimiento; con este nuevo sistema hacíase a la vez una economía de combustible y de tiempo. Ahora bien, la fórmula para obtener dichos fundentes, así como la manera de emplearlos, fueron escritas en papeles que se conservaban en esa caja fuerte. Y lo que nosotros tememos no es la desaparición de las malditas cuatrocientas libras, sino la divulgación de nuestro secreto.

Muy interesado, French reflexionó durante unos instantes, después comenzó su interrogatorio de manera lenta y metódica.

—¿Según usted, la fórmula secreta no ha sido robada?

—No; de otra forma, haría tiempo que lo sabría usted.

—¿La caja presentaba señales de forzamiento?

—Ninguna que hayamos podido identificar.

—Sin embargo, el papel pudo ser cogido, fotografiado y vuelto a colocar

en su sitio.

—Eso es.

—¿Quién conocía la existencia de esa fórmula y su situación en la caja?

—Nadie, salvo Samson, Haviland y yo mismo, inspector.

Por primera vez, Mairs habló:

—¿No creen que, ya que debemos aclarar esta cuestión, deberíamos hacer venir a Samson?

—Sí —replicó Haviland—. ¿Qué dice usted, inspector?

Habiendo prestado French ya su asentimiento, Haviland tomó el teléfono. Poco después, Samson apareció.

—Entre y siéntese, Samson —dijo Haviland—. Le estamos hablando al inspector del procedimiento y quiere hacernos algunas preguntas.

—Quisiera saber, míster Samson, qué personas conocían la existencia de sus notas en la caja.

—Solamente lo sabíamos nosotros. Es más, creo que todo el mundo ignoraba que tuviésemos un secreto. Hice personalmente todos los ensayos y cuando cambiamos nuestro sistema de fabricación, nos limitamos a decir que adoptábamos un procedimiento ligeramente distinto.

French calló un instante.

—Dígame —dijo de repente—, ¿tales procedimientos no pueden patentarse? ¿Por qué explotarlo en secreto?

Los socios cambiaron una mirada.

—Su observación es muy oportuna, inspector —respondió Haviland—. Es un asunto sobre el que ya hemos reflexionado. He aquí la razón por la que desistimos: nosotros fabricamos cemento y nos resulta un ochenta por ciento más barato que a nuestros rivales. Si no hablamos de nuestro procedimiento, podemos vender nuestro producto al precio corriente y obtener un gran beneficio. En realidad, lo vendemos al precio ordinario, pero concediendo un ligero descuento sobre cada vagón o cada flete. Esto nos asegura la venta de toda la producción y el descuento no es bastante importante para atraer las sospechas.

—Comprendo.

—Pero supongamos que sacamos una patente. En seguida todos los ingenieros del mundo se pondrían a trabajar para modificarla algo y sustraerla a nuestro monopolio. Si alguno descubre un procedimiento mejor, echaría por tierra el fruto de nuestros esfuerzos. Y aunque luchásemos por hacer valer nuestros derechos (aventura costosa) nos veríamos obligados a permitir a otras casas emplear nuestro sistema, los precios bajarían inmediatamente y así nuestros beneficios disminuirían. No sé si me he explicado bien.



—Perfectamente. Según eso, sólo ustedes conocían la existencia del procedimiento secreto. Pero si es cierto que se ha intentado robarlo, es que ustedes están equivocados.

Los socios cambiaron una nueva mirada.

—Parece que alguien está al corriente de ello, pero ignoramos quién pueda ser —admitió Haviland.

—El robo del dinero, según ustedes, ¿no es más que para despistar?'

—Sí. Creemos que el ladrón buscaba el procedimiento y que, temiendo haber dejado huellas de su paso, se decidió a echar mano a todo lo que pudo encontrar a fin de dar la apariencia de un robo corriente.

—Si están en lo cierto, dos métodos de investigación se nos ofrecen. Se trata, primero, de descubrir quién podría beneficiarse con el robo del procedimiento y, seguidamente, quién ha podido apoderarse de las llaves de la caja.

Haviland aprobó con el gesto.

—Eso es. Pero si lo primero es fácil resolverlo, no lo es lo segundo

—Veamos, ante todo, lo primero. ¿Quién habría podido sacar partido de ello?

—Un perito, es decir, uno que conozca la industria del cemento. Samson dice que un profano no habría podido entender la fórmula. Y si partimos del hecho, por otra parte, poco probable de que la existencia de nuestro sistema era ya conocida, existen en el mundo centenares de personas que podrían enriquecerse gracias a su posesión.

—¿Quiere usted decir que cualquiera que encontrase la fórmula podría venderla en provecho suyo?

—Sí, creo que sí.

French abismóse en sus pensamientos.

—¿Está seguro de que esos descuentos no las han traicionado?

Haviland inclinó la cabeza.

—Casi seguro. Yo mismo inventé una historia para evitarnos molestias. He dicho que Mairs había recibido una herencia, una parte de la cual empleaba en cubrir nuestras pérdidas a fin de evitar el cierre de la fábrica.

French aprobó.

—Muy ingenioso. ¿Y cómo ha propalado usted esa historia?

—Contándosela a míster Tasker. Es el director general de las fábricas Joymount, de Hamble.

—¿Qué fabrican ellos?

—El mismo cemento que nosotros.

—¡Ah! —dijo French—. ¿Hay otras fábricas similares en los alrededores?

—No, sólo una: Joymount. Las grandes fábricas de Medina elaboran cemento de Portland. Nuestros procedimientos no les interesarían.

—¿Míster Tasker es la misma persona a quien ha contado usted esta fábula?

—Sí. Sólo él me ha interrogado a propósito de nuestros descuentos.

French vaciló.

—¿Y su pregunta no le ha sugerido a usted nada?

—¿A mí? ¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir —respondió French—, que su descubrimiento podría tener para esa casa un interés positivo. Está casi a sus puertas, mucho más cerca que otros rivales. Habiendo descubierto que sus precios eran inferiores a los de ellos, el director gerente ha intentado tirarle de la lengua. Por eso le digo si esa pregunta no le ha sugerido nada.

Los tres hombres se miraron en silencio.

## CAPÍTULO XI

### French estudia el problema

**H**aviland fue el primero en hablar.

—No sé si le he comprendido bien. Hablando claramente, ¿insinúa usted que Tasker o uno de sus socios ha robado el procedimiento?

—Le preguntaba su opinión sobre ello —replicó French sonriendo.

Haviland movió la cabeza.

—No lo creo. —Miró a Mairs y Samson—. No hemos pensado semejante cosa. Esta hipótesis me parece inverosímil. Si Tasker hubiese planeado este robo, no habría llamado de esa manera la atención sobre él. —French inclinó la cabeza—. Por otra parte, no veo de qué manera Joymount habría podido enterarse de que habíamos descubierto un nuevo sistema y, sobre todo, procurarse las llaves de la caja. Eso creo yo.

—Pero alguien las ha cogido —observó French—. ¿Por qué no las gentes de Joymount?

—¿Y cómo iban a hacerlo? — insistió Haviland.

—¿Y si han tenido un cómplice entre el personal de ustedes?

—No veo cuál.

French no estaba convencido de la inocencia de la casa Joymount y decidió reflexionar después sobre ello.

—Sin duda, tiene usted razón —dijo suavemente—. Mi teoría me parece bastante difícil de mantener. Vamos ahora con las llaves. Sólo existen dos, ¿no es eso?

—Sí —contestó Haviland—. Una de la caja robada y otra de la caja que está en ese rincón. Mairs, que es a la vez contable y cajero, posee esas dos llaves, y yo la segunda solamente.

—¿Dónde las guardan?

—Las mías están sujetas a un anillo fijo en mi pantalón, por medio de una cadenita. Por la noche, suelto la cadena y coloco las llaves bajo la almohada.

—¿Está seguro de que nadie se las ha podido quitar?

—Absolutamente.

—¿Y usted, míster Mairs?

—Puedo decir lo mismo.

—¿Tienen con éstas otras llaves?

—Por lo que respecta a la fábrica —dijo Haviland—, tenemos, además de las de las cajas, las de la puerta de entrada, de los pabellones donde están los

hornos nuevos y las de nuestros despachos, y también las de nuestro domicilio particular.

—Bien —dijo French—; se deduce que las llaves no han podido ser substraídas durante tiempo bastante para abrir la caja. Se ha debido, pues, cogerlas momentáneamente y tomar una impresión de ellas. Veamos en qué momento ha podido ser.

—He ahí la cuestión —observó Haviland.

—Estudiemos el problema —replicó French—. Supóngase que uno de los dos ha abierto la caja, después se ha separado de ella un momento para acercarse a la mesa. Supongan también que un empleado u otra persona estaba presente. ¿No ha podido coger la llave, tomar una impresión en cera y colocarla en su sitio sin que ustedes se diesen cuenta?

—Imposible —declaró Haviland—. Ha olvidado la cadena. Si uno de nosotros abre la caja y quiere volver a su mesa se vería obligado a cerrarla y sacar la llave. Nunca la soltamos de la cadena, salvo por la noche.

—¿Están seguros de no haber prestado las llaves a alguien?

Los dos socios se miraron.

—Entonces las han cogido durante la noche —prosiguió French—. Un ligero narcótico, por ejemplo. ¿Qué dicen ustedes?

Una vez más, los dos hombres movieron la cabeza. Estaban seguros de que no había ocurrido nada por el estilo.

French se calló, desconcertado. Por vez primera se preguntó si aquellos hombres no sabían más de lo que querían declarar. Pero, ¿cómo descubrirlo?

Haviland hizo un gesto brusco, como si una idea repentina le hubiese asaltado. Después de algunos momentos de reflexión, dijo, vacilante:

—Su hipótesis de un narcótico acaba de sugerirme algo. No creo que tenga nada que ver, pero voy a decirlo.

—Sí, haga el favor.

—Fué el viernes pasado —prosiguió Haviland.



—Su hipótesis de un narcótico, acaba de sugerirme algo.

—Regresaba a Portsmouth en el tren de las cuatro y cincuenta, por Ryde. Me dormí. Esto no tiene nada de particular y no era la primera vez que me dormía. Pero en aquella ocasión fue un sueño tan profundo que al llegar a Portsmouth no me desperté. Y al camarero le costó trabajo hacerlo. Ahora que, una vez despierto, me sentí perfectamente.

—Es raro no darse cuenta de que uno ha sido narcotizado ¿Creyó usted que le habían dado alguna droga?

—No —dijo Haviland, con seguridad—. Había pasado un día fatigoso el viernes e hizo mucho calor. Mi sueño me pareció natural.

—En aquel momento no pensó usted en un narcótico —continuó French

—. Pero, ¿y ahora?

Haviland vaciló de nuevo.

—Sí, y por eso le he hablado de ello. El té tenía un gusto especial y recuerdo haberlo encontrado menos bueno que de costumbre.

French inclinó la cabeza.

—¿Había otros viajeros en el vagón?

—Creo que no, pero, a decir verdad, no me fijé.

—¿Nadie en su mesa?

—No.

—¿Y al otro lado del pasillo?

—Creo que había alguien, un caballero.

—¿Podría usted describirle?

—Temo que no. No tenía ninguna razón para observarle.

Después de haber intentado en vano obtener una descripción del viajero, French volvió sobre el asunto en general. Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, no sacó nada más.

Sólo quedaba una cosa que hacer en Chayle. Después de haber tomado las huellas digitales de Mairs y Haviland, French examinó el interior de las dos cajas y aseguró que no revelaban otras impresiones dactilares que las de los dos socios. No esperaba encontrar otras porque el hombre que había golpeado el carburador del automóvil llevaba guantes. Cuando hubo concluido su inspección, Carter telefoneó a Haviland para pedirle un carruaje y los dos detectives se marcharon.

French no podía quejarse de los resultados obtenidos. Había demostrado que se trataba de un crimen y esperaba que sus pesquisas conducirían pronto a la detención del asesino. Una buena jornada. Pero el inspector jefe no era hombre que se detuviese a pensar en lo pasado; sólo el porvenir le interesaba. ¿Por qué camino iba a decidirse ahora? Se preguntaba si tenía datos suficientes para edificar una teoría. Se contestaba que no y, sin embargo, durante su charla con los socios de Chayle, se le habían ocurrido dos posibilidades.

Primero: Las gentes de Joymount habían podido conocer la existencia del procedimiento e intentado, vanamente o no, robarlo. En este caso, haber sobornado a Clay para contar con su ayuda y una vez en posesión del secreto, le habían dado muerte para impedirle hablar. Esta hipótesis encajaba bien con los hechos y, hasta cierto punto, se encontraba confirmada por la pregunta de Tasker.

—Segundo: Los socios de Chayle habían podido asesinar a Clay ellos mismos. El móvil era bastante fácil de imaginar: habiendo sorprendido Clay su secreto se disponía, tal vez, a venderlo. Al saberlo Haviland y Mairs, hicieron

desaparecer al vigilante. Esta suposición concordaba también con las circunstancias. y estaba reforzada por el hecho de que las declaraciones de los dos socios incluían una cosa imposible y debían, por lo tanto, ser en parte inexactas.

Aquel viaje en tren, por lo que pudo juzgar, era la *única* ocasión que tuvo el culpable de procurarse los moldes de las llaves de Chayle. ¿Había sido Haviland narcotizado? Si lo había sido, se deducía que, contrariamente a sus declaraciones, las llaves habían podido ser copiadas y entonces se hallaban en presencia de un criminal extraño. French decidió ocuparse del episodio del coche restaurante.

A pesar de que estas hipótesis le parecieron razonables, French estaba lejos de sentirse satisfecho. Una vez más examinó la situación. Una idea cruzó de repente por su cerebro, haciéndole lanzar un suspiro de satisfacción. Se expresó así: Un extraño penetra en la fábrica con intención de robar el procedimiento (un representante de Joymount u otra persona cualquiera). La existencia del nuevo sistema le es conocida, se ha procurado las llaves. En el curso de su visita es sorprendido por Clay, le golpea en la cabeza y le mata.

El intruso se encuentra con un cadáver entre los brazos. Su primer pensamiento es desembarazarse de él ¿Cómo conseguirlo? Imposible dejarle donde está so pena de descubrirse casi inmediatamente. Imposible también enterrarle o arrojarle al Solent, pues en ambos casos sería descubierto. ¿Qué hacer entonces? Simular una muerte accidental, si fuese posible. Y ¿qué mejor que un accidente de automóvil seguido de incendio?

Era una hipótesis espantosa, pero bastante verosímil. Se deducía que el asesino había suplantado la persona de Clay para comprar el vehículo. El hecho era sugestivo. El criminal pudo blanquearse el rostro, andar cojeando y hablar con voz aguda, pero no logró cambiar ni su talla, ni su corpulencia. Por consiguiente, debía ser delgado y de talla ligeramente superior a la media.

Esta teoría resolvía un difícil problema: cómo se había mezclado a Clay en este asunto y explicaba el accidente; la compra del auto con billetes robados estaba destinada a hacer creer que el mismo Clay había adquirido el auto. En suma, la primera solución inteligente.

Faltaba saber si Clay había sido muerto en la fábrica o no. ¿Sería posible descubrir cómo llegó a tierra firme? Si se lograba demostrar que había hecho la travesía vivo, la teoría de French se venía abajo. Si no, se confirmaba. Faltaba proseguir numerosas indagaciones respecto al sueño de Haviland en el tren, a la travesía de Clay y al individuo que había podido personificar al vigilante en la compra del auto. Por consiguiente, French se dio cuenta de que ni Haviland ni Mairs hubieran podido hacerlo (el primero demasiado grueso, el segundo muy

pequeño), pero en lo que concernía a altura y corpulencia, Samson era el tipo ideal.

Al llegar al hotel, French rogó a Carter que telefonease a Hanbury para preguntarle si sabía de qué manera pudo Clay ganar tierra firme y si podía proporcionarle una fotografía de Samson el ingeniero.

Hanbury no le informó sobre el primer punto, pero prometió enviarle la fotografía pedida; representaba un grupo formado por el personal de Chayle. Samson estaba muy definido y era fácil de ampliar.

Una vez en posesión de la fotografía, French y Carter trasladáronse al garaje de Fisher.

—Ya he dicho todo lo que sabía al comisario Goodwilly —les dijo Fisher, excitado—. Ha podido comunicarle mi declaración.

—Ya lo ha hecho, Fisher —repuso French en tono amable—, pero después hemos progresado algo. Trato de identificar a la persona a quien vendió usted el coche. Aquí tiene una fotografía del personal de Chayle. Quisiera saber si puede usted reconocer a Clay.

Ni Fisher ni sus empleados descubrieron en aquel grupo al comprador.

—¿Está seguro de que no era este individuo? —dijo French, señalando a Samson.

—¿Este? —dijo Fisher—. No, no es él. Esto es interesante. Si este hombre no es Clay, ¿quién es, entonces?

—He ahí lo que me intriga, Fisher —respondió French—. Voy a confiarle un secreto. Este no es el vigilante, pero sí un hombre que habría podido hacerse pasar por él; Clay no está en el grupo. Gracias, Fisher. Me ha hecho usted un gran favor.

Así se vino abajo una de las teorías de French. Desde el punto de vista de la talla y de la corpulencia, Samson era el único miembro importante de Chayle que hubiera podido hacerse pasar por Clay. Puesto que no lo había hecho, no le quedaba a French más que procurarse una fotografía del personal de Joymount y poner a prueba otra hipótesis.

Pero, ¿cómo procurarse aquella fotografía? No era probable que tuviese la suerte de encontrarla tan fácilmente como había obtenido la de Chayle.

Y, sin embargo, esto es lo que sucedió. Después de haberse asegurado de que no había ninguna «foto» de Joymount en el puesto de policía, dirigióse a la redacción de un periódico local, donde encontró lo que buscaba. Era un grupo tomado hacía tres años, con motivo de la visita de una misión canadiense a las fábricas Joymount.

Aquello era lo que French deseaba. Volvió al garaje y mostró la fotografía a Fisher.



Con gran contrariedad suya, éste declaró que cuatro de los personajes fotografiados se parecían a su comprador, pero que le era imposible especificar cuál de los cuatro era el que había ido al garaje.

French anotó los nombres de los cuatro supuestos compradores, eran: Walter Brand, director; Frederick King, ingeniero químico; James Campbell, ajustador, y Robert Armour, chófer.

French retuvo los nombres de Brand y King y decidió ocuparse de sus idas y venidas durante las jornadas precedentes. Pero antes resolvió descubrir si algún extraño había narcotizado a Haviland para echar mano a las llaves.

Consultando la guía del hotel, comprobó que el tren que salía de la estación de Waterloo a las cuatro y cincuenta, llega a Portsmouth a las seis y cincuenta y seis. Cuando entró en la estación aquella tarde, Carter y el esperaban sobre el andén.

Una vez más tuvo una suerte inesperada. El personal del coche restaurante, de servicio aquel día, era el que trabajaba el viernes anterior. El camarero recordaba muy bien el incidente.

—Conozco mucho a este señor —dijo—. Toma el tren todos los viernes por la tarde y pide té con tostadas.

—Vive cerca de Cowes —explicó el inspector jefe—. ¿Dice usted que se durmió de forma inesperada?

—Sí. Yo nunca le había visto dormirse anteriormente. La otra tarde, el viernes pasado, es decir, hace seis días, vino, como de costumbre, a tomar su té con tostadas. Una vez concluido el servicio limpiamos las mesas y todo quedó en orden antes de pasar por Haslemere, donde no subió nadie al coche. No volví hasta antes de Petersfield. Entonces atravesé el coche a fin de asegurarme de que no había entrado nadie y observé que aquel señor se había dormido. Paramos en Fratton, en Southsea; después aquí, en el puerto. Entré de nuevo en el coche para ver si había quedado olvidada alguna cosa y comprobé que el señor seguía durmiendo. Le hablé, y como no me hiciese caso, le sacudí por los hombros. Créalo si quiere, pero no pude despertarle. Ayudado de un compañero me disponía a llevarlo al despacho del jefe de estación para que le viese un médico. En el momento de levantarlo, se despertó. Nos dio cinco chelines y pareció muy agradecido. Le pregunté si deseaba tomar un taxi, pero rehusó, diciendo que se encontraba muy bien. Le dejamos y no hemos vuelto a saber de él.

—Todo esto está muy claro —dijo French. Después añadió en tono confidencial—: Ahora voy a decirle una cosa. ¿Sabe usted guardar un secreto?

El hombre, muy intrigado por aquella actitud, poco frecuente en un jefe de Scotland Yard, dio la respuesta esperada.

—Muy bien —prosiguió French—. Ni una palabra a nadie. Creemos que le han robado a ese señor un valioso objeto, mientras estaba en el coche restaurante. Y por ello estamos investigando. Creemos que fué narcotizado, ¿A usted qué le parece?

El mozo no se mostró sorprendido. El viajero dormía con un sueño demasiado profundo para ser normal.

—Supongo que fué narcotizado —dijo French—. ¿Cómo pudo administrársele la droga?

El hombre no respondió a esta pregunta. Nadie había podido tocar las bandejas, de eso estaba seguro. Aun sin acordarse de cómo estaban situados los demás viajeros, aseguraba que el señor estaba solo en su rincón.

French sacó de su bolsillo las fotografías de los grupos. El mozo reconoció rápidamente a Haviland y Mairs, pero a nadie más.

Cuando el inspector jefe le mostró a King y Brand, dijo que la cara de King le parecía familiar, pero que no podía decir si había viajado alguna vez en el coche restaurante.

Cuando hubo oído, todo lo que quería saber, French comprendió la importancia de la declaración del camarero. Parecía cierto que Haviland había sido narcotizado, y esto explicaba, sin duda, cómo pudieron copiarse las llaves. El asesino de Clay era un extraño que trataba de apoderarse de la fórmula secreta. Satisfecho de los resultados obtenidos, French, en compañía de Carter, regresó a Southampton.

Un interesante mensaje le esperaba: tratábase de una nota del comisario Hanbury, en la cual le daba cuenta de los primeros resultados de la investigación emprendida para averiguar la forma en que Clay se había trasladado de la isla de Wight a tierra firme.

Clay llegó al garaje de Southampton (Hanbury ignoraba que French había adquirido la certeza de que el vigilante no hizo tal cosa) hacia las nueve de la mañana. Sólo un barco, el que sale de Cowes a las siete y media, le hubiese permitido estar allí a esa hora. Hanbury se había informado acerca de la tripulación y de los pasajeros; pero nadie había visto a Clay. Y, además, dos testigos aislados estaban dispuestos a afirmar, bajo juramento, que ningún cojo había tomado aquel barco.

Hanbury estaba visiblemente impresionado por tal descubrimiento. Según él, el vigilante debía haber hecho el viaje en una canoa o en alguna otra embarcación particular, e iba a informarse de si había sido éste el caso.

Semejantes noticias eran satisfactorias y confirmaban la hipótesis de French, de que Clay había sido asesinado en la fábrica. Hasta aquí todo iba bien.

Pero cuando el inspector pensaba en el porvenir, la perspectiva le parecía menos halagüeña. Era preciso aclarar la cuestión de si Haviland había sido narcotizado y examinar más atentamente el suceso del coche restaurante.

En cuanto a lo de quién había podido narcotizar a Haviland y asesinar a Clay, seguía igualmente confundido. Las preguntas hechas por Tasker, con motivo de los descuentos, y el aspecto general del asunto, hacían suponer que el culpable se encontraba entre el personal de Joymount y en este sentido las sospechas más firmes recaían sobre King.

Pensando que tenía ante sí mucha tarea, French se fué a acostar.

# TERCERA PARTE

## MIXTIFICACIÓN

### CAPÍTULO XII

#### La encuesta

Cada vez que Brand pensaba en la tragedia, durante los primeros días que siguieron a ella, sentíase lleno de horror y de angustia. Le espantaba menos el temor de tener que sufrir las consecuencias del crimen que la idea de haber contribuido a la muerte y a la deshonra de un inocente.

King dábase cuenta de su trastorno. Había advertido a su amigo del peligro que suponía dejar traslucir sus sentimientos.

«Hasta ahora estamos seguros y lo estaremos mientras nadie recele — había insistido más de una vez—. Si logramos hacernos sospechosos a la Policía, sólo Dios sabe lo que ocurrirá.»

Comprendiendo toda la importancia de estas palabras, Brand esforzabase en conservar una actitud normal.

Pero esto no era tan fácil, sobre todo en los momentos en que llegaban los periódicos; los abría con una impaciencia febril. El lunes por la noche y el martes por la mañana trajeron el relato del robo y de la desaparición de Clay, al cual parecían admitir como culpable. El martes por la noche relataron el episodio del vehículo, dando detalles que hacían pensar que lo creían un accidente. Hasta aquí todo iba bien. Pero cuando abrió el diario, la mañana del miércoles, Brand recibió un golpe tremendo. Al encabezamiento de costumbre habían añadido: *Giro asombroso*. Latiéndole fuertemente el corazón, leyó el artículo.

La identidad del muerto había sido aclarada. Clay, el desaparecido vigilante de la fábrica Chayle, había comprado el auto accidentado a un comerciante de Southampton, y su cuerpo era el que se había hallado carbonizado.

Con la cara descompuesta, Brand fue a buscar a King, el cual limitóse a decirle, sonriendo:

—Es natural, amigo mío. Ya había previsto todo eso. Mientras vean en Clay al comprador del cacharro, todo irá perfectamente.

Aquel mismo miércoles primero de agosto, era un día destinado a ser histórico para la fábrica Joymount; en efecto, tal fecha señalaba el plazo

concedido a King para sus investigaciones, y la reunión del Consejo. Brand se hallaba con Tasker, cuando King entró para discutir el informe que habían de presentar a los consejeros.

El ingeniero químico había preparado una complicada y larga relación cuya esencia, sin embargo, era bien sencilla. Había hallado un procedimiento. Este era el único hecho interesante. Añadía que era imposible utilizarlo inmediatamente porque sería necesario construir algunas máquinas cuyos planos no estaban aún hechos. Pero conocía los fundamentos esenciales, y el Consejo podía contar de manera cierta con una disminución de un veinte por ciento, aproximadamente, en el precio de producción.

—Esto parece demasiado hermoso para ser cierto —declaró Tasker, después de haberle leído el informe—. ¿Está seguro de que usted podrá hacer todo cuanto dice?

—Absolutamente —replicó King—. Déjenme continuar mis trabajos y dentro de un mes se explotará el nuevo sistema.

Una expresión de intensa alegría iluminó las facciones de Tasker.

—Si logra usted eso —dijo lentamente—, no sólo salvará a la fábrica y a todo el personal, sino que hará su fortuna, se lo prometo.

—Se lo agradezco mucho, Tasker; estaba seguro de lo que iba usted a decirme; Brand le confirmará que durante estas cuatro semanas no hemos perdido el tiempo.

En la reunión del Consejo, el entusiasmo no fué tan grande. Los consejeros, aunque bastante impresionados, no quedaron por completo convencidos. Pero, dadas las circunstancias, su actitud no tenía nada de raro. Y King recibió finalmente algunas felicitaciones discretas y la orden de adquirir la nueva maquinaria.

Vino entonces otro período de trabajo intenso. Radcliff y Endicott fueron despedidos bajo pretexto de que el Consejo había negado a King la autorización para proseguir sus investigaciones. El químico dedicóse al estudio de la parte mecánica del asunto. Había que construir los nuevos hornos y las amasadoras destinadas a recibir los fundentes. No pudiendo ser Brand de ninguna utilidad para este trabajo, King se ocupó de él. Diez días más tarde había terminado su tarea. Queriendo que los fabricantes a quienes se dirigió ignorasen sus proyectos, King pidió el material, pieza por pieza, a ciento veintiocho casas diferentes y resolvió montarlo con sus propios obreros. No se construiría ningún pabellón y los hornos, en número de dos, se emplazarían en un local ya existente.

Cuando los planos de las máquinas estuvieron terminados y los últimos pedidos hechos, Brand se asombró al descubrir que el trabajo preliminar no

había concluido. Una vez más King necesitaba de su ayuda para una serie de experimentos químicos.

—¿De qué se trata? —preguntó Brand—. Yo creí que ya no le faltaba nada. ¿Por qué más investigaciones?

—Suponía —replicó King— que lo había adivinado usted. Supóngase que fabricamos este maldito cemento y que las gentes de Chayle se dan cuenta, ¿qué sucederá? Descubrirán lo sucedido y nos acusarán de haber robado esa dichosa fórmula. ¿Qué será entonces de nosotros?

—No podrían probarlo.

—Quizá. Pero si no podemos demostrar cómo hemos dado con ello; vendría a ser lo mismo. Es necesario protegernos contra esa eventualidad.

—Pero ¿cómo?

—De la siguiente manera: realizando una serie de experimentos susceptibles de demostrar a cualquier técnico cómo hemos venido a dar con la solución.

—¿Y puede usted hacer esos experimentos?

—Naturalmente. Están preparados con algunos errores voluntarios. No tengo más que realizarlos y anotar los resultados, arreglándome de manera que los errores sean fáciles de rectificar.

A todo esto, el caso Clay había pasado a segundo término. Cada mañana, el artículo que le destinaban los periódicos era más corto y al quinto día había desaparecido de ellos. Los diarios mencionaron que se había abierto la encuesta, después que se había aplazado y que Scotland Yard tomaba el asunto en sus manos. Era evidente que la policía continuaba interesándose por él pero nadie sabía hacia qué lado dirigíanse sus esfuerzos.

Brand creía vivir sobre un volcán. Sus sentimientos oscilaban entre el terror cuando pensaba en la actividad de la policía, y el alivio, cuando recordaba las precauciones de King. Pero siempre la muerte de Clay pesaba sobre su conciencia.

El día de la encuesta llegó al fin. Brand la había esperado con una ansiedad creciente y el mismo King mostraba alguna inquietud.

Ambos hubiesen dado cualquier cosa por asistir a ella, pero no osaron hacerlo.

El diario local trajo un completo relato de ella. Cada uno adquirió un ejemplar y fue a encerrarse en su habitación, dispuesto para lo peor.

El asunto había despertado una emoción considerable y todos los detalles venían descritos minuciosamente. Después de una introducción sobre el carácter extraordinario y dramático de los sucesos y el interés con que el gentío que llenaba la sala siguió todos los episodios, el diario daba un resumen de las

declaraciones.

El primer testigo era un jornalero. Cuando se dirigía a su trabajo, observó que el parapeto blanco levantado sobre el barranco que bordeaba la carretera de Fairbank había sido derribado en parte. Se detuvo y mirando pudo observar, en la orilla del río, los restos de un automóvil quemado. Descendió y los examinó. Descubrió que en el carruaje había restos humanos igualmente carbonizados. Sin tocar nada volvió a montar en su bicicleta y fue a avisar a la policía de Eastleigh.

Le siguió el comisario Crawford. Declaró que, habiendo oído el relato del primer testigo, avisó al médico forense y se trasladó con él al lugar del accidente. Describió el terreno, el estado y posición del vehículo y del cuerpo, así como las huellas que había visto en el sitio donde el auto derribó el parapeto. Cuando el médico hubo examinado el cadáver, Crawford ordenó que fuese transportado a Eastleigh. Estaba a punto de proceder a las investigaciones cuando su jefe le hizo saber que el asunto correspondía a varios distritos de policía y que era preferible hacer venir a un detective de Scotland Yard para coordinar todas las pesquisas. Y había esperado la llegada de éste.

El forense confirmó la declaración del comisario. Describió el cadáver con un lujo de detalles que hizo temblar a Brand. Preguntado sobre la fractura del cráneo, respondió que había podido ser producida por el accidente, a condición de que la cabeza hubiese chocado con fuerza contra cualquier parte del vehículo. Personalmente no veía bien cómo había podido suceder esto, pero tal consideración salía fuera de la esfera de su competencia. La herida podía tener un origen dudoso, pero, según él, no pudo ser causada por la propia víctima. La autopsia demostró que era suficiente para causarle la muerte.

Herbert Dexter fué llamado después. Dio detalles técnicos sobre los desperfectos y dijo que, en el momento de la catástrofe, el auto debía marchar a una velocidad de unos cuarenta kilómetros por hora. Interrogado por el *coroner*, respondió que la rotura del carburador y la inflamación de la bencina no eran consecuencias del accidente.

Wilfred Boothby, dentista de Cowes, declaró que había examinado la boca del muerto, y reconoció varios trabajos efectuados por él. El hombre era, sin ninguna duda, John Clay, empleado de los señores Haviland y Mairs, de Chayle.

En seguida siguió Haviland. Describió a Clay y relató el accidente a consecuencia del cual fué nombrado vigilante nocturno. Apreció una buena moralidad en su empleado, diciendo que le creía honrado y digno de confianza, y manifestó que le sorprendería extraordinariamente saber que había robado el dinero de la fábrica.

Mairs dio detalles relativos a la desaparición del dinero. Lo había retirado de la sucursal del London and Southern Bank, de Cowes; habló de las llaves y de cómo había puesto el robo en conocimiento de la policía.

Arnold Fisher, propietario de un garaje, relató la venta del vehículo accidentado, describió al comprador y explicó que, a pesar de su semejanza con Clay, no había podido identificarle de manera cierta. Había ingresado los billetes recibidos en la sucursal del Lloyd's Bank, de Southampton.

Dos empleados de Banca declararon después: uno de Cowes, para dar los números de los billetes entregados a la fábrica Chayle; el otro, de Southampton, para decir que había recibido de mister Fisher ciertos billetes.

El último testigo fué el inspector French, de Scotland Yard. Rogado por el *coroner* para que manifestase lo que supiera del asunto, declaró que había sido encargado de realizar ciertas investigaciones porque, por razones distintas, las autoridades locales consideraban obscuro el caso; comenzando por el episodio del vehículo incendiado, había dudado inmediatamente de que el carburador se hubiese roto a consecuencia del choque. Relató el descubrimiento de la piedra y dijo que, a su juicio, este hecho probaba que el accidente formaba parte de un plan estudiado de antemano, pero del que aun no se podía demostrar la existencia. El examen de las lesiones del cadáver hacía sospechar que la fractura del cráneo de Clay no pudo ser producida por el accidente. En la caída del automóvil, el vigilante había sido precipitado hacia adelante. Como, según el médico, esta herida había sido suficiente para causar la muerte del guarda nocturno, French había llegado a la conclusión de que cuando fué colocado en el auto ya estaba muerto. Por lo tanto, el *accidente* debía ocultar un asesinato. Sin embargo, aun no estaba en condiciones de acusar al autor del delito.

Esta declaración causó sensación. French fué interrogado sobre otros puntos, pero no quiso suministrar ningún detalle aclaratorio. Cuando hubo concluido, el *coroner* se dirigió al jurado y le dio un resumen de las declaraciones. Después expuso una teoría.

—No sabemos con exactitud lo sucedido—dijo—. No se puede probar que el muerto haya copiado las llaves y robado la caja. Si ha sido asesinado se deduce que otras personas se hallan mezcladas en este asunto, y es posible que sean también culpables del robo. O bien descubrieron lo que Clay había hecho, le robaron a su vez el dinero y le asesinaron. Sin embargo esto no concierne al jurado.

Continuó diciéndoles que debían establecer la entidad del cadáver y la causa de la muerte y decir si ellos creían en conciencia deber hacerlo, si imputaban o no esta muerte a alguien y, en caso afirmativo, a quién. Después de corta deliberación, el jurado dio, contra uno o varios desconocidos,



veredicto de homicidio voluntario.

Con una espantosa claridad, Brand comprendió que tal veredicto hacía desaparecer para siempre la esperanza de convencer a la policía de que la muerte de Clay fué debida a un accidente. El solo hecho de que ni King ni él habían ido a declarar a la encuesta, les condenaría sin remisión, si alguna vez se sabía que ellos habían penetrado en la fábrica y robado el secreto, nada podría salvarles de la horca.

Por otra parte, el relato de la encuesta le había convencido de que las autoridades no poseían más que un conocimiento muy limitado de los hechos. Sin duda creían realmente que Clay compró el auto a Fisher; ninguna investigación se había llevado a cabo en Joymount. Su amigo y él podían creerse seguros.

Sin embargo, se redoblaron sus temores cuando observó que King parecía cada vez más inquieto. No decía nada, pero Brand llegó a la conclusión de que no todo iba bien.

Algunos días después de la encuesta, interrogó al químico. Este le dirigió una extraña mirada.

—Venga a pasear conmigo más tarde, y se lo diré todo —le respondió.

Aquella noche salieron juntos.

—¿Qué sucede? —preguntó Brand con insistencia—. ¿Qué hay?

—No sucede nada.

—Hable, pues.

—Tratemos de reconstruir lo que ha debido pasar. Podemos suponer que Haviland y Mairs han hablado del sistema secreto a los detectives que han venido a verles. En este caso está fuera de duda que estos últimos han descubierto el verdadero motivo.

—Entonces... ¿no estamos seguros? —dijo Brand.

—No vaya tan de prisa. Si el procedimiento ha llamado su atención y han admitido que ha sido robado, se habrán hecho ya dos preguntas. Primera: ¿a quién puede aprovechar el robo? E inmediatamente habrán pensado en la fábrica Joymount, porque la fábrica de Medina no produce más que cemento de Portland. —Brand asintió y el otro prosiguió—: Si han pensado en Joymount han debido pensar en mí, que soy el único químico de la casa. Y si han pensado que yo tenía necesidad de ayuda, han pensado en usted. De manera que tenemos que ponernos a cubierto de cualquier sospecha, Brand.

—Pero, ¿cómo?

—No hay más que un medio. Todo irá bien si nosotros no bajamos los precios o si no acordamos conceder ningún descuento. No se sospechará más que de los que obtuvieran beneficio del robo.

—Pero de todas maneras, nosotros obtendremos beneficios por la disminución del precio de coste.

—De acuerdo, pero ni Scotland Yard ni nadie sabrá nada. Por el contrario, si acordamos conceder los descuentos...

—Pero —dijo Brand, inquieto—, ¿qué dirán los consejeros? Recuerde que ellos esperaban bajar nuestras tarifas y cuadruplicar nuestra producción.

—¡Ah!, ahí está el asunto. Ese es el nudo del problema. Sólo Tasker puede arreglar eso. Es preciso decirle lo que nos ha sucedido.

Pareciéndole esta idea particularmente desagradable, Brand la rechazó. No era menester decir nada a Tasker ni a nadie; sería demasiado peligroso. No es que dudase de Tasker. Pero un secreto entre tres personas dejaba de ser un secreto. Y, por otro lado, ¿tenían la seguridad de que el director creyese verdaderamente que la muerte de Clay había sido accidental?

—Ya sé que el caso es delicado, pero me parece que debemos correr el riesgo. Una de dos: o bajamos los precios, cosa que atraería a Scotland Yard sobre nosotros, o no los alteramos, lo que nos pone en manos de Tasker. ¿Qué prefiere usted? Naturalmente, hay otro riesgo: abandonemos la partida y retirémonos de los negocios...

Durante una hora discutieron el asunto. Al fin, Brand tuvo que admitir que su compañero tenía razón. Era preferible referírsele todo al director general.

—Bien —dijo King—. ¿Quiere usted entrevistarse con Tasker?

Brand aceptó y, lleno el corazón de presentimientos sombríos, dejó al químico para regresar a la pensión.

## CAPÍTULO XIII

### Nuevas dificultades en Joymount

**A** la mañana siguiente, una vez que hubo firmado el correo, Brand fué a ver a Tasker.

—King quiere hablarle respecto a ese nuevo procedimiento. Tenemos que comunicarle una cosa terrible. Prepárese a recibir un golpe.

—¿Qué hay? —gruñó Tasker.

—No puedo decirle nada sin que esté presente King. Pero es muy serio.

—Si es tan importante —dijo Tasker mirando fríamente al joven— es mejor no esperar. Vaya a buscarle.

Después de asegurarse de que nadie podía sorprender la conversación, King le contó toda la historia, diciéndole cómo había decidido entrar en la fábrica Chayle, y cómo se había asegurado la ayuda de Brand. Le habló de su primera expedición, de la manera como se había procurado la impresión de las llaves, y de su segunda visita a Chayle, con sus desastrosas consecuencias. Después le dijo cómo había pensado que sólo la desaparición del vigilante podía salvarles y de qué manera había robado el dinero para hacer esta desaparición plausible. Añadió que sabía que el muerto estaba solo en el mundo y que el oprobio que caería sobre su nombre no perjudicaría a nadie.

Le describió su desesperación ante la idea de que, a pesar de todos sus esfuerzos, iba a fracasar y la lucha que había tenido que sostener consigo mismo para no huir del lugar de la tragedia. Para salvar a Joymount había dominado su terror y abierto las dos cajas. En la de Haviland había encontrado lo que buscaba. Haciendo un esfuerzo supremo se había decidido a sentarse y copiar, palabra por palabra, el precioso documento.

Luego le explicó cómo habían llevado el cuerpo al garaje de Brand, cómo se había vestido las prendas de Clay y, luego de empolvase la cara y simular el defecto al caminar, había ido a comprar el carruaje para conducirlo después al lugar del *accidente*. En fin, le habló de las experiencias realizadas para intentar probar que había inventado realmente la fórmula secreta.

A medida que avanzaba el relato, una violenta emoción se iba apoderando de Tasker, que parecía profundamente turbado. Durante un momento fué incapaz de hablar. Después, dominando sus sentimientos, les dijo, con terrible claridad, que si la policía les descubría, ningún jurado del mundo dudaría de que habían cometido un asesinato. Añadió que ahora era cómplice suyo y que no les abandonaría bajo ningún pretexto, no queriendo exponerles al riesgo de

que les colgasen por un crimen que no habían cometido deliberadamente.

Los dos jóvenes estaban confundidos al ver a su jefe aceptar la responsabilidad, pero Tasker rehusó las muestras de agradecimiento que querían prodigarle. Como hombre de negocios, vino a parar en seguida a la cuestión de las tarifas, y apreció el punto de vista de King respecto a ello.

—Nos atendremos, pues, a nuestros precios actuales. No venderemos más cemento, pero obtendremos muy buenos beneficios con el que vendamos.

—Es lo que yo esperaba de usted, Tasker —replicó King—. ¿Pero podrá convencer al Consejo sin decírselo todo?

—¡Oh, sí! —aseguró Tasker con tono despreciativo—. Se puede siempre convencer a un Consejo de Administración. Bramwell no asistirá a la junta, y los demás no saben nada del cemento ese. ¿Cuándo estará todo dispuesto para comenzar?

—Dentro de unos quince días.

—Pues bien, esperemos. No nos queda más que estar tranquilos y callar.

Como sus interlocutores estaban de acuerdo con él, pronto la conversación tocó a su fin.

En tiempo oportuno tuvo lugar la reunión del Consejo, acordándose, como Tasker había previsto, que era mejor no bajar las tarifas. Dirigieron a King las felicitaciones más calurosas y, a propuesta de Tasker, decidieron concederle el cinco por ciento de los beneficios que produjese el nuevo sistema, además de un aumento de sueldo.

Tasker insistió para que se guardase el más absoluto silencio a fin de que la fórmula no pudiese ser imitada por otras casas, lo que, añadió, marcaría el fin de su prosperidad. Habló en un tono tan enfático, que los consejeros quedaron impresionados.

Pronto llegaron, las piezas de las nuevas máquinas y King dirigió su montura. Seis semanas después de haber recibido la autorización para comenzar, explotaba él ya la fórmula secreta.

Los resultados encantaron a los accionistas y un gran entusiasmo reinaba en Joymount. ¡La fábrica estaba salvada y habría así dinero para todos! La policía no daba señales de vida. Las dudas y los temores de Brand se fueron calmando poco a poco, hasta desaparecer. Parecía como si las autoridades estuviesen convencidas de que la Ley no había sido quebrantada más que por el muerto o que sus investigaciones posteriores hubieran fracasado. Brand comenzó a persuadirse de que no volvería a oír hablar jamás de aquel espantoso episodio de su vida.

Después sobrevino un nuevo incidente, que dio mucho que pensar al joven y a sus dos cómplices.

Una mañana de principios de noviembre, Brand fué llamado al despacho de Tasker. Encontró a éste en compañía de Haviland y Mairs

Brand conocía poco a los dos socios, con quienes no había tenido más que alguna relación comercial. Le saludaron con cortesía.

—Nuestros amigos —explicó Tasker— han venido a hablar de negocios y como enseguida vamos a ir a pasar a los números, he preferido llamarle.

Brand murmuró algunas palabras corteses dirigidas a sus visitantes. Después de algunos minutos de conversación, Haviland fué derecho al asunto.

—En estos tiempos de competencia enconada —comenzó—, nos vemos obligados a vigilar muy de cerca a nuestros rivales. Supongo que ustedes hacen lo mismo. —Tasker asintió—. Hemos establecido una vigilancia sistemática en el mercado —continuó Haviland, con voz lenta y grave—. Nos hemos visto forzados a hacerlo—. Se detuvo, pero Tasker se contentó con inclinar la cabeza, y entonces Haviland prosiguió—: Una parte de nuestro trabajo consiste en analizar con frecuencia el cemento que producen nuestros amigos... y rivales. Hacemos esto desde hace tres o cuatro años.

—Excelente idea —dijo Tasker—, pero que nosotros apenas utilizamos. Lo que nos interesa más particularmente son las variaciones de precios y... ejem... los descuentos.

Haviland aprobó.

—Cuestión que nosotros no descuidamos mucho, pero juzgamos el análisis químico más importante. Ahora, como nosotros analizamos las muestras de todos los cementos que aparecen en el mercado, hemos analizado también las suyas. ¿Alguna objeción?

Tasker sonrió.

—Ninguna —declaró.

—Nosotros no teníamos ninguna intención hostil, naturalmente; esto formaba parte de nuestro programa, eso es todo. Pero en lo que respecta a sus productos, Samson, nuestro técnico, hizo un informe interesante. Descubrió que su cemento era igual que el que nosotros fabricamos desde hace algún tiempo.

—¡Es sorprendente! —le replicó Tasker—. El cemento que nosotros producimos no tiene nada de secreto. Hemos adoptado un sistema ligeramente distinto, inventado por nuestro químico, King. ¿Dicen ustedes que el suyo es igual?

—Desde hace tres años fabricamos ese cemento.

—Es curioso, pero el caso n es raro. La historia nos enseña que unos mismos descubrimientos se han hecho a menudo por varias personas a la vez.

Haviland vaciló.

—Todo eso es cierto —dijo secamente—, pero no es la única manera de explicar tal fenómeno. —Se detuvo, pero antes de que Tasker pudiera hablar, siguió—: Pero dejemos a un lado las causas. Hemos venido a hablar de una cosa más agradable. Nos hemos preguntado si su iniciativa no podría conducirnos a concertar una alianza con ustedes.

Durante este preámbulo, Brand se estaba sintiendo desfallecer. Por lo que pudo juzgar, estas palabras no podían tener más que un significado: su visita nocturna a Chayle era conocida y los dos socios se aprestaban a ejercer su venganza.

Sin embargo, la última pregunta de Haviland dio un inesperado giro a la entrevista. Brand hubiera jurado que su visitante tenía una segunda intención y esta idea le desconcertó y aumentó su malestar. ¿Era posible que los dos hombres no tuviesen más que sospechas y este ensayo de alianza no fuese más que una trampa?

No tuvo tiempo de llevar más lejos sus reflexiones porque Tasker habló:

—Una proposición muy interesante y que seríamos muy dichosos aceptando. Pero no he entendido bien. ¿A que clase de alianza desean llegar ustedes?

—Ustedes y nosotros fabricamos este nuevo producto con buenos beneficios. Pero podríamos perjudicarnos mutuamente, lo que parece lamentable. Este es un caso en el que la unión hace la fuerza.

—¿Quiere decir que debemos evitar hacernos la competencia en materia de precios?

—Sí.

Tasker se levantó y se dirigió a una vitrina. Sacó cuatro copas, whisky, soda y una caja de cigarros que alargó a los visitantes.

—Como nuestra reunión va a durar más de lo que suponía, es mejor que nos instalemos con comodidad —explicó.

—Es usted muy amable —dijo Haviland, en tanto que Mairs murmuraba algunas palabras de agradecimiento.

Durante algunos minutos, la charla giró sobre asuntos generales, pero Tasker volvió pronto sobre el asunto que interesaba a todos.

—Hablando francamente —dijo—, creo que estaríamos muy satisfechos de llegar a un acuerdo con ustedes sobre la cuestión de los precios. Como ven, nuestros precios actuales no son inferiores a los suyos —Sonrió.

—Sí —admitió Haviland—, pero ésta es una cuestión por resolver. Si nos entendemos en lo esencial, esos detalles se arreglarán en seguida.

—Creo —dijo Tasker— que estaríamos dispuestos a estudiar cualquier proposición que puedan hacernos.

Miró a Brand, quien hizo un signo de aprobación.

—Evidentemente —replicó Haviland—, mientras nuestras dos fábricas no produzcan más que una pequeña proporción de la cantidad total de cemento rápido fabricado en el país, el asunto no tendrá gran importancia. Pero si uno de nosotros aumentase la producción total, sacando una patente y concediendo al mismo tiempo ciertas licencias de explotación a otras casas, la situación llegaría a ser grave.

—Ya entiendo —dijo Tasker—. Creen ustedes que deberíamos ponernos de acuerdo para hacer todas nuestras operaciones, ¿no es eso?

—En parte, sí —concedió Haviland—, pero lo más importante es la cuestión de los beneficios que obtendremos por el momento. Nosotros conocemos nuestros beneficios, y sabiendo que ustedes siguen el mismo sistema, podemos calcular los suyos.

—Pero ¿quién dice que ambos explotemos el mismo sistema? Ustedes aseguran que nuestro nuevo producto es parecido al suyo. Han hecho análisis y, puesto que así lo afirman, concederemos que así sea. Pero no veo por qué pueden asegurar que nuestras fórmulas sean idénticas. Todos los caminos conducen a Roma.

—Nosotros tenemos fe en Samson, nuestro ingeniero. Sin embargo, dejemos esto por ahora. Si cree que no puedo conocer el alcance de sus beneficios, déjeme al menos suponer que los obtienen ustedes.

Tasker sonrió.

—Tengo la satisfacción de no poder contradecirle.

—Bien. Y usted ha dicho que míster King, su ingeniero químico, explotaba ese procedimiento desde hace poco tiempo, ¿verdad?

Tasker vaciló.

—No creo haberlo dicho, pero así es. Ha trabajado durante mucho tiempo, pero hasta ahora no ha podido comenzar la fabricación de nuestro nuevo producto.

—Bien. De suerte que ustedes lo explotan desde hace poco, mientras nosotros lo hacemos desde hace más de tres años.

Tasker disimuló una ligera sorpresa.

—¿Sí? —dijo—. No veo a dónde quiere ir a parar.

—Probablemente no me he explicado bien. Habiendo dado esas fechas, nos consideramos los inventores del procedimiento. De forma que tenemos sobre ustedes un derecho de prioridad.

—De acuerdo —convino Tasker—. Nosotros no replicamos. No tengo inconveniente en admitir que la baja de sus precios ha sido la causa que incitó a King a poner manos al asunto.

—Bien. Nosotros tenemos, pues, un derecho de preferencia.

—Un derecho teórico, sí. Pero solamente teórico. Nosotros ignorábamos que ustedes habían patentado el sistema.

—No lo hemos hecho. Pero eso no tiene nada que ver. Creemos tener derecho a un tanto por ciento.

—Temo —Tasker estaba más amable que nunca— que, a mi vez, me he expresado mal. Nuestro químico ha inventado el sistema, es decir, nuestro sistema, por medio de una serie de experimentos independientes de los de ustedes. Estamos en condiciones de probarlo.

—¡Querido! —exclamó Haviland—. No crea que lo he dudado un instante. Únicamente me parece que eso no tiene relación con el asunto. Nuestras reivindicaciones únicamente tienen por base la prioridad.

—Pero no pueden pretender que cuando dos personas hacen un descubrimiento, cada una por su lado, la segunda deba pagar un tanto por ciento a la primera.

—Yo sólo he considerado la cuestión de nuestro cemento. En este caso particular, nos creemos autorizados para percibir un tanto por ciento de los beneficios que realicen con nuestro sistema.

Tasker fingió reflexionar.

—Debo advertirles —dijo —que esta manera de tratar las cosas es del todo inesperada. Pongámonos de acuerdo. ¿Quieren ustedes darnos a entender que tienen derecho a una cantidad que nosotros entregaríamos, de una vez para siempre, por reconocer su prioridad?

—No. Nosotros estimamos que las circunstancias nos autorizan a exigirles el setenta y cinco por ciento de los beneficios suplementarios que les reporte el procedimiento.

Tasker sonrió de nuevo, pero una dura expresión reflejóse en sus ojos.

—No creo que hablen ustedes en serio, míster Haviland —dijo con énfasis—. Su proposición quiere decir que explotemos el procedimiento como si nos concediesen una licencia, y esto en condiciones desventajosas.

—Eso es. ¿Juzga estimable nuestra oferta?

—No espera usted que la tome en serio... ¿Un arreglo? Bien. Pero ¡un setenta y cinco por ciento! —Tasker se echó a reír.

—Bueno —dijo Haviland—. Siento que no estemos de acuerdo. Nosotros creíamos moderadas nuestras pretensiones. Dejemos así el asunto. Tal vez nos sugieran otra forma de entendernos. Me satisface que, al menos, reconozca la necesidad de una alianza.

—Convengo en ello —respondió Tasker—. Comprenderán que nuestras proposiciones son ligeramente distintas; ustedes son propietarios de su negocio



y pueden hacer lo que les parece, pero yo tengo sobre mí un Consejo de Administración. Sin embargo, le aseguro que estudiaremos atentamente el asunto. Lo que no quiere decir que admitamos lo del setenta y cinco por ciento.

—Ya veremos —replicó Haviland, sonriendo—. Vamos, Mairs; no podemos entretener a estos señores todo el día.

Pronunció estas palabras en tono de burla, pero sus ojos estaban serios.

Siempre corteses, Tasker y Brand les acompañaron hasta la embarcación y después de su partida agitaron amistosamente la mano. Pero mientras regresaban a las oficinas, el rostro de Tasker se ensombreció.

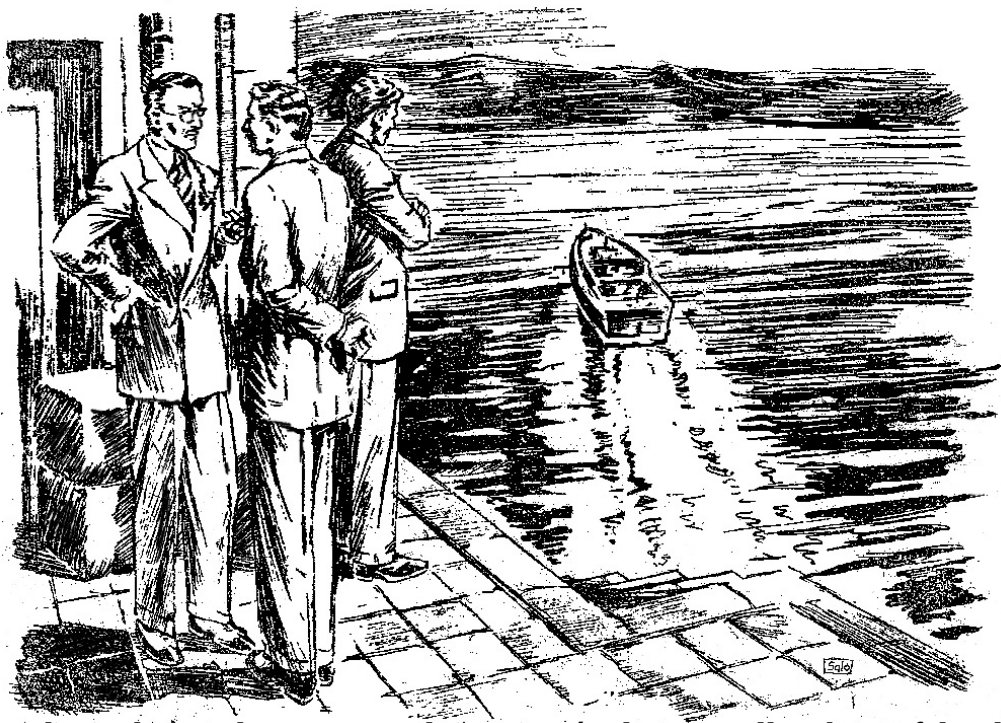
—Estarnos frescos, Brand —dijo—. ¡Estos saben demasiado!

## CAPÍTULO XIV

### Una alianza con el enemigo

**B**rand vio alejarse la canoa con la impresión de que se llevaba su felicidad y sus esperanzas. Porque Tasker tenía razón: lejos de haber terminado la terrible tragedia, no había hecho más que empezar.

¿Correrían únicamente los riesgos de un chantaje? ¿Verían sencillamente disminuir sus beneficios? ¿O sabía Haviland lo suficiente para hacerles condenar a la última pena?



Brand vio alejarse la canoa con la impresión de que se llevaba su felicidad.

Brand sentíase abatido. ¡Oh, cómo se arrepentía de haber ayudado a King! ¡Qué no daría por despertarse y encontrar que todo aquello no era más que una pesadilla! ¡Con qué alegría hubiese aceptado perder su colocación y su fortuna por librarse de la odiosa sombra que pesaba sobre él!

La voz tranquila de Tasker se animó.

—Es preciso reflexionar, Brand —declaró—. Si no estamos atentos, estas gentes nos fastidiarán.

Brand se recobraba.

—Vamos a su despacho y llamemos a King —sugirió.

—No —replicó Tasker—, eso es precisamente lo que no hay que hacer. Si nos reunimos después de su marcha, la reunión hará nacer sospechas. No, Brand: vuelva a su despacho como si nada sucediese y no vea a King. Pero llévele a mi casa esta noche, después de la cena.

Brand vio al químico a la hora de almorzar y se contentó con decirle que se habían producido graves acontecimientos y que ambos irían a casa de Tasker por la noche. Durante el camino, relatóle la entrevista.

King se trastornó. Como no había dudado del éxito de su empresa, la idea de que se tambaleaba por su base era un golpe, no sólo para su tranquilidad personal, sino para su orgullo.

Tasker les esperaba en la biblioteca.

—¡Hace frío! —comenzó—. Llegan ustedes a tiempo de tomar café.

Instaláronse alrededor del fuego. Brand y King con sus cigarrillos y Tasker con la pipa.

—Esto está muy desagradable —dijo el director general a King—. Supongo que Brand le ha puesto al corriente de todo.

—Sí. —replicó el químico.

—No sabemos lo que han adivinado, ni qué pruebas poseen.

—¿Quiere decir —preguntó King— que ellos intentan hacer uso del *bluff*? El otro inclinó la cabeza.

—Esa es la primera contingencia que debemos examinar.

—Un *bluff* que sería muy peligroso —dijo, dudando, Brand.

—¿Cree usted? ¿Qué podríamos hacer?

—Nada; pero suponiendo que no hubiésemos ido a Chayle, podríamos denunciarles por difamación.

—No —dijo Tasker—, imposible. Durante nuestra entrevista no han dejado escapar ni una sola palabra dudosa.

King lo reconoció.

—Ellos intentan un chantaje —observó Brand—. ¿Se arriesgarían si no estuviesen seguros?

—Yo creo —replicó Tasker— que lo harían con sólo que pensasen que tenían razón.

—¿Aunque no pudiesen probar nada?

—Sí.

—También lo creo yo —dijo King—. Scotland Yard se ocupa del asunto. Me cuesta creer que Haviland y Mairs hayan descubierto algo que haya escapado a la policía, porque si Scotland Yard hubiese encontrado alguna cosa, hubiera venido a vernos algún detective. Me parece, pues, que ellos no saben nada.

Tasker hizo un gesto negativo.

—Dudo que tenga usted razón. Me parece que las gentes de Chayle podrían muy bien adivinar la verdad y no desear comunicarlo a la policía

—No lo entiendo —intervino Brand

—Piense conmigo. Tienen una fórmula cuya existencia no es conocida y que les produce inmensos beneficios. Nos apoderamos de ella. Y ellos se esfuerzan para impedir que la noticia se sepa.

—¿Quiere usted decir que si su existencia se conociese, todo el mundo buscaría la manera de hacerse con el procedimiento.

—Sí. Todos los químicos se pondrían a trabajar y acabarían por descubrirlo.

—Exactamente. Y por eso ellos prefieren no decir nada a Scotland Yard. Brand se inquietó.

—¿Pretenden ustedes que ellos han ocultado la verdad a la policía? Pero si la cosa se sabe más tarde, se les acusará de complicidad.

—¡Ah! —dijo Tasker—. Ahí está la cosa. Eso es lo que debemos reflexionar. ¿Aceptarían correr ese riesgo?

—No correrán riesgo ninguno —dijo el químico—. Podrían admitir, por ejemplo, que tenían sospechas desde hacía algún tiempo, que conocían ciertos hechos, cuya significación acababan de comprender en aquel momento. Cuanto más pienso en ello más adquiero la certidumbre de que no tienen ninguna prueba. Permanezcamos quietos y dejémosles venir.

Tasker volvióse a Brand.

—¿Qué dice usted?

—Me parece razonable —admitió el joven—. Y usted, ¿qué piensa?

—Prefiero seguir su consejo —replicó Tasker— porque usted es uno de los principales interesados. Son ustedes dos y no yo los que pueden estar intranquilos.

—¿Cómo es eso, Tasker? —interrogó Brand—. Creí que estábamos unidos los tres.

El director general alzó ligeramente los hombros.

—Estoy con ustedes en alma y vida —declaró—. Pero tienen que comprender que si la verdad se descubre, yo sufriría menos las consecuencias ¿Me ha dado King una declaración escrita asegurando que había descubierto la fórmula por sus propios experimentos? Oficialmente, yo no sé nada de la visita a Chayle. Pero —detuvo con un gesto a King, que quería hablar— no pensemos en semejante cosa. ¿Creen que nos es necesario detener su *bluff*?

—Sí —dijo King—. Si rechazamos sus ofertas, se verán obligados a mostrar sus armas.

—Bien. ¿De acuerdo, Brand?

El joven director asintió.

—Pues yo también estoy conforme con ello. Así queda decidido. Beban una copa antes de marchar.

Cuatro días mas tarde, Tasker escribió a Haviland, diciéndole que había reflexionado sobre las cuestiones tratadas en el curso de la última entrevista y que estaba dispuesto, en interés mutuo, a firmar un pacto de no agresión y de cooperación. Por otra parte, pensaba que el Consejo Administrativo no rehusaría conceder a Chayle alguna ventaja en atención a su prioridad en el descubrimiento del procedimiento, y concluía diciendo que Joymount aceptaría una nueva entrevista cuando Chayle lo juzgase oportuno.

—Ahora —dijo King al leer la carta— una de dos; o abandonarán el asunto o enseñarán los dientes.

Esta opinión se confirmó pronto. Después de haber esperado cuatro días, Haviland respondió que estaba satisfecho de haber recibido el mensaje de Tasker y de saber que Joymount deseaba proseguir las conversaciones. Una nueva entrevista le parecía necesaria y como le era difícil disponer de tiempo durante el día, invitaba a Tasker y a sus amigos a ir a Chayle el martes siguiente, a las nueve de la noche.

Esta carta pareció de mal presagio a los tres cómplices. Estaba escrita en un tono forzado y parecía indicar una firme confianza por parte de Haviland. Cuando, el martes por la noche, el trío subió a la canoa de Brand para trasladarse a la isla de Wight, cada uno se sentía más turbado de lo que hubiera querido admitir.

Mairs les esperaba sobre el muelle y, habiendo abierto la puerta de entrada con su llave, les condujo al salón de reuniones, donde se encontraron en presencia de Samson y de Haviland.

Después de un recibimiento cortés, éste instaló a sus visitantes en confortables sillones y les ofreció bebidas y cigarros. Después de algunos minutos de charla, Haviland fué derecho a los negocios.

—Aunque no se lo haya dicho en mi carta —comenzó—, creemos que nuestras entrevistas deben permanecer lo más secretas posible. Ni aun nuestro vigilante nocturno sabe que están ustedes aquí. —Tasker aprobó esta precaución y el otro continuó—: Supongo que podremos volver sobre nuestra discusión en el punto en que quedó en nuestra última entrevista. Debían ustedes reflexionar sobre la posibilidad de una alianza con nosotros. Su carta indica que lo han hecho.

—Hemos examinado el caso —reconoció Tasker—, pero no he hablado de ello al Consejo. Preferiría transmitirle proposiciones terminantes y definitivas.

—De acuerdo —dijo Haviland—. ¿Y qué opina usted respecto a nuestras proposiciones?

—En líneas generales, la alianza nos parece deseable, pero sus

proposiciones no son lo suficientemente precisas para permitirnos contestar.

Haviland asintió.

—Les he hecho venir para darles los detalles de nuestra oferta. He preparado algunos proyectos que pueden servir de base a nuestras negociaciones.

Tomó algunas hojas de un cajón y se las alargó.

El trío de Joymount se apoderó de ellas. Contenían siete, cláusulas, redactadas en forma de notas abreviadas, conteniendo lo esencial del futuro documento. Al leerlas, los visitantes comprendieron que la crisis se había producido definitivamente.

Las cinco primeras parecían inofensivas y aun útiles. Establecían que la existencia y la naturaleza de los procedimientos empleados por las dos fábricas eran secretos y debían seguir siéndolo; que los precios de las las casas asociadas habían de ser los mismos; que el trabajo debía proseguirse con un espíritu de armonía y conciliación; que ninguna de las casas interesadas podía obtener ventajas a costa de la otra, y que debían tenerse mutuamente al corriente de todas sus operaciones. En fin, en caso de necesidad, las reservas de una de ellas debían permitir a la otra servir sus pedidos. Estas cinco cláusulas contenían, en suma, una alianza interesante.

Sin embargo, los representantes de Joymount no se detuvieron. Sus miradas volviéronse con emoción a las cláusulas sexta y séptima, las más breves, las más directas y las más desastrosas.

Decían así:

«6.º—Joymount reconoce que el nuevo procedimiento es de propiedad exclusiva de Chayle.

«7.º—Joymount explotará el procedimiento con licencia de Chayle y le entregará el setenta y cinco por ciento sobre los beneficios que le produzca»

Brand estaba asustadísimo. Sus sombríos presentimientos estaban justificados. Para tener semejantes pretensiones, Chayle debía saber lo sucedido. Miró a Tasker con una ansiedad que en vano intentó disimular.

El director general hacía bien su papel. Leyó los artículos y al llegar a los números seis y siete frunció las cejas y sonrió.

—*In cauda venenum* —dijo, mirando a King y a Brand—. Muy bien; creo que puedo decirles enseguida que las cinco primeras cláusulas son excelentes y constituyen una buena base de discusión, pero las dos últimas —se echó a reír— me parece que no las ha tomado usted en serio, Haviland.

—Le aseguro, Tasker, que no deseamos bromear. —Se volvió a sus socios—. ¿No eso eso, Mairs; y usted, Samson?

Ambos aprobaron plenamente. En suma, Mairs consideraba los artículos

sexto y séptimo la base principal de la asociación.

—Pero —replicó Tasker— no pueden ustedes hacernos admitir que el hecho de haber sido ustedes los primeros en descubrir la fórmula anule todo nuestro trabajo.

—Querido Tasker —replicó Haviland, con cierto calor—, creo que nos entendemos perfectamente. Es inútil pronunciar palabras desagradables, pero le ruego que crean que sabemos por dónde andamos.

Tasker encogióse de hombros.

—Muy bien, pero nosotros tampoco lo ignoramos. Propongo que, puesto que habla usted en serio, nos digan en qué hechos apoyan una petición que nos parece... ejem... bastante ridícula.

—Preferimos no hacerlo —dijo Haviland, siempre con calor—, porque no queremos dar a nuestra entrevista un carácter desagradable. —Se detuvo un instante y después prosiguió—: Quizá pueda decirles dos cosas. Primera: les aseguro que no intentamos un *bluff*. Sabemos. Segunda: pensamos (y estoy seguro de que en el fondo están ustedes de acuerdo), pensamos, les digo, que al exigir el setenta y cinco por ciento de sus beneficios suplementarios, no nos mostramos muy exigentes.

Tasker encogióse de hombros.

—Es usted muy amable al querer otorgar a nuestra entrevista un carácter cortés —declaró—. Sin embargo, ese tanto por ciento sobre nuestros beneficios la convierte en una entrevista desagradable para nosotros. Temo que antes de aceptar su oferta nos veamos en la necesidad de saber las razones que tienen ustedes para imponérsela de tal modo.

Haviland parecía indeciso. Miró a sus dos amigos. Mairs dudaba, pero Samson murmuró:

—Dígaselo. Es mejor.

—Pues bien —dijo Haviland, con un movimiento de hombros—. Como quieran. Repito que no quisiera serles desagradable. En una palabra, sabemos todo lo sucedido a Clay y de qué manera han descubierto ustedes la fórmula. En cuanto a cómo lo hemos sabido...

—No puede sorprenderme mucho —dijo Tasker, imperturbable—. Ya habíamos adivinado que sospechaban ustedes algo así. Porque ustedes suponían que habíamos asesinado a Clay y robado la fórmula, ¿no es eso?

—Sí —dijo Haviland.

—Esta noche, al venir, me he preguntado si sería esto —continuó Tasker—. Nuestra respuesta es que si tienen ustedes semejantes sospechas, deben, como buenos ciudadanos, comunicarlas a la policía. No les pedimos que nos encubran. Estamos dispuestos a responder de todos nuestros actos... Me

parece, Haviland, que son ustedes y no nosotros los que se hallan en un apuro.

Haviland hizo un gesto de protesta.

—Eso es verdad. Nosotros no queremos dirigirnos a la policía, y ustedes saben por qué. Nuestro procedimiento debe permanecer secreto. Ya ve que soy franco. Si su existencia se descubre, todos los químicos se pondrían a trabajar para dar con él. En tanto que, explotándolo en secreto y amigablemente, continuaríamos realizando buenos beneficios.

Tasker decidió jugar su última carta.

—Todo está muy bien —dijo—, pero hay una cosa en la que ustedes no han pensado. Supongamos que somos culpables, cosa que niego en absoluto, y supongan que las pruebas que pretenden tener contra nosotros las guardan secretas: se convierten ustedes en cómplices nuestros. ¿Cómo vencerán esa dificultad?

—Muy sencillamente. Nosotros hemos logrado esas pruebas sin comprender su verdadero significado. Si por casualidad deseáramos acudir a la policía, diríamos que hasta el momento no nos habíamos dado cuenta de ese significado. Pero —hizo un gesto con la mano— no continuemos discutiendo. Dejemos este asunto durante uno o dos días. Así, cada uno reflexionará y podremos reunirnos de nuevo. Quizá tengan alguna contrapropuesta que hacernos. Le aseguro que estamos dispuestos a aceptar cualquier acuerdo razonable.

De repente habló King.

—Quisiera tratar una cuestión. Vamos a suponer que aceptamos las condiciones de estos señores, ¿qué garantía tenemos de que el asunto quedará definitivamente arreglado? Aquí estamos seis y ninguno dirá nunca nada. Pero esas supuestas pruebas, ¿son conocidas de otras personas? Y, en ese caso, ¿se mostrarían ellas tan conciliadoras?

Haviland hizo un gesto con la mano.

—Por ese lado, no tienen nada que temer —aseguró—. Somos los únicos en saber lo sucedido. Comprenderán que tenemos tanto interés como ustedes en no divulgar el asunto.

Continuaron hablando durante algún tiempo. Después, Tasker dijo que, siendo la hora tan avanzada, no podrían arreglar totalmente la cuestión y propuso una nueva entrevista. Los demás aceptaron. ¿Dentro de ocho días en la fábrica Joymount? ¿Por la noche? Estuvieron de acuerdo. Con una fría cordialidad, los representantes de Chayle acompañaron a sus víctimas hasta la canoa.



## CAPÍTULO XV

### Chayle obliga a obedecer

**E**n silencio, los tres hombres subieron a bordo de la embarcación de Brand y regresaron a Hamble. Sin que quisiesen admitirlo, experimentaban un desasosiego mezclado de terror. Aun creyendo improbable que sus adversarios pensarán denunciarles, comprendían que su seguridad estaba comprometida y que su situación era difícil.

—Haviland se ha asegurado bien —dijo al fin King—. Todavía no sabemos si están haciendo un *bluff*. No han querido decirnos de dónde provienen sus informaciones, para impedirnos descubrir el engaño.

—Creo —respondió Tasker— que saben algo. En todo caso, aconsejándonos reflexionar, Haviland nos da pruebas de buen sentido. Reflexionemos, pues, y reunámonos en mi casa el viernes por la noche.

—Sí, es lo más acertado —dijo King—. ¿A la misma hora?

El viernes por la noche, volvieron a encontrarse en el despacho de Tasker. Brand habló el primero.

—Desde el martes, he reflexionado —comenzó— y he llegado a la conclusión de que Tasker tiene razón al afirmar que saben algo. No sé si saben bastante para hacernos detener, pero creo, que nos es preciso obrar como si fuera ese el caso.

—Apruebo lo que dice Brand —intervino Tasker—. Tratemos este punto antes de ir más lejos. ¿Qué dice usted?

—De acuerdo —admitió el químico—. Aunque esto no sea más que un *bluff* hay que desconfiar.

—¿Entonces, Brand?

—Entonces me parece que estamos en sus manos. Sus proposiciones no son realmente desastrosas. Sin el procedimiento hubiéramos ido derechos a la ruina; aun accediendo a sus exigencias, continuamos obteniendo pequeños beneficios y, personalmente, eso me bastaría.

—¿Aconseja usted que aceptemos sus condiciones? —preguntó Tasker.

Brand inclinó la cabeza.

—Sí, pero es preciso que nos arreglemos de manera que les comprometamos, para ponerles en la imposibilidad de irse más tarde con el cuento a la policía. En cuanto al dinero —Brand adoptó un aire apurado—, no podemos negar que tienen derecho a la totalidad de los beneficios. Nosotros hemos robado esa maldita fórmula y nada nos autoriza a servirnos de ella.

Tasker aprobó.

—Muy bien, eso es perfectamente razonable. Un voto a favor de la alianza. Ahora usted, King.

—Admito, con Brand, que el asunto es serio, pero nada más. Creo que debemos rechazar sus ofertas financieras.

—¿Por completo?

—Por completo. He aquí cómo veo yo el asunto: Sabemos que obtienen beneficios enormes. Si se dirigen a la policía, todo su derecho se desvanece. Y no se arriesgarán a ello. Manteniéndonos firmes en nuestra posición, no les quitamos nada, porque el mercado es bastante importante para nuestras dos casas. Yo propongo rehusar, porque estoy seguro de que no se moverán.

Tasker tuvo una sonrisa.

—Hemos aquí en presencia de dos opiniones diametralmente opuestas. Brand por aceptar, King por rehusar. ¿Es preciso que yo resuelva la diferencia?

—Claro —dijo King.

—Si yo tuviese tacto —continuó Tasker—, diría que ambos puntos de vista me parecen razonables. Como no es ese el caso, les diré que no estoy conforme con ninguno de los dos. Creo, Brand, que no es suficiente aceptar. Por otra parte, King, creo que una negativa formal sería insensata. Soy, pues, partidario de un arreglo. Tengamos una nueva entrevista con ellos y tratemos de negociar.

—Preferiría eso —dijo en seguida Brand.

—Hay otra cosa —replicó Tasker—. Esa gente ha puesto en marcha su procedimiento a fuerza de gastos y de superar dificultades. Y ahora ven explotar su descubrimiento en provecho nuestro, y, sin duda, dicen: «nos condenamos si les permitimos continuar». Es una cuestión de amor propio más que de dinero.

Brand quedó convencido de este argumento, pero King lo rebatió.

—No lo creo —declaró—. No podemos admitir sus condiciones sin que parezca que reconocemos nuestra culpabilidad.

Tasker inclinó la cabeza.

—He considerado este asunto, pero me parece que no tiene razón, King. Nosotros les decimos: «somos inocentes», pero admitimos que las circunstancias parecen sospechosas, y aunque podamos probar nuestra inocencia, preferimos no tener que hacerlo, y consentimos en pagar una cantidad para evitarnos disgustos. Es una actitud que me parece razonable, sin ser comprometedora.

Las opiniones quedaban divididas; Brand aprobaba a Tasker, pero King propugnaba una política de combate.

—La mejor defensa es el ataque —declaró.

Esto acarreó una observación algo descortés de Tasker acerca de las frases hechas.

El director general, por último, sometió el caso a votación. Después de algunas dificultades por parte de King, la proposición de Tasker obtuvo la unanimidad, con gran alivio de Brand, que no estaba lejos de recuperar su confianza en el porvenir.

El martes por la noche, tuvo lugar la proyectada entrevista. Haviland, Mairs y Samson llegaron en la canoa construida y pilotada por el ingeniero. Tasker no había dado pruebas de la discreción de Haviland: como si fuese una señal de desafío, un vapor cargaba en el momento en que los asociados desembarcaban. No queriendo dejarse superar en cortesía, King esperó a los visitantes en el muelle y les condujo hasta el despacho.

El director general de Joymount mostróse correcto pero frío y poco locuaz. Brand aprobaba esta actitud.

Tasker fué pronto derecho al objeto de la reunión. Hizo un pequeño discurso en el cual recordó las decisiones adoptadas el viernes anterior. En principio, ni él ni sus amigos reconocían nada. La muerte de Clay era el centro del asunto y ellos negaban terminantemente haberle asesinado. Después, creían poder probar su inocencia en caso de que se les exigiese hacerlo. Tenían la conciencia limpia. Sin embargo, reconocía que ciertas circunstancias podrían parecer sospechosas y comprendían que la intervención de la policía sería desastrosa. Deseaban evitarlo y por ello consentían en pagar un tanto por ciento sobre todo el cemento que fabricasen por el nuevo sistema, a condición de que los representantes de Chayle les prometiesen no recurrir jamás a la policía. Las pretensiones de Haviland, que reclamaba el setenta y cinco por ciento, le parecían exageradas. El, Tasker, proponía el veinticinco por ciento, cifra que aun le parecía exagerada, pero de la cual estaban dispuestos a hacer el sacrificio.

Haviland, suave y cortés, respondió diciendo que él y sus colegas, satisfechos de comprobar que sus amigos de Joymount estaban de acuerdo en principio, estaban seguros de que llegarían a entenderse amigablemente.

Tasker dijo que era preferible volver a tomar el contrato desde el principio y estudiar los artículos, uno después de otro. Para facilitar la discusión, se había tomado la libertad de redactar una relación de las siete cláusulas que debían servir de base a su convenio. Estas eran las que había propuesto Haviland, ligeramente ampliadas y modificadas, según el punto de vista de Joymount. No faltaba más que saber si Chayle podía aceptar tales cambios. En caso afirmativo, el asunto estaba terminado. Si no, sería preciso buscar un arreglo.

Tasker dio a conocer su contrato.

—Siento —se excusó— no tener más que un ejemplar. Lo he escrito a máquina yo mismo, y como soy un novato en esta materia, no estoy al corriente en los misterios del papel carbón. Sin embargo, creo que podemos arreglarnos.

El documento era parecido al que había redactado Haviland. Las modificaciones eran relativamente pequeñas, con la única excepción de que en la cláusula número siete, las cifras «veinticinco por ciento» habían sustituido a «setenta y cinco por ciento».

Los cinco primeros párrafos, que establecían que las dos fábricas debían trabajar en iguales condiciones y según un mutuo acuerdo, estaban escritos en la hoja número uno. En la número dos se hallaban escritas las cláusulas, sexta y séptima; la número seis reconocía que la nueva fórmula era de la exclusiva propiedad de Chayle y la número siete especificaba que Joymount explotaría el procedimiento con licencia de Chayle y pagaría un tanto por cierto.

Las principales modificaciones introducidas por Tasker eran que la autorización concedida por Chayle no podría serle retirada bajo ningún pretexto; «que las primas a satisfacer debían ser calculadas, no sobre los beneficios, sino sobre la diferencia entre las ganancias suplementarias que les reportase el nuevo procedimiento y las ganancias realizadas anteriormente», y «que el tanto por ciento sería el veinticinco y no el setenta y cinco de dichos beneficios».

Siguiendo el ejemplo de Tasker, Haviland se declaró muy satisfecho del contrato, que a primera vista parecía satisfacer a todos sus deseos; pero añadió:

—Salvo, naturalmente, la cláusula siete. No creo que piensen en serio introducir tales modificaciones.

—Sin embargo —dijo Tasker—, me parece que me he explicado bastante. La fórmula nos pertenece, pero, en circunstancias especiales, estamos dispuestos a entregar el veinticinco por ciento para evitarnos las molestias de una intervención extraña. Si esa cantidad no les satisface, no hablemos más; no pagaremos nada y nos dispondremos a recibir a la policía.

Haviland movió la cabeza gravemente.

—Mis colegas y yo —esperábamos esta respuesta —dijo—. No se dan cuenta de la situación. Una vez más, deseo vivamente no pronunciar palabras desagradables. Pero permítanme que les diga que no están ustedes en condiciones de afrontar una investigación policíaca.

—¿No cree usted que eso es asunto nuestro y no suyo? —preguntó Tasker, amablemente.

—No. Es también nuestro, porque ustedes no saben qué noticias podemos suministrar a la autoridad. Somos, pues, los mejores jueces en este asunto.

Tasker sonrió.

—Si quieren impresionarme, me parece que será necesario que nos digan cuáles son esas noticias.

—Bien —replicó Haviland—; puesto que insisten, no puedo elegir; pero tienen que comprender que no puedo darles ciertos detalles sin riesgo de perder mis ventajas. Vea que le soy franco.

—Es la única manera de llegar a una solución satisfactoria.

Si el asunto no hubiera sido tan importante, Brand hubiese admirado la actitud de Tasker, que manejaba el *bluff* admirablemente. Una vez más se preguntó si Haviland hacía lo mismo, o si verdaderamente sabía cosas peligrosas.

—Hay dos hechos sobre los que podría llamar su atención —replicó Haviland—. Primero: las cajas de las cuales se robaron las cuatrocientas quince libras y el procedimiento secreto fueron abiertas con llaves, como sin duda ya saben. Cuando digo que nuestro procedimiento ha sido robado, no quiero decir que se lo hayan llevado; se conformaron con leerlo y después volverlo a dejar en su sitio. Pues bien, ninguna de las cajas ha sido abierta con llaves de Chayle. Ha sido, pues, necesario que hayan sido fabricadas.

—Su razonamiento parece terminante.

—La policía opina como nosotros. Ahora bien; esas llaves no ha podido fabricarlas Clay (que no era ni inteligente ni habilidoso para ello), sino una persona que se haya apoderado del llavero de Mairs o del mío. —Tasker asintió—. Y no tengo más que decir una palabra sobre cierto viaje que tuve el gusto de hacer con míster King. Un viaje en el vagón restaurante del tren que salió de Waterloo para Portsmouth a las cuatro y cincuenta del veintisiete de julio pasado. Aquella tarde me quedé dormido estúpidamente.

»Dos veces le presté mi azucarero a mi compañero de viaje: una vez antes de servirme, otra después. Si se añade que más tarde descubrí un fragmento de cera en mi llavero, comprenderán ustedes que saqué determinadas conclusiones.

—Todo eso está muy bien, pero no veo qué relación pueda tener con nuestra discusión.

—¿No? Eso es porque, como le he dicho, me he reservado un pequeño detalle. Un pormenor pequeñísimo, pero concluyente. Sólo lo conocemos nosotros tres, pero no hay ninguna razón para que continúe ignorándolo la policía.

—Interesante —repitió Tasker.

—Ese es mi parecer. Pero hay algo más interesante aun. Sabemos quién fué el que compró el automóvil. No voy a decirles cómo lo hemos averiguado,

pero, si hay necesidad, podemos dar pruebas absolutas.

—De esas informaciones la última me parece la más interesante —dijo fríamente Tasker—. Es, sin embargo, lamentable que no pueda revelarnos qué es lo que le da peso.

—Míster King tal vez no piense de esa manera —replicó Haviland—. Por lo demás, importa poco. Yo ya les he dado una ligera idea del camino que tomaría una investigación policíaca. Ahora les toca hablar a ustedes.

—Pero, Haviland; —suponiendo que sus teorías fuesen exactas, lo que yo niego, ¿quiere decir que aceptarían convertirse en nuestros cómplices?

—De ninguna manera. Ya les he dicho cómo evitaríamos el peligro. Adoptaría la misma actitud en ambos casos: reconocería haber tenido conocimiento de los hechos, pero no haber comprendido su significación.

—¿Les creerían?

Haviland encogióse de hombros.

—No me importa, no se podría probar lo contrario.

—Entonces, moralmente por lo menos, ¿consentirían ustedes en ocultar un crimen?

Haviland hizo un gesto negativo.

—Nosotros no somos responsables de lo que ha sucedido Ni somos los defensores de la moral, ni los representantes de la Corona. No, Tasker; nosotros vamos, así lo espero, a ser buenos amigos y asociados, y no queremos causar ningún perjuicio a nuestros amigos.

Comprendiendo que ni las discusiones ni las lisonjas harían variar a su adversario, Tasker expuso que desearía retirarse con sus colegas a estudiar el caso.

—Entonces en su despacho, Brand —dijo con tono grave—. Sin duda serán necesarias las cifras.

—Temo —añadió cuando se hubo cerrado la puerta— que nos tienen atrapados. Creo que es mejor rendirse, como dice Brand, y aceptar sus condiciones. ¿Qué le parece, King?

King encogióse de hombros.

—Estoy trastornado —admitió—. Si Haviland está dispuesto a afirmar bajo juramento que he sido yo quien le ha pasado el azúcar, el asunto es peligroso. Tengo una coartada para la noche del asesinato de Clay, pero no para ese viaje.

—Haríamos mejor en pagar —declaró Brand con calor.

—No inmediatamente —replicó Tasker—. Tratemos de obtener condiciones más ventajosas. Y, si no ceden, pagaremos.

Después de algunos instantes de discusión, Tasker replicó:

—Necesito conocer números sobre los cuales basar mis argumentos. Primeramente quiero una relación de los gastos que nos ha ocasionado el nuevo procedimiento, un cálculo de lo que podríamos producir con la nueva instalación y una apreciación de nuestros beneficios. Quiero mostrarles...—y Tasker entró en consideraciones técnicas—. Creo, Brand —siguió—, que podríamos hacer este trabajo entre los dos; por eso he propuesto que saliésemos un momento. —Se volvió hacia King. —Mientras tanto, King, deseo que me haga usted un relato de los experimentos que le han conducido a descubrir el sistema, sin hablar de la expedición a Chayle, naturalmente. ¿Puede redactarlo?

—En diez minutos. Todas las experiencias están anotadas y no tengo más que indicar la relación entre unas y otras.

—Bien —dijo Tasker—. Entonces ponga manos a la obra.

King fué a su despacho, que estaba próximo al de Brand, y comenzó a golpear la máquina de escribir. Tasker, como siempre, sabía exactamente lo que quería: encargó a Brand de confrontar los registros y dictarle algunas cifras.

Por su parte, King parecía conocer igualmente su asunto. El ruido de la máquina de escribir se oía sin cesar, salvo durante el momento en que Brand oyó al químico levantarse para abrir su caja fuerte. Brand percibía destrozados fragmentos de Schubert. Agobiado, el joven director juraba.

—¡Si al menos no se hubiese escrito nunca esa maldita marcha! ¡La he oído lo menos seis millones de veces!

Como si King hubiera oído esta protesta, la «Marcha militar» se interrumpió bruscamente y el químico gritó:

—Supongo que no querrá las fechas, Tasker.

—No, simplemente las experiencias.

—¡Comprendido! —gritó King, y volvió a comenzar el golpeteo.

Bien pronto cesó, y King reapareció:

—¿Cree que esto es bastante? —preguntó al director general, tendiéndole dos hojas escritas a máquina—. Es un resumen sinóptico de los experimentos. Esas hojas viejas que he añadido contienen cada experiencia detalladamente.

Tasker examinó el trabajo y se declaró satisfecho. Después, volviendo al lado de Brand, terminó el resumen financiero.

—Muy bien —dijo—. Con estas cifras y las experiencias de King, podíamos haber abatido algunos triunfos.

Así preparados para el combate, los tres hombres regresaron al campo de batalla.

## CAPÍTULO XVI

### Nueva tragedia en Chayle

**E**n aquel último asalto encontraron a Haviland muy obstinado. Tasker empleaba argumentos sensatos. Admitía que fuesen idénticas las intenciones de ambos y que no tuviesen más que una misma ambición: sacar el mayor beneficio posible a la fórmula y evitar los disgustos, pero el sistema explotado en Joymount había sido descubierto por King, como lo demostraba la relación de sus experimentos. Su realización, como la instalación de la nueva maquinaria, habían ocasionado gastos considerables; sus colaboradores y él deseaban reembolsarse los gastos y obtener rendimiento, punto de vista natural. Al mismo tiempo reconocían que Chayle les prestaba un servicio, que estaban dispuestos a pagar. Un veinticinco por ciento era una cifra razonable, pero como no querían indisponerse con sus nuevos asociados, se avenían, para liquidar el asunto, en abonarles el cincuenta por ciento.

Con sus maneras más suaves, Haviland rehusó, y fué en vano que Tasker discutiese. Los socios de Chayle pensaban que el setenta y cinco por ciento era una oferta generosa. Esperaban que sus nuevos amigos se rindieran a la evidencia.

Al fin, Tasker cedió. King parecía de mal humor, pero Brand estaba muy contento.

—Siento —dijo Tasker cuando se hubo tomado la gran decisión— no haber escrito estas notas por duplicado. Voy a decirles lo que podemos hacer. Firmemos estas hojas; prepararé en seguida dos copias, las firmo y se las envío con sus notas. Las compararán con el original y me remiten una copia.

Por la actitud de Haviland, Brand comprendió que habría preferido dejar ultimado sobre el terreno el documento, pero decidió que, habiendo ya exigido mucho, era mejor no discutir por un detalle secundario.

—Falta arreglar algo —añadió Haviland—. Este asunto hará nacer algún rumor. Las visitas de estos días darán lugar a habladurías. Y como usted sabe tan bien como yo, hacer misterios es llamar la atención. Propongo, pues, que digamos en seguida que trabajamos para hacer un convenio entre nuestras dos casas con el fin de bajar los precios. Esto cortará los rumores y las sospechas. Desde luego, es inútil hablar de tantos por ciento y de todo lo que pudiese hacer pensar en la fórmula.

La idea pareció excelente a Brand, pero antes de que Tasker pudiese responder, Haviland continuó:



—Da la casualidad de que las cinco primeras cláusulas de nuestro contrato están escritas en la primera hoja del mismo. Demos a conocer esta hoja a todo el mundo y guardemos secreta la otra. Realmente podíamos tener dos contratos. El primero legalizado; la hoja número uno. El segundo, secreto. ¿Qué les parece?

Los interesados estaban de acuerdo, y las dos hojas fueron firmadas por Haviland y Tasker en nombre de sus respectivas sociedades.

—Ahora que hemos terminado con los negocios —dijo Tasker—, ocupémonos de cosas más agradables. Brindemos por nuestros futuros éxitos. Esperando que acabaríamos por entendernos, he traído de mi casa dos botellas de champaña. Ábralas, Brand.

Después de haber brindado por su nueva asociación y charlado amigablemente durante media hora, los seis hombres se levantaron.

—Les acompañamos hasta la canoa —dijo Tasker.

Abandonaron el despacho, atravesaron el patio de la finca y ganaron el muelle.

La carga del vapor no había terminado y, a pesar de que lucía la luna; las potentes lámparas del muelle difundían un vivo resplandor. La noche estaba hermosa, pero fría; la marea estaba casi alta y una fuerte brisa soplaba sobre un agitado mar.

—Su regreso va a ser bastante duro — dijo Brand a Samson, a cuyo lado caminaba.

—No importa —replicó el ingeniero—, mi canoa lo afronta todo bien. La he construido yo mismo y estoy orgulloso de ella.

Brand le dirigió un cumplido y después de los saludos apresurados el terceto de Chayle se puso en camino.

Los socios de Joymount permanecieron mirando a la canoa rodear el barco de carga y penetrar en la bahía de Southampton. Brand estaba satisfecho del resultado de la entrevista; sin embargo, vio desaparecer la embarcación con un suspiro de alivio.

—Bien —dijo Tasker, mientras regresaban a la casa—. Ya ha terminado el asunto.

Nadie le respondió. A pesar de que la situación de aquella noche dejaba mucho que desear, Brand sentíase más satisfecho que después de la primera visita de Haviland y Mairs. La inquietud que le había oprimido desaparecía, y veía el porvenir menos sombrío. Con un poco de suerte, pensaba, sus dificultades no tardarían en desaparecer. Comenzaba a vislumbrar un período de prosperidad moderada y a sentir que se disipaban sus temores.

Semejante estado de espíritu es, con frecuencia, precursor de un desastre.

Y así sucedió entonces.

Al día siguiente por la mañana, Brand dirigióse a la fábrica, como de costumbre. Al abrir el correo encontró una carta que se refería a una cuestión muy urgente. Deseando consultar a Tasker sobre ello abandonó su oficina y dirigióse a la del director general.

—Se trata del asunto de Hudson —dijo, acomodándose en un sillón—. Se ha recibido una carta del propio Hudson.

—Tasker alargó la mano para coger el papel, pero el teléfono sonó y tomó el receptor.

—Sí, sí —dijo con impaciencia—. El mismo.

Hubo una pausa, y Brand le vio cambiar de expresión. En su rostro, la impaciencia dio paso a la sorpresa, después a la incredulidad y, finalmente, al horror.

—¡Dios mío! —dijo con voz aterrada—. Es una noticia espantosa, comisario. Me cuesta trabajo creerlo. ¿Muertos los dos?

Brand se levantó descompuesto y preguntó:

—¿Qué sucede, Tasker?

Este hizo un gesto para reclamar silencio; después, como no pudiese guardar más tiempo la noticia para él, dijo con la misma voz aterrada.

—¡Haviland y Mairs se han ahogado!

Brand le dirigió una estupefacta mirada.

¡Haviland y Mairs! ¡Ahogados! ¡Imposible! Brand les veía como estaban la víspera, llenos de vida, de salud, haciendo proyectos para el porvenir como si tuvieran una eternidad por delante. Y ahora... ¡muertos!

Sin duda habían naufragado al regreso. ¡Y Samson que estaba tan seguro de su barco! ¡Había dicho que lo afrontaba todo!

Pero Tasker hablaba de nuevo.

—Si —continuó en el teléfono—, es cierto. Estuvieron aquí los tres, hasta las diez y media aproximadamente. Partieron para Chayle en su canoa... Sí, todo me ha parecido normal... sí, les hemos visto partir... No, no estaban borrachos, puedo asegurárselo.

Hubo otra pausa más larga. Después:

—Ciertamente, comisario, estaremos todos aquí. Envíe un inspector. Puede venir a vernos cuando quiera.

Tasker colgó el aparato y dirigió a Brand una mirada. Como callase, el otro le interrogó:

—¿Qué hay, Tasker? Dígamelo. ¿Han naufragado?

Tasker asintió. Parecía no solamente espantado, sino profundamente desconcertado.

—No —dijo después de un prolongado silencio—: no han naufragado. La canoa ha volado.

Brand se quedó aturdido.

—Cerca de Cowes —continuó Tasker—. Samson se ha salvado. Los otros dos han perecido.

—¡Hundidos con la canoa! ¿Dice que ha volado? ¿*Volado*? ¿Cómo diablos ha podido volar?

—Eso es lo que quiere saber el comisario. Samson no puede explicárselo.

—La gasolina ha debido escapar por algún sitio. Es una canoa con motor que el mismo Samson había construído.

El director general inclinó la cabeza.

—El mar estaba movidísimo —prosiguió Brand.

—Algo ha debido descomponerse y romper el tubo de llegada de la gasolina.

—Sin duda. ¡Es espantoso!—murmuró Tasker.

—Es necesario prevenir a King —dijo Brand, precipitándose hacia el laboratorio.

La noticia trastornó al químico. Parecía tan aterrado como Brand, pero aun más desconcertado.

—¿Dice que la canoa se ha hundido? —repetía—. Pero, ¿por qué? La gasolina la habría incendiado, pero no hecho zozobrar. —Se detuvo, y luego añadió—: Evidentemente el fuego ha podido quemar el casco hasta que el agua ha penetrado. ¿Lo sabe Tasker?

—Él me lo ha dicho. La policía ha telefoneado. Vamos a verle.

Durante unos momentos los tres hombres discutieron las posibles causas del accidente. Después hablaron de los dos muertos. Pero las circunstancias especiales en que se encontraban les llevaron pronto a considerar las consecuencias que para ellos podía, tener la tragedia.

—No veo —dijo King— que esto cambie nada para nosotros. El contrato firmado ayer pasará a manos de Samson, que se ocupará de ello. Si hubiesen muerto los tres hubiera sido distinto. El contrato subsiste.

Tasker movió la cabeza.

—No es tan sencillo como eso. Nuestras negociaciones van a salir a relucir. La policía querrá saber lo que hacían aquí y es preciso ponernos de acuerdo sobre lo que vamos a declarar.

Brand, cuyos terrores renacían a la idea de que la policía se ocupase de ciertos asuntos personales y desagradables, opinaba que era mejor decir la verdad. Pero Tasker se opuso.

—No podemos, bajo ningún motivo, reconocer que hemos consentido en

pagar una prima. ¿Cómo puede proponer eso, Brand? Reflexione. Si decimos que hemos acordado esa concesión, inmediatamente nos preguntaran el por qué. Los detectives pensarán: «¿De modo que estas gentes de Joymount poseen el procedimiento de Chayle? Entonces son los que buscamos por el asunto Clay». Empezarían a hacer averiguaciones y estaríamos perdidos. No tendrán más que enviar un perito a cada una de las fábricas para saber que los procedimientos son idénticos. Y después del veredicto emitido en la encuesta, la cuestión de un accidente ocurrido a Clay no se puede sacar a relucir. De manera que, si hablamos de la prima, sus cabezas corren peligro.

—¿Y la suya, Tasker? —preguntó King—. ¿No es usted cómplice nuestro?

—Como ya creo haberle dicho, ignoro lo que le ha sucedido a Clay. Tengo su declaración escrita, diciendo que ha descubierto el procedimiento y sé, desde luego, que ha estado haciendo experimentos durante seis semanas. Si se me pide que explique por qué he consentido en pagar una prima, diré que porque nuestros competidores lo merecían, ya que nos habíamos servido de sus productos, y gracias a ellos hemos descubierto los ingredientes necesarios. Lo que nosotros hemos descubierto ha sido la manera de incorporarlos al conjunto.

A pesar de su abatimiento, Brand admiró la habilidad de Tasker.

—Pero —continuó éste—, si la existencia del procedimiento fuese conocida, perdería mis beneficios y no tendría más que disgustos. Por ello deseo que quede en la obscuridad. ¿Admiten ahora que es preferible no hablar del tanto por ciento?

Habiendo recibido la aprobación de sus dos compañeros, prosiguió:

—Sigo, pues, la sugestión del mismo Haviland: hablemos de la primera hoja de nuestro contrato y no de la segunda. El objeto de este contrato era, como él dijo, reducir nuestros precios. Si se nos pregunta cómo contábamos con realizarlo, podremos contestar que esperábamos poder acelerar nuestras entregas y obtener un descuento más importante pidiendo juntamente las materias primas.

King y Brand asintieron.

—La situación se complica por el hecho de que no sabemos lo que dirá Samson. Pero como él tiene también el mayor interés en que no se hable del procedimiento, sin duda hará lo mismo que nosotros.

—¿Y si le telefoneásemos? —sugirió Brand.

—Ya iré pensado en ello —dijo Tasker—. Pero no creo que sea prudente. Ya debe haber declarado.

—¿Y qué? —objetó King—. ¿No es mejor saber lo que ha dicho para poder confirmar su declaración.

—Sí, tiene razón —admitió Tasker tomando el receptor. —¡Oh! —dijo en el aparato—, al cabo de un momento—, ¿acaba de entrar? ¿Puede ponerse al teléfono? Tasker, de la fábrica Joymount...

—Hubo un breve silencio, y luego:

—¡Ah, Samson! Me alegra saber que ha escapado usted de la catástrofe. Acaban de comunicárnoslo y estamos impresionados... Parece increíble. ¿Puede darnos algún detalle?

Hubo un nuevo silencio; después Tasker replicó:

—¡Asombroso! ¿No tiene usted ninguna idea? Inverosímil. Escuche, Samson, no es momento de hablar de negocios, pero creo que podemos seguir los consejos del pobre Haviland y no hacer públicas más que las cinco primeras cláusulas de nuestro contrato... Sí; eso me parece también a mí. Muy bien; debe estar usted ocupado y no quiero entretenerle. Permítame felicitarle por haber escapado sano y salvo y manifestarle mi sentimiento por la suerte de sus socios.

Tasker dejó el receptor.

—Dice que ha hablado a la policía de las cinco primeras cláusulas de nuestro contrato. Pero sigo sin comprender lo sucedido. La canoa ha hecho explosión. Samson tampoco se lo explica.

King encogióse de hombros.

—La cosa no me parece muy extraordinaria. La gasolina ha debido derramarse y al inflamarse habrá saltado todo.

—Samson parece desconcertado por completo.

—No veo por qué vacilaba usted en telefonarle —añadió King—. ¿Por qué creía que no era prudente?

—Me admira que ni uno ni otro haya adivinado lo que se me ocurrió. Sabiendo que este asunto aparece tan misterioso, he deducido que la policía, si el accidente no se explicaba, sospecharía algo obscuro.

Brand se sobresaltó y King pareció ligeramente turbado.

—Vamos, Tasker, no habla usted en serio —replicó el químico—. ¿Quién habría podido hacer semejante cosa?

—Nosotros —replicó el otro con aire sombrío.

—¡Qué majadería! ¿Cómo hubiésemos podido?

—No digo que hubiésemos podido hacerlo, sino que la policía puede creerlo así.

Brand se asustó de nuevo. Semejante sospecha daría lugar a investigaciones a fondo y no podrían mantener secreto lo del tanto por ciento. Y si la policía oía hablar de él, creería a King y a él mismo buenos candidatos para la horca. ¡Oh, no, no podía ser posible!

—Pero —dijo— King, que parecía igualmente conmovido— ¡eso es absurdo! Supongamos que se trata de un crimen, lo que no hay ninguna razón para sospechar. No podemos ser sospechosos. ¿Piensan ustedes que alguien puso un explosivo en la canoa? Pues ninguno de nosotros se ha aproximado a esa maldita embarcación, y fácilmente podríamos probarlo.

—Ya lo sé —replicó Tasker—. No temo una acusación de asesinato, sino que intervenga la Policía y que se entere de la historia del procedimiento.

King no era de aquella opinión. Aun suponiendo que se les ocurriera la idea a los policías, sería tan fácil de rebatir, que no emprenderían ninguna investigación. No comprendía la actitud de Tasker, que de ordinario no era alarmista.

Brand sentíase animado por estos argumentos, a pesar de que la idea de lo que pudiese ocurrir continuaba trastornándole.

Los tres hombres se sorprendieron de no oír hablar de la Policía durante aquella jornada. Y hasta la mañana siguiente no se volvió a tratar del asunto. No fué el comisario local quien vino, sino el detective de Scotland Yard que había intervenido en el caso Clay.

Sin embargo, la entrevista fue bastante tranquilizadora. El inspector jefe French estuvo muy atento y se conformó con sus declaraciones. Los tres adquirieron la certidumbre de que nunca había pensado que el asunto fuese obscuro. No intentó conocer la naturaleza del contrato proyectado entre Joymount y Chayle, pero exigió una relación bastante detallada de la visita de los socios. En el momento de partir, French les agradeció su ayuda, añadiendo que serían llamados como testigos.

Brand sintió alivio. Esta impresión se acentuó cuando vio transcurrir los días sin nuevas visitas de la Policía. No habían sido llamados a la encuesta, que se abrió para ser luego aplazada. Sin duda serían citados más tarde.

De nuevo parecía haber terminado un mal período de la vida de Brand. Cuando la encuesta hubiese concluido, no tendría ya nada que temer. Una vez más los hombres de Joymount, tranquilizados, se dispusieron a aprovecharse de los beneficios que obtenían.

## CUARTA PARTE LA SOLUCIÓN

### CAPÍTULO XVII French vuelve al asalto

**D**espués de los rápidos progresos que al principio del asunto de Clay había hecho, el inspector jefe French, supersticioso, temía que la suerte cesase de favorecerle. Había observado que, cuando las cosas iban bien al principio, las complicaciones surgían casi en seguida. Por otra parte, un mal principio no significaba necesariamente un éxito final.

En este caso particular, sus temores parecían justificados. El asunto tuvo un principio brillante. En algunas horas había probado que Clay fué asesinado y el accidente simulado. Casi en seguida sintió una teoría sobre la culpabilidad de dos de los miembros del personal de Joymount, teoría que, al parecer, explicaba todos los detalles.

Pero, desde entonces, cesaron sus progresos. Su teoría resultaba al fin una teoría. No la abandonó porque la encontraba excelente siempre que la examinaba, pero no consiguió probar su certidumbre.

Una de sus ideas fundamentales era que el procedimiento había sido robado por uno o varios individuos interesados en la fabricación del cemento rápido. Pero de ahí no pudo pasar. Si en realidad el robo habíase llevado a cabo, era preciso aguardar a que alguna fábrica produjese el cemento a precio menos elevado. Pero no obstante su vigilancia y la de Haviland y Mairs, a quienes había comunicado su idea, no pudo descubrirse ninguna variación de precios en el mercado.

Entonces volvió su atención hacia la fábrica rival. A decir verdad, no sospechaba de los hombres de Joymount, pero les relacionaba con el asunto, sobre todo a causa de la situación de las fábricas. Además, poseían una canoa en la cual habrían podido transportar el cuerpo de Clay. Mas no teniendo ninguna prueba para suponer que hubieran obtenido el procedimiento, French comprendió que sus sospechas carecían de fundamento.

De todas formas, llevó a cabo algunas discretas averiguaciones en Joymount, sobre todo entre los obreros. Interrogó al vigilante nocturno, al capitán y tripulaciones de los dos vaporcitos atracados al muelle de Joymount la noche del presunto asesinato de Clay. Las informaciones obtenidas le hacían

comprender que estaba sobre una pista falsa.

Por el vigilante supo que durante el mes que precedió a la tragedia habíanse emprendido en la fábrica investigaciones técnicas, y que durante la noche del crimen, Brand y King no abandonaron el laboratorio. Habían llegado a las diez de la noche y se marcharon a eso de las tres de la madrugada; permaneciendo en el laboratorio durante todo ese tiempo. No habrían podido salir de él sin que el vigilante les viese. Si el testigo no mentía, era indudable que ninguno de los dos pudo ir a Chayle.

French no sospechaba de los otros dos hombres de la fotografía: éstos eran Campbell, un ajustador y Armour, un chófer. De todas formas, hizo las averiguaciones necesarias para comprobar que ambos no habían abandonado sus domicilios en la noche del crimen.

French tomó en consideración la posibilidad de una lancha o una canoa automóvil. Había visitado el cobertizo de las embarcaciones de Joymount y comprobó que era difícil, aunque no imposible, sacar una embarcación sin ser visto desde el muelle. Pesquisas discretas le permitieron dar con los dos vapores que se hallaban en Joymount aquella noche y asegurarse de que ningún tripulante de los mismos había visto, ni oído, ninguna embarcación. Por otro lado, supo que la bruma era espesísima, y según los guardacostas a quienes se dirigió, la navegación era extremadamente difícil.

Estas indagaciones llevaron a French a eliminar provisionalmente al personal de Joymount. El asunto quedó interrumpido por el momento. Después, el inspector regresó a Londres y elevó su informe a sir Mortimer Ellison. Este le escuchó atentamente y encogióse de hombros. French abandonó el asunto para ocuparse de otras cosas.

Sin embargo, convinieron que si llegaba a producirse alguna fluctuación en los precios del cemento, volvería inmediatamente a proseguir las investigaciones. El resultado no fué muy animador, pero nadie lo hubiese obtenido mejor.

Tres meses más tarde un dramático acontecimiento prestó nueva vida al asunto.

Eran aproximadamente las cuatro de la mañana, cuando el teléfono empezó a sonar. French se despertó en seguida y de Scotland Yard le comunicaron que acababa de recibirse un importante mensaje del puesto de policía de Cowes.

Este mensaje, que procedía de su amigo el comisario Hanbury, era espantoso. Haviland y Mairs, de la fábrica Chayle, se habían ahogado la víspera a consecuencia de la explosión de su canoa y a Samson lo salvaron cuando estaba a punto de perecer.





Le izó a bordo y lo transportó al barco...

El asunto presentaba ciertos detalles sospechosos, y Hanbury, de acuerdo con su jefe, se puso en comunicación con French, a quien pidió acudiera lo antes posible.

Acompañado por el sargento Carter, French partió hacia Cowes en el primer tren para Southampton que salía de la estación de Waterloo, a las cinco y cuarenta. Antes telefoneó para advertir al comisario, que le respondió que tendría el desayuno preparado para el momento de su llegada y que mientras lo tomaban él le explicaría todo lo sucedido.

El viaje fué tranquilo. Los dos hombres llegaron a Southampton a eso de las ocho, se dirigieron al puerto y tomaron el barco de las ocho y quince para

Cowes, donde llegaron una hora más tarde. Minutos después, estaban instalados frente a una taza de café, y un plato de huevos con tocino. Hanbury comenzó en seguida su relato.

En realidad no tenía gran cosa que decir. La víspera, hacia las once y cuarenta y cinco de la noche, se oyó una explosión, a un kilómetro aproximadamente del faro de la punta de Egipto. Un caballero que vivía en la Explanada tomaba el fresco a la puerta de su casa, cuando vio elevarse una llamarada sobre las olas. Esta llamarada se apagó en seguida, y a los cuatro o cinco segundos, oyóse una sorda explosión. Sospechando una desgracia, telefoneó inmediatamente a la Policía. Esta dio instrucciones al puerto, y cuatro canoas se hicieron a la mar. Tres de ellas alcanzaron el sitio probable de la catástrofe sin encontrar nada, pero la cuarta tuvo más suerte.

Un pequeño barco de cabotaje que se encontraba en aquellas aguas había echado un bote al mar. Era el *S. S. Benbolt*, que iba de Cardiff a Gosport con un cargamento de carbón. A un kilómetro aproximadamente del faro de la punta de Egipto, el patrón observó que una pequeña embarcación se dirigía hacia ellos, era una canoa a motor, y cabeceaba fuertemente a causa de la marejada. No le prestó mucha atención, pero mientras lo estaba observando, se produjo una formidable explosión. La popa de la canoa saltó hecha pedazos. El patrón hizo virar inmediatamente el vapor y botar al agua una lancha. Esta llegó al lugar de la tragedia unos cinco minutos después de la explosión. El marinero que la tripulaba divisó un hombre fuertemente agarrado a un salvavidas. Le izó a bordo y lo transportó al barco, regresando al lugar del suceso con la esperanza de encontrar algún otro superviviente. Pero sus pesquisas fueron inútiles. La canoa debió de arrastrar con ella a los demás tripulantes.

Durante este tiempo, un buen *grog* y ropa seca prestaron al náufrago fuerzas para explicar lo sucedido. Se llamaba Noel Samson y trabajaba como ingeniero químico en la fábrica de Chayle, propiedad de los señores Haviland y Mairs. Haviland, Mairs y él habían ido a la fábrica de Joymount en el Hamble, y regresaban a Chayle. La canoa le pertenecía y la tripulaba él mismo. A la altura de Cowes, Samson observó que el arpeo estaba suelto y oscilaba golpeando la proa de la embarcación. Entregando el volante al señor Haviland, a fin de ocuparse del arreglo, se inclinó para fijar el arpeo cuando, de pronto, una espantosa detonación se produjo en la popa, y él se vio lanzado inmediatamente al mar. Luchó un momento contra las olas, y a pesar de ser un buen nadador, se agotó pronto y se hubiese ahogado de no asirse a una boya hasta la llegada de socorro.

Una vez llevado a Cowes el ingeniero prestó declaración ante el guardacostas y la Policía. Estaba estupefacto. Suponía que la gasolina debió de

inflamarse, mas, por tres razones, esta hipótesis no le satisfacía. Primera, no veía motivo para que se hubiese producido la inflamación. Poseía la canoa desde hacia varios años y siempre funcionó de manera perfecta. La segunda razón era más desconcertante aún. La explosión no parecía debida a la gasolina, sino más bien a dinamita u otro explosivo poderoso. En fin, y éste era el argumento más convincente: la popa saltó hecha pedazos, cosa que no habría ocurrido en el caso de una simple explosión de gasolina.

Sin embargo, Samson afirmaba no haber llevado a bordo ningún explosivo.

Esta declaración dejó pensativo a Hanbury, haciéndole recordar que los tres hombres habían figurado en el asunto Clay. Por ello telefoneó a su jefe y éste decidió enviar a French a Cowes.

—¿Ha hablado con los de Joymount? —preguntó French, cuando el comisario hubo terminado su relato.

—Sí, esta mañana. He telefoneado a Tasker, el director general. Ha confirmado la declaración de Samson. Haviland, Mairs y Samson se reunieron con ellos en Joymount, ayer por la noche, entre las nueve y las once y media. Discutieron sobre un asunto que Tasker deseaba mantener en secreto; pero que al fin ha revelado. Las dos fábricas estudiaban la posibilidad de una asociación, y por este motivo se reunieron a hora tan intempestiva. No ocurrió nada anormal y la canoa parecía en perfectas condiciones.

—No lo aseguraría —dijo French, después de un corto silencio.

—Es lo que el jefe y yo hemos pensado. Decidimos a todo trance estudiar el asunto. Y hemos pensado que en el caso de que todo esto tuviese alguna relación con el caso Clay, usted era el hombre que necesitábamos.

—A primera vista parece que ambos asuntos tienen alguna relación —continuó French—. Sería una rara casualidad que dos tragedias diferentes ocurriesen en la misma casa con un intervalo de tres meses. —Interrumpióse y después prosiguió—: Hay algo más, comisario. Estas gentes venían de Joymount. Y aunque hemos buscado otra fabrica de cemento rápido que pudiera estar complicada en el asunto Clay; no se nos ha ocurrido sospechar más que de Joymount. Es un detalle interesante.

Una vez terminado el desayuno, French se levantó.

—Bien —dijo amablemente—, he aquí un buen comienzo, gracias a usted, comisario. Voy a visitar las distintas personas de quienes me ha hablado. ¿Puede llevarme a Chayle, o debo alquilar un carruaje?

—Yo le llevaré —respondió Hanbury.

Iba a hacer una última observación, cuando entró un policía y le dijo unas palabras al oído.

—¿De veras? Bien. Voy inmediatamente.

Se volvió hacia French.

—Los guardacostas acaban de hallar un cadáver. Supongo que deseará examinarlo.

El jefe asintió y los tres hombres volvieron al puesto de policía. Hanbury avisó por teléfono a un médico y cuando el cuerpo fué traído, comenzaron inmediatamente su examen.

Era el cadáver de Mairs y la muerte debió de producirse por ahogo. Tenía un pie casi arrancado y el otro completamente destrozado, lo que demostraba que la explosión fué violenta y que habíase producido en el fondo de la embarcación.

Mientras el médico proseguía su examen, French se ocupó de las ropas. Registró los bolsillos sin encontrar nada que pudiese aclarar la tragedia.

Después tomó el coche del comisario y se hizo conducir a Chayle en compañía de Carter. Encontró a Samson en su despacho de la fábrica.

Después de las cortesías de rigor, French pidió al ingeniero le explicase todo lo ocurrido.

El joven no tenía mucho que contar. Desde hacía algún tiempo sus socios y él habían decidido ampliar el campo de sus negocios, y estando próximo Joymount, pensaron adquirirlo. No habiendo podido, por varias razones, realizarse su proyecto, pensaron realizar un contrato de sociedad con sus competidores. Entraron en negociaciones con la fábrica vecina y la noche antes concertaron un arreglo provisional. Provisional porque el contrato debía ser sometido al Consejo de Administración de Joymount. Pero Tasker tenía la seguridad de que sería aprobado.

Habiendo fijado la entrevista para las ocho y cuarenta y cinco, llegaron con algunos minutos de anticipación al domicilio de sus futuros socios. Estos los recibieron con amabilidad y sólo tuvieron que ponerse de acuerdo sobre las condiciones del contrato.

Tasker copió a máquina ciertas cláusulas que fueron discutidas y que se firmaron en seguida. Esto les entretuvo hasta las diez. Tasker insistió entonces en ofrecerles champaña. Una media hora más tarde los de Joymount les acompañaron hasta el muelle, donde se separaron.

Apenas se pusieron en camino, y como la entrevista terminó antes de lo que se esperaba, Haviland expresó el deseo de detenerse unos minutos en Hamble, para tener noticias de una hermana suya casada con el comandante Ashe y que acababa de tener un niño.

Los Ashe vivían aproximadamente a un kilómetro de la costa y Haviland fue a pie. Mairs y Samson permanecieron en la canoa fumando y charlando.

Poco después, su amigo regresó diciendo que su hermana y el niño estaban bien. Empezaron el regreso a Chayle. Samson contó seguidamente cómo se produjo la explosión.

A pesar de que Carter tomó taquígraficamente la declaración. French había anotado en su cuaderno los puntos esenciales de la misma. Después de haberlos estudiado un instante, comenzó a hacer preguntas.

—Ese accidente me parece extraordinario. ¿Puede usted explicarse lo sucedido?

—No, inspector. Es lo más misterioso del mundo.

—¿Cree que no ha sido la gasolina? Su canoa era de motor, ¿verdad?

—Si —replicó Samson, con voz alterada—, pero no puedo creer que la explosión fuera producida por la gasolina. Mis razones son tan sólo éstas.

Repitió los argumentos que había expuesto a Hanbury: el buen funcionamiento del motor, la rapidez de la explosión y el hecho de que una explosión provocada por la esencia no habría podido hacer saltar la canoa tan rápidamente. A esto se añadía el hecho de que una explosión del depósito nunca hubiese producido las heridas observadas en el cuerpo de Mairs.

—Suponiendo entonces que no haya sido la gasolina la que ha hecho explosión —prosiguió French—, debe creerse que algún otro explosivo se encontraba a bordo.

—Imposible. Yo no lo tenía y estoy absolutamente seguro de que ni Haviland, ni Mairs lo habrían llevado sin decírmelo. Por otra parte, yo lo habría visto.

—Exacto —aprobó el inspector jefe.

Después se inclinó hacia adelante, con un aire más grave.

—Por lo tanto, si no ha sido la gasolina la que ha hecho explosión, y si ninguno de ustedes llevó explosivos a bordo, es preciso que lo hiciera otra persona ¿Se da cuenta de a dónde nos conduce eso?

Samson no lo veía demasiado claro.

—Ahora tengo que pedirle dos cosas. Primeramente, dejando a un lado la cuestión de cómo pudo introducirse en la canoa el explosivo, y ser dispuesto de forma que estallara en un momento determinado. Concentre su atención sobre otro punto. Dígame, ¿quién cree usted que podría desear que se produjese tal accidente? Aguarde... quiero que comprenda bien que al contestar a esta pregunta no acusará a nadie. Si cree que una o varias personas se hubiesen sentido satisfechas de poder hacerles desaparecer, usted dígamelo. Eso me permitirá orientar mis pesquisas en tal o cual dirección.

Samson tuvo una sonrisa feroz.

—Si yo creyese que alguno ha tratado de asesinarme, no tendría más que

un deseo: hacerle detener. Pero no sospecho de nadie. Además, no veo cómo habrían podido acercarse a la canoa.

—Esa es mi segunda pregunta —continuó French—. ¿Por qué cree que nadie pudo acercarse a la canoa? ¿No estuvo usted apartado de ella durante toda la entrevista?

—Sí, pero había mucha gente en el muelle. Lo sabe, ¿verdad?

—Sí.

—Pues bien, cuando llegamos a la escalera del extremo del muelle, cerca del cobertizo de las embarcaciones, dos barcos se hallaban atracados al muelle y tuvimos que rodear uno cuya popa rebasaba el extremo del mismo. Ese barco estaba en plena faena de carga cuando llegamos y el trabajo no había terminado cuando partimos. Nadie hubiese podido tocar la canoa sin ser visto por los cargadores.

—¿Estuvieron siempre presentes los tres representantes de Joymount?

Samson sonrió.

—Temo que por ese lado no consiga usted nada, inspector. No estuvieron siempre delante de nosotros, pero el hecho no puede tener ninguna significación. A nuestra llegada, King nos esperaba en el muelle y le seguimos inmediatamente a las oficinas. Tasker y Brand nos aguardaban allí. Ninguno de ellos pudo, por lo tanto, tocar la canoa antes de nuestra entrevista. Al marchar nos acompañaron hasta el muelle. Es cierto que en el curso de las negociaciones, abandonaron los tres el despacho para discutir privadamente; pero les estuvimos oyendo hablar. King copió a máquina algunas votas para Tasker, pues oímos claramente el tecleo de la máquina. De cuando en cuando cantaba, según su costumbre.

—Así, ¿ninguno de ellos puede ser culpable?

—No lo creo.

French guardó silencio. Su primera idea fué que las gentes de Joymount habían asesinado a Clay y robado el procedimiento y que los de Chayle habían sabido su culpabilidad haciéndoles cantar. En ese caso, los primeros pudieron simular un accidente para hacer desaparecer a los tres hombres. Pero ahora se preguntaba si no se había precipitado un poco en sus conclusiones. Su teoría encontraba verdaderos obstáculos.

Pidió a Samson que le diese una relación tan detallada como le fuese posible de todo cuanto hizo la víspera, El ingeniero presentó la siguiente lista:

8.00, salida de Chayle;

8.40, llegada a Joymount;

8.50, comienzo de la entrevista;

10.00, final de la entrevista. Champaña.

10.30, salida de Joymount;

10.35, llegada a Hamble;

11.20, salida de Hamble;

11.45, explosión.

—Dígame —dijo el inspector—, ¿sabían ustedes, al dejar Joymount, que irían a Hamble?

—No —respondió Samson—. Haviland no se decidió hasta un momento antes de la salida. Tuve que cambiar nuestro itinerario.

—¿Haviland habló de ello a sus huéspedes?

—No, no lo hizo. No me separé de él y le hubiese oído.

French le hizo todavía algunas preguntas, pero sin oír nada nuevo, y después se despidió de él, agradeciéndole su ayuda.

## CAPÍTULO XVIII

### French ayudado por la rutina

**L**a entrevista con Samson había suministrado a French cierto número de pistas, y mientras regresaban a Cowes, las clasificó mentalmente según el orden de sus preferencias. Después de entretenerse unos minutos con Hanbury, telefoneó a Goodwilly a Southampton y a Crawford a Eastleigh. Después, acompañado de Carter, se hizo conducir en el coche del comisario hasta Ryde, donde llegó a tiempo de tomar el barco de las dos y cincuenta y cinco para Portsmouth. Desde allí, los dos detectives tomaron la lancha para Gosport, donde, después de algunas pesquisas, encontraron al pequeño carbonero *Benbolt*. A las cuatro de la tarde se hallaban a bordo y solicitaban ver al patrón.

Como French había previsto, el capitán Jones no tenía gran cosa que añadir al relato que había hecho ya Locke, propietario de la canoa que había recogido a Samson. Lo repitió en detalle, declarando, como el ingeniero, que la gasolina no habría provocado una explosión tan violenta.

French había esperado comenzar el mismo día sus investigaciones en Joymount, pero ya era demasiado tarde. Habiendo decidido instalarse lo más cerca posible de los sospechosos, eligió Swanwick y dirigióse allí por ferrocarril.

Desde el hotel telefoneó al comandante Ashe, indicándole su deseo de visitarle aquella noche para discutir sobre la muerte de su cuñado. Después de cenar alquiló un carruaje y se puso en camino con Carter. A las nueve los dos hombres llegaban a Brantings, domicilio del comandante Ashe, cerca de Hamble.

Allí le confirmaron una parte del relato de Samson. Haviland había ido la víspera por la noche a preguntar por su hermana. Su visita fué inesperada y explicó que había tomado esa decisión después de haber dejado Joymount. Su llegada a Brantings fué a las diez y cuarenta y cinco y volvió a marchar a las once y diez.

Aprovechando su paso por aquellos alrededores, French recorrió a pie el camino entre la casa y la costa, y comprobó, que en el paseo se empleaba unos ocho minutos, Quedaba probado, pues, que llegaron a Hamble a las diez y treinta y cinco y se marcharon a las once y veinte.

Al día siguiente por la mañana dirigiéronse los dos hombres a Joymount. Preguntaron por Tasker y fueron introducidos inmediatamente en su despacho. A French le impresionó la serenidad del director general. Este recibió a sus



visitantes con cortesía, pero sin efusión, y les preguntó en qué podía servirles.

—He sabido —explicó French, después de los saludos de rigor— que las víctimas del desgraciado accidente de la otra noche acababan, de salir de aquí cuando se produjo la explosión. Por ello le ruego me diga cuanto sepa sobre el motivo de la visita, a fin de aclarar el misterio que rodea la muerte de esas dos personas.

Tasker accedió de buen grado a decir lo que sabía; pero expresó su parecer de que no creía que fuese de ninguna utilidad a la Policía. Para él, el asunto era un completo enigma y no podía explicarse lo sucedido. En cuanto a una declaración, prefería que el inspector le interrogase a fin de responder lo más exactamente posible.

French comenzó por el motivo de la reunión. Tasker le habló de la primera visita de Haviland y Mairs, en el curso de la cual les propusieron asociarse en lugar de hacerse la competencia. Describió las distintas negociaciones que tuvieron lugar y le explicó que la reunión del martes por la noche se dedicó a la redacción del contrato. Le enseñó enseguida la primera hoja del documento, que llevaba sus iniciales y las de Haviland, así como la fecha.

French leyó el contrato con atención, observando que las fábricas habían sido tratadas con igualdad absoluta y devolvió el papel a su interlocutor. Después inquirió los detalles de la entrevista. Tasker habló sin rodeos, pero no pudo decirle nada que no supiese ya. Tasker no observó nada anormal en sus visitantes ni en la embarcación. Sin embargo, se sorprendió al saber que los de Chayle no regresaron directamente a su fábrica. La canoa partió con dirección Sur, y él no la vio virar en dirección a Hamble.

French le preguntó entonces si durante la entrevista se había separado de sus visitantes.

—Sí, pero sólo durante diez o quince minutos —respondió Tasker, añadiendo que sus socios y él habían dejado el despacho para estudiar algunas cifras que debían servir de base a la discusión.

El detective inquirió luego si Tasker y sus compañeros se habían separado durante su entrevista privada. Tasker replicó que Brand y él se quedaron en el despacho del ingeniero mientras que, en una habitación próxima, King escribía a máquina unos detalles necesarios.

Todo esto confirmaba la declaración de Samson. French no había sospechado nunca de Tasker, aunque sí de King y Brand. Por ello, cuando el director general le hubo proporcionado todas estas informaciones, se apresuró a ir a interrogar a Brand.

Este corroboró el relato de Tasker. French no se sorprendió: si sus declaraciones eran ciertas, necesariamente habían de coincidir; y si eran falsas

era lógico esperar que hubiesen preparado el relato de antemano. Pero la actitud del joven despertó su interés. Estaba nervioso e inquieto y pareció aliviado cuando terminó el interrogatorio. Se habría dicho que sabía algo. Mas, por otra parte, French se persuadió de que no tenía nada que ver con la explosión, ya que su espanto y consternación eran tales, que parecían sinceros.

King, a quien French interrogó después, repitió lo mismo y el inspector jefe, luego de haber comparado estas declaraciones con la de Samson, no tuvo más remedio que conformarse. Además, si el ingeniero de Chayle hubiera sospechado de los individuos de Joymount, hubiera sido el primero en decirlo.

Samson había declarado igualmente que el explosivo no pudo ser colocado en la canoa durante su visita a Joymount. French decidió comprobarlo.

Bajó al muelle, acompañado de los tres hombres y les rogó que le indicasen el sitio en el cual estuvo amarrada la embarcación y le informaran del trabajo que se llevaba a cabo mientras se celebraba la entrevista. Después se puso a observar y a reflexionar.

El muelle era de construcción muy sencilla. Se había transformado la orilla en un declive uniforme, consolidado por medio de piedras para protegerle contra las olas. Sobre este declive se elevaba el muelle, consistente en pilares de hormigón armado rematados por una plataforma de la misma clase. A media altura de los pilares más largos, unos travesaños horizontales visibles sólo en la bajamar, los unían entre sí.

La construcción tenía aproximadamente treinta metros de largo y a la derecha terminaba por una escalera. Esta seguía la inclinación del declive, pero era cosa de medio metro más largo, a fin de poder permitir a las embarcaciones aproximarse a ella en cualquier momento de la marea.

El martes por la noche, según explicó Tasker, la canoa de Chayle quedó amarrada delante de la escalera. Como la marea estaba bastante alta, el agua quedaba sólo a dos metros o dos metros y medio por debajo de la plataforma, y nadie habría podido acercarse a la canoa como no fuese por la escalera. Dos vaporcitos estaban atracados al muelle. Uno muy cerca de la escalera. Era el *Lucy Jane*, que cargaba cemento para Plymouth. Se trataba de un pedido muy urgente y el trabajo se prolongó hasta medianoche. Nadie hubiera podido acercarse a la canoa sin ser visto por los cargadores. Por otra parte, el lugar estaba despejado.

Después de haberse informado de los cargadores, que le aseguraron que nadie se acercó a la escalera, French abandonó Joymount. Mientras se dirigía hacia Swanwick, acompañado de Carter, decidió orientar sus investigaciones en una nueva dirección. Llegó al hotel, y allí se sentó, y llenando su pipa se sumió

en sus pensamientos.

Desde que supo los detalles de la explosión pasó por su imaginación la sospecha de que alguien había ocultado en la canoa una bomba de relojería para hacer desaparecer a los tres socios de Chayle. Esta idea le seguía pareciendo cada vez más verosímil, pero empezaba a dudar de que la bomba hubiese sido colocada en Joymount, preguntándose si no sería posible que la hubiesen colocado en Chayle, antes de la partida.

Esto le llevó a los comienzos del asunto Clay, pues no dejaba de ver una cierta relación entre los dos crímenes. ¿Sería equivocada su teoría respecto al caso Clay? ¿Se trataría más que del robo del procedimiento de la sustracción de otro secreto en el cual sólo Chayle se hallase interesado?

French comprendió que necesitaba resolver definitivamente la cuestión de si la supuesta bomba pudo ser colocada mientras estuvo amarrada en Joymount. Decidió, pues, interrogar a la tripulación del *Lucy Jane*. Telefonó al puesto de policía de Plymouth para preguntar si este vapor se encontraría aún allí al día siguiente.

La respuesta le esperaba en Southampton. Le decían que el *Lucy Jane* había descargado y zarpado por la tarde hacia Weymouth.

French quedó satisfecho. Weymouth estaba mucho más cerca de Plymouth. Y, siempre seguido de Carter, tomó a las cuatro un tren que llegaba a Weymouth hacia las seis y media.

A las diez de la noche, el *Lucy Jane* no había arribado todavía, pero a la mañana siguiente, cuando bajaron al puerto, le encontraron allí. French subió a bordo inmediatamente.

Hizo una investigación minuciosa. El encargado de la grúa admitió que alguien habría podido pasar por el muelle sin que él le viese, pero un electricista aseguraba rotundamente no haber visto a nadie.

French dejó Weymouth totalmente convencido que las declaraciones eran irrefutables. Nadie tocó la canoa durante su permanencia en Joymount.

En el tren en que regresaba a Southampton, siguió recapacitando sobre el problema. Llegó a la conclusión de que la bomba sólo pudo colocarse en Chayle. Era la única hipótesis razonable.

De repente, una idea surgió en su cerebro. ¿Y si la bomba sólo hubiese existido en su imaginación?

Había observado, que sólo una persona que conociese muy bien los proyectos de los de Chayle se habría podido servir de una bomba de relojería. La canoa desarrollaba una velocidad de quince kilómetros por hora aproximadamente y como la distancia de Joymount a Chayle era de trece kilómetros precisaba aproximadamente tres cuartos de hora para cubrirla.

Ahora, la duración de la visita en Joymount había podido ser calculada de manera bastante exacta. Y si Tasker y compañía eran culpables, habrían podido arreglarse para que la separación se hiciera en el momento conveniente, pero los de Chayle se detuvieron en Hamble durante cuarenta minutos. De existir la bomba de relojería, habría hecho explosión en Hamble.

La inocencia de los Joymount parecía definitivamente establecida por el hecho de que la explosión se produjo treinta minutos después que la canoa hubo abandonado Hamble, es decir, media hora después de su lógica llegada a Chayle.

Cuanto más examinaba French esta idea, más concluyente le parecía. El argumento no tenía vuelta de hoja, pero entonces si no existió bomba, ¿qué había sucedido?

El problema era desesperante. Al llegar a Southampton le iba dando vueltas y más vueltas en su cerebro. Pero, al bajar del tren, la rechazó de su imaginación. Era necesario actuar y no perder el tiempo en hipótesis.

La encuesta sobre la aparición del cadáver de Mairs se abriría aquella tarde en Cowes, pero como Hanbury había convenido con el *coroner* que fuese aplazada inmediatamente después de las formalidades de identificación, French no se creyó obligado a asistir. Decidió dedicar la tarde a una serie de pesquisas importantes y a descubrir de dónde pudo salir el explosivo.

Esta era una misión que ya había confiado a la policía local y tenía prisa por saber su resultado. Empezó por ir a ver al comisario Goodwilly en Southampton.

—¿El explosivo? —dijo Goodwilly cuando French le hubo dirigido su pregunta—. Nos hemos ocupado de ello, pero hasta ahora no se ha descubierto nada. Nos hemos informado de todos los comerciantes de los alrededores, pero no se ha sacado nada en limpio.

»Tenemos una lista de todos los industriales que emplean explosivos, lo mismo que de los propietarios de canteras, pero aun no hemos podido ir a verles. Asimismo, haré interrogar a todas las personas que tienen licencia de uso de armas. Después, están las autoridades navales, pero es la policía de Portsmouth la que debe ir a verlas; ignoro si lo habrán hecho ya.

—No ha perdido el tiempo, comisario —dijo French—. Mi felicitación... Telefoneemos a los otros, a ver cómo andan.

Diferentes conversaciones telefónicas con los comisarios de los distritos vecinos le hicieron saber que las distintas pesquisas llevadas a cabo hasta entonces no habían dado ningún resultado. El asunto del explosivo se presentaba difícil.

Al organizar los trabajos, French se había reservado el cuidado de

ocuparse él mismo de las canteras de caliza, pertenecientes, respectivamente, a Joymount y Chayle, porque esperaba obtener resultados interesantes. Aquella tarde disponía del tiempo necesario y se decidió a visitar las de Joymount.

La víspera, durante su visita a la fábrica, tuvo la precaución de pedirle a Tasker una carta para el capataz de la cantera. Se puso en camino con Carter, en el coche que Goodwilly le había proporcionado.

La cantera se hallaba a cierta distancia de la fábrica y la caliza se transportaba hasta esta última en camiones. Era un anfiteatro de rocas blanquecinas cubiertas de grietas y sembrado de montones de piedras y escombros. De una pequeña cabaña, situada a la entrada, llegaba el ruido de un motor que accionaba las perforadoras. Una segunda cabaña que se alzaba próxima a la primera, ostentaba el rótulo «Oficina», escrito en la pared. French empujó la puerta y echó una ojeada al interior. Un hombre estaba sentado detrás de una tosca mesa.

—Buenos días —dijo French—¿Es usted el capataz?

El hombre vaciló y al fin inclinó la cabeza.

—Entonces —continuó French—, necesito su ayuda. Soy un inspector de Scotland Yard—. Y le largó un pequeño discurso, añadiendo—: He visto al señor Tasker, con este motivo, y me ha dado esto para usted.

Le tendió la carta.

El capataz se impresionó vivamente. Levantándose, puso su taburete debajo de la mesa. Habiendo aumentado por este procedimiento el espacio libre, rogó a French que entrase.

—Se trata de la explosión de la canoa —dijo French—. No sabemos la causa, si ha sido la gasolina o un explosivo, y queremos ver si alguien de los alrededores ha comprobado la falta de explosivos. No tenemos ninguna razón para sospechar que se haya sustraído de aquí, pero se trata de un formulismo que estamos llevando a cabo en todas las canteras.

Interpretando el silencio del hombre como un asentimiento, le pidió detalles de los explosivos que utilizaban.

El capataz era inteligente y le dio de manera clara los datos siguientes:

El explosivo que empleaban era la gelignita, por su facultad de pulverizar la roca, reduciendo así la proporción de piedras gruesas que hacía falta triturar antes de introducirlas en las pulverizadoras. La traían por cajas de una docena de cartuchos que se guardaban en un pabellón especial, situado a medio kilómetro. Los cartuchos corrientes medían unos ocho centímetros de largo y dos centímetros de diámetro. Estos eran bloques de gelignita pura, de forma cilíndrica. Para los agujeros más profundos se empleaban cartuchos mayores. Esta substancia era amarillenta, de la consistencia del queso y cada cartucho

estaba cubierto de papel impermeable.

El calor no era suficiente para provocar la explosión de la gelignita; si se la introducía en el fuego, ardía como un trozo de madera corriente. Para que estallase, se empleaba un pequeño detonador; podía saltar igualmente a causa de un choque violento o de un chispazo. En las minas utilizaban pequeños detonadores de cuatro centímetros de largo y de siete milímetros de diámetro, que semejaban cartuchos de revólver. Estos detonadores eran accionados, bien por un cebo, bien por una corriente eléctrica. Si el inspector quería ir hasta el almacén, podía darse cuenta prácticamente.

French le acompañó, continuando el interrogatorio. No, los detonadores no funcionaban si estaban húmedos. Si se les introducía en el agua la explosión sólo podía provocarse eléctricamente. Los vendían ya con el hilo necesario y envueltos en papel impermeable. Para emplearlos, los cartuchos de gelignita tenían un agujero en el cual se colocaba el detonador. Así preparado, el cartucho estallaba al paso de una corriente de baja tensión.

Antes de dirigirse al depósito, el capataz llamó a un obrero que, según explicó, era el encargado de los explosivos. El hombre les acompañó y French observó que tenía solamente una llave para abrir el almacén. Hizo esta observación en alta voz.

—Sí —replicó el encargado—, damos mucha importancia a esta llave. No hay más que dos, la que tiene este obrero y otra que se encuentra guardada en la caja de las oficinas. Nadie puede robar explosivos. Este hombre es responsable del almacén y no lo deja nunca abierto.

Este era un punto importante y French lo estudió cuidadosamente. Después de haberse informado de algunos obreros, sacó las siguientes conclusiones:

Primera: Sólo el encargado de los explosivos o persona que tuviese acceso a la caja de las oficinas, hubiese podido abrir el almacén;

Segunda: El encargado no dejó la llave a nadie y nadie pudo cogerla sin que él lo supiese;

Tercera: No había dejado nunca abierto el almacén;

Cuarta: Nadie, a excepción de él, estaba autorizado a entrar en el almacén;

Quinta: Él mismo sacaba los explosivos pedidos y nadie hubiese podido robarlos sin que él lo viese, y

Sexta: Era un hombre de confianza y French estaba convencido de que decía la verdad, o por lo menos que creía decirla.

En seguida hizo French al encargado la siguiente pregunta:

—En caso de que la puerta hubiese sido abierta con otra llave y hubiese desaparecido un cartucho o un detonador, ¿se daría cuenta usted de ello?

Después de reflexionar, el hombre no pudo afirmar que hubiese notado la falta. No se contaban ni unos ni otros y hubiese podido desaparecer uno de ellos sin que lo notase.

French abandonó la cantera persuadido de tres cosas. Primera: si se hubiese cometido el robo, su autor no podía ser más que una persona que tuviera acceso a la segunda llave guardada en la caja de las oficinas; segunda: Tasker, Brand y King habrían podido cogerla y robar en el almacén, durante la noche, y, finalmente, si lo habían hecho, era prácticamente imposible probarlo.

Descontento de la jornada, French decidió proseguir su investigación a la mañana siguiente, yendo a visitar las canteras de Chayle.

Allí oyó la misma historia. Los explosivos se manejaban de la misma forma que en Joymount y todas las personas que tenían acceso a la caja de caudales de Chayle habían podido hacerse con la llave del almacén.

Sin embargo, en el caso de Chayle había que tener en consideración un detalle. Alguien obtuvo un molde de las llaves de Chayle. Evidentemente, Haviland había hecho cambiar las cerraduras, pero desde el momento en que pudieron reproducir las anteriores, ¿no habría sido posible también reproducir las llaves nuevas? Esta probabilidad ensanchaba casi ilimitadamente el campo de investigación de French, lo cual resultaba desconsolador.

Con un humor bastante malo, telefoneó al puesto de policía de Cowes para pedir una entrevista con Hanbury, antes de regresar a Southampton.

## CAPÍTULO XIX

### French ayudado por una hipótesis

Cuando French llegó a Southampton, su desaliento había aumentado. El informe de Hanbury fué completamente negativo.

No solo el comisario no había averiguado nada nuevo, sino que no sabía dónde buscar los datos. French luchaba siempre con las mismas dificultades.

Y, por lo tanto, no carecía de problemas que resolver. El procedimiento había sido robado y en tal caso, el asunto de la canoa estaba relacionado con el robo. Era preciso, de la misma manera, resolver si el asesinato de Clay tenía relación con el primer asunto o con los dos. Por lo que hacia referencia a la explosión, tres enigmas quedaban por resolver: dónde y cómo fue colocado el explosivo en la canoa; cómo se pudo provocar la explosión en el momento oportuno y cuál era el nombre del culpable.

French concentró su pensamiento sobre la cuestión de saber si los dos crímenes estaban relacionados entre sí, y, en tal caso, si ambos lo estaban con el robo del procedimiento o con algún otro incidente ocurrido en Chayle y del cual no tenía conocimiento.

Aquella noche no pudo dormir; quería a toda costa alcanzar la solución del problema que le obsesionaba. ¿Debía suponer que los crímenes no tenían nada que ver con el procedimiento y dirigir sus pesquisas hacia Chayle? ¿Debía ir allá a la mañana siguiente y comenzar una investigación sobre las vidas de Haviland, Mairs y Samson con la esperanza de descubrir algún hecho nuevo que aclarase la situación? Y si no encontraba nada. ¿cómo actuaría?

Después se produjo un cambio en sus pensamientos. Había en Chayle un secreto de gran valor y le parecía increíble que los dos crímenes no tuviesen ninguna relación con él.

Una vez más, su imaginación se detuvo en sus primeras conclusiones. Nada probaba que los crímenes tuviesen relación alguna con el procedimiento. Y nada probaba que éste hubiera sido robado, ni que la caja fuerte que encerraba la fórmula hubiese sido abierta. El día siguiente a la desaparición de Clay, este documento estaba en su lugar habitual y ninguno de los demás papeles parecía haber sido desordenado. Y sobre todo, ninguna otra fábrica de cemento rebajó sus precios. No, no creía que el procedimiento fuese la solución real del enigma.

Durante varias horas, French dio vueltas y más vueltas en la cama, atormentado y exasperado, torturándose el cerebro para encontrar una solución,



sin dar con ninguna. Y volvió su atención hacia otro punto: ¿Cómo fué provocada la explosión? Pero también allí se encontraba completamente derrotado.

De repente, cuando estaba a punto de dormirse, una idea nueva cruzó por su cerebro. Por un instante, no comprendió su significado; después, poco a poco, una gran emoción se apoderó de él.

¡Había olvidado algo! ¡Algo verdaderamente esencial! Pero ya había descubierto de qué forma se produjo la explosión. Sí, estaba seguro de no equivocarse. La parte más difícil del problema quedaba resuelta. Lleno de alegría, apagó la luz y, por fin, se durmió...

Horas más tarde, cuando bajaba al comedor, sentíase loco de alegría. Con frecuencia le había sucedido que las conclusiones a que llegaba durante sus horas de insomnio no resistieron un examen serio. Por esta vez, su nueva idea resistió a esta prueba. Mientras se vestía, repasó todas sus conclusiones y adquirió la certidumbre de haber alcanzado la verdad. Su nueva hipótesis era sencilla y evidente, y se preguntaba por qué no se le había ocurrido antes. Se había dejado alucinar por ideas preconcebidas e inconscientemente su juicio fué falseado por estos cálculos de probabilidades. Eso le enseñaría a no edificar más que sobre hechos y a no utilizar las probabilidades como punto de partida.

Mientras tomaba el desayuno, repaso todos los argumentos.

Primero, la naturaleza de la explosión probaba que fué premeditada; en otros términos, había sido provocada con un fin. Pero, ¿qué fin era éste?

Había inmediatamente pensado que era la desaparición de Haviland, Mairs y Samson. Y esto era lo que le había llevado a establecer una relación entre este asunto y el procedimiento, suponiendo que Joymount había robado la fórmula, que Chayle se había dado cuenta de ello y que Joymount quiso desembarazarse de testigos molestos.

Pero ¿no podía ser falsa esta hipótesis? ¿Cómo iba a saber que el objeto del atentado era hacer desaparecer a Haviland, Mairs y Samson?

No lo sabía; lo adivinaba. Y al comprender que esta suposición era puramente infundada, era cuando se puso sobre el buen camino.

Habiendo descartado esta hipótesis, había podido contestar a la segunda serie de preguntas relativas a la manera de cómo fue colocado y regulado el explosivo.

—Supongamos —se dijo— que el crimen, en lugar de ser un fracaso parcial, hubiese sido un éxito completo. Supongamos, en una palabra, que Samson hubiese perecido con los otros.

French comprendió inmediatamente que esta idea resolvía todas las dificultades. Samson era el único que pudo preparar el asunto.

El químico tenía fácil acceso a la canoa. Esta era suya y podía acercarse a ella siempre que quisiese. Pudo ocultar fácilmente en la popa una bomba provista de una cuerda que se prolongase hasta la proa y provocar, en un momento dado, la explosión, tirando de esta cuerda.

Por varias razones, French estaba convencido de que las cosas habían sucedido de esta forma.

Por lo que pudo juzgar, no podía explicarse de otra forma lo sucedido. Esto, por sí mismo, constituía una prueba, pero había otras en apoyo de su teoría.

Si Samson no era culpable, resultaba una extraña coincidencia que el arpeo se hubiese soltado, que Samson hubiese ido a sujetarle en el momento exacto en que se produjo la explosión y que, además, la canoa se hallase en aquel instante cercana a otro navío.

French se imaginaba lo sucedido. Antes de salir de Chayle, Samson colocó la bomba y fijó la cuerda, arreglándose para que el dispositivo quedase oculto. En el momento en que juzgó oportuno, habló del arpeo suelto, se dirigió hacia la proa, se agachó de manera que le protegiese el motor, y tiró de la cuerda. La bomba hizo explosión, abrió un boquete en el fondo de la embarcación y ésta desapareció en las olas. Samson habría tenido la precaución de proveerse de un salvavidas, al cual se agarró hasta que acudieron en su socorro. Evidentemente, corrió el riesgo de ahogarse, pero por esta razón se aseguraba una magnífica coartada.

French encontraba esta teoría satisfactoria. Sin embargo, faltaba el móvil. ¿Tenía Samson razones para desear la muerte de sus compañeros?

Sobre este punto, French no sabía nada, pero recordaba haber observado un detalle curioso en la actitud del joven, como si alimentase un hondo rencor contra Haviland. Decidió proseguir inmediatamente las indagaciones en este sentido.

Entre los detalles que le había dado Hanbury, se encontraban los nombres de los abogados de Haviland y Mairs. French resolvió visitarlos.

Los dos vivían en Cowes, y Carter les telefoneó para solicitarles una entrevista para aquella mañana. French y él tomaron el próximo barco y se presentaron en casa de los señores Dacre y Johns, solicitando ver a míster Dacre.

—Voy a confiarle algo que le ruego guarde en secreto, señor Dacre —dijo el inspector en tono confidencial—. Sospechamos que lo ocurrido la otra noche no fué un accidente, sino un crimen.

Míster Dacre lanzó una exclamación. French continuó:

—Como representante del señor Haviland, debe estar usted tan deseoso

como yo de entregar al criminal a la justicia. Con este objeto, quisiera hacerle algunas preguntas. Espero que no vacilará en prestarnos el apoyo que, desde luego, tiene usted derecho a rehusarnos.

Dacre estaba sinceramente turbado. Había sido amigo personal de Haviland a la vez que su abogado, y no dudó que la explosión fuera otra cosa que un accidente.

—Tendré una gran satisfacción en poder ayudarle —dijo, después de haber expresado sus sentimientos—. Pero usted sabe, inspector, que en semejantes casos es de sabios el callar. Sin embargo, explíqueme lo que desea y haré lo posible por serle útil.

French pidió un resumen de la situación financiera de Haviland. Deseaba conocer su testamento, si tenía enemigos y en caso afirmativo por qué. En suma, quería obtener todas las informaciones que le permitiesen descubrir algún posible móvil para el crimen.

Míster Dacre pareció darse cuenta de la situación, mas, a pesar de ello, se mostró muy reservado. Declaró que no podía enseñar el testamento, pero que estaba dispuesto a responder a las preguntas del detective.

Cuando el interrogatorio hubo terminado, French se dio cuenta de que no había averiguado gran cosa. Según Dacre, Haviland poseía una fortuna que le permitía llevar una existencia confortable. Estaba casado y todos sus bienes — con excepción de algunos legados sin importancia— pasaban a su familia. Como su único hijo estudiaba Medicina, no había nadie que le reemplazase en la fábrica. En cuanto a sus enemigos, Dacre no le conocía ninguno.

Míster Lewisham, el abogado de Mairs —a quien French y su lugarteniente fueron a ver en seguida—, no se mostró tan lacónico. No opuso ninguna dificultad para contestar a las preguntas del inspector. Mairs era soltero y no tenía ningún pariente cercano. Había dividido sus bienes en tres partes iguales que legaba, respectivamente, a Haviland, a Samson y a un primo lejano, capitán de la marina mercante. Lewisham estaba convencido de que no tenía enemigos y que su muerte había sido misteriosa.

De todo esto, French dedujo que a consecuencia de la muerte de sus socios, no sólo heredaría Samson una pequeña fortuna, sino que, además, se convertiría en el director de la fábrica. Para lograr este fin, valía la pena correr algún riesgo.

El detective resolvió ir a ver a los señores Dagge y Trimble, abogados de la fábrica de Chayle. Carter y él fueron recibidos por míster Trimble.

Éste no quería comprometerse. Declaró que ahora era el abogado de Samson y que esperaba las instrucciones de su cliente antes de contestar a las preguntas de la policía.

—Pues bien; sin saberlo, acaba de contestar a mi pregunta principal. Quería saber a quién debía dirigirme para todo lo concerniente a Chayle. ¿Hay otros socios además del señor Samson?

Trimble reflexionó un instante y pensó, sin duda, que podía responder sin peligro.

—Diríjase usted al señor Samson. Por el momento, él representa a la fábrica.

Por fin aparecía un móvil. Pero aun así, French no estaba satisfecho. En principio, era apenas bastante y, además, no explicaba el mal humor de Samson «Vamos allá», pensó.

Seguido de Carter, se hizo conducir a la fábrica.

Samson les recibió inmediatamente y French no perdió tiempo en preámbulos.

Con una gravedad impresionante, hizo jurar silencio a Samson. Después le dijo que sus sospechas se habían confirmado y que la explosión de la canoa había sido provocada con objeto de hacer desaparecer a sus tres ocupantes. Las pesquisas, sin embargo, habían resultado difíciles debido a que Haviland y Mairs parecían haber sido dos hombres francos, generosos y queridos de todos. Samson le escuchó sin entusiasmo y mientras French continuaba cantando las alabanzas de los dos socios, no pudo reprimir sus sentimientos y cayó en la trampa.

—Exagera usted —dijo al fin—. Eran seres normales, como usted y como yo, y como muchos miles más.

Viendo que el momento no había llegado aun, French repitió su panegírico. Esta vez, Samson reaccionó mejor de lo que el otro había podido esperar.

—¿Qué está usted diciendo, inspector? —protestó—. Eran tan capaces de cometer villanías como otro cualquiera. Se lo puedo asegurar.

French aprovechó la ocasión. ¿Qué quería decir Samson? Para hablar así debía de tener conocimiento de algo.

Samson receló en seguida y quiso retractarse. Pero French, con habilidad, puso al ingeniero frente a este dilema: o contestar, o aceptar la responsabilidad de ocultar hechos de interés vital. Y se decidió a hablar.

Samson alimentaba un rencor profundo y amargo con respecto a los dos difuntos y más especialmente contra Haviland. Estimaba que le había tratado injustamente. Durante más de cuatro años trabajó día y noche en el procedimiento, consagrándole todos sus ratos libres, sin que jamás se hubiese resentido el trabajo de la fábrica. Una vez a punto su invento, lo comunicó a sus socios, quienes le pidieron todos los detalles bajo pretexto de estudiar la

maquinaria que haría falta instalar para la explotación del nuevo método. Haviland había declarado entonces, sin vergüenza, que el invento no pertenecía a Samson sino a la casa; sus experimentos habíanse llevado a cabo en la fábrica y con su material. El ingeniero comprendió que estaba en las manos de los socios no teniendo dinero para utilizar su descubrimiento por propia cuenta. Si se hubiese dirigido a otra empresa, Haviland habría podido perseguirle por haber vendido algo que pertenecía a Chayle.

Finalmente, Haviland se portó mejor. Cuando el procedimiento pudo ser explotado, Samson fué asociado al negocio, siendo considerada la fórmula como su parte del capital. Pero él se había dado cuenta de que sus jefes sólo le hicieron tal concesión para conservarle en Chayle y su rencor permaneció vivo.

French había encontrado al fin un móvil suficiente. Por un lado, el odio del ingeniero a los dos muertos; por otro, un beneficio económico, así como un aumento de libertad y de prestigio una vez desaparecidos los dos socios.

Para colmo, además del móvil, tenía la ocasión. Samson pudo hacerse con el explosivo y el detonador en la cantera de Chayle, instalar el dispositivo en la canoa y hacerles saltar en un momento determinado, tomando las precauciones necesarias para su propia seguridad.

Respecto de las pruebas —siempre necesarias en semejantes casos—, French no pisaba un terreno tan firme. Como prueba negativa, existía el hecho de que no veía ninguna otra manera según la cual hubiese podido cometerse el crimen. Pero las pruebas negativas no eran nunca satisfactorias, y los jurados se contentaban raramente con ellas.

Otra consideración se le ocurrió, la cual, sin ser una prueba positiva, se acomodaba bien a la teoría de la culpabilidad de Samson. ¿No había podido éste arreglarse para que la explosión tuviese lugar justamente después de la visita a Joymount, con la esperanza de hacer recaer sobre ellos todas las sospechas que pudiesen nacer a consecuencia de la misma? Sabía que la policía sería puesta al corriente de las negociaciones y que conocía ya la existencia del procedimiento. ¿No pudo también prever que French sospecharía inmediatamente que la fábrica rival había querido desembarazarse de sus enemigos?

Transcurrieron algunos días, de esos días odiosos y turbadores que los detectives conocen bien y en los cuales cualquier progreso parece imposible. French estaba convencido de que existían hechos que, de poder descubrirlos, le proporcionarían los eslabones que le faltaban. Pero no encontró absolutamente nada. Descorazonado, se volvió irascible, y Carter tuvo en él un compañero difícil.

Sin embargo, no podía decirse que permaneciesen inactivos durante

aquellas interminables jornadas. Por el contrario, trabajaban sin descanso desde la mañana a la noche. Pero siempre para seguir pistas o hacer indagaciones que no conducían a nada. French vio acumularse un inmenso montón de hechos, pero de hechos negativos y que demostraban que tal o cual punto no coincidía con sus teorías, pero no que éstas fuesen buenas o malas.

Durante este tiempo, fué igualmente atormentado por sus semejantes. En este caso —como en todos— numerosas personas creían poder ayudarle a resolver el problema, enviándole cartas o visitándole para comunicarle informes secretos que, según decían, le llevarían recto a la solución. Y lo peor era que French tenía el deber de tomar en consideración tales avisos, que le obligaban a emprender diversas investigaciones y que le conducían siempre a callejones sin salida.

Por espacio de una semana las cosas siguieron así; pero French tuvo al fin una idea que, según esperaba, le haría salir de aquel laberinto y ponerle en el buen camino.

Aquella noche había hecho encender fuego en su habitación y se retiró a ella después de la cena, con intención de repasar una vez más el asunto desde el principio, con la débil esperanza de descubrir algún hecho que hasta entonces hubiese escapado a su atención.

Recorrió sus anotaciones con un cuidado extremo, y ya se iba a abandonar al desaliento cuando se detuvo por centésima vez en su teoría relativa a los sucesos acaecidos en la canoa, antes del accidente. Él imaginaba una cuerda tendida de popa a proa, y de la que bastaba tirar para provocar la explosión. Y, de repente, le asaltó la idea de que hubiese sido más sencillo establecer un circuito eléctrico destinado a actuar sobre el detonador por medio de una chispa.

A pesar de que a primera vista parecía un hecho insignificante, tenía una importancia capital. Él mismo tuvo que reconocer más tarde que le había señalado el punto de partida de una serie de investigaciones que le llevaron a dar con la solución.

Se le ocurrió pensar en un circuito eléctrico a causa de las dificultades que había que salvar en la instalación de la cuerda. Evidentemente, no era imposible preparar un dispositivo que se pudiese en marcha de la siguiente forma: la cuerda podía, por ejemplo, accionar el gatillo de un revólver o bien soltar un peso o un resorte que hiciera estallar el detonador. Pero estas soluciones presentaban inconvenientes más o menos serios difíciles de prever.

En primer lugar, había que hacer fabricar el aparato, y esto podía provocar preguntas de difícil respuesta. Después, el dispositivo ocuparía sitio —pequeño en el caso del revólver— y como tenía que permanecer oculto, la cuestión de

las dimensiones adquiriría una gran importancia. El aparato, en fin, no podía ser sometido a ninguna prueba, lo que constituía un defecto. En realidad, French estaba convencido de que la cuerda no se había empleado y que fué necesario un método mejor.

El circuito eléctrico presentaba algunas ventajas. No era necesario preparar nada, ya que los detonantes, provistos de los hilos necesarios, podían obtenerse en el almacén de explosivos de Chayle. Además, la cuestión del espacio era de poca importancia. La batería empleada podía colocarse en cualquier punto de la canoa. Por otra parte, esta solución no dejaba nada al azar, pudiendo haber hecho por anticipado las pruebas sobre la descarga eléctrica.

French siguió esta idea. Suponiendo que se hubiese servido de tal aparato. ¿cómo lo habría dispuesto?

El cartucho del explosivo, provisto del detonador, habría sido colocado en la popa, como lo probaban la declaración del capitán del *Benbolt* y las heridas de Mairs. El conmutador, probablemente, estaría delante, para que Samson pudiese accionarle. En este caso, había sido preciso que los hilos recorriesen los dos extremos de la canoa. La batería, sin duda, estaba oculta en la proa o en otro sitio donde las víctimas no pudiesen descubrirla.

French recordaba la descripción que Samson le había hecho de la canoa. Era una embarcación de cuatro metros y medio de largo, completamente descubierta, excepto en la parte delantera, en la que el ingeniero tendió una cubierta de algo más de medio metro, como abrigo en caso de mal tiempo. La canoa fué construida por él mismo, quien después le instaló un motor que colocó en el centro de la misma, poniendo encima una cubierta fija. El árbol de la hélice estaba en el fondo de la canoa; le recubrían unas planchas movibles. El depósito de esencia estaba a proa.

French trató de representarse cómo habían sido dispuestos los hilos eléctricos y, haciendo esto, se le ocurrió una idea. Los hilos debieron de fijarse con clavos por temor a que fuesen desplazados por el movimiento de la canoa y vistos por Haviland o Mairs. Tal vez fueron colocados bajo las planchas que cubrían la hélice o debajo de los asientos posteriores.

Y si habían sido sujetos, debían encontrarse todavía en su sitio. French se preguntó entonces si no podría examinar la canoa. Si hallaba los hilos y el conmutador, poseería una prueba de la culpabilidad de Samson.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, French expuso sus conclusiones a Carter. Después telefoneó a Hanbury pidiéndole que le procurase una entrevista con su superior, el jefe de policía del condado.

## CAPÍTULO XX

### French ayudado por el mar

**F**rench habíase entrevistado con el comandante Considine algunas veces con motivo de este asunto, y le habían impresionado su inteligencia y su golpe de vista certero.

Por feliz coincidencia, supo que el comandante Considine era esperado aquella mañana en el puesto de policía de Cowes. A las once, Hanbury y él estaban sentados ante una mesa, en el despacho del primero. French y Carter se hallaban frente a ellos.

—Bien, inspector —comenzó diciendo el jefe de policía—; me ha alegrado el saber que quería verme. Empezamos a movernos, ¿verdad?

French se encogió de hombros.

—Me temo que no sea la clase de acción que usted espera. Me encuentro en la imposibilidad de proporcionarle un arresto.

—No obstante, usted ha progresado.

—Sí —pero ya le hablaré de todo eso más tarde. Necesito mucho dinero.

El jefe de policía movió la cabeza.

—Mala noticia. Pero en este mundo, todos los placeres se pagan. Le escucho, poniéndome en lo peor.

—Se trata de una teoría que se me ha ocurrido, que deseo que usted conozca antes de ir más lejos. Me he preguntado muchas veces cómo pudo producirse la explosión en el momento oportuno...

Y French explicó sus sospechas de que Samson hubiese instalado un circuito eléctrico en la canoa, añadiendo que creía que el conmutador y los hilos habían quedado en su sitio y que si llegara a encontrarlos, se tendría la prueba de la culpabilidad del ingeniero.

Considine y Hanbury estaban visiblemente impresionados.

—¿Y qué propone usted? —preguntó el primero.

—Lo que yo desearía es sacar a flote los restos de la canoa. Sin embargo, como supongo que esto sea imposible, iba a pedirle un buzo.

Considine hizo un gesto ambiguo.

—Eso costará un precio exagerado. ¿En cuánto calcula usted los gastos, Hanbury?

—No serán tan elevados como usted cree —respondió el comisario—. He sabido que la sociedad de salvamentos «Eureka», de Southampton, tiene poco trabajo actualmente. Creo que nos cargaría un precio razonable. ¿Quiere que les



telefonee?

—Sería lo mejor.

Después de haber telefoneado, Hanbury se dirigió a sus compañeros.

—El director no puede fijarnos la cantidad porque no sabe cuánto durará la operación. Dice que puede pasar mucho tiempo antes de hallar los restos. Pero como la sociedad no tiene trabajo, nos cargará el precio mínimo.

—No podemos ir a ciegas; que nos diga una cantidad por día.

Una nueva llamada le informó sobre este punto, y el comandante declaró que las posibilidades de la policía podían soportar el precio fijado por el director. Decidió, pues, comenzar el trabajo.

—¿Cuándo podríamos comenzar? —preguntó.

—Mañana por la mañana, si les enviamos la orden inmediatamente.

—Muy bien. Tome nota de todas las instrucciones. Las firmaré y puede llevarlas inmediatamente al correo.

Después de una última llamada telefónica, decidióse que el barco de la sociedad saldría de Southampton a las seis de la mañana, del día siguiente. Para ganar tiempo, el director propuso enviar un empleado a Cowes para ver de localizar el sitio del accidente. Este individuo tomaría el barco de las siete veinte y el director rogó que fuese alguien a esperarle.

—Me parece que iré allá con usted —declaró el comandante Considine—. Veamos... Tengo una reunión en Ryde mañana a las once. De allí iré a Cowes, y si está usted allí todavía, iré a encontrarle a bordo.

El inspector afirmó que les encantaría que el comandante les acompañara y la entrevista finalizó.

—Ahora, Carter —dijo French, mientras abandonaban el puesto—, ocupémonos de una cuestión que le interesa siempre. ¿Qué diría de un buen almuerzo?

El sargento declaró que el jefe tenía ideas geniales y se dirigieron a un restaurante.

A la llegada del *Medina*, conocieron a míster Tim O'Brien, hombre corpulento, de ojos vivos y acento irlandés.

—Es usted el inspector jefe, ¿no es eso? —preguntó a French, que parecía considerarle ya como un viejo amigo.

Pasaron por el puesto de policía para recoger a Hanbury.

—Míster O'Brien, aquí presente. —explicó French—, ha venido a ayudarnos a delimitar el espacio sobre el que hemos de emprender nuestras pesquisas. Dice que se necesitará tiempo para localizar la canoa. La sumersión, por el contrario, será cosa rápida.

—¿Cómo lo van a hacer? —preguntó Hanbury.

—Hemos hablado de ello al venir —respondió French—. Parece que existen probabilidades de éxito. Tenemos al caballero que presenció la explosión, Locke, y los otros tres hombres que acudieron con sus canoas, el patrón del *Benbolt* y, finalmente, Samson. El señor O'Brien cree que si pedimos a todos su opinión y obtenemos la media, llegaríamos pronto a la verdad.

Hanbury asintió.

—Vamos a ver al doctor Sadler —dijo.

Y se pusieron en marcha en dirección Oeste.

—El doctor Sadler es el hombre que presenció la explosión —explicó French a O'Brien—. Un viejo doctor en ciencias, ¿no es eso, comisario?

—Sí, un astrónomo, creo. Vive aquí desde hace sólo un año.

—¿Un astrónomo? —dijo O'Brien—. Es justamente lo que necesitamos. Debe tener costumbre de hacer observaciones y se habrá fijado en el lugar en que ocurrió el accidente.

La suposición del irlandés se realizó. El doctor Sadler, aunque ligeramente desconcertado por la importancia de la comisión que venía a interrogarle, comprendió rápidamente lo que se quería de él.

—¡Oh, sí! —dijo—. Puedo indicarles el lugar exacto del accidente. En cuanto a la distancia, solo podré hacerlo de una manera aproximada.

—Perfectamente —interrumpió O'Brien—. Es la posición la que queremos conocer. No hemos pensado nunca que nos dijese la distancia, porque no sabemos cómo podría hacerlo.

Sadler sonrió.

—Calculando sencillamente el tiempo transcurrido entre el fogonazo y la llegada a mis oídos de la explosión —explicó—; naturalmente, eso sería muy aproximado.

—¡A fe mía que es usted maravilloso! Me parece que no había usted pensado en ello, inspector.

—No —admitió French—. Le debemos a usted mucho, doctor Sadler.

—Nada de eso —replicó el hombre de ciencia—. Me gusta observar las luces de los faros cuando la noche es, como aquélla, bastante clara para distinguirlos. Me hallaba, pues, observándolos. Acababa de identificar el de Calshot, cuando la llamarada surgió a unos diez grados al Oeste de Calshot.

O'Brien expresó su entusiasmo.

—No podíamos pedir más —declaró, encantado.

—Eso haría, aproximadamente, un punto, ¿verdad, doctor?

—Aproximadamente, puesto que un punto son once grados.

—Un punto al Oeste de Calshot —repitió el irlandés—. Y, a su juicio, ¿dónde sitúa los restos? ¿Al este de aquel edificio largo y gris que se ve allí

abajo?

—Posiblemente. Si la canoa se hundió rápidamente, no dudo que los encontrarán muy próximos a esa línea.

—En efecto; pero si no se hundió rápidamente, ¿sabe Dios dónde han ido a parar!

—Debió de desaparecer bastante rápidamente —observó French—. Sobre todo, teniendo en cuenta el sitio donde Samson fue recogido.

—Tiene usted razón, inspector.

O'Brien miraba con los gemelos en la dirección indicada.

—Es un fastidio. No puedo encontrar otro punto de referencia... y son necesarios dos al navegante para determinar la posición exacta de su navío. En este caso, alguno tendrá que quedar en tierra para señalar a babor o a estribor al barco. Me temo que ese papel me corresponde a mí.

—Si quiere hacer señales puede utilizar mi jardín —dijo el doctor Sadler—. Estará en él con toda tranquilidad.

O'Brien le dio las gracias. Le vendría perfectamente. Si el tiempo estaba claro, acudiría al día siguiente hacia las siete de la mañana.

—Y ahora, doctor —continuó—, hablaba usted de la distancia en que surgió el fogonazo. ¿Quiere darnos su opinión?

—Calculo que el tiempo transcurrido entre la aparición de la llama y la llegada del ruido de la explosión a mis oídos sería de cuatro a cinco segundos —respondió Sadler—. En cuyo caso, trescientos treinta metros por segundo hacen, aproximadamente, kilómetro y medio de la casa, o casi un kilómetro de la orilla.

—Eso concuerda bastante bien con las declaraciones del capitán Jones, del *Benbolt*, y también con las de Samson —observó French—. Ambos han dicho que se encontraban a un kilómetro poco más o menos de la costa.

—Bueno —dijo O'Brien—. No lograremos mayor exactitud.

—Veamos, a pesar de todo, a Locke —sugirió Hanbury—. Le hallaremos fácilmente.

—Sí —aprobo French.

Habiendo dado las gracias al doctor Sadler por sus informes, regresaron al pueblo y se pusieron a buscar a Locke. Lograron dar con él, en su club. Confirmó en seguida las declaraciones del sabio.

—Un kilómetro y medio —afirmó— sería la distancia máxima. Diciendo un kilómetro estaríamos más próximos a la realidad.

Una vez en la calle, French llevó aparte a Hanbury.

—Hay algo que conviene no olvidar —dijo—; supongamos que Samson es culpable, que está al corriente de nuestras operaciones y que el conmutador y

los hilos están allá. Al vernos trabajar, comprenderá inmediatamente que está perdido. ¿Se da usted cuenta?

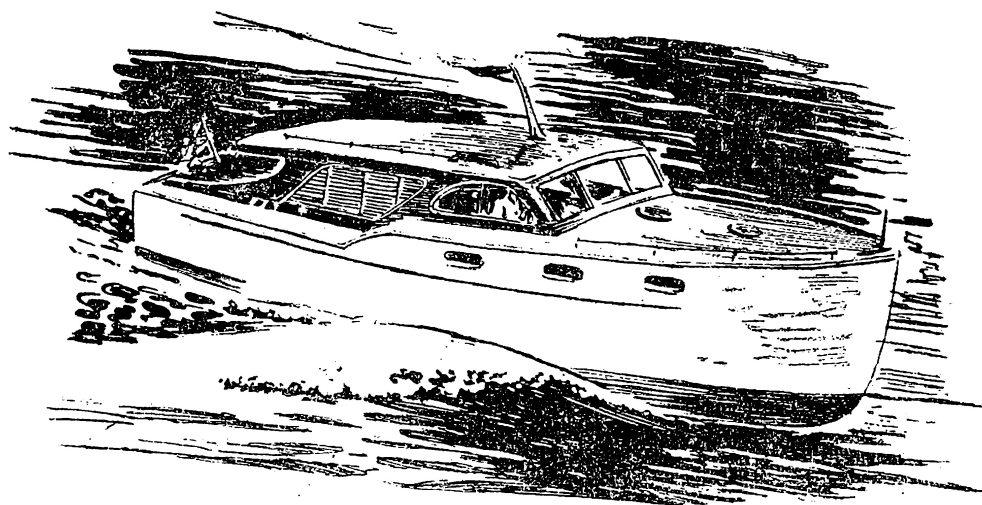
Hanbury inclinó la cabeza.

—Eso es cierto, inspector ¿Cree que podría largarse?

—Creo que haríamos bien no perdiéndole de vista hasta que este asunto haya acabado.

—Comprendido —declaró Hanbury, y los dos hombres se separaron.

No era aun de día, cuando, a la mañana siguiente, el Eureka, vapor de nombre optimista, zarpó de Southampton, con dos pasajeros: el inspector French y el sargento Carter.



A las dos, una canoa automóvil abandonó el puerto...

El capitán Soutar era tan taciturno como locuaz era O'Brien. Instaló a sus pasajeros en el puente, explicándoles que la mañana era hermosa, que el puente era el único sitio de aquel maldito barco en el cual podía uno moverse y que dentro de una hora llegarían al lugar de las operaciones. Después se encerró en un silencio huraño. Navegaron en tinieblas, y cuando llegaban casi al término de su viaje el cielo comenzó a clarear por oriente, y la línea de la costa emergía poco a poco de la obscuridad.

La tripulación no perdió tiempo. Los aparatos fueron transportados sobre cubierta y comprobados. El buzo, un hércules llamado Kendrick, atornillaba y destornillaba la válvula de su escafandra, pareciendo descontento de como funcionaba. French se acercó a hablarle, aprovechando la ocasión para explicarle lo que se esperaba de él.

—Y, a propósito, todo esto es confidencial —continuó—. Guarde para sí también todo lo que vea.

El gigante inclinó la cabeza.

—Comprendo —dijo—. Por otra parte, tenga en cuenta que va a llevarse más de una decepción. Los garfios pueden pasar muy cerca de la canoa y no cogerla. Además, en estas aguas encontraremos seguramente docenas de restos

de embarcaciones, antes de dar con la que nos interesa.

—No es usted muy alentador—sonrió French.

—También puede suceder que la encontremos rápidamente. Basta con un poco de suerte. Y una vez que le hayamos puesto la mano encima, lo demás no se hará esperar.

French observaba con interés las operaciones. Primeramente, el barco fue llevado a doscientos metros de la costa, y la proa vuelta hacia Calshot. Estaba todavía un poco oscuro para divisar a O'Brien y las banderas que agitaría inmediatamente, mas por el momento el irlandés debía hacer las señales por medio de luces verdes y rojas. Objetos extraños destinados a medir la profundidad fueron echados al mar y el barco se puso lentamente en camino, modificando su dirección según el color del farol de O'Brien. Durante un poco más de ochocientos metros siguieron así; después, virando de bordo, volvieron al punto de partida.

Varias veces renovaron estas maniobras lentas, penosas y monótonas. O'Brien había sustituido sus luces por banderas.

El tiempo pasaba, y French comenzaba a impacientarse cuando un grito fué lanzado por los hombres que manejaban las dragas.

Al parecer habían encontrado un obstáculo. Los motores se detuvieron y fueron arrojadas anclas en tres direcciones. A pesar de haberse realizado con habilidad, estas operaciones llevaron cierto tiempo.

Apenas había declarado el capitán Soutar que el navío estaba en posición conveniente, Kendrick estuvo dispuesto para sumergirse. Al oír hablar de un obstáculo empezó a vestirse su equipo. French se interesó vivamente por sus preparativos. El gigante se puso varios jerseys y pares de calcetines, así como una boina, enfundándose después el pesado traje de tela cauchutada. French observó, con sorpresa, que las mangas terminaban en los puños y que las manos permanecían desnudas. Unas cintas de goma apretaban fuertemente los puños y Kendrick se aseguraba de que estaban cerrados.

Hizo entonces una señal a su ayudante, que sostenía la pesada escafandra de cobre y que se la atornilló fuertemente. Otros dos hombres trabajaban ahora en la bomba que enviaría el aire al buzo. Largas botas de suelas pesadas y enormes le fueron rápidamente puestas y Kendrick estuvo pronto a sumergirse.

A pesar de su corpulencia y vigor, apenas podía moverse bajo el peso de su equipo. Sin embargo, según le había explicado a French, cuando estuviese bajo el agua la elasticidad del aire contenido en su traje le aligeraría considerablemente. Le condujeron hasta una escala fija al costado del barco, y comenzó a descender. Las grandes botas desaparecieron bajo el agua, después su cuerpo y la potente lámpara eléctrica que llevaba y, finalmente, su casco

redondo y bruñido, cuya lumbrera semejaba el ojo de un cíclope de bronce. Un instante después no se veía más que el tubo de aire, semejante a una serpiente, la cuerda que el buzo tenía en sus manos y algunas burbujas de aire que alteraban la superficie.

Fué preciso mucho tiempo para descender. Se explicó a French que no se podía ir de prisa debido a que el aumento repentino de la presión podía ser peligroso.

El casco de la escafandra estaba provisto de un aparato telefónico y uno de los hombres estaba en comunicación con el buzo.

—Dice que hemos enganchado un pequeño vapor —explicó—. No hay trazas de canoa. Vuelve a subir.

—No se podía esperar encontrarla al primer intento —dijo el capitán a los detectives—. una lástima que haya tanta profundidad; si no, un aeroplano habría podido señalarla. Es mejor que vayan ustedes al comedor a tomar alguna cosa. Me reuniré con ustedes cuando nos volvamos a poner en marcha.

En cuanto Kendrick fue izado a bordo se levaron anclas y se reanudó el dragado. French y Carter hicieron honor a la sencilla, pero excelente comida que les sirvieron, y, encendiendo sus pipas, regresaron a cubierta, desde donde vigilaron las operaciones. El tiempo pasaba con lentitud. El inspector comprendió que no le habían mentado al decirle lo difícil que sería dar con los restos.

A las dos, una canoa automóvil abandonó el puerto dirigiéndose hacia ellos. Traía al comandante Considine, que subió a bordo, interesándose vivamente por las maniobras. Movi6 la cabeza; al escuchar los pron6sticos sombríos del capitán Soutar, pero antes de que pudiese expresar su opini6n, un grito parti6 de la popa; acababan de enganchar otros restos. Las operaciones anteriores se repitieron, las anclas fueron arrojadas, Kendrick se embuti6 en su traje y se sumergi6. La espera fu6 larga. Y de nuevo fueron desilusionados. Eran unos restos, pero esta vez de un barco de vela, un viejo brick. El comandante Considine se cans6 pronto y se march6 en su canoa, dejando a los dem6s al cuidado de proseguir la tarea.

Pronto comenz6 a declinar el día y O'Brien tuvo de nuevo que recurrir a sus luces verde y roja. Y en el momento mismo en que las pesquisas iban a ser abandonadas, las dragas tropezaron con un nuevo obst6culo.

—Kendrick echará una mirada —decidi6 Soutar, con gran contento de French—. Si es lo que buscamos, volveremos esta noche.

Los lentos preparativos se repitieron una vez m6s y Kendrick se sumergi6. Llevaba con 6l la potente lámpara eléctrica, que lucía misteriosamente en el agua, desapareciendo poco a poco.

La espera fué más corta que las otras veces y en seguida el teléfono sonó.

—Esta vez la encontró —informó el ayudante—. Hay un gran agujero en la popa de la canoa.

—¡Bravo! —gritó French, entusiasmado—. ¡Es magnífico!

—Habríamos podido estarla buscando durante quince días —observó el capitán—. Es tan pequeña...

Después se dirigió al ayudante:

—¿Va a examinarla inmediatamente?

Kendrick había puesto ya manos a la obra.

—Muy bien —gruñó Soutar—. Regresaremos después. —Y añadió—: Dígale que hable con el inspector jefe antes de subir.

Transcurrieron con lentitud veinte minutos, y, al fin, hubo una llamada de abajo.

—Quiere que se le envíe una llave inglesa —explicó el hombre del teléfono.

—Una llave inglesa para Kendrick —ordenó Soutar.

Un hombre marchó apresuradamente, regresando con la herramienta, que fué atada fuertemente con una cuerda y arrojada al mar.

—Ya la tiene —anunció el ayudante un momento después.

Tras una espera considerable el teléfono sonó de nuevo.

—Dice que tiene necesidad de hablar con el inspector jefe. Que se explicará mejor cuando esté fuera.

Soutar asintió, y en poco rato el buzo fué izado a bordo.

—Es, efectivamente, la canoa —dijo cuando le hubieron quitado la escafandra—. Tiene un gran agujero en la popa. Cuando me haya quitado este endiablado traje, estaré más a gusto para hablar.

—Cuando esté dispuesto, vaya a mi camarote —dijo Soutar, volviendo de la cubierta en compañía de French—. Ahora puede disponer usted de esta habitación para discutir. Yo tengo que hacer allí arriba.

French le dio las gracias y se sentó cerca de Carter. Bien pronto apareció el buzo y se sentó frente a ellos. French le alargó su llena pitillera.

—¡Bien!—comenzó Kendrick—; hay algo, pero no lo que usted creía —el hombre esbozó una leve sonrisa—. Se ha equivocado usted mucho.

—Siga —pidió el inspector.

—Encontré en seguida la embarcación. Di la vuelta por delante de ella para convencerme de su nombre. Era, en efecto, la canoa que buscábamos.

—Hemos tenido suerte —comentó French.

—Sí; hubiésemos podido tardar varias semanas en dar con ella, y en cambio la hemos hallado el primer día. Sí, ha sido una suerte... aunque no para

nosotros. De no encontrarla tan pronto hubiésemos podido ganar mucho más dinero.

—De todas maneras lo ganarán.

—No tanto como habríamos deseado. En fin, me he fijado en la popa, donde, según usted, se había producido el accidente. No se había equivocado. Hay un agujero de un metro cuadrado y el árbol de la hélice está doblado, lo que prueba que la explosión debió de estar bien preparada.

—¿Puede decir dónde tuvo lugar?

—Sí, es muy sencillo. La plancha del fondo saltó hacia abajo, y la falsa plancha que cubría el árbol de la hélice saltó hacia arriba, de forma que la carga explosiva tuvo que ser colocada entre las dos.

—Es lo que pensábamos. Colocada de esa forma no debía verse.

—No, a menos que alguien hubiese levantado la plancha móvil.

—Lo cual no era probable a aquellas horas.

Kendrick asintió.

—Así lo creo —repuso—. Después pasé a la parte de popa para buscar el conmutador o el botón, cuya existencia usted sospechaba. No encontré nada.

—¿No había nada?

—No.

—¿Hilos eléctricos?

—Ninguno.

—¿Cree que el conmutador y los hilos pudieron ser arrastrados por las olas?

—No, de ninguna manera.

—¿Cómo puede asegurarlo tan firmemente?

—Pues porque he encontrado la causa real.

—¡Por Dios, continúe! ¿Qué ha encontrado?

Por toda respuesta, Kendrick sacó de su bolsillo un objeto pequeño y lo dejó sobre la mesa.

French abrió desmesuradamente los ojos. Era un objeto bastante extraño. Se trataba de un trozo de hierro de unos ocho centímetros de largo y uno de cuyos extremos tenía la forma de una placa estrecha con un agujero en el centro. El otro extremo era un eje de un centímetro de diámetro al cual iba fijo un brazo de ocho centímetros de largo. Este brazo formaba un ángulo recto con el eje, alrededor del cual podía girar. No obstante, un resorte de latón tendía a impedir esta rotación, y empujar la palanca en una dirección determinada. El aparato semejaba a una puerta giratoria cuyo poste central corresponde al eje, y una de las hojas rotatorias al brazo o palanca.

Pero lo que más interesó a French fue lo que sujetaba el brazo. Fijo a su



extremidad se hallaba un cuentakilómetros de bicicleta cuya rueda dentada había sido sustituida por otra rodeada de goma. La rueda mediría una pulgada y cuarto de diámetro, es decir, que sobrepasaba el cuerpo del contador. Del otro extremo de éste salían dos hilos eléctricos aislados, de unos dos pies de largo, cuyos extremos estaban deteriorados.

—¿Qué es esto? —preguntó French—. ¿Dónde lo ha encontrado?

—¡Ah! —replicó Kendrick, que parecía querer sacar el mayor partido posible de su historia—. Ese es el detalle más importante, pues indica por qué ha sido colocado allí. Este aparato estaba colocado sobre el árbol de la hélice. La rueda del contador era mantenida contra el árbol por ese resorte, y cuando el árbol giraba, lo hacía ella también. De forma que el movimiento de la hélice accionaba el aparato. Desde el contador, los hilos se dirigían a un orificio que había en el fondo de la embarcación. ¿Comprende ahora?

Durante un momento French no comprendió; después el horrible plan se le apareció como una revelación.

—Quiere decir que la marcha de la canoa accionaba el contador hasta que...

—Eso es —interrumpió Kendrick, que quería causar su pequeña sensación—. Hay un contacto eléctrico en el marcador, y cuando la aguja señalase determinada cifra, el contacto quedaba establecido. He encontrado este dispositivo cerca del motor y al lado había una batería de baja tensión destinada a producir la chispa que debía inflamar el detonador. El asunto está claro como el día.

French lanzó un débil juramento. ¡Así, su teoría era falsa y Samson inocente! El asesino se había arreglado para que la explosión tuviese lugar en el momento oportuno. ¡Y éste se había establecido, no sobre la base del tiempo que transcurriese, sino sobre la distancia que recorriera la canoa! La visita a Hamble no podía, pues, cambiar nada. ¡Y tenía la explicación! ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

—¿Ha traído la batería? —preguntó.

—Sí, la he dejado junto a la puerta. ¿No quiere nada más? En ese caso, podemos marcharnos.

French pensaba que tenía todo lo que necesitaba.

—Será preciso que preste usted declaración.

—No será la primera vez —replicó Kendrick, mientras se levantaba para ir a reunirse con el capitán, a quien quería anunciar que el asunto había terminado.

—Un momento —llamó de pronto el inspector—. ¿Encontró suelto el arpeo?

—Sí, señor. Tenía intención de hablar de ello.

French pensaba que todo esto era concluyente. Así, el relato de Samson era cierto y el ingeniero inocente de los crímenes. Con un suspiro, French dio a entender que la entrevista había terminado.

## CAPÍTULO XXI

### French ayudado por su materia gris

**M**ientras el barco remontaba las aguas de Southampton para alcanzar el puerto, French continuaba reflexionando sobre este asunto. A primera vista, la prueba de la inocencia de Samson parecía clara y denotaba progresos satisfactorios y de importancia, pero un examen más profundo de la cuestión le demostró que tales progresos estaban lejos de aclararla. En suma, el asunto seguía siendo más misterioso que nunca. Si Samson era inocente, ¿quién era el culpable? Este problema seguía tan insoluble como al principio.

Volvió a la pregunta de siempre: ¿dónde y cuándo había podido ser colocada la bomba en la canoa?

En Joymount no, desde luego: la ocasión no se presentó. Tampoco pudo hacerse durante la parada en Hamble. Todo indicaba que la operación tuvo que verificarse en Chayle, pero eso no explicaba el nombre del culpable.

French preguntóse si alguno de los individuos de Joymount habría podido trasladarse en secreto a Chayle. ¿Pudo acercarse a la canoa un extraño? En tal caso, ¿cómo y dónde pudo hacerlo? ¿Podrían los de Joymount dar cuenta de todos sus actos durante aquel período de tiempo? Decidió proseguir sus pesquisas en esta dirección.

Después se le ocurrió la idea de que se había equivocado al llegar a la conclusión de que el cuentakilómetros eliminaba a Samson. ¿No había podido prever éste que la canoa no se hundiría, o que si ocurría esto podría hacerse venir un buzo? ¿No habría instalado el contador para ponerse fuera de toda sospecha? Tal vez el cuentakilómetros no había servido para hacer estallar la carga. Samson podía haber provocado la explosión con ayuda de un segundo circuito, cuyos hilos habían pasado por encima de la borda, antes de accionar el conmutador. De esta manera habrían desaparecido definitivamente de la canoa. No, Samson estaba lejos de encontrarse fuera del asunto.

Pero la instalación del cuentakilómetros y del explosivo no era necesariamente obra de la gente de Joymount o de Samson. Habría podido hacerlo cualquier otra persona.

French, completamente descorazonado, comprendió que apenas había avanzado desde el principio del asunto. En todo caso, una cosa estaba clara: sería preciso hacer nuevas investigaciones mucho más completas en Chayle.

Evidentemente el cuentakilómetros constituía un nuevo indicio. Si se

podía descubrir dónde había sido adquirido, la información podría tener algún interés. Pero si se compró en algún tenducho del East End de Londres, donde seguramente lo había buscado un criminal tan hábil como el que se trataba de descubrir, sería difícil encontrar el rastro.

Llegado a Southampton, French telefoneó al comandante Considine y a Hanbury, para comunicarles estas noticias. A la mañana siguiente fué a ver a Goodwilly y le rogó que le pusiera en relación con un técnico que examinase el cuentakilómetros y le extendiera un informe. El hombre desmontó el ingenioso aparato y comprobó que el contacto había sido soldado a la rueda de las centenas, de manera que, cuando dicha rueda llegase frente a la cifra 1, indicando cien kilómetros, el contacto debía quedar establecido. No tuvo más que añadir, aparte de que el obrero que había sustituido la rueda dentada por el disco de goma era muy hábil.

Mientras discutía con el técnico, French tuvo una idea nueva. Decidió realizar una prueba con Samson, para observar cómo reaccionaba.

Carter y él tomaron de nuevo el barco y llegaron a Cowes y después a Chayle. Samson estaba en su despacho y les recibió inmediatamente.

El inspector comenzó hablando de algunas generalidades sobre el asunto; después hizo alusión al trabajo en que se había ocupado la víspera. Samson pareció interesado y quiso saber lo que el buzo había encontrado. French le describió las averías sufridas por la canoa, evitando mencionar para nada el contador. Después, en el curso de una conversación sin importancia, deslizó una observación significativa.

—Le interesará saber que estamos sobre la pista del culpable, señor Samson —le dijo en tono confidencial y bajando ligeramente la voz—. No lo repita a nadie, pero creemos haber encontrado el origen del cuentakilómetros.

Discreta, pero intensamente, French observaba al ingeniero. Si Samson había colocado el aparato, French no creía que pudiese dejar de manifestar alguna emoción. Pero sí pareció simplemente sorprendido.

—¿Del cuentakilómetros? —repitió—. ¿Qué quiere decir?

—Hemos encontrado a bordo un cuentakilómetros, cuya procedencia estamos a punto de descubrir. ¿Podría decir algo sobre ella, señor Samson?—

El químico declaró que lo ignoraba todo.

—¿Dónde lo han encontrado ustedes? —inquirió Samson.

—En el fondo de la canoa. Yo creía que estaría usted enterado de su existencia.

—No. Nunca lo he visto. Ni oí hablar jamás de él ¿Estaba colocado allí?

French respondió vagamente. Aunque no totalmente seguro, tuvo una impresión bastante clara de que Samson ignoraba aquel asunto.

Carter y él se levantaban para despedirse, cuando una idea cruzó de repente el cerebro del detective. Reflexionó rápidamente y preguntó:

—A propósito, Samson, he anotado en mi informe algunos detalles sobre su canoa; ¿quiere hacerme el favor de completarlos? ¿Qué velocidad desarrollaba?

—Normalmente, unos diez nudos.

—¿Y el número de revoluciones del motor por minuto?

Samson se mostró sorprendido.

—¿Para qué, inspector? —preguntó.

French se encogió de hombros.

—Agradezca al Cielo no tener que trabajar en Scotland Yard —le dijo en tono confidencial—. No se imagina a qué rutinas estamos sometidos. Su canoa forma parte de este asunto, así que es preciso tomar nota de todos los detalles. Tengo los datos de su construcción general. Necesito todavía saber el número de revoluciones del motor, su potencia, modelo y hasta el diámetro del árbol de la hélice.

Samson respondió a todas estas preguntas con un encogimiento de hombros. French anotó todas las respuestas a pesar de que únicamente le interesaba conocer el número de revoluciones del motor y el diámetro del árbol de la hélice.

Porque la idea del inspector era bien sencilla.

Era muy probable que el cuentakilómetros empleado fuera de un modelo reciente. El asesino, dada su supuesta situación, no poseía una bicicleta provista de un contador de tipo antiguo. Y aun en este caso, no lo habría utilizado, por temor de que se notara la falta del aparato. Era aun menos probable que hubiese robado un contador perteneciente a otra persona.

Y si se había servido de un aparato nuevo, éste debía marcar cero kilómetros cuando lo fijó en la lancha. En el momento de la explosión marcaba cien kilómetros. Por consiguiente, entre el momento en que fué colocado y el de la explosión, el número de kilómetros había pasado de cero a 100. Claro que esto no quería decir que la canoa hubiese recorrido esa distancia, porque una vuelta del árbol de la hélice difería notablemente de una vuelta de rueda de bicicleta. French se preguntó si podría calcular la distancia real recorrida por la canoa hasta el momento en que el contador marcó 100 kilómetros. Si lo lograba sabría exactamente cuándo fue colocado el aparato.

Creía que con los detalles reunidos podría realizar este cálculo.

En Cowes, comenzó por visitar un comercio de bicicletas y solicitó ver al propietario. Supo de esta manera que la rueda motriz del aparato se componía de cinco dientes y que las ruedas de bicicleta tenían por término medio de

sesenta a sesenta y cinco centímetros de diámetro. Se trasladó enseguida al puesto de policía y desde allí hizo dos llamadas telefónicas. La primera al fabricante del motor y de la hélice que Samson instaló en su canoa: de la hélice que Samson instaló en su canoa: French quería conocer el número de revoluciones por minuto del motor y su velocidad máxima. La segunda a Kendrick, el buzo, a quien preguntó el inspector si había medido el árbol de la hélice.

Tomando entonces las cifras que le había dado Samson, el detective se puso al trabajo.

Ante todo era preciso saber el número de vueltas de la rueda motriz necesarias para marcar un kilómetro. Esto no era difícil. Los sesenta y algo centímetros (67 cm) de diámetro de una rueda de bicicleta representaban una circunferencia aproximada de 210 centímetros. Cada giro de la rueda de bicicleta —los 210 centímetros— hacía avanzar un diente a la rueda motriz del contador. Por consiguiente, cinco dientes, o sea una vuelta completa de la rueda motriz del contador, se efectuaba cada 10,50 metros, y dividiendo 1000, número de metros que tiene un kilómetro, por 10,50, se obtenían aproximadamente 95, es decir, el número de vueltas que había de dar la rueda motriz para registrar un kilómetro.

Y como el aparato había registrado 100 kilómetros, la rueda motriz había realizado 9.500 giros.

La rueda motriz del contador tenía el mismo diámetro que el árbol de la hélice. Por consiguiente, desde que el aparato fué colocado a bordo, el árbol de la hélice había girado 9.500 veces.

Samson había dicho que el motor, directamente acoplado al árbol de la hélice, daba 450 revoluciones por minuto. Y dividiendo 9.500 por 450 se obtenía el número de minutos durante los que el motor había trabajado. French hizo rápidamente la división. ¡El resultado era 21'11!

El motor había, pues, funcionado veintiún minutos y once segundos entre el momento en que el aparato se había instalado en la canoa y el de la explosión. French comprendió, estupefacto, lo que esto significaba.

Recorrió sus notas para examinar sus recuerdos. No, no se equivocaba. Entre el momento en que la canoa abandonó Joymount y la explosión, el tiempo transcurrido se calculaba ¡en media hora escasa! Esta era la prueba más absoluta de que el aparato fue colocado en Hamble o en Joymount! Como Hamble estaba fuera de lugar, tuvo que ser en Joymount.

Faltaba todavía asegurarse de que las cifras facilitadas por Samson eran ciertas. Pero, ante semejante resultado, French no dudó de que lo fuesen.

Tenía razón. Antes de dejar el puesto de policía, recibió las respuestas

respectivas de Kendrick y del fabricante de motores, que confirmaron los datos suministrados por el ingeniero.

Mientras regresaba a Southampton, French se veía perdido en un laberinto de dudas. Hasta entonces había estado convencido de la inocencia de las gentes de Joymount. ¡Y ahora parecía que estaba equivocado!

Pero, ¿en qué se había equivocado? ¿Cómo se pudo llevar a cabo la cosa? Esto era lo que no comprendía. Tenía la impresión de que iba a volverse loco.

El éxito estimuló sus facultades. Mientras Carter y él se aproximaban al muelle de Southampton, se le ocurrió una nueva idea. Tenía en su mano el medio de obtener las pruebas. ¿El vapor que cargaba? ¿Había algo que señalar respecto a él?

Reflexionó. El cemento no era un artículo que se echase a perder, y un retraso de algunas horas en la entrega no debía tener gran importancia. No sucedía así siempre, naturalmente, porque podía darse el caso que hubiese una necesidad urgente de materiales. Pero, normalmente, las entregas no era preciso que fuesen ejecutadas con tanta rapidez.

French se dijo que el objeto principal de aquel trabajo nocturno parecía haber sido dejar algunos hombres en el muelle aquella noche. En otros términos, ¿era verdaderamente necesario que el barco saliese inmediatamente, o se trataba solamente de probar que nadie subía a bordo de la canoa?

French creía que el detalle tenía suficiente importancia para justificar un viaje a Plymouth. Carter y él se pusieron, pues, en camino hacia dicha población, a la que llegaron demasiado tarde para emprender la investigación. Pero a la mañana siguiente se dirigieron a las oficinas del puerto.

En ellas, después que French hubo demostrado su identidad de detective, fueron rodeados de atenciones. El barco de cabotaje *Lucy Jane*, mandado por el capitán Foggat, llegó a Plymouth el 21 de noviembre, con un cargamento de cemento procedente de las fábricas Joymount. Quería conocer el nombre de los destinatarios. ¿Tendrían la amabilidad de facilitárselo?

Las autoridades del puerto no pusieron ningún inconveniente, y algunos minutos después los dos oficiales de policía se dirigieron hacia el depósito de los señores Rawle y Tomkinson, almacenistas de materiales de construcción, cerca de Friary Station.

Fueron recibidos por Rawle. French le explicó la delicada y secreta misión que le llevaba, y rogó a su interlocutor que guardase silencio sobre ella. Se interesaban —le dijo— por el barco de cabotaje *Lucy Jane*, y querían conocer todas sus idas y venidas durante determinado tiempo. El asunto no tenía nada que ver con los señores Rawle y Tomkinson; lo que les interesaba era únicamente dicho barco. Tenían entendido que hacia el 21 de noviembre, el

barco había traído un cargamento de cemento a Rawle y Tomkinson. ¿Era eso cierto, y, en ese caso, podía el señor Rawle indicarles la fecha exacta en que había llegado, y si fue descargado inmediatamente?

Rawle transmitió por teléfono las instrucciones necesarias. Enseguida recibió los datos pedidos: el *Lucy Jane* había descargado 190 toneladas de cemento el 22 de noviembre. El trabajo se había efectuado a un ritmo normal.

French hizo algunas otras preguntas, comentando que el transporte se había efectuado a la carrera, tal vez porque había habido algún retraso en la entrega y por ser un pedido urgente. Míster Rawle afirmó que no había tal cosa. El cemento llegó en la fecha prevista y los compradores no habían especificado que desearan ser servidos rápidamente.

French encontró muy interesante ese detalle, pero no concluyente. Aun no siendo el pedido urgente, era posible que alguien hubiese reclamado la presencia del barco con rapidez. Entró en el puesto de policía y telefoneó al de Weymouth para preguntar en qué fecha había dejado dicho lugar el citado barco, qué dirección había tomado y qué cargamento llevaba.

La respuesta la recibió en Southampton. El barco había permanecido dos días en Weymouth y, después de haber embarcado sacos vacíos, volvió a zarpar hacia las fábricas Joymount.

¡Así que nada había hecho necesario el cargamento del barco en la noche del martes! ¿Por qué, entonces, tanta prisa? French no veía más que una razón: se había querido que hubiese gente e iluminación en el puerto durante la visita de los representantes de Chayle, con el fin de probar que nadie pudo tocar la canoa. ¡Y la gente de Joymount era la que había organizado aquel trabajo nocturno!

Faltaba por resolver la siguiente cuestión: ¿cómo fueron colocados en la canoa el explosivo y el mecanismo destinado a hacerle estallar, sin que los cargadores que trabajaban se hubiesen dado cuenta?

Esta era una pregunta que se había hecho con frecuencia, pero a la cual, hasta la fecha, había sido incapaz de responder.

Una solución posible se le ocurrió de repente. Una solución sencilla, que le asombró no haber tenido antes.

Se preguntó si bastaba adivinar la verdad o si era mejor poner a prueba su idea. Después de reflexionar, decidió que un experimento sería más satisfactorio desde todos los puntos de vista.

Recordó que había observado, el día de su visita al comandante Ashe, que se podían alquilar embarcaciones en Hamble. French se dispuso a intentarlo y, después de muchas dificultades, pues había pasado ya la temporada, logró hacerse con un bote ligero, para una o dos personas. Depositó una fianza, y se



fue remando.

Al otro lado del pequeño estuario divisaba el muelle de Joymount. Por una feliz coincidencia se hallaba completamente desierto, y hacia él se dirigió para realizar un examen detenido.

Era ya de noche cuando regresó a Southampton. Inmediatamente después de su llegada fue a ver al comisario Goodwilly.

—Quisiera realizar un pequeño experimento, comisario —le explicó—. ¿Recuerda usted que en el curso de nuestras discusiones pensamos que el explosivo pudo ser colocado en la canoa mientras ésta se hallaba en Joymount? Descartamos esta solución por creerla irrealizable. No estoy ahora muy convencido de ello y quisiera reconstruir la escena.

Goodwilly se interesó vivamente y preguntó a French qué esperaba de él.

—Necesito una canoa, tres hombres y luces —respondió este último—. Iremos allá y nos colocaremos, en la medida de lo posible, en idénticas condiciones a las de la famosa noche y yo trataré de ganar la embarcación sin dejarme ver.

—¿Una canoa, tres hombres y luces? Desde luego, puede contar con ello. ¿Para cuando los necesita?

—Me gustaría estar allí hacia las cuatro de la madrugada.

No era esta la respuesta que esperaba el comisario; no obstante, no opuso ninguna dificultad y el asunto quedó arreglado.

—Lo cierto es que la cosa me intriga —explicó Goodwilly—, y si tiene usted sitio para mí, me gustaría acompañarlo.

—¡Bravo! —exclamó French—. Me encantará contar con su concurso.

\* \* \*

A la mañana siguiente; hacia las tres, una pequeña canoa automóvil abandonaba Southampton, llevando a bordo a French, Goodwilly, Carter y tres agentes de policía. La noche era hermosa, aunque fría y muy oscura. No soplaba viento alguno y la bahía de Southampton estaba tan tranquila como un lago.

Un silencio casi absoluto reinaba entre los hombres, que habrían preferido, en su mayor parte, encontrarse en la cama. Mas, para el inspector jefe, el experimento tenía una importancia decisiva. Si le acompañaba el éxito, el problema quedaría resuelto. Aunque esto no significaría el final de las investigaciones, ya que el ver cómo habrían podido suceder las cosas difiere notablemente del probar que así habían sucedido realmente. No obstante, si se

aseguraba la certeza de estar en buen camino, ello le evitaría perderse en alguna pista falsa y le permitiría dedicarse por completo a buscar el medio de probar su teoría.

Cuando penetraron en Hamble, French hizo parar el motor y deslizó los remos en el agua.

—Si no hacemos ruido podemos pasar inadvertidos, lo cual será mucho mejor. Se verán sin duda nuestras luces, pero no podemos evitarlo. De todas formas, tomemos todas las precauciones posibles.

Se dirigieron en silencio hacia el muelle, que, por fortuna, seguía estando desierto. Encamináronse hacia la escalera situada en el extremo del muelle, y al llegar al final de ella atracaron.

—Desciendan todos con las luces —ordenó French, y se reunió con ellos sobre el muelle.

No se necesitaron más que algunos minutos para preparar la escena. Carter y los tres policías fueron colocados en los sitios que ocupaban los cargadores la noche del drama y recibieron orden de estar vigilantes.

—He aquí cómo estaban las cosas aquella noche —explicó French al comisario—. He sacado en consecuencia que nadie podía atravesar el muelle o bajar la escalera sin que le viese alguno de los cargadores.

—Yo lo juraría —respondió Goodwilly.

—Muy bien —dijo French—. Présteme algo que le pertenezca: un objeto personal.

—¿Mi petaca?

—Exactamente. Es lo que me hace falta.

Estaba chapada en plata y tenía las iniciales del comisario.

—Ahora —continuó French— he de hacer algunos preparativos. ¿Quiere esperarme? Enseguida intentaré mi experiencia.

Goodwilly asintió, y French, dirigiéndose hacia la verja, desapareció en el patio. Goodwilly echó una mirada a su reloj y se dispuso a esperar. Pensaba que, a pesar de las luces, podrían pasar inadvertidos, porque las únicas ventanas de la fábrica que daban al muelle eran las de las oficinas. Estas debían hallarse desiertas, ya que el vigilante nocturno probablemente no salía del piso bajo.

Bien pronto reapareció French.

—¿Cuánto tiempo he estado ausente, comisario? —preguntó.

—Doce minutos. ¿Está dispuesto para poner manos a la obra?

El detective, a modo de respuesta, hizo otra pregunta:

—¿Ha pasado alguien por el muelle?

—Nadie.

—Es mejor preguntar a sus hombres.

—Querido French. Yo he estado aquí. No he visto a nadie.

—Preguntémosles, de todas maneras —insistió French.

Los hombres declararon que el comisario tenía razón. No había pasado nadie.

—Muy bien —dijo French, con satisfacción—. Todo va bien.

Goodwilly le miró.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Sencillamente esto. Su petaca se encuentra ahora sobre el motor.

Goodwilly le dirigió una mirada penetrante, luego se echó a reír.

—¿Cómo ha dado con ello?

—Merezco que me den cien latigazos. La cosa es tan sencilla, que debí pensar en ella inmediatamente, pero se me escapó. Venga conmigo al otro lado del muelle y le enseñaré.

Tomaron el camino que French había recorrido unos momentos antes y siguieron la tapia de la fábrica hasta llegar al extremo del muelle opuesto al que se encontraban la escalera y el cobertizo de las embarcaciones. Agachándose, French descendió hasta la orilla del agua, a lo largo del muro en declive consolidado por piedras.

—Vea cómo es posible descender hacia el mar sin dejarse ver desde el muelle.

Una vez bajo el nivel del muelle nadie podía verles. French alargó la mano, cogiendo una cuerda que colgaba a lo largo del declive alquitranado, y tiró de ella. El bote que había alquilado por la tarde apareció. A la luz de una pequeña antorcha los dos hombres subieron a bordo.

Después de arrojar la cuerda, French empujó el bote debajo del muelle. Se encontraron en una especie de abrigo, entre las hileras de pilares de hormigón armado y bajo un techo que era la plataforma del muelle. Rápidamente y en silencio, atravesaron este extraño pasadizo con la escalera. A un paso de ellos estaba la canoa de la policía, la cual se hallaba tan próxima al muelle que los centinelas no podían verla.

—Nuestros amigos de Joymount guardan aquí uno o dos botes —dijo French, señalando con un dedo el hangar o cobertizo—. Habrá sido facilísimo llevar uno al extremo del otro lado del muelle. ¿Está esto claro, comisario?

Goodwilly estaba entusiasmado. La reconstrucción de French ofrecía indudablemente la solución de esta parte del problema.

—Al traerme usted aquí abajo —le dijo—, creí que íbamos a andar a lo largo de los travesaños horizontales, porque me figuro que es posible. No había pensado en un bote.

—Al principio pensé en los travesaños —respondió el inspector—, pero

no valían para el asunto, porque no se les puede recorrer más que durante la marea baja. Y la explosión no se produjo durante la marea baja. Nadie habría podido andar con metro y medio de agua sin llegar calado a la canoa. Y nadie se mojó aquella noche. Por otro lado, los tres visitantes hubiesen descubierto huellas de agua en la embarcación.

—Es verdaderamente maravilloso, French. ¡Le felicito! Pero queda todavía una dificultad... quizá dos. El experimento nos ha dado la solución, pero ninguna prueba. Todos están conformes en que ninguno de los de Joymount abandonó las oficinas en el transcurso de la entrevista.

French inclinó la cabeza.

—Tiene razón. No hemos acabado aún con este asunto. Pero progresamos.

Se dispusieron a emprender el regreso. Habiendo encargado a un agente de devolver el bote a Hamble y recoger la fianza depositada por French, los otros se dirigieron a Southampton.

## CAPÍTULO XXII

### French ayudado por una víctima

**F**rench, después del desayuno de aquella misma mañana, se retiró a su habitación para reflexionar.

Si las gentes de Joymount eran culpables, y tal parecía ser el caso, ¿cómo y por qué cometieron aquellos abominables crímenes?

Desde el principio del asunto, había imaginado un móvil: si los sospechosos robaron el procedimiento y sus competidores habían descubierto el robo, éstos habrían podido intentar un chantaje. Su posición habría sido más fuerte todavía, si pudieron probar que los ladrones habían asesinado a Clay

French vio que toda la situación descansaba sobre el hecho de saber si los de Joymount se habían apoderado o no de la fórmula.

Pero ¿cómo podía descubrirlo?

Examinó la cuestión bajo todos sus aspectos.

Era un estudio al que se había entregado repetidas veces, pero sin resultado. Y, sin embargo, necesitaba encontrar la solución.

Se puso a considerar en qué consistía el procedimiento en sí mismo. Era un método perfeccionado para la fabricación del cemento. No se había interesado por los detalles del nuevo método, suponiendo siempre que la cuestión era demasiado técnica para que él pudiese sacar algún provecho. Pero Haviland, le había dicho que se fundaba en la adición de ciertos compuestos químicos, que haciendo el papel de materias fundentes, permitían reducir la temperatura necesaria para la fabricación del cemento. French se preguntó entonces en qué se convertirían estas teorías. ¿Volverían a encontrarse en el producto terminado?

Si efectivamente se encontraba, debía ser posible a un especialista hallarlas. ¿No era éste un medio de llegar a una conclusión?

El detective se hallaba reducido a tal extremo, que resolvió no dejar escapar ninguna posibilidad. Por consiguiente, telefoneó al profesor Greenaway, un químico de Londres, al cual consultaba el Yard en los casos difíciles. Habiéndole explicado el objeto del procedimiento, preguntó al profesor si creía poder diferenciar por medio del análisis aquel cemento especial de los demás.

Greenaway le respondió razonablemente que no habiendo oído hablar nunca de tal cemento, no podía asegurarle, pero que si el inspector jefe quería enviarle una muestra, lo aclararía rápidamente.

Preguntándose si al fin se hallaba ya en buen camino, el detective fué a comprar dos sacos de cemento, uno a las fábricas de Chayle y otro a la de Joymount. Los hizo embalar en cajas especiales y los llevó a Londres consigo. Después, tomando un taxi, se hizo conducir al domicilio del profesor.

Greenaway estaba presto a venir en su ayuda. Se interesaba por los cementos, y si había uno nuevo en el mercado, estaba encantado de poder estudiarlo.

—Haga que lleven sus paquetes a mi laboratorio —dijo a French—, y me ocuparé de este asunto mañana a primera hora.

—¿Quiere telefonar a Scotland Yard, cuando esté en condiciones de darnos noticias?

—Entendido.

Hasta el día siguiente por la tarde no llegó el aviso. ¿Podía pasar French por el laboratorio lo antes posible?

El detective, como puede imaginarse, no perdió el tiempo.

—Bien, inspector —dijo Greenaway—, creo que está usted en lo cierto. Las dos muestras que me ha enviado son idénticas, y además, difieren totalmente de las demás clases de cementos de la que me he ocupado hasta ahora. Y creo conocer todos los cementos del mercado.

—¡Diablo! —exclamó French—. Eso tiene una importancia enorme para mí. ¿Quiere decir que las dos muestras han sido fabricadas de la misma manera?

—Tengo la seguridad. Desde el punto de vista químico, son idénticos y diferentes de los demás. Puede usted creerme, los dos se han conseguido por el mismo procedimiento.

French vaciló.

—¿Estaría usted dispuesto a declarar, eso, en caso necesario?

—Que las muestras son idénticas, sí; que han sido fabricadas por el mismo procedimiento, no. No tengo la menor duda acerca de ello, pero, evidentemente, no puedo probarlo.

French reflexionó.

—¿Podría una visita a las fábricas de Chayle y Joymount darle ocasión de comprobar si los métodos de ambas son idénticos?

—Probablemente. Gracias a los datos que me ha proporcionado este análisis, sabría lo que era preciso buscar y creo que lo encontraría.

—Entonces, si esto fuese necesario, ¿aceptaría hacer esta inspección?

—Ciertamente. ¿No ha averiguado si habían instalado maquinaria nueva?

—Temo que no —admitió French—. Nadie en Chayle me ha hablado de máquinas nuevas. Todos me han dicho que las máquinas antiguas trabajan con

productos nuevos.

—Pues bien, me encantará hacer esa visita. Le aseguro que este asunto me interesa extraordinariamente.

A French le fue difícil ocultar su satisfacción. Su descubrimiento tenía una importancia capital. Es verdad que no era suficiente para probar el móvil, mas era una base, a partir de la cual, estaba seguro, podría hallar las pruebas. Era el paso más grande que había dado desde el principio de su investigación.

En seguida se dio cuenta de que este descubrimiento daba un valor enorme a un hecho muy sugestivo: los representantes de Joymount habían mentido. Habían ocultado que conocían la fórmula de Samson, y silenciaron hechos esenciales. French estaba ahora casi convencido de que el contrato acordado con Chayle había tratado del procedimiento. En este caso difería seguramente del que le habían enseñado. No le mostraron seguramente nada más que una parte del mismo.

Pero French vio surgir, entonces, una nueva dificultad: ¡Samson! Samson había confirmado aquellas falsas declaraciones. Con seguridad, no ignoraba que los industriales de Joymount habían robado el procedimiento y, sin embargo, ¡no dijo nada! En cambio, lógicamente debía tener interés en desenmascarar a los ladrones que, engañando a Chayle, le causaban personalmente un perjuicio. ¿Por qué, entonces, había mentido en contra de su propio interés?

En el tren que le llevaba a Southampton, French reflexionó sobre esta parte del problema. Como no encontraba una solución satisfactoria, pasó a otra cuestión.

Y ésta fué la instalación del cuentakilómetros y del explosivo en la canoa. Parecía evidente que fué obra de los de Joymount y realizada en su propio muelle.

Creía ya conocer cómo se llevó a cabo, pero era incapaz de dar con el momento en que los sospechosos pudieron disponer su máquina infernal.

Era evidente, en principio, que la colocación sólo pudieron hacerla Tasker, Brand o King. Los tres eran directores. Los tres habían intervenido en las negociaciones y eran probablemente los únicos en conocer los detalles del procedimiento. Eran también los únicos que tenían un móvil para empujarles al crimen. Y no era probable que hubiesen compartido su terrible secreto con una cuarta persona.

Suponiendo que uno de los tres fuese el culpable, ¿en qué momento pudo desarrollar sus proyectos?

Desde luego, no fué a la llegada de la canoa a Joymount. King había salido al encuentro de los visitantes y les acompañó hasta el despacho, donde

Brand y Tasker ya los esperaban. No tuvo tiempo ni de tocar la embarcación.

Era igualmente cierto que no pudo hacerlo en el momento de la partida. Los seis hombres habían permanecido juntos desde el momento de abandonar el despacho hasta el momento en que los representantes de Chayle ocuparon sus sitios en la embarcación.

La operación tuvo, pues, que ejecutarse durante la entrevista.

En el transcurso de la misma, los individuos de Joymount habían abandonado a sus visitantes so pretexto de examinar en privado las proposiciones. Tal era al menos la explicación que dieron. Pero, ¿era satisfactoria? Tasker había manifestado que quería consultar algunas cifras sobre las negociaciones. A French le costaba trabajo admitirlo. Ya que lo natural en tales circunstancias era que el director hubiese preparado todos los datos antes de la reunión.

Este detalle era insignificante, pero bastaba para despertar las sospechas en la mente del inspector.

Según las declaraciones de los interesados, ¿qué había pasado exactamente? Después de la proposición de Tasker, los tres se habían retirado a la oficina de Brand con el pretexto de que este último se ocupase de la contabilidad y encontrase más fácilmente las cifras pedidas. Tasker y Brand se habían puesto entonces al trabajo.

En este intervalo, King, a petición también de Tasker, había ido a su despacho, la habitación vecina, para poner a máquina un documento cuyos detalles exactos no habían sido citados. Afirmaba no haberla abandonado durante este tiempo, declaración confirmada por Tasker, Brand y Samson. Los tres aseguraban que habían oído casi sin interrupción el teclear de la máquina de escribir de King, y el sonido de su voz... que canturreaba. Además, King había dirigido a Tasker una pregunta relativa al trabajo que ejecutaba. Tasker le había gritado la respuesta y el ruido de la máquina de escribir había vuelto a comenzar. Samson oyó perfectamente la pregunta y la respuesta.

Estas declaraciones eran ciertas; era evidente que nadie abandonó las oficinas. Pero, en este caso, los de Joymount no habían podido colocar el explosivo a bordo de la canoa. Por consiguiente, una parte de las declaraciones tenía que ser falsa.

Dejando entonces lo referente a las declaraciones, French se puso a considerar la personalidad de quienes las habían hecho. Una larga experiencia le había enseñado a descifrar los caracteres y a descubrir si sus informadores decían la verdad o mentían. De los cuatro hombres, Tasker, Brand, Samson y King, encontraba que sólo en uno podía tener confianza, y este era Brand: un hombre bien poco enérgico, timorato e incapaz de cometer un crimen.



Pero la actitud de éste había intrigado al detective, a quien le dio la impresión de no tener la conciencia tranquila. Interrogado por French, Brand apenas había podido dominar su terror. El inspector estaba convencido de que el joven director ocultaba algo peligroso para él y temía que ese secreto se descubriera. Por otra parte, todo lo que había dicho sobre lo sucedido aquella noche parecía impregnado de un acento evidente de sinceridad. French sacó la conclusión de que Brand estaba intrigado, como él, por la explosión de la canoa.

Los otros tres eran de temple más enérgico. French estaba seguro de que podían mentir sin traicionarse.

¿Habría sido engañado Brand por sus compañeros durante aquellos diez minutos?

Y si se ampliaba el razonamiento no considerándose más que las posibilidades, podía pensarse que, puesto que Brand había sido engañado, Samson también debía de haberlo sido, ya que era ridículo suponer que éste se hubiese hecho cómplice de una tentativa de asesinato que tenía por víctimas no sólo a sus dos asociados, sino también a su propia persona.

Durante cinco minutos, French concentró toda su atención sobre el problema. Después se echó a reír, encogiéndose de hombros. El misterio estaba aclarado. King y Tasker emplearon una antigua estratagema y el químico pudo dejar el despacho y colocar el explosivo. ¡Un gramófono!

¿Había cosa más sencilla para King que poner en marcha un gramófono antes de salir de su despacho? El aparato podía dejar oír el teclear de la máquina y la pregunta hecha a Tasker. Al regresar al despacho, después de cumplida su misión, pudo fácilmente detener el gramófono, guardarlo y volver a su sitio.

De esta forma, Brand y Samson habían sido engañados, pero —y ello interesaba especialmente a French— había necesitado la complicidad de Tasker. En el caso de que se hubiese empleado el gramófono, el director general debió ejecutar su papel siguiendo un programa establecido de antemano, e impedir que Brand se moviese de la habitación. Seguramente, habían hecho antes algún ensayo, y French comprobó con satisfacción que si podía demostrar que habían utilizado un gramófono, dispondría de algo con que abatir a Tasker tanto como a King.

Durante una media hora más, reflexionó el detective sobre los medios que podía emplear para obtener la prueba de que habían utilizado un gramófono. Después abandonó el hotel y, seguido de Carter, se dirigió al principal almacén de instrumentos de música de la ciudad.

Vio al director y le expuso el caso. Quería saber cómo podía registrar su

voz en un disco. ¿Había algún aparato especial para esto? ¿Dónde podía adquirir uno?

El doctor no le suministró ningún dato animador. Se habían puesto a la venta tales aparatos, pero no habían tenido éxito, pues el público prefería las reproducciones de las grandes Compañías de gramófonos que empleaban en esta operación personal especializado. Casi todas las Compañías de gramófonos se dedicaban a impresionar estos discos, que permanecían totalmente secretos.

En respuesta a otra pregunta, el director declaró que no creía que un particular pudiese impresionar él mismo un disco que diese idea de realidad; seguramente, se observarían defectos que demostrarían que se trataba de una reproducción.

French pensó que si tales informes eran exactos, era improbable que King hubiese tratado de impresionar por sí mismo el disco. El descubrimiento de su superchería hubiese podido producirle muchos disgustos. Y como él creía que nunca podría pensarse en un gramófono, prefirió, con toda seguridad dirigirse a una Compañía. Era pues, menester buscar aquella dirección. French envió una nota al Yard, con un resumen de las palabras que suponía habían sido impresionadas, y las fechas entre las cuales el disco debió ser encargado, añadiendo a su envío una fotografía de King. Deseaba que se dirigiesen a todos los fabricantes de gramófonos por medio de una carta, rogándoles enviaran los informes que pudiesen sobre este punto.

Al día siguiente, domingo, French se concedió unas horas de descanso — que creía tener bien merecidas— y pasó la jornada entre su familia. El lunes por la mañana, se encaminó al Yard.

Y durante su visita se recibió una contestación a la circular.

La misiva provenía de la Compañía de Gramófonos Etna, de Reading: el director de la casa creía que habían impresionado el disco al que aludía la carta del Yard. Dando gracias a su buena estrella, French se precipitó hacia Paddington en compañía de Carter y tomó el primer tren para Reading.

El director de la Compañía Etna se mostró dispuesto a ayudar a los detectives. Estaba, no obstante, obligado a guardar el secreto profesional, al cual no podía faltar, a menos de adquirir la certidumbre de que era su deber hacerlo.

French adoptó un tono confidencial.

—Tenemos razones para sospechar —le dijo— que ese disco ha servido para crear una coartada a un hombre que ha cometido un crimen. Usted no puede hacerse cómplice de ese individuo.

Y le aseguró que si se descubriese que el disco fué empleado

inocentemente, no se revelaría absolutamente nada de la declaración del director.

Estas palabras produjeron el efecto deseado y el director les comunicó en seguida todos los detalles.

El catorce de noviembre había recibido, dijo, una llamada telefónica de un señor que manifestaba llamarse Clemente Allworthy, el cual le preguntó si la Compañía Etna impresionaba discos para los particulares y en qué condiciones. Habiendo obtenido una respuesta afirmativa, declaró que quería impresionar un disco y que pasaría por la casa. Se fijó una hora para el día siguiente

A la hora fijada se presentó, repitiendo el nombre, Clemente Allworthy, y añadiendo la dirección: «Cloony» Babacombe Road, Torquay. Pretendía haber hecho una apuesta con unos amigos, como consecuencia de una discusión sobre espiritismo. Asegurábales que con ayuda de la ciencia moderna podría reproducirse todo lo que había sucedido durante una sesión de espiritismo a la que habían asistido.

El médium debía escribir a máquina un mensaje que se encontraba en otra habitación y que no había visto. Allworthy quería realizar este esfuerzo con ayuda de un gramófono. Dando la sensación de que escribía a máquina sin cesar, mientras, en realidad, se había dirigido a otra habitación, leía el mensaje y volvía a copiarlo.

El disco debía reproducir durante su mayor parte el ruido de una máquina de escribir, pero había que registrar trozos de canciones y algunas palabras destinadas a probar su identidad. Se encontraron con que sólo un disco no duraba el tiempo necesario —quince minutos—, y así, se impresionaron tres. Allworthy explicó que su gramófono estaba provisto de un aparato de cambio y enlace automático de discos. El director y el empleado que habían atendido a este cliente afirmaban que era el original de la fotografía enviada por el Yard.

—Conservamos siempre un disco de cada impresión —concluyó el director— y si usted quiere, puedo hacerle escuchar los tres que le interesan.

French aceptó con presteza, y hubiera gritado de alegría al oír la voz de King cantar y dirigir la pregunta a Tasker.

Su satisfacción fué mayor todavía en el tren que le devolvía a Londres, cuando reflexionó sobre todo lo averiguado. King se hallaría en la imposibilidad absoluta de explicar la adquisición de los discos sin admitir al mismo tiempo su culpabilidad. Y tal como French lo había previsto, los discos establecían no sólo la culpabilidad de King, sino también la de Tasker. En cuando a Brand y Samson, estaba casi seguro de que ambos habían sido engañados.

El detective se preguntó si habría reunido bastantes pruebas para lograr un

arresto. Después de haber reflexionado, decidió que le faltaba todavía aclarar determinados puntos y resolvió proseguir las investigaciones.



... no tenemos intención de acusarle de asesinato.

Mas tarde, en el momento en que el tren se detenía en la estación de Paddington, tuvo una idea. ¿No podría obligar a Brand a hacerle una confesión?

Este era un individuo débil, cobarde y timorato, pero que, indudablemente, tenía un fondo de honradez. French estaba seguro de que el joven director ocultaba un secreto que le atormentaba y se preguntó si llegaría a hacerle confesar. Se dijo, en fin, que Brand, seguramente, no resistiría a la presión de la policía y a la de sus propios remordimientos.

Al llegar a Southampton, French expuso su idea a Goodwilly; después telefoneó a Brand, excusándose de molestarle, preguntándole si tenía intención de acudir a Southampton. ¿Sería abusar de él rogarle que fuera inmediatamente? Había recibido algunos informes que le implicaban y esperaba obtener de él aclaraciones.

El joven director aceptó y convinieron en entrevistarse en el puesto de policía de Southampton, aquella tarde.

A la hora fijada, Brand apareció, con aire inquieto. French había preparado la escena, y el visitante fué introducido en una sala de espera lúgubre y sombría. Le hizo aguardar durante veinte minutos, con la esperanza de que creciesen de esta manera sus preocupaciones.

Al fin fué introducido en el despacho del comisario. Encontró allí a Goodwilly, French y a Carter, los cuales tenían un aspecto solemne. Le recibieron con bastante frialdad y sin disculparse por haberle hecho esperar.

—Tenemos necesidad de una pequeña información, míster Brand —comenzó French—, pero antes que haga su declaración, mi deber es prevenirle de que todo cuanto diga será tomado en consideración y podrá emplearse contra usted. Sepa igualmente que no está obligado a responder a mis preguntas y que, si lo desea, puede asistirse de un abogado.

Estas palabras, pronunciadas en tono grave y casi amenazador, produjeron el efecto deseado. Brand palideció.

—¿Qué quiere decir esto? —preguntó, nervioso—. ¿Va a... detenerme?

—No he hablado para nada de detención —replicó French—. Puede ser que sus explicaciones sean satisfactorias, en cuyo caso todo irá bien. Pero querríamos obtener ciertas aclaraciones.

French había logrado intranquilizar al joven y adquirió el convencimiento de que Brand ocultaba algo.

—Yo les diré todo lo que sepa —declaró Brand—. ¿Qué quieren saben?

—Queremos saber —dijo, severamente el inspector— qué participación ha tenido en el asesinato de Haviland y Mairs.

La expresión de Brand cambió. Sus ojos tomaron una expresión de horror. Permaneció inmóvil, petrificado por la angustia y el espanto.

Los tres policías le observaban en silencio.

—¿Un asesinato? —balbuceó—. ¿Dicen que ha sido un asesinato?

La sorpresa no era enteramente fingida; eso, al menos, fué lo que pensó French. No obstante, Brand parecía haber recibido un golpe que hubiese esperado desde hacía tiempo. El silencio se prolongó. Gotas de sudor perlaron la frente del joven. Después habló con voz ronca.

—Ignoraba que hubiese sido un asesinato —declaró temblando—. ¡Lo

juro! ¡Lo juro!

—Bien —dijo French—; creemos su declaración, pero no olvide mis advertencias. Si pretende no saber nada de esto, tomaremos nota de su declaración y pediremos que la firme. Pero prefiero también decirle ahora que eso no nos bastará. Es preciso que nos haga un relato detallado de todos sus actos durante el transcurso de este asunto, desde el robo del procedimiento de Chayle hasta ahora.

Brand se estremeció y adoptó una expresión consternada, que hizo saber a French que había puesto el dedo en la llaga.

—Como sabe —siguió el detective—, el robo del procedimiento es un asunto serio, a causa de la muerte de Clay. Y el fingido accidente de automóvil es igualmente muy grave. No queremos obligarle a hacernos ninguna confidencia, señor Brand, pero le aseguro que sería mucho mejor que nos dijese todo cuanto sabe. Pero no queremos tomarlo por sorpresa. ¿Prefiere reflexionar?

Brand tenía una expresión tan inquieta y atormentada que French sintió compasión de él, pero no dejó traslucir nada. Brand intentó hablar varias veces, pero en vano. Finalmente, murmuró que no tenía nada que decir.

El inspector cerró su cuadernillo.

—Reflexione, señor Brand. No cometa una estupidez que le haría más daño que bien. Reflexione. —Se volvió hacia Carter—. Lleve al señor Brand a una habitación donde pueda reflexionar.

Carter, se levantó y, tocando al testigo en el hombro, le hizo señal de que le siguiera. En silencio, los dos hombres abandonaron la estancia; Brand andaba como un sonámbulo.

—Este está mezclado en el robo, pero es inocente en el asunto de la canoa —dijo French cuando se cerró la puerta—. ¿Qué opina usted, comisario?

—Creo lo mismo que usted —respondió Goodwilly— ¿Cuánto tiempo le retendremos si no quiere hablar?

—Hablará. Es lo que está deseando, y no resistirá. Envíele algo de comer; le haremos volver hacia las nueve.

Cuando Brand reapareció, a las nueve, intentó fanfarronear. Deseaba ser puesto inmediatamente en libertad. De lo contrario, deseaba saber si estaba detenido y, en tal caso, ver la orden de detención.

—No está usted detenido, señor Brand —respondió French, con frialdad—. Es usted lo que se llama sólo un «retenido». Preferiríamos evitar el tener que arrestarle, pero no podemos dejarlo marchar antes de haber aclarado esto. Tiene que comprenderlo.

—Si hago una declaración, ¿me permitirán irme?

—No se lo prometo. Si puede probarnos que no es culpable, sí. En caso contrario, no.

A pesar de todo, el director rehusó hacer la declaración. French esperaba que reclamase la presencia de un abogado, pero Brand no dijo nada. Después de una breve conversación, fue encerrado para pasar la noche.

A la mañana siguiente, fue el mismo French a verle a la confortable habitación en que había dormido y le rogó que declarase. Pero Brand movió la cabeza.

—Bien —dijo French—; aquí tiene una campanilla. Cuando quiera ver al comisario o a mí, no tiene mas que agitarla.

Durante todo el día las cosas siguieron igual. Brand rehusaba siempre hablar. French se estaba dejando dominar por la idea de que no podría prolongar la detención del sospechoso más allá del día siguiente.

No obstante, al día siguiente se disiparon sus dudas. Brand había llegado al límite de sus fuerzas. Hizo saber a French y a Goodwilly que deseaba hablarles.

—Creo que hace usted bien, señor Brand —aseguró el detective cuando estuvieron de nuevo reunidos en el despacho de Goodwilly—. La verdad no ha hecho nunca daño a nadie.

—Salvo a los que han violado la ley, inspector —replicó Brand—. Y yo he estado muy cerca de quebrantarla, aunque sin malas intenciones. Voy a decirlo todo, porque soy inocente y deseo que ustedes lo crean.

—Tendremos la mayor consideración con sus declaraciones. Las pondrán por escrito y podrá usted leerlas antes de firmarlas, para que se asegure de que están en orden. Ahora, puede hablar.

Brand hizo una relación detallada. Describió a sus oyentes la situación financiera de la industria de Joymount y su temor de tener que cerrar la fábrica y despedir al personal. Después dijo cómo descubrieron que sus rivales fabricaban un nuevo cemento en condiciones más ventajosas. Les contó cómo King había fracasado en sus esfuerzos para dar con el procedimiento y cómo se vieron obligados a entrar en la fábrica de Chayle con la esperanza de descubrir el secreto, insistiendo en el hecho de que no tenían intención de perjudicar a sus vecinos, sino solamente salvarse de la ruina. Habló con semejante tono de sinceridad que French no dudó un instante de que decía la verdad.

Estuvo persuadido de la sinceridad de Brand incluso cuando éste llegó al momento de la muerte de Clay. Ya se tratara, desde el punto de vista legal, de un homicidio como de un asesinato, French tenía la convicción de que no fué premeditado. A pesar de que creía que el joven comprendía perfectamente las razones que le movieron a no hacerlo.

Brand siguió relatando cómo se desembarazaron del cuerpo. No trató de hacer recaer toda la responsabilidad sobre King, y se contentó con decir que el químico había dirigido las operaciones, no habiendo él participado más que a la fuerza y pensando que la policía no le creería y le acusaría del crimen.

Excepto para hacer alguna pregunta, French no interrumpió el relato del joven. Estaba ligeramente sorprendido al comprobar hasta qué punto sus hipótesis habíanse aproximado a la verdad.

Brand les dijo después cómo los socios de Chayle habían descubierto el robo y las proposiciones que les hicieron, que equivalían a un *chantaje*. Les expuso los detalles de las negociaciones entabladas entre las dos fábricas para acordar el contrato que había sido firmado la noche de la explosión. Reconoció que después de la catástrofe, Samson y los representantes de Joymount habían silenciado el hecho de la existencia de una segunda hoja en el contrato y expuso las razones de ello.

Al final del relato, French había adquirido la convicción de que era cierto. Brand tuvo la debilidad de hacerse cómplice del robo, pero French no le creía culpable de asesinato. Llevó a Goodwilly aparte y le dijo algunas palabras.

—Según su propia declaración, señor Brand —dijo cuando Goodwilly hubo inclinado la cabeza en señal de aprobación—, usted es culpable de complicidad en un robo. No puedo decirle aún si esta acusación será mantenida contra usted y le retendremos hasta que este asunto se haya resuelto.

Vaciló después. Triunfando su buen natural sobre su circunspección, añadió:

—No puedo prometerle nada, pero esté seguro, para su tranquilidad, que por el momento no tenemos intención de acusarle de asesinato.

Con el espíritu algún tanto aliviado, Brand fué conducido de nuevo a su habitación.



## CAPÍTULO XXIII

### French ayudado por su adversario

Con los detalles de la confesión de Brand añadidos a las pruebas que ya poseía, French pensó que la detención de King y de Tasker no podía tardar. Y así se lo dijo a Goodwilly.

—Ciertamente, inspector —aprobó el comisario—. No veo qué mas podamos hacer. Creo que deberíamos ir esta tarde allá y traernos a los culpables.

—¿Y Brand?

Goodwilly se encogió de hombros.

—No sé qué hacer —admitió—. Estoy dispuesto a olvidar el asunto Clay si tenemos a los asesinos de los dos socios. En cuanto al robo, si Samson no entabla una demanda (cosa que estoy seguro no hará), me pregunto si será mantenida la acusación.

—De todas formas —dijo French—, habrá que retenerle hasta que se consulte al fiscal.

Este día iba a ser señalado para la historia del proceso.

Mientras Goodwilly se procuraba las órdenes de detención contra Tasker y King, otra serie de pesquisas emprendidas por French dieron resultados inesperados, pero en extremo satisfactorios.

El comisario de Portsmouth telefoneó para comunicar que había encontrado la procedencia del contador. Uno de sus agentes, recorriendo los comercios de bicicletas de un barrio bastante pobre de la ciudad, dio con un comerciante que recordaba haber vendido un aparato semejante al que se le describía. Recordaba aquella venta porque el comprador le pareció de una posición social más elevada que la de sus clientes habituales. El hombre explicó que había prometido un cuentakilómetros a un chico suyo que tenía una bicicleta. El cliente era de mediana edad, muy bien trajeado, con poca barba, y aire un poco falso; el comerciante creía poder reconocerle. El agente había vuelto al puesto para coger una fotografía del personal de Joymount. Al verla, el vendedor había señalado inmediatamente a Tasker.

French estimó que ésta era la mejor noticia que había recibido. Obtener la prueba de que King había adquirido el contador ya estaba bien, pero descubrir que había sido Tasker quien lo hizo, estaba mucho mejor. El inspector podía dejar aclarada la culpabilidad de King, pero no estaba seguro de que el episodio del gramófono constituyese una prueba suficiente, así que este nuevo

descubrimiento llenaba de maravilla el vacío.

Naturalmente, nada probaba aún que el contador adquirido por Tasker fuese el encontrado en la canoa, pero si se podía demostrar que el hijo de Tasker no tenía bicicleta, el director general tendría alguna dificultad para explicar su compra.

Aquella noche, Tasker y King fueron detenidos y trasladados a Southampton aisladamente y sin que ninguno estuviese al corriente de la situación del otro. Se dio lectura al acta de acusación y después de haberles prevenido, se les preguntó si tenían algo que alegar. Tasker protestó de su inocencia y añadió que no diría nada sino en presencia de su abogado. King, excitado, pretendía poder probar su inocencia y declaró que respondería a cuantas preguntas quisieran dirigirle. Pero French, pretextando que se hacía tarde, aplazó la discusión para la mañana siguiente, y King, a pesar de sus protestas, fué conducido a un calabozo.

Sin embargo, no era a causa de la hora por lo que French rehusó oír al acusado. Quería antes hacer registrar su habitación y examinar sus papeles. Lamentaba tener que hacerlo, pero temía que después de algunas horas de detención, King no quisiese hablar más, y, de los dos males, aquél le parecía el menor.

Al día siguiente, French y Carter hicieron un minucioso registro en las habitaciones de King y en las de Tasker y llevaron a Southampton un cierto número de papeles y documentos. French se impuso la obligación de examinarlos. Hasta una hora avanzada de la noche, estudió su botín sin resultado, y después, descorazonado, mientras consultaba el registro de pedidos de la fábrica, una idea repentina acudió a su cerebro y permaneció inmóvil, abismado en sus pensamientos.

Había allí consignados un cierto número de aparatos cuyo uso ignoraba. Si estaban destinados al trabajo ordinario de la casa, no adelantaría nada. Pero si correspondían a la instalación necesaria para la explotación del nuevo procedimiento, creía tener atrapado a King.

Se levantó en seguida, dirigiéndose al despacho de Goodwilly. El comisario trabajaba aún, pero en un asunto distinto.

—¿Y si hiciésemos traer ahora a King, comisario? —sugirió French—. He ojeado sus papeles, y si quiere hacer una declaración, deberíamos oírle.

Estando de acuerdo, Goodwilly, Carter, French y él se sentaron a un lado de la mesa, en tanto que en el otro colocaban una silla. Entonces fué introducido King.

—Ayer noche, señor King —comenzó el inspector—, dijo usted que quería declarar y que estaba dispuesto a contestar a todas las preguntas que se

le hiciesen. Pero ayer noche estaba usted trastornado y puede ser que hoy haya cambiado de opinión. ¿Sigue pensando lo mismo?

—Sí —respondió el otro, con seguridad—. Puedo justificarme de todas las sospechas y quiero hacerlo.

French inclinó la cabeza con gravedad.

—Es mi deber advertirle, una vez más, que todo cuanto diga será tomado por escrito y podrá emplearse contra usted y también que no está obligado a hablar.

—Hablaré —repitió King—. No quiero estar aquí más tiempo que el preciso y creo que si lo explico todo, no podrán retenerme.

—Si da una explicación satisfactoria de los hechos y nos convence al comisario y a mí de que es inocente, no le retendremos, pero recuerde que puede salir usted perjudicado.

King sonrió.

—No tenga miedo, inspector. Empecemos.

—Muy bien; ya le escuchamos, No quiero influirle, pero le aconsejo que nos explique este asunto desde el principio. Por el principio entiendo el momento en que se descubrió que el negocio de Joymount peligraba.

Estas palabras parecieron calmar a King. Después de haber reflexionado un momento, comenzó a hablar.

Su relato, al menos en su primera parte, fue análogo al de Brand. Habló de las pérdidas sufridas por Joymount y de las instrucciones que recibió con vistas a acabar con aquella situación. Explicó cómo analizó el cemento de Chayle, descubriendo que se trataba de un producto nuevo, obtenido por un procedimiento desconocido. Declaró que el Consejo de Administración le había encargado de descubrir el procedimiento y que él lo había logrado.

—¿Verdaderamente? —dijo French—. ¿Cómo lo consiguió?

—Trabajando mucho y haciendo experimento sobre experimento.

—¿Experimentos químicos?

—Sí. Primero, analicé el cemento de Chayle y descubrí su composición. Era sencilla, aunque contenía algunas sustancias no muy corrientes. Después inventé un método para incorporar aquellos productos a nuestro cemento. Era difícil, pero al fin lo logré.

—Ese es el primer punto del que tendrá que convencernos. Se ha dicho, usted lo sabe, que había ido a la fábrica Chayle y que copió allí la fórmula de un documento contenido en la caja fuerte del señor Haviland.

—¡Pura invención! —dijo King, indignado—. ¡Es falso! Todo se ha hecho en mi laboratorio de Joymount.

—Bien. Pero, ¿puede usted probarlo? —replicó French—. ¿Cómo

podemos estar seguros de que ha realizado usted esos experimentos?

—Tengo un resumen de ellos en mi caja de Joymount.

—Hemos traído algunos de sus papeles. Vea si se encuentra entre ellos.

King ojeó rápidamente el montón y reparó en algunas hojas.

—Hélo aquí —declaró.

El inspector cogió los papeles y fingió examinarlos. Después se encogió de hombros.

—Desgraciadamente, no soy químico —observó—. ¿Cómo puede probar que ha sido usted mismo quien ha hecho estas experiencias y que han dado el resultado que esperaba?

A su vez, King se encogió de hombros.

—Será preciso hacer venir un químico —dijo con tono arrogante—. No quiero pagar por culpa de su ignorancia.

—Completamente razonable, señor King —admitió French, suavemente—. Sin embargo, quizá podamos obtener la confirmación de otra manera. Esos experimentos, ¿requieren determinados productos químicos?

—Evidentemente.

—¿Y cómo los adquirió usted?

—¿Cómo? Pues bien; los encargué.

French cogió el registro de pedidos de Joymount.

—Entonces —dijo, con aire de triunfo—, si usted los encargó, debe poder enseñar el pedido.

—Con toda seguridad —respondió King, con desprecio—. Deme el registro.

French adoptó un aire descorazonado al alargarle el libro. El químico ojeó las páginas.

—Ahí lo tiene —declaró—. ¿Le basta eso?

Pero aquello no le bastaba al inspector. Insistió en estudiar los experimentos uno por uno, haciéndose indicar por King los pedidos correspondientes a cada uno.

Esta tarea les ocupó cierto tiempo. Cuando, al fin, hubo terminado, French rogó a King que prosiguiera su declaración.

Persuadido de que se había apuntado un tanto, King se mostró más seguro que nunca. Prosiguió diciendo que había dado cuenta de su buen resultado al Consejo de Administración, el cual le pidió que emprendiese la fabricación del nuevo cemento.

—Sería preciso algún cambio en las instalaciones.

Decidido a proseguir sus pesquisas de la manera más completa, French pidió a King que le mostrase los planos y los pedidos que había hecho para

encargar las máquinas.

Hasta ahora, French se había preguntado si sus teorías se confirmarían de la forma que él esperaba. Poco después de la declaración del acusado, comprendió que el criminal estaba en sus manos. El químico se había comprometido, sin saberlo, hasta perder toda esperanza.

El inspector se interrumpió un instante; después, eligiendo sus palabras, rogó con voz grave:

—Resumiendo, señor King, he aquí su declaración: Usted recibió el encargo de descubrir el procedimiento y lo consiguió por medio de ciertos productos químicos que ha descrito; entonces elevó su informe al Consejo, que le ordenó adquirir el material necesario. Eso es lo que usted hizo, ¿verdad?

King declaró que aquélla era la verdad.

—Muy bien —replicó French, más despacio todavía y observando al otro con atención—. Ahora fíjese en las fechas siguientes: la noche del domingo veintinueve de julio, la fábrica de Chayle es desvalijada y muerto el vigilante nocturno. El miércoles primero de agosto se celebra la reunión del Consejo, en la cual usted anunció haber descubierto el procedimiento...

A su pesar, King se agitó en su silla.

—Eso no es leal, inspector —prorrumpió—. No puedo nada contra esa coincidencia de fechas.

El inspector alzó la mano.

—Déjeme terminar —dijo—. Después de la reunión, tardó usted diez días en desarrollar los planos de la instalación nueva. Después pidió la maquinaria. El registro de pedidos confirma su declaración. ¿Está bien?

Desconcertado, King se mostró conforme.

—Muy bien —prosiguió French—. Ahora, supongo que usted ha realizado los experimentos que le han conducido al descubrimiento del procedimiento, antes del Consejo del primero de agosto. ¿No es eso?

Por primera vez el químico vaciló. Una expresión de duda que se convirtió en terror se reflejó en sus ojos. Pero continuó en su *bluff*.

—Bien entendido —respondió—, los experimentos fueron ejecutados durante el mes que precedió a aquella reunión.

French le miró durante algunos momentos, sin hablar. Después movió la cabeza.

—Entonces, señor King ¿cómo explica que los pedidos de productos empleados en ellos no se hayan hecho hasta después de los de la maquinaria?

Este fué el golpe de gracia. King empezó a murmurar algo a propósito de un error de escritura. Pero no acabó la frase. Había establecido bien las fechas. Su voz se apagó. French replicó:

—Las fechas están bien claras. Usted obtuvo el procedimiento de la caja de Haviland, en Chayle, la noche en que Clay fué muerto. Después pensó que debía ponerse en condiciones de probar que había descubierto el procedimiento, gracias a sus experimentos, y encargó los productos. ¿Tiene algo que añadir?

King permanecía inmóvil, con la mirada fija. No intentó siquiera contestar. French se encogió ligeramente de hombros.

—Temo, King —le dijo, no sin cierta benevolencia—, que ha perdido la partida. La persona que ha impresionado el disco está dispuesta a jurar que era usted. Y conocemos todo lo referente a la existencia e instalación del contador de millas. ¿Tiene algo que añadir?

King se movió con esfuerzo.

—Únicamente —dijo— que la muerte de Clay fué un accidente.

—Si —dijo French—, estoy dispuesto a creerlo. Pero usted debió dar cuenta de su muerte a la Policía en vez de simular un accidente de automóvil.

La resistencia de King estaba decididamente rota.

—Temí que no me creyesen. —Después, tras larga pausa, añadió—: Debo decirle, inspector, que Brand no tiene nada que ver en este asunto. Ha participado, pero de una manera inconsciente, sin comprender lo que hacía.

French inclinó la cabeza.

—Ya había sacado esa conclusión, señor King, pero me satisface oírlo decir a usted. Su declaración será transmitida a quien corresponda.

Después de nuevas pesquisas y un examen detallado de los documentos de las partes interesadas, se reconstruyeron los últimos detalles. El día del proceso, el fiscal hizo un resumen del asunto.

El primer punto fué el descenso de los beneficios de Joymount, y la misión confiada a King de investigar la causa de ello. King era el protegido de Tasker, y éste le confió la tarea porque le consideraba, con justicia, el más capacitado para cumplirla. King justificó esta confianza. Tras las diligencias correspondientes, descubrió que Chayle vendía sus productos a precios inferiores a los de Joymount. Había analizado el cemento de la casa competidora y dedujo que trabajaba utilizando un nuevo procedimiento.

Ante tal noticia, Tasker, que conocía a King, había respondido que era preciso descubrir el secreto. De ser posible, por medios honrados, y si no, por medios ilegales. El químico comprendió inmediatamente que el primer método no conduciría a nada y Tasker le propuso hacer una visita nocturna a Chayle. Si King, con una simple inspección, podía descubrir lo que les interesaba conocer, tanto mejor; pero la primera tentativa fue infructuosa, y entonces los dos cómplices buscaron el medio de hacerse con las llaves de Chayle y de violar las

cajas fuertes. Fue Tasker quien se encargó de realizarlo.

Uno de los principales obstáculos que encontraron los conspiradores fue la vigilancia y la rectitud de conciencia de Brand. Trabajaba tan escrupulosamente en la fábrica que Tasker y King se dieron cuenta de que no podrían desarrollar su plan sin hacer surgir sospechas en él.

Para salvar este inconveniente, a Tasker se le ocurrió un sistema ingenioso. Le harían cometer una ligera infracción de la Ley, de suerte que si se descubría la verdad, tuviese la boca tapada. No se le confiaría ningún secreto importante, pero si llegaba a saber la verdad, no podría decir nada.

Los sucesos tomaron el giro previsto. Radcliff y Endicott fueron contratados, la ayuda voluntaria de Brand aceptada, y los tres comenzaron una serie de experimentos inútiles y destinados a ocultar los hechos reales. Después de su supuesto fracaso, Brand fue empujado a acompañar a King en su expedición a Chayle, sin conocer las verdaderas intenciones de aquél.

Sobrevino entonces la muerte de Clay —desastre a todas luces imprevisto—. Aquella noche, después de haber llevado el cadáver a Joymount, King telefoneó a Tasker y los dos pasaron la noche arreglando los detalles del accidente de automóvil. Aun en esto, Brand debía ser implicado para que no pudiese hablar.

Como el tiempo pasaba y la Policía no se movía, los dos cómplices empezaron a respirar. Poco a poco, creyeron haber asegurado su porvenir, un porvenir de riquezas, independencia y seguridad.

Fué entonces cuando se produjo el incidente de la visita de Haviland y Mairs, visita inopinada y que disipó sus sueños dorados. En lugar de la riqueza con que contaban, su existencia sería miserable; en lugar de seguridad, sería el continuo temor de la traición, de la cárcel y quizá de la muerte. Y en lugar de la independencia, la esclavitud a las órdenes de los dueños de Chayle.

Ellos ignoraban que Haviland hacia uso del *bluff* al dictar sus condiciones, sospechando simplemente lo que había sucedido, pero sin poder probar nada. Mas aunque lo hubiesen sabido con seguridad, no hubiese cambiado la cosa. El contratiempo era demasiado grande. Y antes que tener que pasar su vida en tales condiciones, Tasker y King preferían luchar hasta perder la vida. Haviland, Mairs y Samson eran los que compartían su bienestar. Si los tres desaparecían, los sueños de los de Joymount se convertirían en realidad.

Desde entonces, la idea de eliminar a sus rivales estaba siempre presente en el espíritu de Tasker y de King, pero durante un tiempo no dieron con el medio de realizar tales crímenes sin comprometerse.

Tasker pensó entonces en la explosión de la canoa. Su cómplice y él creyeron que la embarcación desaparecería con sus ocupantes y que no se

despertaría ninguna sospecha. De todas maneras, estaban persuadidos de que podrían dar pruebas rotundas de su inocencia.

El director general sólo había escrito a máquina, con toda intención, una copia del contrato, de manera que si uno de los cadáveres se encontrase, no se descubriesen sobre él las cláusulas seis y siete, las más peligrosas. A la vez se arregló para que las cinco primeras fueran consignadas en una sola hoja a fin de poder mostrar el documento a la Policía, afirmando que representaba todo el contrato.

Cuando el crimen proyectado fué considerado como la única solución posible, King rehusó asumir toda la responsabilidad y los dos cómplices decidieron obrar en común. Tasker debía procurarse un cartucho de gelignita y un detonador, así como el contador y la batería, en tanto que King, que había visitado secretamente el lugar donde se guardaban las embarcaciones de Chayle, para asegurarse de que la canoa se prestaría a sus designios, instalaría el aparato en la canoa de Samson. Allí, todavía Brand iba a ser útil. Debía adquirir la certeza de que sus colegas eran inocentes y hacer a la Policía una declaración sincera, perfectamente conveniente.

Para Tasker y King, el salvamento de Samson fue una catástrofe espantosa. Se dieron cuenta inmediatamente de que iba a sospechar de ellos, pero esperaban, contra toda verosimilitud, que no podría basar sus sospechas en ninguna prueba. Samson reconoció después que al principio había sospechado de ellos, pero su culpabilidad le había parecido tan imposible, que rechazó esta idea.

Habiendo trazado las líneas generales del asunto, el fiscal citó a los testigos. Los hechos inculcados a cada uno de los presos diferían ligeramente. Las pruebas siguientes revelaban la culpabilidad de King.

Las notas relativas al procedimiento, halladas en su caja fuerte, eran en todo semejantes a las existentes en el despacho de Chayle. En varios párrafos, en los que podían haberse empleado frases diferentes para describir ciertos detalles, en ambos casos eran idénticas. En suma, en determinado pasaje del documento de Chayle, había un error que se repetía en las notas de King: en lugar de «la solución debe ser mezclada», se había escrito «la solución debe mezclada». Era, pues, evidente que uno de los documentos era copia del otro.

El hecho del robo del procedimiento por King, lo probaban también las fechas, que mostraban claramente que encargó la maquinaria inmediatamente después de la muerte de Clay y antes de haber realizado los experimentos que, según él, le condujeron al descubrimiento del secreto.

El testimonio de Brand y la confesión de King a la Policía probaban que el químico fue el autor principal del accidente simulado.



Pero King no era juzgado por el robo y el falso accidente, sino únicamente por el asesinato de Haviland y Mairs. Las pruebas contra él eran contundentes.

Primero, el móvil indiscutible. Brand acabó por hablar del *chantaje* de los socios de Chayle; y su declaración fué confirmada por Samson. Los dos testigos afirmaron bajo juramento que el contrato se componía de dos hojas. La segunda fué luego hallada en la caja de Tasker.

Después, el descubrimiento del circuito eléctrico accionado por el contador probaba que la explosión fue provocada deliberadamente. Además, las deducciones sacadas por French de su estudio del aparato mostraban la forma cómo fue colocado en Joymount. Ello quedaba bien claro.

La posibilidad de que lo hubiese instalado el mismo King fué demostrada por el inspector, que declaró, bajo juramento, haber realizado una experiencia; había abandonado el despacho de King por la ventana valiéndose de una escala de cuerda, había ido al extremo oeste del muelle, donde tomó un bote para trasladarse hasta la escalera, pasando por debajo de la plataforma del muelle. Esperó allí tres minutos y regresó al despacho. Como King había permanecido solo durante un tiempo que variaba de doce a quince minutos, quedaba probado que dispuso del plazo suficiente.

Por fin, las primeras declaraciones del mismo King, de Tasker, de Brand y de Samson, demostraban que King instaló el dispositivo. Los tres habían declarado que diversos sonidos les llegaron procedentes del despacho del químico, durante el tiempo que éste permaneció solo, en el curso de la última conferencia celebrada entre los representantes de las dos firmas. El director de la Compañía de Gramófonos Etna afirmó, bajo juramento, que impresionaron unos discos reproduciendo aquellos mismos sonidos y que King era el hombre para quien fue echo el trabajo. A propuesta del fiscal presentó un gramófono e hizo oír los discos. La defensa fué incapaz de decir para qué habrían podido servir, como no fuese para permitir que King pudiese abandonar su oficina sin que lo supieran los demás.

Las pruebas presentadas contra Tasker eran cuatro. Ante todo, existía el hecho de que sin su ayuda, King no hubiese podido cometer todos sus delitos. En segundo lugar, estaba el móvil: el mismo que para el químico. Tercero, la superchería con ayuda del gramófono no hubiera podido llevarse a cabo sin la cooperación activa de Tasker, sobre todo en lo concerniente a la respuesta a la pregunta, pasaje que debió de ser objeto de varios ensayos. Finalmente quedaba el hecho de la compra del cuentakilómetros para lo cual la defensa no pudo encontrar ninguna explicación satisfactoria.

Después de una defensa y una acusación muy brillantes, seguidas de un resumen imparcial, el Jurado reconoció a los dos hombres culpables de

asesinato. La apelación fué desestimada y se pronunció la terrible sentencia.

Antes de morir, los dos hombres reconocieron su culpabilidad.

En fin de cuentas, habiéndose negado Samson a acusar a Brand, no fue mantenida ninguna acusación contra él. El mismo Samson le propuso asociarse, pero Brand declinó su oferta y partió para América del Sur; donde emprendió una nueva vida.

En cuanto a French, unos días de vacaciones y unas breves palabras de felicitación por parte del director de Scotland Yard, fueron su recompensa por el feliz resultado de un asunto particularmente largo y difícil.

FIN de “La fórmula secreta”

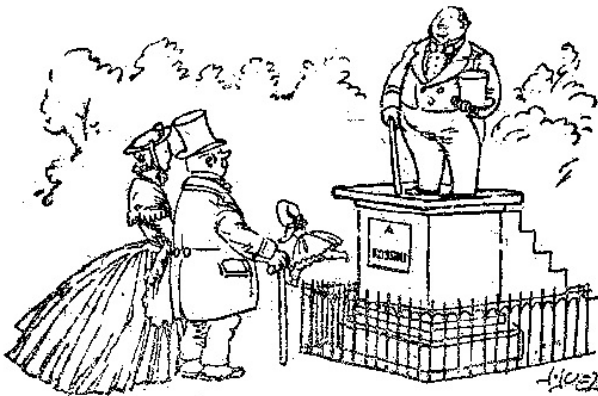


## LO QUE SE CUENTA

### Tres interesantes anécdotas

#### Rossini y su estatua

El éxito obtenido por el compositor Rossini en Francia superó toda ponderación.



Fue tal el entusiasmo popular, que nació la idea de erigirle un monumento, para lo cual, y con objeto de llevarlo a feliz término, se constituyó una Comisión. Pocos días después era visitado el maestro para darle cuenta de la marcha de la suscripción.

—¿Y han recaudado ustedes mucho?

—Unos sesenta mil francos. Pero tenemos la seguridad de que aumentarán hasta los cien mil.

—Pues si llegan a esa cantidad —dijo Rossini—, creo lo más acertado que no se haga la estatua. El dinero me lo entregan a mí y yo iré todos los días a ponerme un ratito sobre el pedestal.

#### La enemiga de Whistler

El pintor Whistler odiaba a Ruskin y hablaba siempre mal de él.

Un amigo de ambos comentó un día:

—Whistler, ¿por qué atacas siempre con tanta rudeza a ese pobre viejo? ¿No ves que tiene un pie en la sepultura?

—¿Y qué? Precisamente no es ése el pie que a mí me carga.

## Vieja anécdota

Según se cuenta, Luis XI de Francia hizo llamar un día a cierto astrólogo, encargando antes a sus servidores que a una señal suya convenida lo arrojaran por la ventana.



Una vez el astrólogo en su presencia, el rey le dijo:

—Tú, que pretendes conocer el destino de los demás, vas a demostrarme ahora mismo si conoces el tuyo. ¿Cuánto tiempo te queda de vida?

Bien fuera porque el astrólogo hubiera sido advertido de antemano del propósito del rey, o bien porque presintiera un funesto desenlace, el caso es que se apresuró a contestar:

—Señor, solamente puedo decir que he de morir tres días antes que Vuestra Majestad.

Naturalmente, salvó su vida.

# EL hombre que murió dos veces

por  
Eli Colter



El viejo Tartar imaginó una espantosa venganza; el propio incitador de ella cuidó de borrarla.

## EL HOMBRE QUE MURIÓ DOS VECES

**Es el relato monstruoso y macabro de una fiera  
venganza.**

**Eli Colter**

¡Date prisa, Rodolfo, hermano querido; acerca papel y pluma al borde de mi lecho y escribe el tenebroso relato que voy a dictarte. Es importantísimo que logremos transcribirlo todo hasta el último detalle antes de que muera; de lo contrario tu propia vida se vería en peligro. Soy joven para morir, ¿verdad? Sólo veinticinco años; ayer los cumplí. Sin embargo, antes de que el día de hoy llegue a su fin no existiré.

Pero tú debes vivir, hermano mío. Siempre consideramos una gran felicidad el celebrar en la misma fecha nuestro cumpleaños. Nacimos el mismo día; únicamente con un año de diferencia. En adelante tendrás que celebrarlo solo, pues no puedo consentir que se te condene a morir a ti, que estás limpio de toda culpa. Voy a dictarte. Debes obedecerme sin hacer preguntas, como siempre. ¡Date prisa, Rodolfo, pues aun me quedan fuerzas para susurrar los terribles secretos que pesan sobre mi alma, ¡Date prisa! El sudor de la agonía empieza a humedecer las raíces de mis cabellos.

—¿Ya has vuelto? ¿Estás dispuesto a empezar? ¡Siempre tan bueno y considerado!

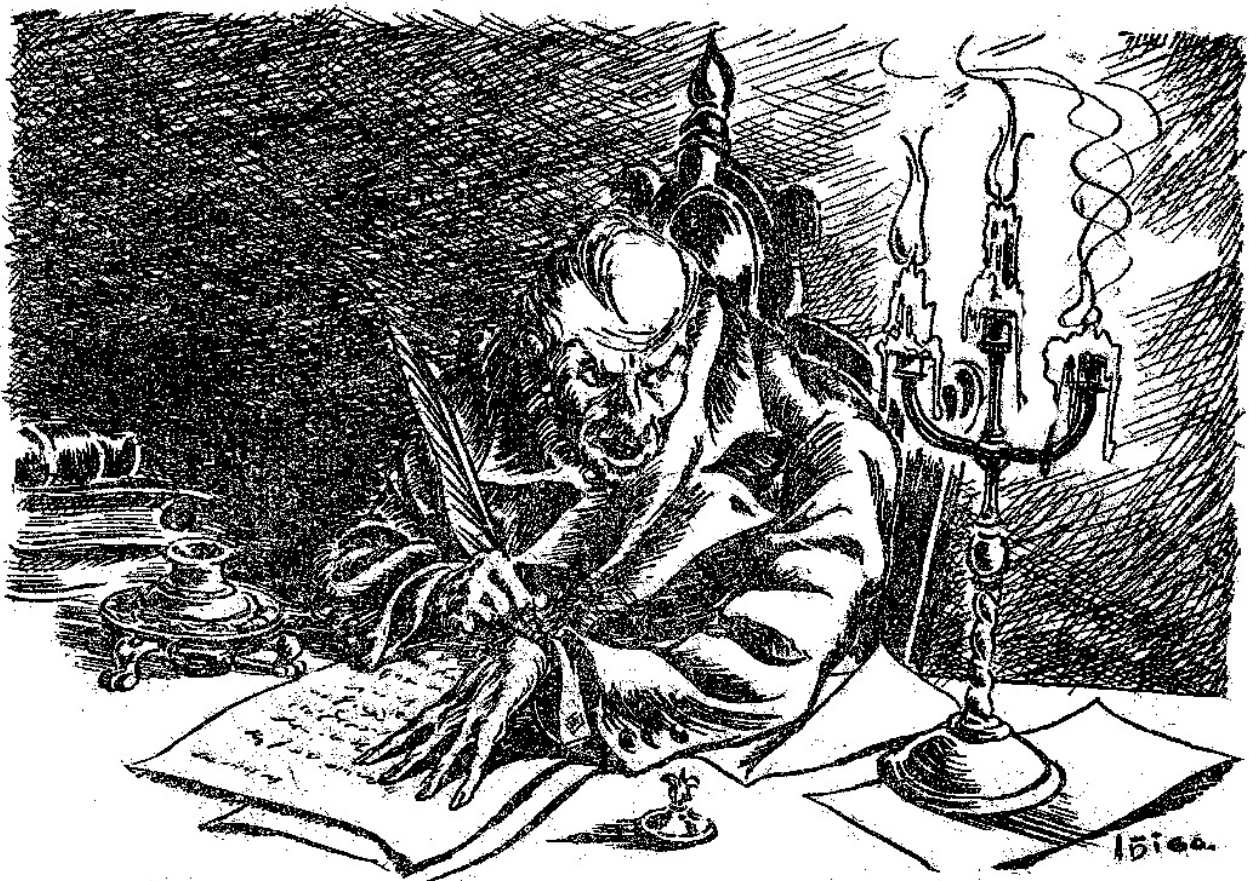
Hay mucho de admirable en ti, Rodolfo, y aunque nunca he sido locuaz, he procurado evidenciarte mi afecto. He luchado por ti siempre que ha sido necesario. Por ello ahora quisiera resguardarte, si pudiese, del horror que te voy a revelar. Yo mismo escribiría esta crónica de bajezas, pero ni siquiera eso puedo hacer.

La vista empieza a enturbiárase, las fuerzas se me agotan. Debo conservar toda mi lucidez para dictarte con toda claridad esta parte de nuestra historia.

Hace doscientos años, Rodolfo, nació en nuestra familia un verdadero fenómeno. Su nombre no es desconocido; se llamaba Tartar Kellydreyfuss. Creo que fué un engendro de todos los monstruos del Averno, de los monstruos que habitan en un mundo aparte. Vio por primera vez la luz, en forma humana, en el antiguo *schloss* que coronaba aquella sombría y boscosa montaña sobre el Rin. Este río está hechizado por las leyendas de dos mil años y los recuerdos de épocas turbulentas y crueles. A lo largo de sus márgenes sonaron hace siglos los gritos de guerra de los teutones, romanos, francos y galos; Contempló el paso de los grandes conquistadores: de César, Atila, Carlomagno, Napoleón... Pero ninguna de las leyendas está a la altura ni sobrepasa la historia de Tartar Kellydreyfuss.

Se dice que el día de su nacimiento la montaña se estremeció bajo una lluvia torrencial; que el viejo *schloss* conmovíase con el eco de los ensordecedores truenos y que el río hervía en vana protesta cuando los rayos hundíanse en sus aguas. Un escenario muy a propósito para Tartar, si la leyenda no miente.

Recuerdas el *schloss*, ¿verdad, Rodolfo? Nuestro castillo ancestral. Nuestro antiguo sepulcro. Un indicio de lo que hubiera podido ser una familia noble de no haber existido jamás Tartar Kellydreyfuss. También recordarás el viaje por Europa, con nuestro padre, poco antes de que muriera, cuando tú tenías dieciocho años y yo diecinueve. No he olvidado las enormes ruinas en lo alto de la montaña, rodeadas de viñas y árboles, con el Rin deslizándose en el fondo.



Redactó en el máximo secreto su testamento.

Un estremecimiento conmovió mi cuerpo mientras seguíamos a nuestro padre a través de la puerta principal y de las que se abrían a continuación. Era como cruzar las sucesivas puertas de una caja de seguridad, y me preguntaba si saldríamos vivos del edificio. Nuestro padre, mientras nos señalaba las saeteras que se abrían en los macizos muros, dijo que un puñado de hombres habrían podido rechazar allí a un ejército. Me imaginé oír el chocar de las armas y el batir de los cascos de los caballos a lo largo de aquellos corredores. Vi la figura de un guerrero, cubierto de hierro montando guardia. Me estremecí al contemplar la torre del homenaje, tantas veces regada con sangre; y el pozo de los tormentos, medio lleno de piedras y de agua estancada. ¡Horrible! Noté que un espíritu diabólico vagaba por aquellos contornos.

¿Dices que tú también te viste asaltado por los mismos inexpresables terrores? No me sorprende. Ya entonces noté que compartías mi pánico. ¿Te llevaste en la mente una visión de lo que debió ser el viejo Kellydreyfuss en todo el apogeo de su poderío cuando el *schloss* estaba en pie? Yo también, hermano querido.

Pero la realidad fué muy superior. Los antiguos barones, bandidos del Rin, eran seres benévolos y bondadosos comparados con él, Rodolfo, aunque hasta la vejez no traicionó su placer por los crímenes horrendos y los martirios irresistibles. Nunca fué considerado un hombre vulgar. Decíase que tenía tratos

con los poderes ocultos; que era una especie de místico.

¡Místico! Esta es una expresión demasiado suave aun, para expresar las actividades de Tartar. Era un ser sobrenatural, lo bastante astuto para impedir que sus vecinos se dieran cuenta de lo monstruoso que en realidad era.

Ya sabes cómo huyó del *schloss* en dirección a América, llevándose con él la fortuna que había ganado y a su único pariente, su bisnieto, entonces un niño. Pero supongo que no sabrás que el motivo de su fuga fue la noticia que llegó a él de que todos sus bienes iban a ser confiscados. No quiso quedarse a luchar legalmente contra aquella confiscación, pues sabía que la Ley estaba contra él. Dominaba las fuerzas que regulan la vida y la muerte. No murió a los ciento diecisiete años porque no pudiera ya seguir viviendo, Rodolfo. Abandonó esta existencia porque estaba cansado de ella; había agotado todo lo que tenía de agradable para él. Ya nada le divertía. Todos sus momentos habían sido consagrados a increíbles ritos y malditas prácticas. Los soldados y vasallos le fueron fieles porque le temían y porque eran tan malos como su señor. Pero ni en la cumbre de una aislada montaña puede guardarse el secreto de una degradación tan vil como aquella.

Por ello el Gobierno tomó cartas en el asunto; pero llegó demasiado tarde, encontrándose tan sólo con un *schloss* silencioso y solitario en cuyos corredores veíanse tendidos los cadáveres mutilados de los servidores que durante tanto tiempo obedecieron las órdenes de su jefe. También se hallaron huesos y restos humanos pertenecientes a sus familiares, pues todos sus descendientes, que formaban una larga línea, habían sido atormentados por él, en busca de una diversión brutal. El único que se salvó fué el bisnieto, Lambeth Kellydreyfuss.

No es ningún misterio el hecho de que dejara vivo al niño. El motivo no podía ser otro que el deseo de hacerle sufrir los nuevos métodos de tortura que creaba su monstruoso cerebro. Aquellas indignidades eran de una clase que sólo podían experimentarse en un hombre ya hecho. Por eso se llevó consigo a Lambeth, cuidando de que creciese lo más sano posible, vigilándolo cuidadosamente para que no huyera.

Sin embargo, no deseaba apresurar la muerte del chiquillo; al contrario, parecía complacerse en retrasarla lo más posible, saboreando por anticipado todas las posibilidades de placer que había en su diabólico proyecto.

Esa situación, hermano mío, se fué alargando en estas montañas de Arizona, cerca de esa ciudad del desierto que tanto nos gusta a ti y a mí. El viejo Tartar Kellydreyfuss, exiliado de su país, vivía en un enorme edificio de ladrillo, resguardado por frondosos robles, en un cañón aislado (la misma casa en que vive actualmente nuestro bisabuelo). Había llegado a la edad de ciento



diecisiete años y tenía diez millones de dólares. Obedecían sus órdenes un puñado de fieles servidores. Y su bisnieto era ya un muchacho de veinticinco años.

Pero Lambeth no era un tonto. Tú ya lo sabes, Rodolfo. Le conoces lo bastante para darte cuenta de que es todo lo contrario: Lambeth era y es un hombre muy perspicaz y astuto. Su inteligencia le impidió vivir tanto tiempo con el viejo Tartar, sin presentir las horribles intenciones del viejo con respecto a él. El miedo empezó a germinar en su alma. Estaba vigilado tan de cerca que le era imposible marcharse de la vieja casa de ladrillo y, desesperado, tomó el único camino posible: decidió matar a Tartar antes de que éste le matase a él.

Ignoraba que el viejo Kellydreyfuss podía leer cuanto pasaba por su cerebro. Por ello Lambeth estaba condenado al fracaso. Además era ambicioso. Deseaba vivir; pero principescamente, con la fortuna que su bisabuelo había amontonado. Fríamente decidió asesinar a Tartar Kellydreyfuss y luego hacer desaparecer el testamento si no le favorecía, entrando así en posesión de toda la herencia.

Pero el viejo Tartar echó por tierra con facilidad aquellos planes. Encerróse en sus habitaciones para reflexionar acerca del atrevimiento de su bisnieto y decidir lo que debía hacerse. Deseaba desquitarse de una manera adecuada. Y cuando descubrió la solución estuvo riendo dos días enteros.

Redactó en el máximo secreto un testamento, mató a todos sus servidores y los enterró en el cañón, cerca de la casa. Y, al fin, tendióse en el lecho y murió.

—¿Qué dices, Rodolfo? ¿Que no ves la venganza? Aguarda un momento, aguarda.

Cuando se leyó el testamento del viejo Tartar, Lambeth enteróse de que los diez millones de dólares quedaban en depósito; que él sólo recibiría los intereses mientras viviera; y que cuando el mayor de los bisnietos de Lambeth, fuera quien fuese, cumpliera los veinticinco años, recibiría íntegro todo el capital.

Lambeth estallaba de furia, quería romper el documento. pero estaba en manos de un notario y no podía hacerse nada. Vióse obligado a aceptar, como única herencia, los crecidos intereses de la enorme fortuna.

De esa manera Lambeth quedó enteramente en manos de Tartar. Tuvo que vivir aún contra sus anhelos. Vióse obligado a casarse y a tener una hija; a verla crecer y a asistir a su casamiento con Creighton Lander, nuestro abuelo. No pudo evitar que su progenie se extendiese con los hijos que crecían, se casaban y morían, dejando otros hijos que crecieran y se casaran. Hasta que de toda la familia, sólo quedó el viejo Lambeth Kellydreyfuss, tú y yo: Rodolfo Grace Lander y John Hale Lander.

Considera lo horrible de verse uno obligado a vivir cuando se desea morir; cuando se sabe que toda la tragedia presente no es más que un prólogo del golpe final, mucho más terrible que todo lo pasado. Es algo realmente desagradable, Rodolfo.

Para Lambeth no era el menor de los horrores el hecho de saber a ciencia cierta que Tartar Kellydreyfuss regulaba su vida con la misma frialdad y dureza con que la guiara siempre. Y cada día su odio iba en aumento. No le quedaba siquiera el consuelo de volverse loco, pues Tartar Kellydreyfuss cuidaba constantemente de impedir semejante contingencia. El viejo no estaba dispuesto a dejar que su venganza se le escapara de entre las manos.

Pero aun había algo que completaba el diabólico plan de Tartar. Sin saberlo otras personas que los administradores de su inmensa fortuna, dejó dos sobres lacrados. Uno de ellos iba dirigido a aquel que fuera director de la empresa encargada de administrar el legado de Tartar Kellydreyfuss. En el otro sobre decía: *“Para el mayor de los bisnietos de Lambeth Kellydreyfuss. Debe serle entregado cuando cumpla los veinticinco años”*.

Dichas cartas debían abrirse cuando el citado bisnieto tuviese aquella edad y por ningún motivo antes. Y siendo yo, John Hale Lander, el mayor de los bisnietos de Lambeth Kellydreyfuss, al abrir el documento leí lo siguiente:

*«Joven, sea cual sea tu nombre: si quieres recibir la fortuna legada por mí has de seguir las siguientes instrucciones:*

*»Antes de que haya transcurrido una semana de la recepción de este papel debes matar tu bisnieto Lambeth Kellydreyfuss. Por ningún motivo dejes de obedecer esta orden. Si vacilas perderás tu herencia. La carta que he dejado al jefe de la empresa administradora dice así:*

*«Si dentro de la semana siguiente al vigésimo quinto cumpleaños del mayor de los bisnietos de Lambeth Kellydreyfuss, el citado Lambeth Kellydreyfuss muriera de muerte natural, su bisnieto debe heredar toda mi fortuna sin necesidad de cumplir ningún requisito. Si Lambeth Kellydreyfuss siguiera con vida al final del citado período, o bien en el caso de que dicho joven muriese, la fortuna pasará al bisnieto siguiente.*

*»No tengas miedo de ningún castigo por quitar la vida a ese viejo diablo de Lambeth Kellydreyfuss, muchacho. Nadie tendrá jamás la menor sospecha de que tú eres el responsable. Todo el mundo creará que falleció de muerte natural. No tienes que hacer más que ir a verle, cenar con él y dejar caer en su taza de café la oblea*

*que encontrarás en esté sobre. Morirá poco a poco, pero se dará cuenta de que muere. Sabrá que él, que una vez intentó matar a su bisabuelo, paga dicha falta a manos de su propio bisnieto. Se dará cuenta de que en ello estriba el acto final de mi larga persecución y venganza contra él. Y en adelante tú vivirás en medio del lujo y de la paz.*

*Tartar Kellydreyfuss.»*

¿Qué dices, Rodolfo? ¿Sonríes pensando que la venganza fallará porque yo soy incapaz de cometer semejante crimen? ¡Te equivocas! No he vacilado ni un segundo. Ayer noche fui a cenar con nuestro bisabuelo, que ha pasado ya de los ciento siete años, y dejé caer la pequeña oblea dentro de su taza de café aprovechando un momento en que él estaba fuera del comedor.

Pero fué más listo que yo, Rodolfo. En un momento en que me distraje cambió las tazas, colocando ante mí la suya y cogiendo él la mía. Hacía mucho tiempo que sospechaba un ataque por parte del mayor de sus parientes. Intuitivamente adivinó mis intenciones. Cuando al final de la velada, encontrándome mal, dije que tenía que volver a casa, echóse a reír y me contó lo que había hecho.

Por ello estoy tan grave. Mañana, libre ya de la férrea mano de Tartar Kellydreyfuss, morirá de muerte natural. Y aunque, según todas las apariencias, también yo moriré de muerte natural, se sospechará de ti, Rodolfo, porque recibirás la fortuna que te corresponde como pariente inmediato. La Justicia encontrará raro el que todos cuantos estaban entre tú y la herencia mueran en el mismo día, y creará que todo se debe a un heredero impaciente. Y si no te dejo en una posición que desafíe toda sospecha, Dios sabe que las circunstancias te harían aparecer culpable de un crimen que no has cometido.

Y ahora llego a la parte más repulsiva de esta revelación. No me mires, Rodolfo. No puedo resistir la honrada luz de tus ojos. No me es posible ver cómo su afectiva inquietud se convierte en repugnancia y horror. No puedo soportar que te apartes de mí estremecido de espanto; cosa que forzosamente harás.

Porque yo, John Hale Lander, soy Tartar Kellydreyfuss reencarnado. Por eso conozco tan a la perfección todo cuanto ocurrió hace varios siglos. Cuando ayer por la mañana, al cumplir los veinticinco años, tal como había dispuesto desperté recordando todo lo pasado y mi verdadera personalidad, recordé con qué diabólica alegría había planeado la muerte del bisnieto que intentara matarme; cómo reencarné en su propio bisnieto; cómo pensaba vivir con la fortuna ganada por sí mismo, disfrutando de todas las ventajas del dinero y de la juventud.

Pero no tuve en cuenta el elemento humano. Durante veinticinco años he vivido la vida limpia y honrada de John Hale Lander. Ni Tartar Kellydreyfuss podía anular completamente la redención ganada en esta breve existencia. Ahora mismo no pienso en otra cosa que en librarte de las sospechas que injustamente pueden recaer sobre ti. Es necesario que quedes limpio de toda culpa, libre de hacer un uso justo y honrado del dinero del viejo Tartar.

Dame el documento para que lo firme, Rodolfo.

¿Qué dices, hermano mío? ¿Que te mire? ¿Que levante la cabeza y no aparte la vista? ¿Cómo voy a hacerlo? ¿Crees que me sería posible ver el horror y la repugnancia que se pintarán en tu rostro? ¿Cómo podía...?

Pero... ¿qué es lo que veo en tus ojos, en ese rostro que tanto he querido? ¿No me condenas? ¿No te estremeces? ¿Me miras con afecto e indulgencia? ¿Compasión y perdón? Dios te bendiga, hermano mío; ahora es mucho más fácil decir lo demás.

Tienes que fijarte bien en esto; la Ley pedirá pruebas. Los servidores de la justicia se mostrarán refractarios a creer un relato tan extraordinario como el mío. Dirán que es una locura tu declaración de que yo, que hace casi cien años que he muerto, he sido asesinado por mi bisnieto, que es, al mismo tiempo, mi bisabuelo... lo dirán, a menos que existan pruebas que demuestren tu veracidad. Es necesario ofrecerles esas pruebas, Rodolfo.

Mira; primero firmaré en la forma que ya conoces: John Hale Lander. Debajo lo haré con el nombre de Tartar Kellydreyfuss y con una escritura que ningún ser humano vivo ha visto jamás; pero que será igual a la firma que aparece en los dos documentos guardados dentro de los sobres lacrados.

¿Qué dices, Rodolfo? ¿Que mi cerebro no funciona bien? ¿Que mi cumpleaños no se celebra hasta mañana? ¿Que no te has enterado de que se me haya hecho entrega de ningún documento?

Estás en un error, hermano mío. Cuando aun éramos unos chiquillos quise que se adelantara tres días la fecha de mi cumpleaños a fin de que los dos pudiésemos celebrarlo juntos. Nuestra madre no se opuso. Actualmente sólo yo conozco ese hecho. El verdadero aniversario de mi nacimiento fué ayer; y como yo había dispuesto las cosas de manera que en dicho día recordase lo sucedido cuando vivía bajo el nombre de Tartar, no tuve necesidad de documentos. Es más, recordé con todo detalle lo que decían las cartas guardadas bajo sobre sellado. Tampoco fue preciso que se me entregara la oblea de la muerte; la hice yo mismo. No me fué difícil, pues conocía todos los ingredientes.

En parte tienes razón, Rodolfo; no se me ha entregado ningún documento. En ese hecho está la prueba que tú necesitas, la indiscutible prueba de la validez de

este relato. Lo he firmado con el nombre de Tartar Kellydreyfuss, y las únicas muestras que de dicha firma existen están en los dos papeles citados. Te he dictado al pie de la letra esas dos cartas que se encuentran sin abrir en un cofre fuerte que fue entregado a la empresa administradora por el mismo Tartar Kellydreyfuss. Nadie, excepto Kellydreyfuss mismo, conoce la combinación de dicho cofre, y será necesario romperlo para sacar lo que hay dentro de él. Y eso tendrá que hacerse el día de mi vigésimo quinto cumpleaños, que todos creen que es mañana y sólo yo sé que fué ayer. Cuando los servidores de la Ley abran esa caja y comparen los documentos con este relato, tendrán pruebas incontestables de que cuanto he dicho es la pura verdad.

Me muero, Rodolfo. Yo, John Hale Lander, me marcho del mundo, purificada la conciencia por esta última acción en favor tuyo. De cuando en cuando recuérdame, hermano mío, pensando en lo mucho que te quise, y olvida, si puedes, que en otra vida he sido un ser diabólico. Adiós, Rodolfo. Tartar Kellydreyfuss ha muerto por su propio veneno. Tal vez Dios perdone al gran pecador que ha habido en mí.

¡Adiós, hermano querido! ¡Adiós!

FIN de “El hombre que murió dos veces”

# UNA EVASIÓN EN LA GRAN GUERRA

## Historia de una fuga accidentada.

**Juan Buscon**

Estamos en la que se llamó la Gran Guerra. Abril de 1917; un marino francés, Fleuret, mecánico jefe del *Listrac* —barco de Francia al que la declaración de guerra halló en Hamburgo— se encuentra en Brombauer, en la mina Minister Ochembach, tras de haber intentado por tres veces la fuga, desde agosto de 1916, sin haber logrado éxito, a pesar de que a la tercera casi llegó a la frontera holandesa. Los intentos de huida los hizo Fleuret con tres amigos, a quienes apresaron siempre antes que a él.

El castigo de la última fuga de Fleuret ha sido de veintiún días de celda, en Emmermich, a donde le llevaron después de detenido.

Una vez en Brombauer, y transcurridos los primeros cinco días de prisión, Fleuret fué reincorporado a su trabajo habitual en la fábrica, tras algunas vacilaciones, puesto que su labor interesaba en grado sumo a la Defensa Nacional. Así, pues, fué liberado de la pena impuesta primeramente, en cambio del pago de una multa de ciento veinte marcos. Esta solución fue del agrado de Fleuret, pero lo malo era que él no disponía de semejante cantidad para hacerla efectiva. No obstante, este contratiempo no consiguió amilanarle, y guiado por los consejos de un amigo, decidió visitar al comisario de policía para proponerle el pago de la multa en mensualidades de diez marcos; después de una larga discusión lograron ponerse de acuerdo, con la condición de que Fleuret debería pagar mensualmente veinte marcos en lugar de diez como era su propósito.

Reanudó su vida normal y de trabajo en la mina, pero en su mente germinó de nuevo el cuarto intento de fuga. En combinación con sus tres amigos —compañeros suyos en las anteriores correrías— comenzó los preparativos para la empresa que llevarían a término una vez transcurriera el mes de marzo y cesase el intenso frío que reinaba y se hubiese producido el deshielo. Eligieron el mes de abril, y aun se vieron obligados a postergar la huida algunos días más de los previstos, toda vez que la semana precedente a la fecha que habían calculado fue en extremo lluviosa y por consiguiente los caminos estaban cubiertos de barro y los fosos llenos de agua.

Durante el tiempo que se vieron obligados a esperar, Périer, uno de los cómplices, fué encarcelado y enviado a la prisión de Lünen, al cometer la

imprudencia de escribir una carta a cierto contrabandista dedicado a facilitar evasiones, quien, no respondiendo a la confianza que el otro demostrara, entregó la carta a la policía. En aquella ocasión, Pérrier no acompañaría a sus amigos.



Tropezaron nuevamente con un centinela.

Lentamente se fueron pasando los días, hasta llegar el veintinueve de abril. Era domingo y amaneció con un tiempo espléndido, que fue aprovechado por los fugitivos, Fleuret y dos belgas, Denismacker y Auguste, los cuales, utilizando los mismos medios de locomoción de otra fuga fracasada, emprendieron, al fin, la tan ansiada huida.

Tuvieron que cambiar de tren en Oberhausen, pero una vez allí, en vez de continuar hasta Emmermich, se detuvieron en Dinslaken donde, según sus informes, no existía vigilancia.

A la salida de la estación siguieron la gran carretera de Wesel que bordeaba el campo de tiro y desde donde descubrieron el campamento de prisioneros de Friedrichsfeld; esta carretera les condujo hasta el Lippe. Para franquear el río no existía otro medio que un puente guardado por un centinela. Menos mal que la misión de éste se limitaba a impedir toda tentativa de destrucción y a examinar a quienes llevaban paquetes.

La suerte parecía acompañar a nuestros tres amigos, quienes atravesaron el

puede con toda tranquilidad, aprovechando la favorable circunstancia de que el centinela se hallaba en animado coloquio con una rubia *fraülein*, pasando sin ser vistos ante él.

En las primeras horas de la tarde, Fleuret y sus compañeros cruzaron Wesel. Tres o cuatro chiquillos corrieron tras ellos, y en pleno centro de la ciudad uno de los niños dijo:

—Parecen espías.

Este inesperado comentario por parte del chiquillo los llenó momentáneamente de inquietud. Denismacker le impuso silencio, y sin más contratiempos ganaron la salida de la ciudad. Fácilmente localizaron la parada del tranvía que conducía a Rees.

Cuando se dirigían al quiosco que encabezaba la línea, tropezaron con un soldado alemán, empleado largo tiempo en la oficina de Holzminden, que hubiera podido reconocerles. Felizmente, también éste estaba hablando con una dama, sin prestar la menor atención a cuantos pasaban. Fleuret y los dos belgas lograron subir furtivamente al tranvía, y a las cinco de la tarde llegaron a Rees sin novedad.

A partir de esta ciudad tuvieron que seguir la carretera general de Emmermich. En el mismo instante en que se disponían a tomar la carretera, unos treinta pasajeros, desembarcados de un vapor del Rin, salían de Rees. Los tres fugitivos, mezclados entre aquella gente, siguieron el mismo itinerario que ellos. De esta forma cruzaron, sin obstáculo, la aldea de Bienen, donde está establecido un puesto de vigilancia, del cual no tenían la menor noticia; El *feldwebel* que lo mandaba se paseaba, con el sable al cinto, ante la puerta de un restaurante, transformado en puesto de guardia, contemplando a las gentes. No sospechó siquiera que en aquel grupo, formado, principalmente de mujeres y niños, pudieran encontrarse tres evadidos.

Estos siguieron la dirección de Emmermich. Según sus cálculos deberían dejar la carretera a dos kilómetros al sur del pueblo y marchar a campo traviesa en dirección nordeste. Pero dos kilómetros antes de llegar a este punto tropezaron nuevamente con un centinela instalado en medio de la carretera.

El belga, que iniciaba la marcha, preguntó si podían pasar, a lo que el centinela respondió que no.

—Para ir a Emmermich —añadió— es necesario un permiso especial.

El belga consiguió salir maravillosamente del paso.

—Quería ver a mi tía que vive en ese pueblo —dijo—; pero iré otro día. Gracias.

Los tres amigos volvieron lentamente sobre sus pasos. Una granja aislada en medio del campo les sirvió para ocultarse y estudiar su mapa. Antes de



proseguir la marcha decidieron esperar a que la luna se pusiera. Después de todo, solamente les separaba de la frontera cuatro kilómetros, y dos o tres horas de camino serían suficientes. para salvarlos. Comieron unos bizcochos y chocolate y se dispusieron a dormir vigilando por turno.

En cuanto la luna se puso reanudaron la marcha. Fleuret, con una brújula luminosa en la mano, iba a la cabeza. Denismacker y Auguste le seguían a pocos pasos.

Se dirigieron primeramente hacia el nordeste, evitando pasar ante un castillo, en el cual ladraban los perros, y después hacia el norte. Marchaban lentamente, tan pronto encorvados, como arrastrándose. Franquearon así una vía férrea y unas praderas rodeadas de setos espinosos que les desgarraron. Varias veces cayeron en profundos fosos, que les fue preciso atravesar. No es de extrañar que con tanto obstáculo, en la obscuridad, tratando de evitar todo ruido, conscientes del peligro que corrían, les pareciese el camino interminable. A cada instante miraban el reloj luminoso, como si este hecho hubiera podido acercarlos a su salvación. No comprendían por qué no estaban ya en Landwerkanal.

Pasaron a poca distancia de un grupo de dos o tres casas aisladas en las cuales aullaba un perro. Más lejos, al cruzar un sendero, Denismacker creyó ver un centinela o una patrulla.

Tendidos en el suelo tuvieron que permanecer durante un cuarto de hora. Al fin, pudieron proseguir el camino, aunque cruzando siempre campos cerrados por alambradas. Bruscamente, a algunos metros de distancia, divisaron una fila de álamos. Embargados por la emoción comprobaron que se trataba de los bordes del Landwerkanal, que separa a Holanda de Alemania.



Tuvo que ayudarles a pasar el canal.

Por aquella parte el canal medía aproximadamente unos treinta metros de anchura. Fleuret lo pasó a nado y exploró la orilla opuesta. No había nadie. Como sus compañeros no sabían nadar, tuvo que ayudarles a cruzar el canal, logrando al poco rato encontrarse en la orilla holandesa.

Eran las tres cuarenta y cinco. Sin volverse, recorrieron aun un centenar de metros hacia el norte, deteniéndose después. Merced a la lámpara de bolsillo que ocultaban bajo sus ropas, consultaron el mapa: se encontraban al oeste de Gondringen. Ya no tenían por qué ocultarse, pero les era necesario encontrar pronto un abrigo, puesto que sus ropas estaban empapadas y sentían la tortura del frío.

Cruzaron una gran pradera, en cuya extremidad se alzaba una pequeña granja. Penetraron en el patio y a la llamada que hicieron no obtuvieron respuesta.

Siguieron su ruta hasta la aldea. Con sus ropas húmedas y llenas de barro, sus bufandas negras atadas al cuello y su aspecto en extremo fatigado, parecían más bien unos malhechores. Por el camino empedrado llegaron a un grupo de dos o tres casas. De una de ellas salía un hombre, dio media vuelta y, metiéndose en su casa, cerró la puerta con llave. No es de extrañar que el mal aspecto de los desconocidos le asustase.

Al despuntar el día divisaron el campanario de Gondringen, y un poco más tarde llegaron a una carretera regularmente cuidada, indicios de que se

acercaban a un lugar habitado. Un ciclista se aproximó a ellos preguntándoles de dónde venían en aquel estado. Al tener conocimiento de su odisea se ofreció amablemente a llevarles a un hotel, donde se negaron a recibirlos con el pretexto de que la ley holandesa se lo prohibía antes de las seis.

Sin desanimarse por ello, y no pudiendo hacer otra cosa, les condujo a casa del gendarme de la localidad, quien, después de ofrecerles una bien merecida copa de ginebra, hizo que les abriesen un pequeño restaurante donde pudieron reponer sus fuerzas y asearse.

¡Al fin estaban salvados!

FIN de “Una evasión en la Gran Guerra”

# LA LIEBRE NEGRA

¿Superstición? ¿Realidad?... Misterio.

Flavia Richardson



Cuando el carricoche se detuvo a la puerta de Wisteria Cottage, ni Elizabeth ni Susan pudieron contener una exclamación de placer. Era una casita deliciosa, cubierta de hiedra y de rosales que llegaban hasta las ventanas del primer piso, donde se encontraban los dormitorios.

El cochero descendió de su alto asiento y abrió una de las portezuelas del coche. Su rostro reflejaba cierta preocupación.

—¿Van ustedes a quedarse aquí solas, señoritas? —preguntó.

Elizabeth asintió con un movimiento de cabeza. Susan estaba ocupada en salir de debajo del montón de palos de golf, raquetas de tenis y un sinfín de trastos que parecían haber caído sobre ella.

—¿Por qué no? —preguntó un momento después.

El conductor hizo una extraña mueca.

—No es nada, señoritas... Sólo que... la gente dice... que suceden

cosas muy raras aquí.

Las dos jóvenes echaronse a reír mientras recogían su equipaje.

—Eso nos tiene sin cuidado —declaró alegremente Susan—. Al fin y al cabo se trata de nuestra propia casa ahora.

El cochero la miró.

—¿De ustedes, señoritas?... —preguntó con ansiedad.

—Desde luego —Elizabeth empezaba a impacientarse—. El señor Roylance era nuestro tío, aunque jamás le habíamos visto. Los abogados pusieron un anuncio llamando a los herederos, y, por lo visto, no había otros que nosotras. Por ello nos correspondió la casa y aquí estamos.

Volvióse mientras hablaba, no viendo, por lo tanto la expresión de horror que apareció en el rostro del hombre.

Susan descendió del coche. En el momento en que ponía pie a tierra vio una sombra en la carretera... Una sombra curiosamente larga. Por un momento se sobresaltó.

—¿Qué pasa? —preguntó Elizabeth, notando el rápido movimiento de su hermana.

—Nada, una sombra. Sin duda un efecto de luz. Me pareció ver un gran conejo negro que cruzaba la carretera.

Al oír estas palabras el conductor hizo la señal de la cruz.

—¿Qué diablos ocurre? —preguntó Susan.

—Nada, señorita, nada. No hay ningún mal en los conejos. Pero si hubiera usted dicho que había visto una liebre negra...

—¿Qué habría sucedido?

—Dicen que traen muy mala suerte; señorita. Ninguno de nosotros seguiría adelante por el camino que hubiera cruzado una liebre negra. Me alegro de que la sombra, conejo o liebre, que usted ha visto estuviera delante y no detrás, pues tendría que dar un rodeo enorme para llegar a mi casa.

—Metamos parte del equipaje en casa —interrumpió Elizabeth, sintiendo una súbita y profunda antipatía hacia el conductor.

Pero el asunto parecía interesar a Susan.

—¿Qué mal hay en las liebres negras —preguntó mientras recogía una bolsa de palos de golf y se la cargaba a la espalda.

El cochero, antes de contestar, miró a derecha e izquierda.

—No son verdaderos animales, señorita —dijo en voz muy baja—. Hay quienes han visto una mujer en su casa y, un minuto después, una liebre negra en la carretera. Y donde se encontraba la liebre no estaba la mujer. Un muchacho de por aquí disparó una vez sobre uno de esos bichos. Y cuando llegó a su domicilio encontró a su madre herida de una perdigonada en el cuello.

—¡Cuentos de viejas! —refunfuñó Elizabeth, con tan despectivo acento que Susan y el cochero cambiaron de conversación.

Wisteria Cottage tenía una especie de porche, donde el cochero dejó la impedimenta de las dos jóvenes. No se prestó a meter los bultos dentro de la casa, y las dos hermanas comprendieron que era mejor no solicitar que lo

hiciese. Una negativa hubiera sido embarazosa para ambas partes.

—Ahora las llaves —dijo Susan, registrando su monedero—. ¿No es magnífico que al fin estemos aquí?



... y apareció una mujer...

Antes de que Elizabeth pudiera contestar se abrió hacia dentro la puerta de la casa y apareció una mujer. Delgada y morena, sus ojos eran muy hermosos. Vestía un traje de algodón y llevaba un amplio delantal.

—¡Oh..! —empezó Susan, un poco desconcertada.

—Usted perdone, señorita. Yo era el ama de llaves del señor Roylance. He venido a ver si podía serles útil en algo. He traído las provisiones que pidieron y he encendido fuego.

—Muchas gracias —Susan cruzó el umbral de la puerta. Al hacerlo notó que un hálito frío le azotaba el rostro. Estremeciéndose ligeramente y penetró en el vestíbulo.

Uno tras otro fueron metidos en el edificio todos los bultos y colocados en las habitaciones de la planta baja, donde pensaban vaciar las maletas y los baúles, ya que éstos eran demasiado pesados para subirlos por la estrecha escalera que conducía a los dormitorios.

Tomaron el té y luego lo recorrieron todo en compañía de la señorita Verity. Esta hizo honor a su palabra. Un alegre fuego ardía en el saloncito y además

había encendido el viejo calentador que suministraba agua caliente a los cuartos de baño del primer piso, único detalle moderno en toda la casa.

—Si no me necesitan me retiraré —dijo el ama de llaves al cabo de unos momentos.

—Puede irse cuando guste. ¿Vendrá mañana? —preguntó Susan— Nos gustaría hablar con usted y que nos diera algunos consejos acerca de la conveniencia de tomar una mujer que hiciese los trabajos más rudos, pues los otros pensamos hacerlos nosotras mismas.

—Con mucho gusto, señorita —Y la señora Verity se dispuso a salir por la puerta de la cocina.

—Oiga, señora Verity —dijo la muchacha—. ¿Qué hay de verdad en esa maravillosa historia acerca de una liebre negra que trae mala suerte?

Una extraña luz brilló en los ojos de la señora Verity. Parecieron hacerse más grandes y más brillantes. Pero su voz era si cabe, más suave al replicar.

—Hay algunas personas que tienen más cabeza que cerebro. Dicen que si una liebre negra cruza, por la senda que uno sigue, trae mala suerte. Muchos hombres se apartan varios kilómetros de su camino a fin de no pasar por el sitio en que una liebre negra ha cruzado. Por mi parte jamás he visto ninguna en estos lugares.

Elizabeth se echó a reír.

—Lo mismo pienso yo —dijo—. En cambio el cochero que nos trajo parecía muy preocupado por esa clase de bicho.

—¡Oh, él...! —Había una nota despectiva en la voz de la señora Verity—. Su mujer es del otro lado de la frontera y en Escocia creo que dan mucho crédito a esas supersticiones. Repito que aquí no he visto nunca una liebre negra.

—Entonces ha visto alguna en otro sitio, ¿verdad? —intervino Susan.

En los ojos de la señora Verity reflejóse cierta inquietud.

—Puede que sí — fué lo único que dijo; pero algo aconsejó a las dos jóvenes cambiar de tema.

—Entonces la veremos mañana por la mañana —dijo Susan—, poniendo así fin a la conversación. —Por cierto —añadió—. ¿Dónde vive usted?

—Al final de su jardín, señorita —y la señora Verity señaló por la ventana una casita de tejado rojo—. La ventana de nuestro dormitorio se ve desde aquí: por lo tanto, si necesitan algo durante la noche no tienen más que dar una voz y mi marido o yo las oiremos.

—¡Magnífico! —dijo Susan—. Es muy agradable saber que se tiene a alguien cerca.

Cuando la señora Verity se hubo marchado, Elizabeth echó una mirada a su alrededor.

—Será mejor que acabemos de deshacer el equipaje; de lo contrario no podremos arreglar nunca esta hermosa casa; ¿No te alegras de que descubriésemos que éramos las herederas?

Susan asintió.

—Ya lo creo. Y además con dinero suficiente para vivir, si no lo derrochamos. Sacaron todas las cosas de los baúles y maletas, encendieron las luces y luego prepararon una cena ligera, a base de leche, huevos y cacao. Mientras lavaban los platos, Susan dijo:

—No sé qué misterio hay en la señora Verity. Es un ser extraño ¿no te parece? Elizabeth encogióse de hombros.

—Tal vez. Todo el lugar parece extraño. ¿Has oído jamás nada tan fantástico como eso de las liebres negras? Ya estoy viendo que dentro de cuatro días nos acusarán de ir por los campos disfrazadas de cerdos o potros.

Susan se echó a reír.

—Es posible. De todas maneras, todos creen en eso de las liebres. Por lo tanto si ves alguna da media vuelta y sigue por otro camino. Ahora que tenemos esta hermosa casa no queremos nada con la mala suerte. La señora Verity es rara. Sabe más de lo que quiere decir.

—Es probable que se convierta en alguna liebre negra o conozca a alguien que tenga esa costumbre —dijo—. No creo que a ti te gustase mucho hablar de un asunto así si uno de tu familia vagara por las carreteras convertido en un animal.

Media hora más tarde, ordenada ya la casa y con las puertas y ventanas cerradas para la noche, Elizabeth dijo:

—Voy a tomar un baño. El agua está caliente y yo estoy cansada.

—Bien. Cuando tú termines utilizaré yo la bañera —dijo Susan. Hizo una pausa y prosiguió—: Mientras tanto exploraré el ático. Aun no hemos estado allí.

—Yo lo recorreré mañana. Seguramente estará lleno de polvo y después de tomar un baño me parecería una locura volverme a ensuciar. De todas formas, si encuentras algún cofre lleno de joyas o algo emocionante, avísame.

Elizabeth cerró la puerta del cuarto de baño. Oyó a Susan subir al desván, escuchando sus pasos sobre el suelo. Este no debía estar muy bien construído, pues el sonido llegaba con toda claridad. Elizabeth metióse en la bañera y cerró los ojos sumiéndose en una semisomnolencia. De pronto oyó un leve choque, como de una gota de agua. De momento creyó que habría dejado mal cerrado el grifo. Sin embargo, subconscientemente, recordó que había cuidado de cerrarlo bien y abrió, curiosa, los ojos.

Estuvo a punto de lanzar un alarido de horror. Sobre la superficie del agua



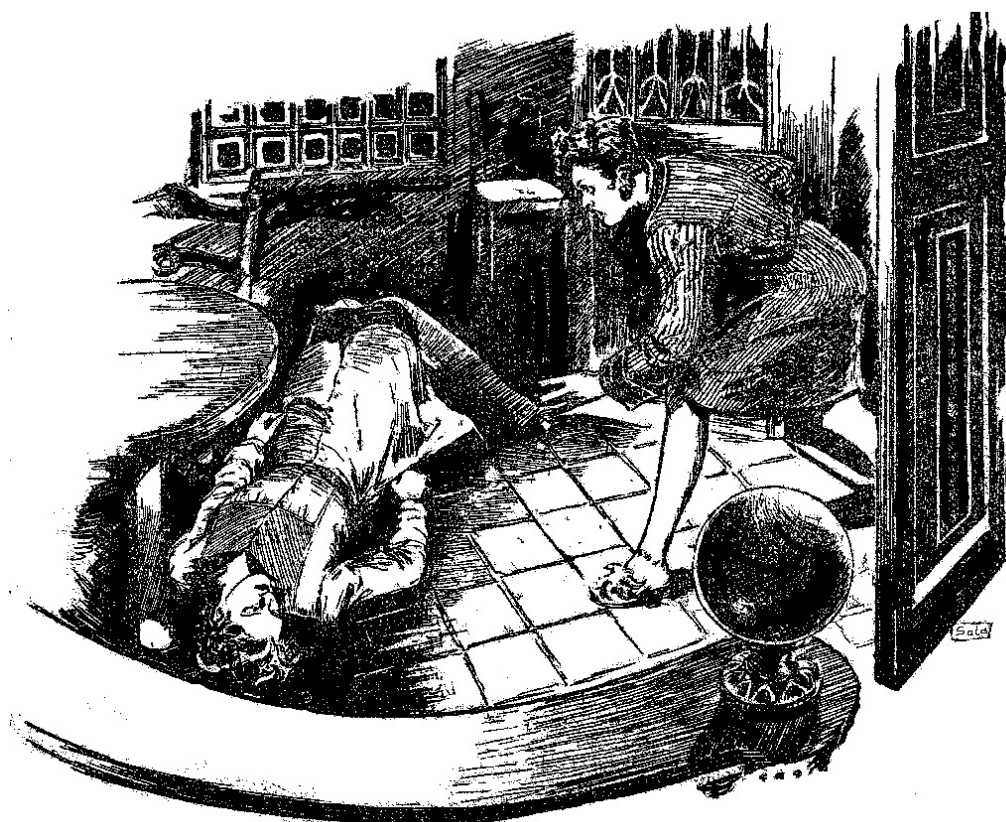
veíase una mancha roja. Levanto la vista al techo y vio en él un manchón escarlata. Oyóse otro choque, y otra gota roja unióse a la que había caído ya en el agua. Al mismo tiempo la muchacha se dio cuenta, llena de espanto, de que hacía rato que no oía los pasos de Susan en el ático.

En un momento, Elizabeth salió de la bañera y se cubrió con su albornoz. Estaba tan asustada que no se atrevía a abrir la puerta. Sin embargo, era preciso ir a la buhardilla y ver lo que había ocurrido. Tal vez Susan hubiese sufrido algún accidente.

Elizabeth subió la escalera, sujetándose el albornoz con las manos.

—¡Susan, Susan! —llamó, sin recibir respuesta.

Un hálito helado parecía extenderse por el edificio y un silencio que no pertenecía a este mundo ahogaba todos los sonidos.



Allí en el suelo yacía Susan.

El desván estaba lleno de muebles viejos y cajas pertenecientes al señor Roylance. Elizabeth abrióse paso hasta llegar al sitio que quedaba encima del cuarto de baño. Allí, en el suelo, yacía Susan. Tenía los brazos extendidos y la cabeza ligeramente vuelta hacia un lado. De su garganta brotaba un hilo de sangre. Y, al inclinarse sobre su hermana, Elizabeth vio con terror que la yugular había sido cortada por unos dientes muy agudos y pequeños.

Al volver la cabeza para dominar el mareo, su mirada encontró una de las ventanas del ático. Desde ella podían verse las paredes de la casa de la señora Verity. A la luz de la luna todos los detalles aparecían tan claros como en pleno

día.

La muchacha estaba a punto de lanzar un grito pidiendo socorro; pero la voz murió en su garganta. Al mirar fuera vio cruzar el jardín a una enorme liebre negra. Y mientras la contemplaba fascinada la vio saltar a una iluminada ventana del domicilio del ama de llaves, desapareciendo dentro de la vivienda. Y un momento después, la señora Verity cerraba la ventana y corría las cortinas.

FIN de “La liebre negra”

## Freeman Wills Crofts



Freeman Wills Crofts (1 de junio de 1879 - 11 de abril de 1957) fue un autor de novelas de misterio anglo-irlandés.

Crofts, ingeniero ferroviario de formación, introdujo temas ferroviarios en muchas de sus historias, que se destacaron por su intrincada planificación. A pesar de que Agatha Christie , Raymond Chandler y otros autores más célebres de la época de oro de la ficción de detectives lo superaron , fue muy estimado por esos autores, y muchos de sus libros siguen esperando la imprenta.

Crofts nació en 26 Waterloo Road, Dublín , Irlanda. Su padre, también llamado Freeman Wills Crofts, era un teniente cirujano en el Servicio Médico del Ejército , pero murió de fiebre en Honduras antes de que naciera el joven Freeman Wills Crofts. Su madre, nacida Celia Frances Wise, se volvió a casar

con el Venerable Jonathan Harding, Vicario de Gilford , Condado de Down y Archidiácono de Dromore , y Crofts fue criado en la vicaría de Gilford. Asistió a Methodist College y Campbell College en Belfast . En 1912 se casó con Mary Bellas Canning, hija del gerente de un banco local en Coleraine .

En 1896, a la edad de diecisiete años, Crofts se convirtió en aprendiz de su tío materno, Berkeley Deane Wise , quien era ingeniero jefe de los condados de Belfast y Northern. En 1900 se convirtió en Ingeniero de Distrito en Coleraine. En 1922 Crofts fue ascendido a Ingeniero Jefe Asistente del ferrocarril, con sede en Belfast. Uno de los proyectos en los que trabajó fue el diseño del 'Viaducto verde Bleach' en Whiteabbey, cerca de su hogar en Jordanstown. Este fue un importante viaducto de hormigón armado de 10 arcos aprobado en 1927 y completado en 1934. Crofts continuó su carrera de ingeniería hasta 1929.

En 1919, durante una ausencia del trabajo debido a una larga enfermedad, Crofts escribió su primera novela, *The Cask* (1920), que lo convirtió en maestro de la ficción policial. Crofts continuó escribiendo constantemente, produciendo un libro casi todos los años durante treinta años, además de una serie de cuentos y obras de teatro.

Es conocido sobre todo por su detective favorito, el inspector Joseph French, quien fue presentado en su quinto libro, *Greatest Case* , del inspector French (1924). El inspector French siempre se dedica a desentrañar cada uno de los misterios presentados de una manera precisa y profesional, este enfoque lo diferencia de la mayoría de los otros detectives de ficción.

En 1929, abandonó su carrera en ingeniería ferroviaria y se convirtió en escritor a plena dedicación. Se instaló en la aldea de Blackheath , cerca de Guildford , en Surrey, y varios de sus libros se sitúan en el área de Guildford, entre ellos *The Hog's Back Mystery* (1933) y *Crime at Guildford* (1935). Muchas de sus historias tienen tema ferroviario, y su interés particular en la coartada, aparentemente indestructible, se centró a menudo en las complejidades de los horarios ferroviarios. Al final de su vida, él y su esposa se mudaron a Worthing , Sussex en 1953, donde vivieron hasta su muerte en 1957, año en que se publicó su último libro.

Crofts también escribió un libro religioso, *Los cuatro evangelios en una historia*, varios cuentos y obras cortas para la BBC.

# Índice

LA FÓRMULA SECRETA	2
GUÍA DEL LECTOR	4
PRIMERA PARTE EL DELITO	6
CAPÍTULO I La angustia de Joymount	6
CAPÍTULO II Empieza la lucha	14
CAPÍTULO III Un pacto absurdo	20
CAPÍTULO IV La primera tentativa	28
CAPÍTULO V El azucarero	35
CAPÍTULO VI La catástrofe	41
CAPÍTULO VII Un plan bien tramado	50
SEGUNDA PARTE LA INVESTIGACIÓN DE LA POLICÍA	59
CAPÍTULO VIII La misión de French	59
CAPÍTULO IX French examina el vehículo	67
CAPÍTULO X French conoce la existencia del procedimiento secreto	75
CAPÍTULO XI French estudia el problema	83
TERCERA PARTE MIXTIFICACIÓN	92
CAPÍTULO XII La encuesta	92
CAPÍTULO XIII Nuevas dificultades en Joymount	99
CAPÍTULO XIV Una alianza con el enemigo	106
CAPÍTULO XV Chayle obliga a obedecer	113
CAPÍTULO XVI Nueva tragedia en Chayle	120
CUARTA PARTE LA SOLUCIÓN	127
CAPÍTULO XVII French vuelve al asalto	127
CAPÍTULO XVIII French ayudado por la rutina	136
CAPÍTULO XIX French ayudado por una hipótesis	144
CAPÍTULO XX French ayudado por el mar	152
CAPÍTULO XXI French ayudado por su materia gris	163
CAPÍTULO XXII French ayudado por una víctima	173
CAPÍTULO XXIII French ayudado por su adversario	185
LO QUE SE CUENTA	195
EL HOMBRE QUE MURIÓ DOS VECES	197
UNA EVASIÓN EN LA GRAN GUERRA	206

LA LIEBRE NEGRA  
Freeman Wills Crofts

212  
219